MARISCAL KEITEL

MEMORIAS DEL JEFE DEL ALTO MANDO DE LA **WEHRMACHT** **1938-1945**

Mariscal Keitel

Memorias del jefe del Alto Mando de la Wehrmacht

1938-1945

Edición a cargo de Walter Görlitz

Traducción

Javier Alonso

la esfera de los libros

Primera edición: enero de 2020

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (*www.conlicencia.com* ; 91 702 19 70 /93 272 04 47).

Título original: *The memories of Field-Marshal Keitel*

© Musterschmnidt-Verlag, 1961

© De la edición: Walter Görlitz, 1961

© De la traducción: Javier Alonso, 2020

© La Esfera de los Libros, S. L., 2020

Avenida de San Luis, 25

28033 Madrid

Tel. 91 296 02 00

www.esferalibros.com

Imágenes: Getty Images, Wikimedia Commons

ISBN: 978-84-9164-732-4

Depósito legal: M. 34.236-2019

Fotocomposición: Creative XML, S.L.

Impresión: Anzos

Encuadernación: De Diego

Impreso en España- *Printed in Spain*

ÍNDICE

PARTE I. O RÍGENES Y CARRERA DEL MARISCAL DE CAMPO K EITEL
1. O RÍGENES Y CARRERA DEL MARISCAL DE CAMPO K EITEL , 1882-1946. P OR W ALTER G ÖRLITZ
PARTE II. L AS MEMORIAS DEL MARISCAL DE CAMPO KEITEL
2. L A CRISIS BLOMBERG-FRITSCH
3. D E AUSTRIA AL FINAL DE LA CAMPAÑA EN FRANCIA, 1938-1940
4. P RELUDIO AL ATAQUE SOBRE R USIA, 1940-1941
5. L A CAMPAÑA R USA, 1941-1943
6. E XTRACTOS DE LAS CARTAS DE K EITEL A SU ESPOSA DURANTE LA GUERRA
7. E L ATENTADO CON BOMBA, 20 DE JULIO DE 1944
8. L OS ÚLTIMOS DÍAS BAJO A DOLF H ITLER, 1945
9. R EFLEXIONES TARDÍAS
PARTE III. L A ACUSACIÓN
10. L A ACUSACIÓN . P OR W ALTER G ÖRLITZ
NOTAS

PARTE I. ORÍGENES Y CARRERA DEL MARISCAL DE CAMPO KEITEL

1. ORÍGENES Y CARRERA DEL MARISCAL DE CAMPO KEITEL, 1882-1946. POR WALTER GÖRLITZ

Las fotografías del mariscal de campo Wilhelm Keitel, jefe del Alto Mando de las Fuerzas Armadas Alemanas, firmando el documento de rendición incondicional en Karlshorst, cerca de Berlín, lo muestran justo como el típico *junker* que los Aliados occidentales siempre habían imaginado que era —un hombre alto, de hombros anchos, rostro ligeramente demacrado, pero orgulloso e impertérrito, y un monóculo firmemente insertado en su ojo izquierdo—. En la hora en la que el régimen totalitario alemán se desmoronaba por fin, se le reconoció como un oficial de la vieja escuela, aunque no había nada en él del peculiar carácter indomable de los oficiales prusianos.

Incluso los expertos psicólogos americanos que lo analizaron e interrogaron durante su periodo de confinamiento se inclinaban a considerarlo como el prototipo de los *junkers* , de los militaristas prusianos; quizás nunca tuvieron una auténtica oportunidad de llevar a cabo un estudio de la clase prusiana de los *junkers* . Keitel, de hecho, procedía de un entorno completamente diferente.

Los Keitel, una familia hannoveriana de terratenientes de clase media, procedían de una región con una marcada tradición antiprusiana: el abuelo del mariscal de campo fue arrendatario de un territorio perteneciente a la Casa Real de Hannover y tuvo una estrecha relación con la misma antes de ser derrocada por Bismarck. Las tendencias y tradiciones militares resultaban completamente ajenas a aquella familia, y en callada protesta contra la anexión del reino de Hannover en 1866 por parte de los prusianos, su abuelo compró una finca de 600 acres en Helmscherode en 1871, en el distrito de Gandersheim del ducado de Brunswick, mientras seguía odiando todo lo que fuese prusiano; y cuando su hijo, el padre del mariscal de campo, sirvió durante unos años como voluntario en un

regimiento de húsares prusianos, siempre que regresaba a su hogar se le prohibía terminantemente cruzar el umbral de la casa de Helmscherode vistiendo el odiado uniforme.

Hay pocos parecidos entre una finca de Brunswick como Helmscherode y los grandes señoríos al este del Elba; simplemente, sus propietarios no se pueden considerar *junkers* . Carl Keitel, el padre del mariscal de campo, llevó una vida no menos pretenciosa que cualquier granjero de clase acomodada. Al contrario que su hijo, que era un cazador entusiasta y al que le encantaba montar a caballo, creía en la máxima de que un buen granjero nunca podría ser cazador: eran incompatibles. En el fondo de su corazón, el hijo solo quería poder dirigir por sí mismo la finca de Helmscherode; la sangre de granjero corría con fuerza por sus venas. Sabía muy poco de agricultura y, como descendiente de un arrendatario de tierras pertenecientes a la corona, había heredado el talento para organizar y administrar los asuntos de grandes instalaciones. Posteriormente, Keitel acariciaría en varias ocasiones la idea de abandonar su vida de soldado, pero siempre tuvo en cuenta lo que consideraba que era su deber, quizás instigado por los consejos de su ambiciosa y obstinada esposa.

La obcecación de su padre, que no tenía intención de renunciar al control sobre Helmscherode mientras le quedara un hálito de vida, y la creciente tendencia entre la burguesía agraria a emprender carreras militares, en particular después de la victoriosa Guerra Franco-Prusiana de 1870-1871, produjeron el efecto contrario.

El heredero de Helmscherode, Wilhelm Bodewin Johann Gustav Keitel, nacido el 22 de septiembre de 1882, se convirtió en oficial; hay una historia familiar que cuenta que casi lloró cuando por fin decidió abandonar toda esperanza de ser granjero algún día. Hubo otra razón para aquella decisión, característica de la creciente generación de agricultores de clase media: si uno no podía ser granjero, la de oficial era la única profesión apropiada para su estatus. Pero el cuadro de oficiales, al menos en las pequeñas provincias del norte y el centro de Alemania, era de origen puramente prusiano. ¡Qué humillación para una familia con semejante tradición antiprusiana!

Nada en su juventud ni en sus primeros años como oficial indicó que el joven Keitel estuviera destinado a elevarse hasta la más alta posición dentro de las Fuerzas Armadas alemanas, ni que fuera a sufrir una muerte tan cruel. En un principio, fue un mediocre estudiante, que apenas mejoró algo con el tiempo. Sus auténticos intereses eran la caza, montar a caballo y el cultivo de Helmscherode. Después de aprobar su examen de fin de escolaridad en Gotinga en marzo de 1910, ingresó en el 46.º Regimiento de Artillería de Campo de la Baja Sajonia, en su cuartel general, y en el 1.er destacamento con sede en Wolfenbüttel (Brunswick).

A diferencia de su vida estudiantil, el joven teniente Keitel era un soldado bueno y responsable. Como era de prever, dado que en su vida anterior había disfrutado de la comida, la caza, la bebida, la equitación y las buenas compañías, no fue en modo alguno un asceta. A pesar de ello, detestaba la frivolidad y odiaba los placeres extravagantes. Cuando él y su amigo Felix Bürkner, el famoso jinete, fueron destinados juntos a la Academia Militar de Equitación en 1906, se prometieron que no habría «travesuras ni aventuras con mujeres».

Se rumoreaba que durante ese periodo como comandante de una división en Bremen, entre 1934 y 1935, aunque por supuesto utilizaba un servicio de automóviles cuando tenía que trasladarse a algún acto oficial, su esposa —si era invitada— debía viajar en tranvía y no tenían coche propio. Esta estricta y extrema corrección era una de sus características. Durante la guerra, en la cumbre de la crisis de combustible, Keitel sorprendió a los oficiales de alta graduación de la Wehrmacht asistiendo a funerales en un modesto Volkswagen, mientras los caballeros de las SS con las calaveras plateadas en sus gorras y el lema *Mi honor es la lealtad* acudían conduciendo enormes y brillantes limusinas.

En cualquier caso, el joven Keitel llamó pronto la atención de sus superiores a cuenta de su ilimitada competencia. Primero, se propuso su nombre para el mando del regimiento de honores de la Escuela de Tiro de Artillería de Campo, más tarde se habló de destinarlo como oficial de inspección a un cuartel de entrenamiento

para oficiales reclutas. El que era entonces su oficial al mando le reveló que había una condición adjunta a este último destino, y era que el candidato debía ser soltero. Keitel tuvo una violenta discusión con su superior, y señaló que iba a comprometerse y estaba pensando en contraer matrimonio en breve.

En abril de 1909, el teniente Keitel se casó con Lisa Fontaine, la hija de un acomodado terrateniente y cervecero de Wülfel, cerca de Hannover, un hombre profundamente antiprusiano que, al principio no ofreció una calurosa bienvenida familiar a su nuevo yerno «prusiano».

Lisa Fontaine tenía muchos intereses intelectuales y artísticos. En su juventud fue muy hermosa, aunque distante en el trato. Hasta donde se puede juzgar por las cartas que se han conservado de ella, probablemente fue la parte más fuerte y sin duda más ambiciosa de la pareja. Wilhelm Keitel era tan solo un oficial como otro cualquiera, cuya única ambición secreta era convertirse en granjero y dirigir Helmscherode. El matrimonio, que fue bendecido con tres hijos y tres hijas, una de las cuales falleció trágicamente a una edad temprana a causa de una enfermedad incurable, iba a resistir todas las pruebas y dificultades. Y cuando llegó la peor hora, y su esposo fue condenado a muerte por el Tribunal Militar Internacional de Núremberg, Lisa Keitel mantuvo la compostura. De los hijos de Keitel, todos los cuales se convirtieron en oficiales, el mayor se casó con la hija del mariscal de campo Von Blomberg, el ministro de la Guerra del Reich en cuya caída Keitel se vio envuelto de forma desastrosa, aunque inocente; por otro lado, el hijo menor moriría posteriormente estando de servicio en Rusia.

Quizás porque respetaba a un hombre que sabía cómo hablar con franqueza, el coronel de Keitel le escogió para que fuese su adjunto en el regimiento. En el ejército prusiano-alemán, esta era una posición de gran confianza: sobre el adjunto del regimiento recaía el deber no solo de ocuparse de las cuestiones de personal, sino también de formular las medidas de movilización y otras muchas tareas accesorias.

Pero sus superiores debieron creer al teniente Keitel capaz de mucho más que aquello. Durante las maniobras de otoño del Décimo Cuerpo, del que su regimiento era una formación subordinada, el jefe de Estado Mayor del cuerpo, el coronel Freiherr von der Wenge, entabló con él una conversación de la que Keitel concluyó que había sido destinado a deberes dentro del Estado Mayor General; fue una creencia en la que no se vio defraudado. Y así, durante el invierno de 1913 a 1914, el hombre que durante toda su vida había odiado el trabajo de escritorio comenzó, tal como describe él mismo en sus primeras memorias, a estudiar el «caballete gris», nombre por el que era conocido en aquella época en el ejército alemán el manual para los oficiales de Estado Mayor.

En marzo de 1914, Keitel tomó parte en el curso del Cuerpo de Oficiales del Estado Mayor en activo o que lo serían en el futuro. A este habían sido destinados cuatro oficiales del Estado Mayor General del Ejército, incluidos los capitanes Von Stülpnagel y Von dem Bussche-Ippenburg, que tiempo después se convertirían en personalidades influyentes dentro del *Reichswehr* de la República de Weimar. Fue Von dem Bussche-Ippenburg, el jefe de la Oficina de Personal del Ejército, un puesto clave dentro de aquel pequeño ejército republicano, quien, según las primeras memorias de Keitel, lo introdujo en el departamento de organización (T-2) de la llamada «Oficina de Tropa», la agencia camuflada creada para reemplazar al Estado Mayor General prohibido por el Tratado de Versalles.

Keitel fue a la guerra con el 46.º Regimiento de Artillería, y en septiembre de 1914 fue seriamente herido en el antebrazo derecho por un fragmento de metralla. Entre los papeles de la familia hay toda una serie de cartas escritas por él a su padre y a su suegro, y por su esposa a sus padres; estas cartas revelan las opiniones de Keitel sobre esta primera y terrible guerra europea. Naturalmente, se sentía obligado a creer ciegamente en una victoria alemana, pero, al mismo tiempo, en lo más profundo de su ser existía una abatida convicción de que, en realidad, todo lo que podían hacer en ese momento era resistir con denuedo. ¡Cuán similar fue su actitud durante la Segunda Guerra Mundial! Decidido a cumplir con sus obligaciones personales, gobernado por una obediencia ciega, pero

sin esperanza en una victoria final. Sirvió a su jefe del Estado, y continuó sirviéndole incluso durante el Juicio de Núremberg, a pesar de su confesada incapacidad para llegar a entender a este último Señor Supremo de la Guerra de Alemania.

El punto de inflexión de su carrera como oficial, un acontecimiento que trajo poco consuelo a un hombre tan consciente de los límites de su propio talento, fue su nombramiento para el Estado Mayor General en 1914; el Estado Mayor General era —y así lo había sido desde Molkte— una élite entre los oficiales. Sus cartas de esta época muestran lo duro que le resultó el golpe, y lo bien que sabía que carecía de las cualidades mentales necesarias para este puesto; las cartas de su esposa muestran el enorme orgullo que sentía por el nombramiento de su marido.

De los últimos años de destino de Keitel como oficial del Estado Mayor General en los escalafones superiores del *Reichswehr* de la República de Weimar quedan suficientes testimonios sobre su intenso nerviosismo; pero también nos hablan de su inmensa e insaciable ansia de trabajo. Las cartas de su esposa durante los años veinte se quejan amargamente acerca de su horroroso nerviosismo. E incluso posteriormente, durante la Segunda Guerra Mundial, un ayudante excesivamente cínico acuñó la frase hecha dedicada a Keitel: «Mirad a ese mariscal de campo escabulléndose, con su ayudante cerrando la marcha con pasos rítmicos...». Para entonces, el jefe de la cancillería militar de Hitler, ascendido a mariscal de campo contra su voluntad (porque tradicionalmente solo se adquiere ese rango por valor frente al enemigo) Keitel ya era un especialista en la administración militar y bélica, pero no, hay que subrayarlo, en el liderazgo de guerra.

No contamos con testimonios acerca de la actitud de Keitel hacia el káiser Guillermo II o la monarquía prusiana tras el final de la Gran Guerra, siendo capitán y oficial del Estado Mayor General de las Fuerzas Navales en Flandes. Es interesante observar cómo, de manera muy poco usual para un oficial del Estado Mayor General del Ejército, se le había dado la oportunidad de fomentar la colaboración del Ejército de Tierra con la única otra arma de las Fuerzas Armadas

de aquel momento, la Armada (a pesar de que solo fuese con una fuerza naval terrestre).

Según su hijo mayor, Keitel tuvo durante mucho tiempo un retrato del príncipe heredero Guillermo sobre su escritorio, incluso en el Ministerio de Defensa del Reich. No se sabe por qué acabó retirando la fotografía de este mediocre heredero de los reyes prusianos y los káiseres alemanes.

En una carta dirigida a su suegro el 10 de diciembre de 1918, le comenta que quería dejar su empleo como oficial en un futuro próximo y «para siempre». No obstante, se quedó. Tras un breve periodo de servicio en la guardia fronteriza alemana en la frontera polaca y otro como oficial del Estado Mayor General en una de las brigadas del nuevo *Reichswehr* , y después de otros dos años como profesor en la Escuela de Equitación de Hannover, Keitel fue destinado al Ministerio de Defensa del Reich y a la «Oficina de Tropa»», el Estado Mayor General encubierto, siendo situado aparentemente en el departamento organizativo, T-2. Tal como le dijo a su padre en una carta fechada el 23 de enero de 1925, no había ingresado en el departamento T-2 propiamente dicho, sino en una «posición de control» en el Estado Mayor inmediato del entonces jefe de la Oficina de Tropa, el teniente general Wetzell. En este destino, Keitel se ocupó principalmente de cuestiones sobre cómo aumentar las modestas reservas —prohibidas oficialmente por el Tratado de Versalles— para el débil *Reichswehr* , y se ocupó de la organización de formaciones de guardias fronterizos paramilitares que vigilaran la frontera germano-polaca. Otros aspectos de su nuevo puesto fueron de gran importancia para el futuro. En la pequeña «Oficina de Tropa», con sus cuatro departamentos (T-1, operaciones; T-2, organización; T-3, ejércitos extranjeros; y T-4, entrenamiento), se familiarizó con muchos oficiales que en el futuro se cruzarían a menudo en su camino: Werner von Blomberg, quien posteriormente sería el superior de Keitel como ministro de Guerra del Reich, comenzó como jefe del departamento T-4 y entre 1927 y 1929 fue el jefe de la Oficina de Tropa, en otras palabras, jefe del Estado Mayor General *de facto* . El coronel Freiherr von Fritsch fue jefe del departamento T-1. Como comandante en jefe del Ejército en

1935, fue Fritsch quien propuso el nombre de Keitel para ser nombrado jefe de la «Oficina de las Fuerzas Armadas», la *Wehrmachtamt* . El coronel Von Brauchitsch, recomendado tiempo después por Keitel como comandante en jefe del Ejército, fue también jefe del T-4 durante un tiempo.

En septiembre de 1931, Keitel, jefe del T-2, y los jefes del T-1 y T-4, el mayor general Adam y el coronel von Brauchitsch respectivamente, hicieron una visita diplomática a la Unión Soviética; en aquel momento existían unas relaciones extremadamente cordiales entre el *Reichswehr* y el Ejército Rojo, una tradición que ya se remontaba a unos diez años atrás. No se conservan testimonios entre los papeles del mariscal de campo que arrojen ninguna luz sobre los resultados y experiencias militares durante aquel viaje, pero existe una carta que escribió a su padre el 29 de septiembre de 1931 en la que describe sus impresiones sobre la economía rusa y sobre la alta consideración de la que disfrutaba en general el ejército del país; el estricto liderazgo que era característico del sistema, y el respeto mostrado al ejército, provocaron una profunda impresión en el teniente coronel alemán.

Durante los años posteriores a 1930 en los que Keitel fue jefe del departamento organizativo, comenzaron los preparativos secretos para la creación del llamado Ejército A, unas fuerzas de reserva que aseguraban triplicar el tamaño de un ejército que por aquel entonces contaba con siete divisiones de infantería y tres de caballería, en caso de cualquier emergencia nacional o de relajación de las condiciones de desarme impuestas a Alemania. Incluso un enemigo jurado de Keitel, el ahora famoso mariscal de campo Von Manstein, que ni siquiera le menciona en sus recuerdos de su viaje a Rusia en 1931, se vio forzado a admitir que, en el campo de la organización militar, Keitel llevó a cabo un trabajo excelente.[1]

Por otro lado, en las cartas de su esposa a su madre, y a veces incluso en las cartas de Keitel a su padre, vemos reflejadas la carga y las turbulencias de aquellos agonizantes años de la primera República Alemana; Lisa Keitel se lamenta frecuentemente por la montaña de trabajo de oficina que se cernía sobre su esposo y por

su nerviosismo —un rasgo que uno no hubiera atribuido a un hombre tan alto y fornido como aquel, pero que es un signo de su falta de paciencia (algo que le equipaba de una forma especialmente pobre para soportar a un hombre como Hitler)—. La política en sí solo es abordada muy de pasada. Al igual que la mayoría de los llamados buenos ciudadanos en Alemania, también los Keitel apoyaron a Hindenburg, que había sido elegido presidente del Reich en 1925; tras él, hicieron propaganda en favor del aparentemente prometedor y enérgico canciller del Reich Brüning (1931-1932), y finalmente apoyaron también a Franz von Papen, bajo cuya égida el ejército ganó más espacio para un respiro.

Hay que lamentar que no tengamos ningún comentario de Keitel sobre la figura más misteriosa y significativa en el entonces Ministerio de Defensa del Reich, el general Von Schleicher, que fue jefe primero de su Oficina Central y después de la Oficina del Ministerio, un oficial que, desde 1932 en adelante, fue ministro de Defensa del Reich, y finalmente, desde diciembre de 1932 al 28 de enero de 1933, el último canciller del Reich antes de Hitler.

Una posible explicación de esta falta de opiniones de Keitel sobre Schleicher puede encontrarse en su enfermedad a finales del otoño de 1932, cuando sufrió una grave flebitis en su pierna derecha a la que, sin embargo, no prestó atención en un principio, continuando incluso caminando desde su casa en Berlín hasta el edificio del Ministerio de Defensa en Bendlerstrasse, prueba evidente de su testarudo sentido del deber. El resultado final fue una trombosis y una embolia pleural, un ataque al corazón y una neumonía doble. Puesto que su esposa cayó enferma al mismo tiempo con una dolencia cardiaca, se les prescribió a ambos un periodo de convalecencia.

Precisamente durante los meses en los que el jefe del departamento T-2 de la Oficina de Tropa yacía en el lecho del dolor, al principio llamando incluso a sus subordinados a la cabecera de su cama para reuniones rutinarias y coqueteando todo ese tiempo en secreto con la idea de presentar finalmente su dimisión del servicio, se encontraba en la balanza el destino de la democracia en Alemania; si Keitel hubiera seguido en el servicio durante aquellos

meses, probablemente habría tenido que pronunciarse a favor del general Von Schleicher, el entonces canciller y ministro de Defensa del Reich.

Pero el 30 de enero de 1933, Keitel seguía en una clínica en los montes Tatras en Checoslovaquia cuando el presidente, el mariscal de campo Von Hindenburg, nombró al Führer del Partido Nacional Socialista Obrero Alemán, Adolf Hitler, vigésimo primer canciller del Reich de la República de Alemania. De acuerdo con las memorias de Keitel, la primera reacción ante el nombramiento expresada por un hombre que, después de todo, era uno de los oficiales del Estado Mayor con más antigüedad, fue marcadamente negativa. Dice que se vio bombardeado a preguntas en la clínica del doctor Guhr en Tatra-Westerheim y de nuevo durante todo su viaje de regreso a Berlín: ¿qué ocurriría ahora?

> Declaré [escribe Keitel] que pensaba que Hitler era *ein Trommler* —un «tamborilero»— que se había encontrado con su gran éxito entre la gente sencilla gracias únicamente al poder de su oratoria; dije que me parecía muy cuestionable que estuviera realmente preparado para ser canciller del Reich.

Esta visión se reflejó en la notable reserva con la que la mayoría de los oficiales de alta graduación del *Reichswehr* recibió al nuevo canciller, después de los otros veinte que habían ejercido anteriormente en los dieciocho tristes años de la República de Weimar. Aun así, Hitler era el canciller del Reich y, lo que era más importante para el teniente coronel Keitel, el que en su día había sido superior en la Oficina de Tropa, el teniente general Von Blomberg, con quien, según su propio testimonio, había sido capaz de llevarse muy bien desde el primer momento y cuya marcha había lamentado profundamente, era ahora con Hitler el nuevo ministro de Defensa del Reich:

> Mientras tanto, Blomberg se había trasladado al Ministerio de Defensa del Reich, tras haber sido convocado de improviso por el presidente del Reich desde Ginebra, donde había estado presidiendo la delegación alemana en la conferencia de desarme. Detrás de este nombramiento estaban Von Reichenau y el general Von Hindenburg, el hijo del presidente del Reich. Hitler conocía a Von Reichenau desde hacía mucho tiempo, pues este último ya le había sido —

como él mismo dijo— de gran ayuda durante sus viajes de campaña en Prusia Oriental, donde había ganado la provincia para el Partido.

A principios de mayo [de 1934] tuvieron lugar en Bad Nauheim las primeras maniobras a gran escala del Estado Mayor General bajo el nuevo comandante en jefe del Ejército, el coronel general Freiherr von Fritsch; este había sustituido a Von Hammerstein como comandante en jefe el 1 de febrero. Me gustaría decir aquí que Von Blomberg intentó presionar personalmente en favor de la candidatura de Reichenau ante el presidente del Reich, amenazando incluso con dimitir, pero el viejo Hindenburg los rechazó a ambos y nombró a Freiherr von Fritsch, sin prestar la menor atención a los intentos de Hitler de respaldar a Blomberg en su campaña por Reichenau. Así fracasó el primer intento de poner el ejército en manos de un general «nacionalsocialista». Cuando busqué a Fritsch inmediatamente después para felicitarle por su nombramiento, dijo que yo era el primero en hacerlo y que, por los viejos tiempos, se alegraba especialmente de que hubiera sido así.

El vínculo común que unía a Keitel y Blomberg ya no podía demostrarse con mayor claridad. Blomberg era enormemente talentoso, un intelectual muy interesado en cuestiones muy diversas, muy por encima de los especímenes habituales en el cuerpo de oficiales prusianos; Keitel era consciente, fiel, un experto sobresaliente en aquellos campos en los que se movía. Quizás esa fuese la razón por la que Blomberg lo eligió como su colega más próximo, especialmente cuando aquella fue una época en la que la expansión armamentística estaba a la orden del día y nadie se había dedicado con más éxito e intensidad a ese problema que Keitel.

Tras recuperarse de su enfermedad, Keitel aguantó algún tiempo en su antigua oficina como jefe del departamento T-2. Vio y habló con Hitler por primera vez en Bad Reichenhall en julio de 1933 —cuando aún era jefe del departamento organizativo en la Oficina de Tropa— en una conferencia de mandos superiores de la *Sturmanteilung* ; las SA —secciones de asalto— eran el ejército privado del Partido Nacional Socialista.

Una de las cartas de su esposa a su madre, escrita el 5 de julio de 1933, describe las impresiones personales de Keitel sobre Hitler:

Ha hablado largamente con Hitler, ha estado en su casa de campo, y está entusiasmado con él. Sus ojos eran increíbles, ¡y cómo habla ese hombre...!

Curiosamente, ni Hitler ni Keitel parecen haber recordado esta conversación, pues posteriormente Keitel sugiere que solo conoció a Hitler en 1938, mientras que se cuenta que Hitler, en el punto álgido de la crisis Blomberg-Fritsch pidió ver a «ese general Von Keitel» a quien, evidentemente, no recordaba después de cinco años. Puede observarse que era típico de Hitler que asumiese que, como general prusiano, Keitel llevase el prefijo *von* de la nobleza.

La conferencia de Bad Reichenhall había sido convocada por Hitler para limar las asperezas existentes entre el legítimo ejército alemán y las tropas paramilitares de las SA, problemas sobre los que Keitel en sus memorias se extiende con cierto detalle; sus recuerdos de esta época como comandante de la 3.ª División de Infantería en Potsdam en 1934 arrojan nueva luz sobre el trasfondo de lo que se conoció como la Noche de los Cuchillos Largos —la sangrienta purga de las SA—. Keitel asume una clara posición contra las oscuras intrigas de las SA:

> El grupo de las SA en Berlín-Brandemburgo, comandado por el general de las SA Ernst [Karl] —un antiguo aprendiz de camarero que había sido correo voluntario en la [Gran] guerra a la edad de dieciséis años— llamó la atención por su intensa actividad en mi propia zona [Potsdam], fundando nuevas unidades de las SA por todas partes e intentando establecer contactos con oficiales del *Reichswehr* por toda mi área. Ernst también me visitó en varias ocasiones, sin que yo fuera capaz de detectar qué había realmente detrás de aquellas visitas. Durante el verano de 1934, el tema de la conversación comenzó a girar en torno a nuestros depósitos secretos [e ilegales] de armas en mi área; Ernst consideraba que corrían peligro a causa de sus guardias inadecuados, y se ofreció a proporcionar sus propios guardias. Le di las gracias, pero rechacé su oferta; al mismo tiempo, cambié el emplazamiento de algunos de los depósitos (de ametralladoras y fusiles) porque temía que le hubieran desvelado su existencia. Mi oficial de Estado Mayor General (el mayor Von Rintelen) y yo nos olíamos la existencia de traidores. No nos fiábamos lo más mínimo del grupo de las SA y teníamos muy serias sospechas sobre el dudoso trasfondo de sus efusivas muestras de amistad.
>
> Von Rintelen había servido en el Servicio de Inteligencia bajo el mando del coronel Nicolai [jefe del Departamento de Inteligencia y Contraespionaje del Estado Mayor del Ejército durante la Gran Guerra], de manera que era un oficial

de inteligencia con preparación, y le di carta blanca para mostrar sus habilidades acerca de esta «organización» y echar un ojo detrás de la escena. En apariencia, solo iba a comprobar ciertas propuestas que había hecho la gente de Ernst. Mientras tanto, liquidamos los depósitos de armas más pequeños que no resultaban seguros desde un punto de vista militar, y los trasferimos a los talleres de mantenimiento en Potsdam.

Von Rintelen fue capaz de arrojar mucha luz sobre lo que estaba ocurriendo gracias a la locuacidad de los hombres de las SA. Aunque no teníamos ni idea de los planes políticos que pudiera estar incubando un hombre como Röhm, sí descubrimos que estaban rastreando en busca de armas para alguna «operación» en Berlín a finales de junio, y que estaban preparados —si fuese necesario— para apoderarse de ellas capturando depósitos de armas militares cuya localización les hubiera sido revelada.

Fui en coche a Berlín y me dirigí al edificio del Ministerio de la Guerra para hablar con Von Fritsch, pero no lo encontré allí. Acudí a Reichenau y, a continuación, junto con él, a Blomberg, ante quien informé sobre los planes secretos del grupo de las SA en Berlín. Se me despachó fríamente y se me dijo que solo eran imaginaciones mías: las SA eran fieles al Führer, y no había dudas ni peligros por ese lado. Le dije que no me quedaba satisfecho. Ordené a Von Rintelen que mantuviera el contacto y que se asegurase de que continuaba la observación sobre las intenciones de las SA. Aproximadamente en la segunda mitad de junio, Ernst volvió a llamarme y me visitó en mi oficina de Potsdam acompañado por su ayudante y jefe de personal [Von Mohrenschildt y Sander respectivamente]. Llamé a Rintelen para que actuara como observador. Después de toda una ristra de frases vacías, Ernst volvió al tema de los depósitos de armas, animándome a que le confiara su custodia en las localizaciones donde no hubiera unidades militares estacionadas: él tenía información, me dijo, de que los comunistas sabían dónde estaban los depósitos y temía que se apoderaran de ellos. Entré de inmediato en el juego y le identifiqué tres pequeños depósitos de armas en el campo que, sin embargo, yo sabía que habían sido evacuados mientras tanto. Los trámites para transferir su custodia se realizarían en un futuro próximo con el director de los depósitos de armas, y entonces se le comunicaría a Ernst. Finalmente, Ernst se despidió de mí, pues a finales de mes salía del país para emprender un largo viaje, y me dio el nombre de su lugarteniente.

Con esta nueva información sobre los planes de *putsch* , el mayor von Rintelen se dirigió a Berlín ese mismo día y convocó a Reichenau en el Ministerio de la Guerra; esta visita imprevista de Ernst era todo lo que le faltaba al total del cuadro para confirmar nuestras sospechas. Rintelen fue recibido por Blomberg, que entonces también empezó a tomárselo en serio. Posteriormente me informó de que la noticia le llegó a Hitler aquel mismo día, y que este

respondió que hablaría con Röhm sobre el tema, aunque Röhm había estado esquivándolo durante algunas semanas después de que Hitler hubiera considerado necesario reprender a Röhm con bastante dureza debido a sus ideas sobre una milicia militar.

El *putsch* del 30 de junio nunca tuvo lugar. Hitler voló directamente a Múnich desde Bad Godesberg, donde había recibido las últimas noticias sobre los planes que preparaba Röhm. El propio Röhm había reunido a todos sus cómplices en Bad Wiessee. El avión de Hitler aterrizó al amanecer, y condujo el coche en persona hasta Bad Wiessee, donde pilló al nido de conspiradores con las manos en la masa. Se podría decir que de este modo se desbarataron los planes de Röhm el mismo día de su reunión preparatoria para el *putsch* . Nunca hubo un *putsch* . De acuerdo con las órdenes de las que se apoderó Hitler en Bad Wiessee y que le fueron mostradas a Blomberg, el *putsch* iba dirigido en primer lugar contra el Ejército —es decir, el *Reichswehr* — y su cuerpo de oficiales, los baluartes de la reacción. Consideraban que, al parecer, Hitler había pasado por alto este paso en su revolución, pero que ellos lo arreglarían ahora. A pesar de ello, se le permitiría a Hitler continuar como canciller del Reich: solo serían apartados Blomberg y Fritsch —Röhm quería asumir en primera persona uno de estos dos puestos.

En la medida que el plan de Röhm era tan solo cuestión de reforzar el ejército que se nos permitía tener por el *Diktat* de Versalles mediante una gran milicia del pueblo según el modelo suizo, ya era bien conocido por Von Schleicher [el antiguo canciller del Reich y ministro de la Guerra]. Röhm había querido convertir a las SA, con su revolucionario cuadro de oficiales, compuesto principalmente por antiguos oficiales del ejército descontentos por haber sido licenciados y, por lo tanto, hostiles respecto al *Reichswehr* , en un futuro «Ejército del Pueblo» de una naturaleza similar al de una milicia voluntaria. Esto nunca hubiera funcionado paralelamente al *Reichswehr* ; tan solo contra el mismo; habría significado la eliminación del *Reichswehr* . Röhm sabía que Hitler siempre había rechazado estas ideas, de manera que había querido forzar a Hitler enfrentándolo ante un hecho consumado. Por desgracia, el general Von Schleicher también estaba metido en el ajo: siempre era el gato que no podía resistirse al ratón político. Esa era la razón por la que tanto Schleicher como su emisario, Von Bredow, que estaba *en route* camino de París con las propuestas de Röhm para el Gobierno francés, debieron ser arrestados. No tengo

constancia de si alguno de ellos ofreció resistencia armada, y hoy en día me inclino a pensar que no lo hicieron. Ambos fueron fusilados.

Von Blomberg mantuvo a buen recaudo la lista de nombres de aquellos que fueron fusilados; contenía setenta y ocho nombres. Hay que lamentar que durante el Juicio de Núremberg los testigos, incluso [el teniente general de las SA] Jüttner, ocultaron los objetivos reales de Röhm e intentaron echar tierra sobre el asunto. Aquellos que participaron de sus planes y estuvieron completamente al tanto de los mismos fueron los escalafones superiores de los cuerpos de mando de las SA; el miembro medio de las SA y los oficiales de las SA por debajo del grado de coronel no tuvieron ni idea de los mismos, y es probable que tampoco se enteraran posteriormente.

No obstante, lo que [Blomberg] dijo en su telegrama de agradecimiento a Hitler es absolutamente correcto: mediante la decisiva intervención personal de Hitler en Bad Wiessee y los pasos que dio, había conseguido sofocar un peligro latente antes de que estallase en una conflagración que habría costado cien veces más vidas de lo que en realidad costó. Por qué las partes culpables no fueron puestas ante un juicio mediante tribunal marcial, sino que simplemente fueron fusilados, está más allá de mi comprensión.

Este último comentario es típico de la ingenuidad del mariscal de campo. Que Hitler no tenía derecho legal en absoluto para ordenar estas ejecuciones sin más, y que aquello fue una clara violación de la justicia, no se le ocurrió ni a Blomberg ni a Keitel en 1934: ellos solo vieron la amenaza de los vagos e inquietantes contornos de un estado de las SA posrevolucionario con el mascarón de proa de Röhm. Tal como escribió posteriormente el mariscal de campo Von Manstein:

Cuanto más lejanos del presente están aquellos días, más gente parece inclinada a minimizar el alcance del peligro que representaron las SA en la época que se encontraban bajo el liderazgo de un hombre como Röhm; eran un peligro no solo para el *Reichswehr* , sino para el propio estado.

Tanto Karl Ernst, el líder del grupo de las SA de Berlín, como su ayudante y jefe del Estado Mayor, fueron fusilados en la noche del 30 de junio al 1 de julio, la Noche de los Cuchillos Largos, mientras que Ernst Röhm, el jefe de Estado Mayor de las SA, fue fusilado temprano a la mañana siguiente; el general Kurt von Schleicher y su esposa fueron asesinados aquella noche en su hogar de Neubabelsberg, y también fue fusilado el mayor general von Bredow.

En la primavera de 1934 falleció el padre de Keitel, y este heredó la hacienda de Helmscherode. Keitel presentó la documentación para dimitir de su puesto y poder dedicarse plenamente a los asuntos de su hacienda familiar; quería que su renuncia tuviera efecto el 1 de octubre de 1934. Antes de esa fecha fue llamado por el jefe de Personal del Ejército, el general Schwedler, que le dijo que Fritsch estaba dispuesto a ofrecerle el mando de una división cerca de Helmscherode, y Keitel eligió una en Bremen, la 22.ª División de Infantería. Retiró su renuncia. «Tal es la fuerza del destino humano», decía Keitel en sus memorias. No duró mucho en su nuevo mando.

> A finales de agosto [1935] recibí una llamada telefónica de la comandancia del Distrito Militar, diciéndome que el comandante [general Von Kluge] quería que cogiese mi automóvil y me reuniese con él para discutir una cuestión muy urgente. En ese momento yo estaba en el campo de maniobras de Ohrdruf; nos reunimos cerca de allí y mantuvimos una tranquila conversación *à deux* . Se mostró extremadamente cordial, y me reveló que el 1 de octubre yo sustituiría a Von Reichenau como jefe [del *Wehrmachtamt* , la Oficina de las Fuerzas Armadas] en el ministerio de Blomberg, y que el único candidato alternativo para el puesto, Von Vietinghoff, había sido desechado. Me sentí muy afectado, y obviamente se me notó. Me dijo además que había sido Fritsch quien había estado detrás de mi nombramiento y que debería recordar que aquello era un voto de confianza tanto de Fritsch como de Blomberg. Le rogué que moviera cielo y tierra para evitar mi nombramiento, pues aún estábamos a tiempo. Podría decirle a Fritsch que, como soldado, yo nunca había sido tan feliz y que ahora era comandante de una división en Bremen; no quería tener nada que ver con la política. Prometió hacerlo, y nos despedimos.
>
> En el viaje de regreso a Bremen desde Ohrdruf me quedé unos días en Helmscherode, donde vivía mi esposa con nuestros hijos. Me animó a aceptar la oferta y a no hacer nada que perjudicase mis oportunidades de ascenso...

Keitel había tenido una relación amistosa con Fritsch desde hacía mucho tiempo, y consideraba a Blomberg un superior comprensivo, inteligente y culto. El ideal de Keitel era sostener la posición del ministro de la Guerra del Reich como comandante supremo de las Fuerzas Armadas, y crear para él en la Oficina de las Fuerzas

Armadas —y sobre todo en su Departamento de Defensa Nacional— un estado mayor conjunto eficaz que controlase las tres armas. Nunca se consideró a sí mismo adecuado ni por formación ni por talento para el papel de jefe del Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas; igual que Blomberg, reconocía la necesidad de crear ese cargo, pero nunca llegó a crearse. Tanto el Ejército de Tierra —en las personas del coronel general Fritsch y el general Ludwig Beck, este último como jefe de la Oficina de Tropa y un importante teórico militar— como la Armada se mostraron contrarios a estas innovaciones.

Pero fue el Ejército de Tierra quien se puso al frente de las protestas. El general Beck, jefe del Estado Mayor del Ejército, destacó a uno de sus más brillantes oficiales de Estado Mayor General, el bávaro Alfred Jodl, al Departamento de Defensa Nacional, con la vana esperanza de que Jodl fuese el defensor de los intereses del Ejército de Tierra. Pero Jodl, un brillante pensador, también se pasó al campo de las nuevas ideas. El odio de Beck por Keitel se volvió visceral, en la medida que se pueda decir esto de un hombre tan elegante como Beck.

Aún más problemático resultó hacer entrar en razón a la Fuerza Aérea alemana: esta tercera y nueva rama de las Fuerzas Armadas tenía como comandante en jefe al antiguo capitán de la fuerza aérea Hermann Göring, recién ascendido a coronel general, que disfrutaba de un poder político único, con sus cargos simultáneos de ministro de Aviación del Reich, primer ministro de Prusia y comisionado para el Plan Cuatrienal, todo eso aparte de ser muy próximo a los círculos del Partido.

La relación de Keitel con Blomberg era amable, pero fría e impersonal. Se toleraban mutuamente bastante bien, nunca discutían y ni siquiera estaban en desacuerdo; pero entre ellos había una ausencia total de cualquier contacto personal que uno podría esperarse, pues se conocían nada menos que desde 1914. El propio Keitel siempre atribuyó esta circunstancia a la forma en la que Blomberg se refugió en sí mismo tras la muerte de su esposa en la primavera de 1932. Por otro lado, su relación con Von Fritsch, el comandante en jefe del Ejército, era amistosa, cálida y de confianza.

A iniciativa de este último, pasaron a menudo juntos las vacaciones, charlando y recordando frente a una copa de vino.

En 1936 Keitel fue ascendido a teniente general; el año estuvo plenamente ocupado con la reconstrucción de las Fuerzas Armadas alemanas y trajo consigo los dramáticos días de la reocupación militar alemana de Renania el 7 de marzo de 1936, sobre la que, según Keitel, Hitler se había decidido tan solo unos días antes de llevarla a cabo:

> Fue una operación enormemente arriesgada, pues existía un peligro real de que los franceses nos impusieran sanciones. Las agrias protestas de las potencias occidentales llevaron a Blomberg a sugerir a Hitler que retirase los tres batallones que eran las únicas fuerzas que habían cruzado en realidad el Rin y que habían avanzado hasta Aix-la-Chapelle, Kaiserlautern y Saarbrücken. El segundo batallón del 17.º Regimiento de Infantería había entrado en Saarbrücken y estaba haciendo instrucción en la plaza del mercado mientras los cañones franceses estaban apuntando a la ciudad. Hitler rechazó cualquier idea de retirada de los batallones: si el enemigo atacaba, iban a luchar y no concederían ni una pulgada de terreno. Se emitieron las órdenes a tal efecto.
>
> Nuestros tres agregados militares en Londres elevaron las más violentas protestas. Fritsch y Blomberg presentaron renovadas quejas a Hitler, pero se negó a aceptar cualquier idea de ceder ante las amenazas. Nuestro Ministerio de Exteriores recibió una nota de Londres exigiendo garantías de que no se construirían fortificaciones al oeste del Rin, pero, en contra de mi opinión, Blomberg había volado a Bremen aquel día. En ausencia, el Führer nos convocó a Fritsch, Neurath [secretario de Asuntos Exteriores del Reich] y a mí mismo. Fue la primera vez —aparte de la primera ocasión en la que le había informado en compañía de otros muchos generales— que estuve frente a él. Preguntó qué propuestas tenían que hacer Fritsch y Neurath para nuestra respuesta a la nota diplomática, y por último me preguntó a mí. Hasta aquel momento yo me había limitado a ser un espectador silencioso. Tras preguntarme, sugerí que respondiésemos que, por el momento, no construiríamos allí fortificaciones permanentes. Podíamos decir aquello con una conciencia perfectamente clara, pues, teniendo en cuenta tan solo las consideraciones técnicas, nos llevaría por lo menos un año hacer cualquier cosa allí. El Führer me escuchó con calma y al principio pareció poco inclinado a aceptar mi sugerencia; a continuación decidió responder a la nota con evasivas: diríamos que tendríamos en cuenta su demanda, aunque no habíamos abrigado semejantes planes, ya que no veíamos necesidad para ello en ese momento. En vista de la forma en la que ya habíamos comenzado la construcción de fortificaciones a lo largo del resto de nuestras fronteras occidentales, aunque solo fueran parte de un programa a largo plazo diseñado para durar hasta 1950, nadie reconoció mejor que los

franceses el subterfugio no vinculante que estábamos utilizando con nuestra terminología.

Se le ordenó a Neurath que redactase esa respuesta, y Fritsch y yo nos despedimos de la presencia del Führer. Aquel fue mi primer encuentro oficial con Hitler. En los días siguientes se relajó la tensión: Hitler había jugado con fuego y había ganado y, en contra del consejo de sus militares, había evitado comprometerse de ningún modo. Había demostrado unos nervios de acero y el más desarrollado instinto político. No debe sorprender que aumentase nuestra estima por él.

* * *

En 1938, el teniente general Keitel, por entonces jefe de la Oficina de las Fuerzas Armadas, había sido recomendado a Hitler por Blomberg a su salida del Ministerio de la Guerra del Reich, para que se convirtiera en su nuevo *chef de bureau* (así es como Blomberg describe el puesto en un documento oficial). Blomberg podía recomendarlo con la conciencia tranquila. La Oficina de las Fuerzas Armadas ya era una estructura peculiarmente híbrida: en circunstancias normales, Blomberg habría tenido un subsecretario en su calidad de ministro de la Guerra y un «jefe de Estado Mayor» como comandante supremo de las Fuerzas Armadas. Pero en el Estado autocrático del Führer, sin vida parlamentaria y con solo algún plebiscito celebrado de cuando en cuando, el puesto de subsecretario de Estado había perdido importancia, y ni siquiera durante los años de la República de Weimar, con sus secretarías para la Defensa de carácter civil, había existido el cargo. De manera informal, el jefe de la Oficina Central del Ministerio de Defensa del Reich había asumido esas obligaciones.

Durante la época de Blomberg, el secretariado ministerial y el jefe de las oficinas de Estado Mayor se fundieron en uno. De ese modo, la Oficina de las Fuerzas Armadas unió bajo una sola persona una oficina de planificación estratégica, otra de mando militar, el departamento de defensa nacional y otros muchos departamentos que manejaban todas las teclas, funciones de inteligencia y administrativas del ministerio, así como su controvertida función de mando conjunto de las Fuerzas Armadas. La expansión sistemática de la oficina a la que aspiraba Keitel se interrumpió bruscamente a

causa de la caída de Blomberg a principios de 1938, igual que ocurrió con el desarrollo continuo de su departamento de defensa nacional para crear una «estado mayor de operaciones» conjunto para las tres armas, la Armada, al Fuerza Aérea y el Ejército de Tierra.

Keitel ha explicado que nunca imaginó lo que le esperaba cuando, sin dudarlo, aceptó asumir el cargo que le ofrecía Hitler como «jefe del Alto Mando de las Fuerzas Armadas», aunque ha reconocido que expresó su punto de vista en el sentido de que, lógicamente, el título oficial debería haber sido «jefe del Estado Mayor del Alto Mando de las Fuerzas Armadas». Podría pensarse que su poder no era tanto, pero durante la crisis Blomberg-Fritsch presionó para que su propio candidato fuese nombrado sucesor de Fritsch, y lo hizo con sorprendente obstinación y logrando finalmente su objetivo.

Su candidato era el mariscal de campo von Brauchitsch, descendiente de una familia de Silesia que había proporcionado a Prusia una docena de generales durante los ciento cincuenta años anteriores; lo hizo ir desde Leipzig hasta Berlín, donde durante algún tiempo había estado en el mando del IV Grupo de Ejércitos. Brauchitsch, educado en el Cuerpo de Cadetes y los Guardias de Artillería de Campo, se encontró con la plena aprobación de otros generales veteranos y, sobre todo, del muy pro-*junker* general Von Rundstedt. Por otro lado, su nombramiento selló el destino del sobresaliente y talentoso jefe del Estado Mayor General, el general Beck. Probablemente Keitel nunca tuvo sentimientos amistosos hacia este último, y sin duda Brauchitsch no tenía el menor deseo de trabajar con el jefe del Estado Mayor General.

De nuevo, Keitel insistió tenazmente en el nombramiento de su hermano como jefe de Personal del Ejército y en la eliminación dentro del entorno de Hitler del ayudante del Ejército, el dinámico y seguro de sí mismo coronel Hossbach. Este mantenía hábilmente y sin vergüenza las tradiciones del Estado Mayor General prusiano y había defendido las ideas del general Beck, quien creía que el mando de las Fuerzas Armadas era una cuestión solo del viejo y clásico Estado Mayor General. En estrecha colaboración con el comandante en jefe del Ejército, Keitel esperaba abrirse paso en el frente de los

otros dos comandantes en jefe y establecer un mando único conjunto de las Fuerzas Armadas.

En cualquier caso, la victoria de Keitel sobre el candidato del propio Hitler, Reichenau, fue pírrica: existe un peligro en el análisis retrospectivo de la crisis y las intrigas que rodearon a Blomberg y Fritsch, y es que se puede pasar por alto el hecho de que en ese momento Hitler aún no era de ninguna manera el ogro que demostró ser durante la guerra. En ese momento, Hitler tenía tras de sí una larga ristra de victorias diplomáticas y el propio Keitel ha comentado de manera objetiva lo impresionados que se sentían los simples soldados ante aquellos éxitos.

Keitel pensaba que conocía bien a Brauchitsch, y le había tenido en alta consideración desde la época en la que ambos habían sido jefes de departamento en la Oficina de Tropa y habían viajado juntos a la Unión Soviética. Pero aunque Keitel no estaba en posición de hacerse valer ante Hitler, Brauchitsch estaba aún peor dotado para ello que él: Brauchitsch era un hombre culto e incluso sensible de la vieja escuela.

Por su apariencia, por su buena educación, por su comportamiento como oficial de alta graduación y por su amaneramiento, Keitel era la completa antítesis de Hitler. Exteriormente, Keitel parecía un *junker* propietario de tierras: le gustaba comer bien; no rechazaba un vaso de vino, aunque rara vez aparecía uno en su mesa; le gustaba fumar un puro de vez en cuando, y era un excelente jinete y entusiasta cazador.

Hitler, por otro lado, era un vegetariano que mantenía una dieta singular y escasa; no bebía y desaprobaba enormemente a la gente que fumaba en su presencia (de manera que era algo que todo el mundo evitaba en la medida de lo posible); odiaba los caballos y consideraba que la caza era un asesinato de animales inocentes, un tema sobre el que era capaz de dejarse llevar por un gran sentimentalismo. El cabo, además, tenía una desconfianza instintiva hacia todos los oficiales de alta graduación, siempre temiendo que quizás no lo tomasen en serio.

En respuesta a un interrogatorio planteado por su defensa, el propio Keitel subrayaba lo duro que resultaba tratar con su nuevo

superior:

> Naturalmente, se me reconocía el derecho a dar voz a mis propias opiniones. Pero el Führer solía interrumpirme y decirme lo que él pensaba y cuáles eran sus propias opiniones. No era una tarea fácil contradecirle. A menudo solo podía dar mi opinión en alguna ocasión posterior.

Una vez más, Keitel describía el comentario de Hitler cada vez que presentaba alguna objeción:

> No sé por qué se acalora usted por esto. Usted no es responsable, la responsabilidad es solo mía.

Keitel describió, tanto al doctor Nelte, su abogado defensor, como a uno de los interrogadores americanos, lo alterado que se sentía al principio por el tono que utilizaba Hitler al tratar con él. También a este respecto, Hitler había sido un «revolucionario» y Keitel el soldado de la vieja escuela. Por desgracia, esto le privó a menudo de la confianza que necesitaba para oponerse a los métodos y fanfarronadas de Hitler: «Veíamos las cosas de manera diferente». Keitel añadía que nunca tuvo la impresión de que Hitler tuviera una confianza auténtica en él; pero consideraba que era su deber no participar de los ataques de Hitler contra el cuerpo de oficiales y el Ejército. «Yo era», comentaba, «el pararrayos de Hitler».

Por otro lado, Keitel, el soldado, estaba convencido de que el hombre que gobernaba el Reich y las Fuerzas Armadas poseía talentos extraordinarios. En efecto, Hitler tenía dones inusuales en muchos campos, disponía de una oratoria seductora, una enorme memoria para el detalle, incluso en cuestiones militares, y una tremenda imaginación, fuerza de voluntad y audacia. Desde el punto de vista de Keitel, la fidelidad tradicional debida al soberano se transfería automáticamente al nuevo capitán del destino de Alemania; esta era la misma adhesión a la persona del monarca que había gobernado durante siglos el pensamiento del cuerpo de oficiales de cualquier Estado alemán. El «Führer» se convirtió inconscientemente en una especie de «*Ersatz-Kaiser* » [sustituto del káiser]. Y aunque el soberano pudiera ser una persona difícil, o se comportase de manera anormal y, en opinión de muchos, incomprensible, también él era tabú. Pronunciarse de forma crítica

acerca de él, tanto en público como en privado, era un deshonor. Se consideraba contrario al sentido del deber expresar dudas acerca de la conveniencia de ciertas órdenes impartidas a cualquiera. Pero una vez que el soberano se decidía sobre las mismas, entonces el oficial tenía el deber de cumplir las órdenes y conformarse a ellas.

Esta norma era la más básica del código de honor de los viejos *junkers* prusianos del siglo XVIII , como una expresión de la racionalización del concepto de lealtad que había surgido en tiempos del káiser Guillermo. En el caso de un líder como Hitler, este código era especialmente peligroso; y, sin embargo, era en el que creía el mariscal de campo Keitel. Había algo más que eso: Hitler tenía el don de ser capaz de influir en la gente; y lo utilizó a menudo con Keitel, aunque él fuese un oficial de gran valía. En su interior se sentía indefenso frente a un hombre con tanto carisma, hasta el punto de que durante mucho tiempo se sintió obligado a estar de acuerdo con las valoraciones del Führer, considerándolas más precisas que las de experimentados militares.

> En el fondo de mi corazón yo era un fiel escudero para Adolf Hitler; mi convicción política habría sido nacionalsocialista.

Así es como Keitel se describía a sí mismo ante el coronel doctor Bohuslav Ecer, de la oficina de abogados defensores del juez checoslovaco, en un interrogatorio preliminar el 3 de agosto de 1945. Pero subrayó que anteriormente, durante el Reich del káiser y la República de Weimar, no había tenido inclinaciones políticas y no había tomado parte en actividades políticas; así que no había sido un «nazi», añadió.

Por otro lado, Keitel admite que cuando se le preguntó acerca de los costes del programa de rearme alemán, «casi se cayó de espaldas» al enterarse de que el 1 de septiembre de 1939, durante su primer discurso de guerra, Hitler los había estimado en noventa mil millones de marcos del Reich, cuando, de hecho, no podían haber sido más de treinta o cuarenta mil millones como mucho. Todas estas exageraciones y mentiras eran parte del maquillaje de este «Señor Supremo de la Guerra». Para Keitel, Hitler —tanto el hombre como el Führer— siempre fue un enigma. El suicidio de

Hitler al final de la guerra y, por lo tanto, su evasión de la única responsabilidad que con tanta franqueza y vehemencia había reclamado para sí en sus discusiones con Keitel fue algo que el mariscal de campo no consiguió comprender en absoluto. Pero incluso entonces, en el momento más álgido de su desgracia, rechazó despojarse de su papel de «escudero» de Hitler, aunque debiera pagar su lealtad con su propia vida.

* * *

Los documentos y cartas que se reproducen en este libro, en la medida que proceden de los papeles dejados por el mariscal de campo Keitel, tienen su origen en dos depositarios principales: en primer lugar, está la correspondencia depositada en el archivo de su abogado defensor en Núremberg, el doctor Otto Nelte, y el gran número de cartas escritas por la esposa del mariscal de campo a su madre, su padre y su suegro; las cartas han sido reproducidas literalmente, pero, para una mejor legibilidad, se han eliminado las habituales líneas punteadas que indican omisiones. En segundo lugar, están las memorias y recuerdos escritos por el propio Keitel en su celda de Núremberg mientras aguardaba su sentencia y ejecución, redactados sin tener acceso a ningún documento ni material.

El propio Keitel describe la tensión de los últimos meses antes de su juicio y ejecución en una nota sobre su vida, al final de la cual señalaba:

> Las condiciones bajo las cuales hemos estado viviendo aquí desde hace cinco meses [en prisión preventiva en el Palacio de Justicia de Núremberg] son en realidad muy poco envidiables, pues no sé nada sobre lo que le ha ocurrido a mi país o a mi familia, y de hecho, sobre lo que me ha ocurrido a mí mismo. Durante los últimos dos meses se nos ha permitido escribir cartas y postales, pero no hemos recibido respuestas.
>
> Es evidente que todas estas circunstancias no dejaron de tener efecto en mi salud, nervios y estado de ánimo. Desde mayo [1945] he perdido doce kilos, de los cuales seis los he perdido en las últimas ocho semanas aquí, en la prisión de Núremberg. Ahora ya no puedo perder más.
>
> Puedo entender bien el hecho de que nosotros, los soldados, vayamos a ser llamados por el tribunal militar de los Aliados para rendir cuentas y que

tenemos que permanecer apartados mientras continúen las investigaciones, pero encuentro que el hecho de que se me prive incluso de los más humildes artículos de primera necesidad para mi celda es una carga mucho más dura de soportar que los pesados interrogatorios, donde cada testimonio que preste —estando bajo juramento— debe ser cuidadosamente sopesado.

Menciono tan solo unas pocas privaciones. Desde las cinco y media de la tarde, o cuando oscurece —lo que en este momento es considerablemente antes de esa hora— debo sentarme y permanecer a oscuras, porque me han quitado mis gafas y es imposible leer incluso bajo la trémula luz que entra desde el pasillo. En segundo lugar, solo cuento con un camastro y una pequeña mesa, y ningún escritorio o estantería, e incluso se me ha quitado la silla de madera. En tercer lugar, no hay nada para colgar o dejar sobre ellos mi traje y la ropa interior: me veo obligado a dejarlos sobre el suelo de piedra, de manera que resulta imposible mantener la ropa limpia. En cuarto lugar, la ventana que ventila la celda y regula la temperatura no puede abrirse o cerrarse desde dentro. En quinto lugar, estoy limitado a diez minutos de ejercicio al aire libre cada día.

Estas son tan solo las peores privaciones, que parecen ir algo más allá de lo que ya es un mobiliario decididamente austero de una prisión preventiva. Los efectos de todo esto en mi estado de ánimo, y la incertidumbre sobre mi destino, se están cobrando gradualmente su peaje sobre mis capacidades físicas y mentales.

Debo subrayar que al describir la lista de razones para mi desenfrenado declive físico y mental *no me estoy lamentando* , porque no tengo dudas sobre las intenciones básicamente buenas de mis custodios más cercanos [los americanos] y porque me he beneficiado personalmente de la múltiple ayuda de los cirujanos militares americanos, y debo expresarles mi más sincero agradecimiento. Pero mis permanentes dolores de espalda son una tortura física para un hombre de sesenta años al que ni siquiera se le permite tener una silla con respaldo.

Como se verá por el cuerpo principal de las memorias, Keitel no tuvo tiempo de releer o revisar su manuscrito original y, como es de esperar, hay muchos errores de cronología, ortografía y detalles, y en ocasiones frases sin verbos o sin terminar. Teniendo presente que es un documento histórico de la mayor importancia, el editor [Walter Görlitz] ha considerado necesario ampliar la puntuación y, a veces, corregir la gramática del original; y en la edición traducida se han corregido las fechas incorrectas y las ortografías erróneas de algunos nombres, aunque allí donde hay dudas sobre el sentido exacto

buscado por Keitel, se ha anotado el texto o se ha dejado sin corregir. En ocasiones, el editor ha insertado sugerencias de finales para oraciones y frases explicativas entre corchetes. Los subrayados originales de Keitel se han marcado en cursiva.

En general, resulta asombroso que, a pesar de la gran tensión mental de las semanas transcurridas entre su sentencia y su ejecución, el mariscal de campo fue capaz de escribir un relato coherente de su vida y una descripción de su *modus operandi* durante estos años decisivos de la historia de Alemania. Pero quizás este trabajo fue un acto de amor de alguien que había tenido que acostumbrase a la fuerza al trabajo militar de escritorio durante las dos décadas anteriores, y fue también una distracción, porque le dio algo en que ocupar su mente. Nadie afirmará que el mariscal de campo fuera un escritor nato, ni reconocerá la labor de un gran historiador en sus escritos. El lenguaje de este, su primer y único libro, es a menudo aparatoso y enrevesado. Posiblemente Keitel habría alterado y reformulado gran parte si hubiera tenido tiempo para hacerlo.

Pero si estimaba en poco la perspectiva de escribir un relato dramático y colorido, se debe recordar también que, en sus informes redactados durante la guerra y sus órdenes escritas, siempre intentó expresar lo que tenía que decir con palabras sinceras y bien elegidas. Estaría bien recordar esta sencillez a la hora de leer sus memorias.

PARTE II. LAS MEMORIAS DEL MARISCAL DE CAMPO KEITEL

2. LA CRISIS BLOMBERG-FRITSCH

Para el invierno de 1936 a 1937, Blomberg había ordenado que las Fuerzas Armadas llevasen a cabo unas maniobras conjuntas, lo que nos permitiría estudiarlas con vistas a su preparación para la guerra, y aclarar los problemas latentes en la disputa entre nosotros y el Estado Mayor General del Ejército; las maniobras servirían como un importante examen práctico sobre las distribuciones relativas de autoridad dentro de los escalones superiores de la estructura militar. Como jefe de Departamento de Defensa Nacional, el general Jodl dirigió las maniobras en estrecha colaboración conmigo. Blomberg, Jodl y yo mismo esperábamos que resolverían los puntos de vista conflictivos que aún existían, aunque nos dábamos perfecta cuenta de que estábamos enfrentándonos a una cuestión extremadamente delicada por la que no cosecharíamos agradecimientos, sino acusaciones de traición por parte del Estado Mayor General; yo era absolutamente consciente de que, como jefe de departamento responsable de las decisiones que se tomaran durante las maniobras, me convertiría en objetivo natural de sus enemistades. Me considerarían el creador espiritual de aquella innovación [maniobras dirigidas por un estado mayor de operaciones conjunto].

Blomberg celebró una conferencia final con sus generales y almirantes de servicio, en presencia de Hitler.[1] El resultado fue un estallido de indignación incontrolada por parte del Estado Mayor General del Ejército: el gato ya no estaba encerrado. Cuando Hitler y Blomberg abandonaron juntos la sala, Fritsch se abrió paso hasta mí y declaró que aquellos planes para un control de alto nivel de las operaciones del Ejército eran imposibles de respaldar. Creo que fue la única vez en la que se desbordó su ira de tal modo que no pudo evitar volcar toda su rabia sobre mí; nunca volvimos a hablar de aquel incidente después de aquel día. A ojos del Estado Mayor General, resultaba bastante difícil de defender que el «ministro del

Ejército» aspirase a ejercer la función de mando; y el Alto Mando del Ejército [*Heeresleitung*] anunció que se negaba a reconocer la autoridad absoluta de Blomberg sobre las Fuerzas Armadas. Yo era demasiado ingenuo, demasiado inocente y demasiado lógico para ver que, al expresar mi opinión sobre la solución que me parecía más obvia, había provocado semejantes enemistades o me había colgado yo mismo una piedra alrededor del cuello. Después de todo, en tiempos de Heye, Blomberg había sido jefe del Estado Mayor del Ejército —denominado Oficina de Tropa [*Truppenamt*]— y, como tal, había sido el predecesor de Adam y de quien estaba en el cargo en aquel momento, Beck, con quien mis relaciones amistosas habían sido ahora destruidas sin posibilidad de ser reparadas.

Celebré con Beck reuniones que a menudo duraron horas, pero ninguno de mis intentos recompensaron mis esfuerzos por obtener su aprobación para los decretos que Blomberg estaba a punto de promulgar a fin de hacerse con el control unificado de las Fuerzas Armadas, ni para tener en cuenta sus objeciones. Por ejemplo, lo visité varias veces con el borrador de la primera «Directiva de movilización y batalla para las Fuerzas Armadas» de Blomberg promulgada finalmente en el verano de 1937; le entregué el borrador para su revisión y me lo devolvió con numerosas notas al margen. Eran en gran medida de naturaleza formal, pero delataban claramente su reprimida incomodidad de que alguien pudiera atreverse a darle órdenes a su Ejército. Cuando por fin me dijo que el Estado Mayor General no tenía intención de realizar ninguno de esos «preparativos» que Blomberg exigía ante la insistencia de Hitler, sin duda a causa de la valoración política y estratégica de la situación del Estado Mayor General, cambié la palabra «preparativo» por «revisión», un compromiso muy débil, pero ante el que Blomberg sin duda hizo la vista gorda cuando por fin firmó el documento. Jodl y Zeitler, su jefe de Operaciones, se mostraron muy indignados en ese momento por mi capitulación ante Beck.

De hecho, el Estado Mayor General procedió a enterrar la directiva en algún lugar seguro y a no emprender *ninguna* acción en absoluto. En los juicios de Núremberg, se le ha concedido al documento una importancia exagerada y los testimonios que Jodl y yo hemos

prestado sobre sus orígenes se han topado únicamente con una compasiva desconfianza. En realidad, no hubo un plan de contingencia *Otto* [*Fall Otto*], ni planes de contingencia *Verde* o *Rojo* , sino únicamente la más tenue defensa de nuestras fronteras hacia el este y el oeste, y preparativos para la evacuación de las áreas de frontera amenazadas al oeste del Rin y al este del Óder. Lo que de verdad temíamos Blomberg y nosotros en aquel momento era la posibilidad de castigo por lo que habíamos descubierto en la campaña italiana en Abisinia; continuaba pendiendo sobre nosotros una espada de Damocles todo el tiempo que nuestro programa de rearme se encontrara únicamente en fase organizativa; había que recordar que ya no teníamos ni siquiera un ejército de siete divisiones en pie de guerra, pues se había dividido a lo largo y ancho de todo el Reich desde el 1 de octubre de 1935 para constituir los núcleos para la formación de un nuevo ejército de treinta y seis divisiones.

En cualquier momento, nuestros vecinos habrían podido invadir nuestras fronteras con impunidad y exigir nuestro desarme. Nuestro ejército no disponía ni de tanques ni de artillería pesada, y todavía estaba insuficientemente equipado en lo relativo a armas de infantería; nuestra Armada no era relevante y nuestra Fuerza Aérea seguía en una laboriosa fase de construcción. Cualquier tipo de intervención militar habría acabado con nosotros. Nadie mejor que Hitler sabía esto, y fue de acuerdo con estos peligros como adaptó su política exterior.

El siguiente paso de Blomberg en su campaña por un control más estrecho sobre las Fuerzas Armadas fue dirigirse a mí para que preparase las maniobras militares que también implicarían a la Armada y a las Fuerzas Aéreas. Durante un viaje a Escandinavia a bordo del *Grille* , Blomberg definió los objetivos de las maniobras que iba a dirigir Jodl. Cuando posteriormente yo informé a Fritsch [comandante en jefe del Ejército] que, naturalmente, el Ejército de Tierra llevaría la parte del león de las maniobras, se limitó a sonreír benévolamente ante la prevista «situación de guerra» y declaró que la región de Mecklenburg escogida para las maniobras resultaba bastante inapropiada. Le pedí que seleccionara un estado mayor del

cuartel general para controlar al ejército, así como unidades para reconocer las áreas de maniobras. Estuvo de acuerdo con ambas peticiones, y seleccionó al general Halder, el por entonces jefe del Departamento de Formación, para que asumiera el mando del Estado Mayor del Cuartel General. El general Beck, jefe del Estado Mayor General, era de una naturaleza demasiado altanera para prestarse a semejante aventura, que consideraba condenada al fracaso desde un principio. Puesto que solo estuve rondando en segundo plano todo el tiempo y casi no tuve participación en los trabajosos preparativos y en la dirección de las maniobras, me encuentro en posición de juzgarlas: consideraría toda la empresa como bastante exitosa; hay que conceder a Jodl todo el mérito posible por ello.

Cierto número de personajes ilustres habían aceptado la invitación de Blomberg para presenciarlas, incluyendo al [mariscal de campo sir Edmund] Ironside, el jefe del Estado Mayor Imperial británico, el jefe del Estado italiano Mussolini y su séquito, y misiones de varios países más y todos los agregados militares en Berlín. Exhibimos por primera vez nuestra flota y nuestra fuerza submarina atacando Swinemünde; exhibimos nuestros bombarderos de la fuerza aérea en operaciones de apoyo terrestres y navales, realizando bombardeos desde gran altura y en picado; y mostramos una débil división acorazada con tanques ligeros equipados solo con ametralladoras, pues en aquel momento no disponíamos de modelos pesados.

Después, los invitados de Blomberg se reunieron a tomar un café en el comedor de la base aérea en Tutow, donde habíamos instalado nuestro cuartel general durante los últimos días de preparativos de las maniobras. El general Halder merece un mérito especial por su éxito en aquel primer intento de operaciones combinadas y por el hecho de que transcurrieran de una manera tan suave; desempeñó su oneroso papel de una forma ejemplar y contribuyó más que nadie al éxito conjunto.

La única nota discordante que se me ordenó neutralizar fue la súbita aparición en el cuartel general del equipo «Azul» de un batallón especial de corresponsales militares y reporteros de guerra

a propuesta del ministro de Propaganda. El jefe del Estado Mayor Von Rundstedt expulsó a los caballeros con muy poca ceremonia, y el resultado fue que se sintieron profundamente ofendidos y dijeron todos que querían regresar a sus casas. Tuve que pasarme por allí y calmar al equipo, que, en cualquier caso, estaba al cuidado de un oficial proporcionado por mi Oficina de las Fuerzas Armadas, y restablecer la paz entre periodistas y Hoepner, el jefe de estado mayor implicado, de manera que los corresponsales pudieron retomar sus actividades y obtener la información que querían.

Fue desde Tutow desde donde realicé mi primera visita al guardabosques jefe Müller en la península de Darss, que había sido declarada reserva de caza y a la que Göring me había invitado para cazar ciervos en el periodo de berrea. Me recibió con gran hospitalidad y en aquella ocasión forjé con él lo que acabaría siendo una cálida amistad que me proporcionaría muchas horas de felicidad en la península. A comienzos de octubre, cacé mi ciervo.

Después de las maniobras de las Fuerzas Armadas, Mussolini completó su visita en Berlín, donde fue invitado del Führer. En Berlín hubo un desfile en su honor, con una concentración de masas aquella noche en el estadio del Reich, con Hitler primero, y después Mussolini, este último hablando también en alemán, dirigiéndose desde la tribuna de oradores a una multitud de casi cien mil personas. La multitud se disolvió bajo un chaparrón y comenzó a llover con fuerza, mientras, durante casi una hora, intentábamos en vano llegar hasta nuestro automóvil para marcharnos a casa.

El 1 de octubre [de 1937] reconocí parcialmente la Oficina de las Fuerzas Armadas que, mediante la ampliación forzosa de sus funciones, ya había comenzado a extenderse en varias direcciones. Agrupé lo que hasta aquel momento habían sido departamentos pequeños dentro de oficinas y ramificaciones de mayor tamaño con la creación de la Oficina de Operaciones de las Fuerzas Armadas [*Wehrmacht-Führungsamt*], una oficina para economía y armamento, y una para inteligencia con tres departamentos (I- Servicio de Inteligencia; II- Sabotaje, y III- Contraespionaje), al último de los cuales estaba subordinado nuestro departamento de exteriores.

Por último, formé, a partir de las diversas ramas que anteriormente estaban agrupadas en la categoría general de «Interior», una «Oficina General de las Fuerzas Armadas». Las oficinas estaban dirigidas por generales a los que se les concedía gran flexibilidad para emprender acciones de forma independiente. Este fue nuestro primer paso, casi no intencionado, hacia lo que tiempo después se convertiría en el OKW, el Alto Mando de las Fuerzas Armadas, aunque es ese momento yo tenía unos motivos bastante diferentes para colocar aquellos cimientos. Mi propia idea, que estaba en claro acuerdo con la línea de pensamiento de Blomberg y a la que él se sumó por completo, era establecer una distinción más clara entre su mando y sus funciones puramente ministeriales de manera que, como comandante supremo y encarnación definitiva del liderazgo militar, tendría un *Oberkommando der Wehrmacht* , un Alto Mando de las Fuerzas Armadas, mientras que, en su condición de ministro, poseería una especie de secretaría ministerial; así, promulgaría sus órdenes y decretos bajo los encabezamientos apropiados, unas veces como «comandante supremo de las Fuerzas Armadas», y otras como «ministro del Reich de la Guerra». A todos los efectos, esta segunda función me sería transferida para la toma de todas las decisiones no básicas; yo sería una especie de subsecretario de estado ministerial, mientras que el primer cargo establecería su función de mando más claramente que hasta aquel momento.

De este modo se podría llevar adelante una guerra. La oficina de operaciones de las Fuerzas Armadas adquiriría un jefe de Estado Mayor General además de a mí mismo, mientras que yo aliviaría al comandante supremo de la mayor parte de sus funciones ministeriales. Aún hoy en día considero que esta solución era la correcta; el comandante en jefe del Ejército avanzaría aún más en estas líneas durante la guerra si nombraba un comandante del Ejército de Reserva que fuese autónomo en gran medida y asumiese la carga principal del trabajo administrativo del Ejército. Me resultaba evidente que el comandante supremo de las Fuerzas Armadas necesitaba un Estado Mayor de operaciones de alto rango, aunque fuese pequeño, y que la selección de su jefe era una cuestión de

personalidad y confianza que debería, sin embargo, ser abordada únicamente justo antes o en el momento del estallido de una guerra. Yo, personalmente, nunca abrigué ambiciones respecto a este cargo; carecía de las características esenciales para el mismo como resultado de mi educación militar. Blomberg y yo estábamos absolutamente de acuerdo a este respecto; la razón por la que esta organización nunca llegó a ponerse en marcha es de sobra conocida. Los nombres que se eligieran para los cargos si hubiera existido esta organización son de una importancia marginal. En aquel momento, yo pensaba en términos de «jefe del OKW» o «maestre de campo general de las Fuerzas Armadas».[2]

Mis contactos oficiales con los agregados militares extranjeros eran únicamente de una naturaleza informal y poco frecuente, como era también el caso con nuestra propia oficina del agregado; me sentí encantado de que no me cargaran con visitas oficiales y, si estas resultaban inevitables, pedía que también estuviera presente la oficina del agregado, pues estaba familiarizado con la forma de abordar estas actividades husmeadoras [*Schnüffeleien*]. Solo Oshima [el agregado militar japonés] era un visitante habitual y bien recibido en mi oficina; esperaba sus visitas, igual que agradecía la oportunidad de recopilar información sobre su guerra en el teatro de operaciones chino. Fue él quien me dijo durante una visita oficial cerca de las Navidades de 1937 que, en su opinión, aún podían tomar Nanking (su captura era inminente) y que entonces deberían terminar su guerra con China alcanzando un compromiso a cualquier precio. Tenía razón, pero, por desgracia, las cosas fueron de otra manera, porque Tokio no compartía sus puntos de vista y no fue capaz de reconocer que la guerra en espacios amplios no tenía final si uno no se sentía fácilmente satisfecho como vencedor, sino que debería aumentar continuamente sus expectativas e intentar conquistar más terreno.

Con el estallido de la guerra chino-japonesa, Hitler había descartado finalmente las políticas respecto a China auspiciadas por Blomberg y Reichenau y había retirado de China la misión militar alemana. Blomberg había convencido a Hitler para que enviase a

Reichenau a China en el invierno de 1935-1936; nuestro mediador con China era un cierto herr Klein, un antiguo banquero y agente de la empresa de Otto Wolff. Había creado grandes esperanzas de un comercio muy considerable con China mediante el cual ellos enviarían materias primas para nuestro programa de rearme a cambio de entrega de armas y la creación de fábricas de municiones, armas pequeñas y cañones, así como arsenales en China. A Reichenau se le especificó que visitase allí al general Von Seeckt, para mantener los contactos de herr Klein con Chiang Kai-shek seguros a buen recaudo y para que se familiarizase con la realidad china.

Todo aquello era, en realidad, algo en pro de la construcción del imperio político de Reichenau. Aunque el general Von Seeckt era, de hecho, el primer consejero nombrado por el emperador no coronado de China [es decir, Chiang Kai-shek], había tenido que retirarse a la soledad de las montañas por motivos de salud y poco después fue reemplazado por el general Von Falkenhausen, el bullicioso jefe de la misión militar alemana propiamente dicha.

Los contratos de herr Klein y los acuerdos firmados por Reichenau en representación del ministro de la Guerra de Alemania y, por lo tanto, del Gobierno del Reich, nunca fueron más que unos trozos de papel, a pesar de lo cual nos proporcionaron unos pocos cargamentos de huevo en polvo y productos alimenticios junto con unos miles de toneladas de antimonio, bismuto y otros metales preciosos de los que apenas disponíamos.

Se me encargó compensar nuestras inversiones malgastadas en oro contra la cuenta de nuestro presupuesto de servicios con el Ministerio de Finanzas. Una alta condecoración china, regalada con ocasión de una visita que hicieron a Blomberg el ministro de Finanzas chino, Kung, y sus ayudantes, fue la única propiedad que logramos gracias a nuestras políticas en China.

El Führer insistió ahora en que desmantelásemos todos los vínculos entre nuestros países, y eso incluía enviar a casa al hijo de Chiang Kai-shek, que era oficial en un regimiento de infantería en Múnich y vivía con Reichenau, el comandante del Distrito Militar VII.

De esta forma, quedaba abierta la vía para el *rapprochement* germano-japonés al que ahora aspiraba Hitler.

Blomberg me dejó para visitar al general Von Seeckt después de su regreso de China e informarle de que la misión militar allí estaba liquidada. El general Von Seeckt escuchó en silencio mi declaración, luego me hizo saber sus propias opiniones sobre la situación en China y los planes del jefe del Estado para acabar la incipiente guerra civil. Declaró que Chiang Kai-shek era el más acérrimo enemigo del comunismo y que no se debería pasar por alto este hecho. Fue la última vez que vi a Von Seeckt; probablemente había observado que Blomberg evitaba encontrarse con él cara a cara. Aproximadamente seis meses después, lo enterramos en el cementerio militar.[3]

> [En enero de 1938 se anunció el compromiso entre el hijo mayor del mariscal de campo Keitel, el teniente Karl-Heinz Keitel, y Dorothea von Blomberg, una de las hijas del ministro de la Guerra, con las bendiciones de ambos padres. Keitel no hizo intento alguno de ocultar el hecho de que con aquel enlace de su hijo con la hija de Blomberg estaba buscando una entente con su superior, el propio mariscal de campo Von Blomberg.]

Nunca soñé que Blomberg estuviera buscando de nuevo una esposa, y aún menos imaginaba lo que ocurrió a continuación. La única cosa que me había extrañado era que en dos ocasiones había viajado solo en su automóvil a Oberhof, en el bosque de Turingia, vestido de civil, y dejándome tan solo una nota con su hotel y su número de teléfono en caso de que necesitase hablar urgentemente con él. Su asistente jefe, el mayor Von der Decken, se limitó a encogerse de hombros y me dijo que no había nada que pudiera contarme en detalle; tan solo sabía que se suponía que Blomberg estaba visitando a una dama que se había roto el tobillo esquiando. Yo tenía mis propias ideas, pero no quise compartirlas con nadie, ni siquiera con mi esposa.

Aproximadamente a mediados de diciembre [1937] Ludendorff falleció después de una grave enfermedad; el Führer decretó un funeral de Estado en Múnich con un discurso pronunciado por Blomberg en calidad de representante de mayor edad dentro del

Ejército. Mientras tanto, el Führer había ascendido ceremoniosamente a Blomberg al grado de *Generalfeldmarshall* , haciéndole entrega de su bastón de mariscal de campo ante un público compuesto por oficiales de alta graduación de las tres armas del Ejército en el gran salón del edificio del Ministerio de la Guerra.

Con motivo de nuestro viaje a Múnich, encargué un pequeño tren especial para el mariscal de campo y para nosotros mismos al que se le había añadido el reluciente nuevo vagón-salón que le había dado el Führer. Nos vimos obligados no solo a ir a recogerlo a Oberhof, sino también a dejarlo de nuevo allí tras nuestro regreso de Múnich. Ninguno de nosotros —y él menos que nadie— imaginaba entonces que ese sería su primer y último viaje en aquel vagón.

En Navidad, Sibylle y «Dorle» [es decir, Dorothea], las hijas de Blomberg, se quedaron con nosotros mientras su padre celebraba las fiestas, de nuevo en Oberhof. Para entonces, yo ya tenía la imagen mucho más clara: iba a casarse otra vez. Él mismo confirmó mis sospechas de manera fortuita cuando regresó: estaba pensando en una boda discreta en enero. Era cierto, admitió, que la dama en cuestión procedía de un *milieu* sencillo, pero aquello no le suponía un obstáculo; en cualquier caso, ya se había decidido a dar aquel paso. Estaba encantado, me dijo, de que su Dorle se hubiera comprometido con mi Karl-Heinz, e incluso le hubiera gustado encontrar algún modo de que nuestros hijos se casaran antes; les entregaría una cantidad de dinero mensual adecuada. En cualquier caso, en nuestra moderna Alemania nacionalsocialista no era una desgracia casarse con una «hija del pueblo», y le traían sin cuidado los cotilleos de la llamada «sociedad». Había reunido a todos sus descendientes, habían discutido el asunto con la mayor franqueza y todos le habían mostrado la mayor comprensión sin poner obstáculos en su camino. Eso fue todo lo que pudimos saber mi familia y yo: se trataba de una «hija del pueblo» sin nombre. Se nos pasaron por la mente varias sospechas extrañas, pero yo dudaba en plantearle a Blomberg preguntas concretas si él, cualesquiera que fuesen sus motivos, había preferido no discutir la cuestión.

Por sus ayudantes, me enteré de que la boda, civil, iba a celebrarse de manera absolutamente privada a mediados de enero,

en un salón del edificio del Ministerio de la Guerra y que Hitler y Göring habían aceptado invitaciones para asistir como testigos. Yo no recibí invitación para la ceremonia, a la que no seguiría ningún servicio religioso; probablemente solo estarían presentes tres ayudantes del ministro de la Guerra y, si no me equivoco, Von Friedenburg, un amigo de la familia y su antiguo ayudante naval. Aquella tarde, Blomberg abandonó Berlín con la joven dama para disfrutar de una luna de miel de la que la prensa publicó una fotografía tomada en Leipzig o Dresde que los mostraba visitando un zoológico, con la pareja posando delante de una jaula repleta de monos. Me impresionó por su enorme falta de gusto.

Su luna de miel hubo de interrumpirse repentinamente porque la anciana madre de Blomberg, que vivía en Eberswalde con una de sus hijas, cayó gravemente enferma con escasas esperanzas de recuperación. No sé si el dolor fue un factor determinante o no; fräulein [Margarete] von Blomberg, que telefoneaba con frecuencia a mi esposa desde la muerte de su madre, estaba envuelta en el silencio, de modo que nunca supe si su madre había conocido en efecto detalles más cercanos sobre la esposa de Blomberg. Fui al funeral de frau Von Blomberg y vi a la pareja de pie junto a la tumba en el cementerio de Eberswalde; el rostro de la joven estaba oculto por un espeso velo y resultaba irreconocible. En esta ocasión se habían suprimido las condolencias de los allegados, y la pareja fue la primera en desaparecer; ni siquiera pude expresarles mi pésame.

Hacia finales de mes, el jefe de Policía de Berlín, el conde Von Helldorf, me llamó por teléfono a mi despacho para pedirme una cita urgente. Estaba muy alterado y comenzó a preguntarme por el aspecto de la joven esposa. Le pareció difícil de creer que —aparte del funeral en el cementerio de Eberswalde— no hubiera puesto mis ojos en ella, en especial porque desde el compromiso de nuestros hijos, yo era uno más de su familia. Al final, extrajo de su bolsillo una tarjeta de registro de cambio de domicilio con una fotografía tipo pasaporte de una tal Erna Gruhn. Esta ficha policial informaba sobre su mudanza al piso de Blomberg en el edificio del ministerio en la calle Tirpitzufer; se la habían enviado desde la comisaría local.

Lo que quería saber Helldorf era si la mujer de la fotografía era idéntica a la joven esposa de Blomberg; fui incapaz de contestar a esa pregunta. Helldorf solicitó que encontrase de inmediato a Blomberg y le preguntara abiertamente sobre esta cuestión, pues resultaba vital para establecer la verdad. Me quedé tan petrificado que telefoneé de inmediato a la oficina externa del ministerio para preguntar si Blomberg estaba accesible; me dijeron que no, porque se había marchado a Eberswalde a poner en orden ciertos asuntos de su difunta madre. Helldorf escuchó mi conversación telefónica. Al final, me lo contó. Fräulein Erna Gruhn, cuyo nombre correspondía, según había comprobado la Policía, con el de la esposa de Blomberg tenía, en realidad, un informe criminal por inmoralidad. Resultaría indecoroso por mi parte explayarme en los detalles, que pude leer personalmente en su ficha policial.

Ahora sabía por qué Helldorf estaba tan alterado; le expresé mi convencimiento de que sin duda Blomberg disolvería el matrimonio de inmediato si se demostrase la identidad de su esposa más allá de cualquier duda. Discutimos sobre cuáles deberían ser los siguientes movimientos: yo dije que estaba preparado para enseñarle la ficha policial a Blomberg al día siguiente, aunque no podía ocultar el hecho de que, como futuro suegro de su hija, este asunto me resultaba enormemente embarazoso. Sin embargo, Helldorf se negó a dejarme la ficha hasta el día siguiente; me dijo que prefería no perderla de vista; quería aclarar el asunto de una vez. En consecuencia, le remití a Göring, quien, como testigo de su boda, había conocido y visto en persona a la dama.

Helldorf se mostró absolutamente de acuerdo con esta solución. Telefoneé al despacho de Göring para concertar su reunión, y Helldorf se presentó allí de inmediato. Yo seguí dándole vueltas al asunto; esperaba también que ahora me viese liberado de ser yo quien le hiciese a Blomberg la penosa revelación, pues apenas cabía la menor duda de que la Erna Gruhn de la ficha policial, que informaba sobre su cambio de domicilio, era la esposa de Von Blomberg. Aquella tarde, Helldorf me llamó por teléfono y me informó de que Göring había confirmado la identidad de inmediato y más allá de cualquier duda posible; era, me dijo, una desgracia de

primer orden. Dijo que Göring iba a hablar con Blomberg al día siguiente y que podía imaginar que para mí supondría un alivio no verme expuesto a semejante situación. Me había evitado el doloroso deber solo por casualidad, porque, en realidad, yo debería haber sido la persona indicada.

Göring llamó a Hitler aquella misma tarde y le comunicó las noticias. Hitler le ordenó que al día siguiente informase a Blomberg acerca del pasado delictivo de la dama. Si se mostraba dispuesto a disolver el matrimonio de inmediato, encontrarían el modo de evitar el escándalo público; por orden de Göring, los funcionarios policiales implicados habían jurado guardar silencio. Blomberg rechazó la idea de la anulación que le sugirió Göring siguiendo las instrucciones del Führer; posteriormente, me justificó esta postura diciendo que estaba profundamente enamorado de su esposa y aseguró que, si la única intención de Hitler y Göring hubiera sido ayudarle, él habría podido mantenerse firme en la posición que adoptó en aquel asunto. Sin embargo, el hecho fue que ni Hitler ni Göring se creyeron las protestas de Blomberg, que afirmaba que se había embarcado en aquella aventura sin saber nada; además, los dos estaban furiosos por haber sido utilizados como testigos de la boda. Ambos estaban convencidos, como tiempo después me hicieron saber, de que Blomberg había querido implicarlos de este modo para acallar y erradicar cualquier rumor y efecto posterior que pudiera seguir al paso que iba a dar.

No hablé con Blomberg hasta mediodía, después de que regresara de ver primero a Göring y luego al Führer; estaba absolutamente destrozado y a punto de derrumbarse. Le había reiterado al Führer su nula disposición a disolver su matrimonio, y su larga reunión había terminado con su dimisión.

Tiempo después Blomberg me confesaría que él culpaba directamente a Göring de lo ocurrido. Si Göring no hubiera albergado esperanzas de convertirse en su sucesor, hubieran podido tapar fácilmente todo el asunto bajo una capa de amor verdadero. Había sabido desde el principio que su esposa había tenido una vida disipada en el pasado, pero aquello no era razón para repudiar a una mujer para siempre; en cualquier caso, había estado empleada algún

tiempo en la Junta del Reich del Mercado del Huevo y se había ganado el sustento de esa manera, a pesar de que su madre solo fuese una planchadora.

El Führer también había tratado con él el asunto de quién debería sucederle. Hitler me contaría el resto en persona. En cualquier caso, [el coronel general] Von Fritsch [comandante en jefe del Ejército] quedaba fuera de la carrera, pues pendía sobre él un grave proceso legal de una naturaleza que no podía ignorarse; también tendría noticias de este asunto por boca del propio Hitler. Blomberg había propuesto el nombre de Brauchitsch como su sucesor. Se había despedido del Führer en términos amistosos, y este le había dicho que, si llegaba el momento de librar una guerra, lo tendría una vez más a su lado.

De inmediato tuve la impresión de que Blomberg se aferraba con todas sus fuerzas a estas palabras y que las consideraba una fácil salida. Añadió que, como mariscal de campo, continuaría, según la vieja tradición prusiana, «de guardia» y seguiría recibiendo su paga completa, aunque de momento se viese condenado a la inactividad. Intenté convencerlo para que considerase de nuevo si, después de todo, no sería mejor divorciarse de su esposa, y le reproché que no me hubiera consultado antes de dar aquel paso. Solo era un poco más joven que él, pero, por lo menos, habría sido capaz de llevar a cabo *con antelación* pesquisas sobre esa mujer. Hizo caso omiso de mis quejas, y me explicó que jamás hubiera hecho aquello, ni siquiera por nuestros respectivos hijos, y que yo debería comprenderlo. Rechazó indignado la idea del divorcio, pues había sido un matrimonio por amor por ambas partes, y aseguró que «antes se metía una bala en la cabeza que hacer eso». Tras decirme que yo debería informar sin rodeos al Führer a la una en punto de aquella misma tarde, me dejó en medio de su despacho y salió a toda prisa de la estancia en dirección a su apartamento con los ojos llenos de lágrimas.

Yo me sentía tan confundido por toda aquella situación que tuve que sentarme durante un rato antes de abandonar la habitación. Siempre había sabido lo testarudo y obstinado que era una vez que había tomado una decisión. Y ahora iba a caer una segunda

desgracia sobre Fritsch. ¿De qué demonios podría tratarse? Continuaba sin saber de qué se trataba cuando fui a casa a comer y a vestirme con ropa civil. No podía perder el control y contárselo a mi esposa. Poco después recibí una llamada telefónica de Göring en persona, que me pidió que me pasara a verlo cuanto antes. Le dije que lo haría y di un rodeo para ir a su casa.

Göring quería saber si Blomberg había hablado conmigo después de su entrevista con el Führer, y quién iba a ser su sucesor. «Usted es el único en la carrera» le dije, «porque probablemente usted no querrá recibir órdenes de ningún otro general del Ejército». Me lo confirmó al instante, diciendo que no había discusión en absoluto sobre su disposición para ello. De repente, me vino a la cabeza la cuestión de Fritsch, y comencé a preguntarme quién podría estar detrás de aquel asunto. Göring me estaba diciendo que había sabido de los planes de boda de Blomberg con antelación; la dama había querido casarse con otro hombre, pero, a petición de Blomberg, Göring había sido capaz de persuadir al hombre en cuestión para que renunciase a ella sobornándolo con un destino muy bien pagado en el extranjero; el plan había salido a la perfección y el rival ya se encontraba lejos del país. Mientras tanto, Göring había determinado todos los detalles de la anterior identidad de la dama y me lo contó todo, pero intenté guardar aquellos detalles para mí incluso ahora, a pesar de que el señor Gisevius los aireó en la tribuna de acusados de Núremberg; no cabe duda de que el conde Von Helldorf era su oráculo.

Informé en la Cancillería del Reich a las cinco en punto de aquella tarde [26 de febrero de 1938] y me presenté a continuación en el estudio de Hitler. Solo había hablado con él una vez con anterioridad, con ocasión de nuestra reocupación de la zona desmilitarizada, junto con Neurath y Fritsch; por lo demás, solo había tratado con Hitler cuando acompañaba a Blomberg, una vez durante una reunión del gabinete sobre la reforma del código penal, en compañía de otros secretarios de Estado, y de nuevo durante una conferencia con Schacht, el presidente del Reichsbank, sobre el tema de la financiación de nuestro programa de rearme. Estas dos ocasiones se remontaban allá por 1936. No se me pidió que hablara,

sino que me senté justo detrás de Blomberg y tomé notas. Hitler conocía mi nombre solo por informes y por las maniobras de 1935 en las que yo había comandado una división de infantería.

Hasta aquel día, el coronel Hossbach, ayudante del Führer, había impedido cuidadosamente que yo tuviera acceso a Hitler, probablemente para evitar una situación como la que sucedía con Reichenau, que solo anunciaba su llegada o que se presentaba sin ser invitado de una manera que muchos ministros y altos funcionarios del Partido no harían. Incluso con posterioridad a aquella jornada, seguía acudiendo a aquellas reuniones solo si Hitler me había invitado expresamente.

Mi primera impresión fue que, sin duda, el Führer se había conmovido profundamente a causa del asunto de Blomberg; pero, *según* Gisevius, sin duda no había sufrido un «ataque de nervios». Habló de su gran admiración por Blomberg y de su sentimiento de deuda hacia él, pero ni siquiera intentó ocultar el hecho de que le había ofendido mucho que hubiera abusado de su condición como testigo de su boda. Me preguntó si el cuerpo de oficiales hubiera aceptado un matrimonio imposible como aquel, cuyas circunstancias no habrían permanecido ocultas durante mucho tiempo. Me vi obligado a estar de acuerdo en que no lo hubiera aceptado; yo era consciente de que, en todo caso, no se le apreciaba en exceso, al menos en el Ejército, y que no se derramarían lágrimas por su salida, aunque no dije tal cosa. Hitler me dijo que, como regalo de bodas, le había regalado a Blomberg una vuelta al mundo y le había expresado su confianza en que permanecería fuera de Alemania durante un año. Blomberg había aceptado la oferta. Hitler quería, según me dijo, discutir conmigo la cuestión del sucesor, y saber a quién propondría yo.

Mi primer candidato fue Göring, y le expuse con franqueza las razones por las que lo proponía. Hitler lo descartó de inmediato, diciendo que estaba fuera de toda discusión, pues le había encomendado a Göring el Plan Cuatrienal y tenía también que encargarse de la Fuerza Aérea, pues no había nadie mejor que él para eso; de todos modos, Göring debía adquirir experiencia en los asuntos de Estado, pues el mismo Führer lo había designado como

su sucesor. A continuación sugerí a Fritsch. Rodeó su escritorio y me entregó un acta de procesamiento, firmada personalmente por Gürtner, el ministro de Justicia, acusando a Fritsch de un delito contra el párrafo 175 del código penal. Hitler me informó de que ya tenía aquel acta en sus manos desde hacía algún tiempo, pero que la había ignorado hasta entonces porque no se había creído la acusación. Pero ahora que la cuestión de la sucesión se había agravado de manera inesperada y aguda, había que aclarar aquel asunto, y en aquellas circunstancias no estaba dispuesto a dejar las cosas como estaban. Aparte de Gürtner, Göring también había aparecido en el panorama.

Me quedé horrorizado ante la acusación: aunque, por una parte, no podía creer que Gürtner la hubiera redactado sin tener una buena razón, por otro lado, nunca creería que aquello pudiera ser cierto en el caso de Fritsch. Dije que o había algún error de identidad o era una pura calumnia, porque conocía a Fritsch demasiado bien para aceptar que semejante alegación pudiera estar bien fundada. Hitler me ordenó que no dijera nada a nadie sobre aquello; mantendría una conversación *à deux* con Fritsch al día siguiente, y de repente le preguntaría directamente sobre el tema, sin avisar, y por su reacción vería lo que de verdad había en la acusación. Entonces podría ver un paso más allá.

Me preguntó a quién sugeriría como sucesor de Fritsch, y yo nombré por delante de todos a Von Rundstedt. Me respondió que lo tenía en la más alta estima y que lo aceptaría sin el menor atisbo de duda a pesar de su actitud hostil hacia la ideología nacionalsocialista. Estas consideraciones nunca le apartarían de su camino, dijo Hitler, pero Von Rundstedt era demasiado viejo para el puesto; era una lástima que no tuviera cinco o diez años menos, pues, en ese caso, su elección hubiera sido automática. Entonces propuse el nombre de Von Brauchitsch.

El Führer guardó silencio durante un instante; luego me preguntó espontáneamente: «¿Por qué no Von Reichenau?» Yo le dije sin rodeos cuáles eran mis razones: no era suficientemente riguroso, no era trabajador, era entrometido, demasiado superficial, poco querido y un soldado que buscaba la satisfacción de sus ambiciones más en

la esfera política que en la puramente militar. Hitler admitió que tenía razón en este último punto, pero sugirió que en el resto de mi valoración quizás había sido demasiado duro con él. Como contraste, recomendé a Brauchitsch asegurando que era un soldado al cien por cien, un organizador y formador capaz, y un líder enormemente valorado por el Ejército. Hitler me dijo que hablaría con Brauchitsch, y que hasta entonces nuestra conversación debería ser un absoluto secreto; se entrevistaría con Fritsch al día siguiente. Se me ordenó que me presentara de nuevo allí a la tarde siguiente. Hasta ese momento, solo se consideraba decidida la renuncia de Blomberg.

Cuando me presenté ante Hitler al día siguiente, se encontraba en un estado de gran agitación. Fritsch había estado con él antes y, por supuesto, había negado las extrañas acusaciones formuladas contra él; pero había dejado una impresión de angustia y nerviosismo. Aparte de eso, habían ido a buscar a prisión al testigo que lo había incriminado y lo habían situado en la entrada del edificio de la Cancillería del Reich para que pudiera ver bien a Fritsch. Posteriormente, el hombre había confirmado que se trataba en efecto de ese oficial; en otras palabras, lo había reconocido de nuevo. Así pues, dijo Hitler, Fritsch estaba gravemente incriminado y resultaba imposible que continuase como comandante en jefe del Ejército; por el momento, había sido liberado del servicio y confinado en su piso. Entonces la indignación de Hitler se volvió contra Hossbach. Este oficial, su asistente personal, había tenido la desvergüenza de actuar a sus espaldas y, a pesar de habérselo prohibido, había advertido a Fritsch sobre lo que se estaba tramando. Hossbach había traicionado su confianza y no quería volver a verlo nunca más. Yo le explicaría esto a Hossbach y sugeriría a alguien para reemplazarlo de inmediato. Como ya había recibido el encargo de Blomberg algunos meses antes para seleccionar dentro del Estado Mayor General a alguien capaz de reemplazar a Hossbach en el caso de que más adelante fuese requerido para algún puesto en la línea del frente para el que hubiera sido destinado, después de pensármelo mucho, me había decidido finalmente por el mayor Schmundt, a quien había conocido

bien durante mis días en el T-2[4] y de cuando había sido mi antiguo ayudante de regimiento en Potsdam. Le sugerí su nombre a Hitler y aceptó. Asumió el cargo unos pocos días después sin ningún tipo de entrenamiento previo, acudiendo a mí para ello durante los primeros días. Me resultó un ingrato deber tener que informar a Hossbach de que había sido relevado de su cargo sin ninguna despedida formal.

Cuando intenté persuadir de nuevo a Hitler para que nombrara a Göring como sucesor de Blomberg en el cargo de comandante supremo de las Fuerzas Armadas —yo no era capaz de ver otra salida— me replicó que ya había decidido asumir él mismo el Mando Supremo, mientras yo permanecería como jefe de Estado Mayor; no se me iba ni a permitir ni a facilitar que lo abandonara en un momento como aquel. Si al final Hitler llegaba a la conclusión de que yo no era indispensable en ese cargo, me nombraría entonces comandante en jefe del Ejército, pero hasta ese momento yo permanecería en mi puesto actual. Estuve de acuerdo sin dudar.

Aquella tarde visité a Fritsch para ponerme a su disposición en caso de que me necesitase. Lo encontré en apariencia muy calmado, pero, como es natural, profundamente amargado por aquella desgraciada calumnia hacia su persona. Me mostró su dimisión por escrito que yacía sobre la mesa; contenía una petición de ser juzgado por un tribunal militar. Solo pude estar de acuerdo con él en ese punto: para él, no había otra forma de borrar la mancha sobre su persona, pues la ausencia de un veredicto judicial equivaldría a una confesión tácita de culpabilidad. Al principio, Hitler pareció estar en contra de esa idea, pero más tarde admitió que yo tenía razón y decretó que debería celebrarse un juicio de acuerdo a las líneas que yo había sugerido. El comandante en jefe de los tres cuerpos de las Fuerzas Armadas sería designado para juzgar el caso, con Göring como su presidente y dos jueces profesionales de alto rango para ayudarles; Hitler dejó abierta su decisión final sobre la renuncia de Fritsch, aunque, al parecer, ya no había la más mínima intención de readmitirlo en su antiguo puesto; las acusaciones le parecían suficiente para desacreditarlo y apartarlo de manera perfectamente justificada. Ya le habían parecido bastante como para descartarlo

como sucesor de Blomberg. La acusación del ministro Gürtner, que probablemente tuvo su origen en las autoridades de la Policía Secreta estatal [Gestapo], había resultado ideal para aquella contingencia; se había descongelado para este cuestionable propósito solo después de haber sido congelada durante un tiempo considerable.

Durante los días siguientes, el Führer convocó a los generales Beck y Von Rundstedt, y al gran almirante Raeder, para discutir la cuestión de la sucesión de Fritsch también con estos oficiales de alta graduación. Además, yo pasé varias horas al día con él. Pude observar que seguía sin abandonar su idea de tener a Reichenau; pero yo permanecí fiel a mi férrea convicción y, al final, prevalecieron mis puntos de vista: Von Brauchitsch llevaba ya dos días esperando en su hotel hasta que finalmente lo hice llamar para que se presentase ante el Führer. Yo personalmente fui a buscarlo a Leipzig, donde había estado al mando del Cuarto Grupo de Ejércitos; al hacerlo se provocó una violenta disputa con el general Beck, que se consideraba a sí mismo adjunto al comandante en jefe del Ejército y me prohibió volver a emprender ese tipo de acciones «no autorizadas». Von Rundstedt alisó las erizadas plumas de Beck. Comenzó entonces una serie de interminables discusiones a tres bandas: Brauchitsch admitió al detalle sus opiniones sobre el nacionalsocialismo, la Iglesia, la ampliación y reposición del Cuerpo de Oficiales, y otras tantas cosas.[5] Finalmente, tras nuestra tercera reunión, en la mañana del 4 de febrero de 1938, Hitler se levantó, le ofreció espontáneamente su mano a Von Brauchitsch y lo nombró comandante en jefe del Ejército; de ese modo, optaba por la renuncia total de Fritsch mientras yo había abogado por que debería encontrársele un sustituto temporal.

Mientras tanto, tal como pude intuir por varias llamadas telefónicas que me hizo, el doctor Lammers, jefe de la Cancillería del Reich, estaba intentando formular la orden para el puesto recién creado de «jefe del OKW». Por último, acudimos juntos a Hitler, que firmó la orden poco antes de la reunión del Gabinete de aquella tarde tras hacer unas pocas modificaciones en el texto. Brauchitsch y

yo fuimos presentados por Hitler a los miembros del Gabinete mediante un breve discurso, y los otros cambios que se efectuaron dentro del propio Gabinete (Von Neurath, etc.) y la orden que creaba un nuevo Consejo Privado del Gabinete fueron leídos por Lammers. No hubo discusión posterior al respecto en la reunión del Gabinete.

Hitler se marchó a Berchtesgaden y el Berghof poco después. No pronunció una sola palabra a Brauchitsch, a mí o al Gabinete acerca de sus inminentes planes y políticas. Lo único que nos confió a nosotros dos fue que estaba utilizando como excusa el mal olor que despedía especialmente hacia el exterior la salida de Blomberg y Fritsch para llevar a cabo una gran remodelación del Gabinete: estaba colocando a Von Neurath a la cabeza de Consejo Privado del Gabinete para asegurarse de que no se daría la impresión de que se estuvieran efectuando cambios respecto al rumbo de la política exterior.

Tras el trágico día de la renuncia de Blomberg, hablé con él una vez más, al día siguiente [28 de enero de 1938]. Me entregó la llave de su caja fuerte y dos grandes sobres sellados. Uno contenía la secreta Orden de Sucesión de Hitler, y el otro el memorando de Fritsch sobre el mando de las Fuerzas Armadas que había presentado en la primavera de 1937, después de las maniobras. En aquel momento, el memorando había provocado una grave disputa entre ellos dos, con Blomberg amenazando con dimitir si Fritsch insistía en entregar aquel informe a Hitler; pero a los dos se les había convencido para que cambiasen de opinión. Aparte de aquellas cosas, cuando se marchó no me dejó nada más, ni por escrito ni verbalmente.

Me informó de que se iba a embarcar en un viaje por el océano Índico con su esposa, pero antes pasarían algunas semanas en Italia; aun así, no podía estar viajando todo el año. Planeaba escribirme cuando fuera oportuno para pedir el permiso de Hitler para instalarse en su casa de campo de Bad Wiessee. Pondría la mitad del dinero para la boda de Dorle, porque era un error seguir posponiéndola durante más tiempo.

He tenido algunos problemas por haber escrito un relato tan detallado de todo el asunto a fin de que, al menos, haya una versión

fidedigna puesta por escrito: la versión reproducida por Gisevius y otros diversos rumores y cotilleos de los círculos frecuentados por los generales y funcionarios del Partido carecen de fundamento y son falsos. Sugerir que la Policía Secreta Estatal estuvo metida en el caso Blomberg es manifiestamente incorrecto. Por lo que se refiere a Fritsch, sigo creyendo a día de hoy que la acusación fue inventada contra él en una intriga destinada a hacer imposible que continuase ejerciendo su cargo. No sé quién estuvo detrás, pero probablemente fueron Himmler o Heydrich, su genio malvado, porque era bien sabido en las SS y también en el Ejército que Fritsch se oponía implacablemente a las aspiraciones militares que albergaban las SS ahora que las *Sturmabteilung* [SA] habían perdido su influencia.

Estuve aturdido toda aquella primera semana después del 4 de febrero, con mi nombramiento como jefe del OKW —el Alto Mando de las Fuerzas Armadas— y sin duda nunca soñé que la espada que había aceptado fuese a resultar tan de doble filo. Resulta evidente por las anotaciones que Jodl escribió en su diario que solo puedo haberle dado unos escasos indicios de los acontecimientos de aquel momento.

Quizás merezca la pena mencionar un discurso pronunciado por Hitler ante sus generales en Berlín antes de la reunión del Gabinete: anunció discretamente lo que había ocurrido y las consecuencias, y que él había asumido el Mando Supremo de las Fuerzas Armadas, mientras que se establecía un Alto Mando conmigo en la cúspide. El general Von Manstein fue el único en preguntar si se iba a nombrar a un «jefe del Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas», a lo que Hitler respondió que esa puerta estaba abierta por si surgía la ocasión.

En aquel momento yo era plenamente consciente de que, igual que un novicio, me estaba enfrentando a grandes dificultades y me estaba introduciendo en un mundo nuevo, pero, por otro lado, podía consolarme con el pensamiento de que podría encontrar suficiente apoyo en mi vieja conocida *Wehrmachtsamt* , mi Oficina de las Fuerzas Armadas, para hacer los honores a la tarea que se me había encomendado: esta era prácticamente insoluble, y me convertiría en la víctima de la desenfrenada dictadura de Hitler, donde ocurrieron

cosas que ningún ser humano podría haber previsto. Para la ejecución de sus planes, que nos resultaban desconocidos, necesitaba herramientas para llevarlo a cabo, hombres que le fuesen obedientes y fieles a la tradición de los viejos soldados. ¡Qué fácil es criticar para aquellos que no están expuestos al peligro y que no tienen que hacer frente a un demonio como aquel hombre un día tras otro! No negaré que yo también cometí errores, quizás perdí la oportunidad de obligarlo a adoptar al menos cierta contención; pero, en tiempos de guerra, cuando todo estaba en juego, resultó doblemente difícil. Tengo ahora la sagrada convicción de que hubiera resultado igualmente imposible para cualquier otro general, aunque hubiera sido mucho más duro, mucho más crítico e inteligente que yo, evitar que nos deslizásemos por la pendiente de la desgracia.

¿Por qué fracasó Brauchitsch en esta tarea? ¿Por qué los generales que habían estado tan dispuestos a acusarme de ser complaciente e incompetente no consiguieron mi destitución? ¿Era tan difícil? No, no lo era. La verdad es que nadie hubiera estado dispuesto a sustituirme, porque todos sabían que acabarían tan destrozados como acabé yo.

En vista de mi candor a la hora de tratar con Brauchitsch, no le hubiera resultado difícil volver a Hitler contra mí, o haber despertado su desconfianza hacia mí, pues, a ese respecto, Hitler era muy sensible, y nunca dejó de hacer un seguimiento de este tipo de cosas. Yo sabía por el propio Brauchitsch que, en 1939, [el general] Milch, el secretario de Estado del Aire, fue propuesto para sustituirme. Sin duda también habría habido intentos desde el Ejército para eliminarme, si hubieran encontrado al menos una persona dispuesta a aceptar mi espinoso cargo. Pero para ellos resultó más cómodo maldecirme y cargar toda la responsabilidad sobre mis hombros; y nadie se molestó en ayudarme o en estar a mi lado. Yo mismo aconsejé a Hitler en tres ocasiones que me sustituyera por Von Manstein; la primera vez fue en otoño de 1939, antes de nuestra campaña en el oeste; la segunda en diciembre de 1941, cuando se marchó Brauchitsch; y la tercera vez fue en septiembre de 1942, cuando estalló una gran disputa entre Jodl y yo. Pero, a pesar de su admiración frecuentemente expresada por

los notables talentos de Manstein, Hitler temía obviamente dar ese paso, y en todas las ocasiones rechazó mi petición. ¿Fue pura indolencia por su parte o alguna otra objeción no expresada? No tengo ni idea. Nadie puede saber siquiera lo desgraciado que me sentí en mi nuevo cargo; quizás solo Jodl tenga una cierta idea. Mi admisión al terminar mi discurso final durante el juicio dice todo lo que debe decirse: muestra que, al menos ahora, al mirar hacia atrás, soy más sabio de lo que fui en su momento.

Respecto a mí y mi familia, ojalá me haya garantizado una honorable e íntegra muerte digna de un soldado. ¿Por qué el Hado me la negó el 20 de julio de 1944, el día del atentado contra la vida de Hitler?

3. DE AUSTRIA AL FINAL DE LA CAMPAÑA EN FRANCIA, 1938-1940

Núremberg, 7 de septiembre de 1946

La tarde del 4 de febrero de 1938, tras haber realizado su último soliloquio ante el Gabinete del Reich, Hitler partió hacia Berghof. Lo acompañaba el mayor Schmundt, que acababa de ser nombrado «jefe militar adjunto» por recomendación mía. También viajaba con ellos el «adjunto especial del Ejército» el capitán Engel, que había sido designado para satisfacer los deseos de Von Brauchitsch. Este último esperaba entablar de esta manera un vínculo directo, y hasta cierto punto personal, con el comandante supremo. Además de Engel, había también un «adjunto naval», el comandante Albrecht, y uno de las Fuerzas Aéreas, el capitán Von Below. Los tres estaban bajo las órdenes de Schmundt. Se obviaba así el hecho de obedecer a dos amos al mismo tiempo, como le sucedió a Hossbach con el jefe del Estado Mayor General.

Brauchitsch no había cumplido con los deseos y recomendaciones de Hitler, quien quería que, como nuevo comandante en jefe del Ejército, se rodeara solo de lugartenientes en los que confiara, como por ejemplo hizo Dönitz en 1943. Sin embargo, tan solo en una ocasión Hitler insistió en un cambio que apuntaba a que debía haber otro jefe del Estado Mayor General del Ejército; aun así, fui testigo de cómo Brauchitsch discutió con él largo y tendido para que le permitiera mantener a Beck en su puesto, al menos hasta el verano de 1938, con el fin de que se familiarizara así con sus tareas y responsabilidades diarias como comandante en jefe del Ejército.

Yo mismo estoy convencido ahora de que ese fue el primer gran error de Brauchitsch; el segundo fue no elegir entre sus lugartenientes únicamente a aquellos de los que pudiese esperar un apoyo incondicional, con independencia de lo poco que aplaudieran

su nombramiento como nuevo comandante en jefe. Como consecuencia, aunque la reorganización bajo las órdenes de Hitler se llevó a cabo al mismo tiempo que el nombramiento de Brauchitsch el 4 de febrero de 1938, estos subalternos se eligieron tras múltiples reuniones previas a las que yo acudí con Hitler. Los cambios no solo no ayudaron a los intereses del nuevo comandante en jefe, sino que comenzaron a erosionar la confianza de Hitler hacia él y hacia mí mismo.

Además, Brauchitsch había elegido a mi hermano, a quien conocía bastante bien, y ciertamente siguiendo mi consejo, a la hora de reemplazar a Schwedler como jefe de Personal del Ejército. No obstante, todas estas eran soluciones a medias que tuvieron más efectos negativos que positivos, y que provocaron la crítica inmediata de un amplio espectro de generales. Nadie sabía tan bien como Brauchitsch o como yo mismo cuán pesada era la carga que aquel había heredado: Fritsch había disfrutado de un respeto y una admiración ilimitados, y la persecución descarada a la que se le sometió ocasionó una ola de rencor injustificado. Beck y los generales al mando hostigaron a Brauchitsch día y noche para que se manifestara sobre la rehabilitación y readmisión inmediatas de su predecesor, insistiendo en que Hitler lo había promovido a mariscal de campo, y otras razones así. En ese momento se había dado a entender claramente a Brauchitsch que se seguiría confiando en él si obedecía estas exigencias.

El juicio a Fritsch concluyó con la sentencia absolutoria que se esperaba. El mérito exclusivo se debió a la magistral manera en que Göring, mediante un contrainterrogatorio realizado sin piedad, forzó al único testigo de la acusación, el convicto que antes había jurado tener un *mésaillance* homosexual con el acusado y supuestamente lo había reconocido más tarde en la Cancillería del Reich, a admitir que ni siquiera conocía al coronel general Von Fritsch y que todo se trataba de una confusión de nombres: el verdadero codemandado había sido un capitán de caballería retirado, Von *Frisch.* El acusado fue absuelto, dado que su inocencia había sido probada. Con todo, aquellos que habían puesto en marcha este ignominioso juicio o se habían aprovechado de la oportunidad fortuita de una semejanza de

nombres, sí habían alcanzado su objetivo secundario: el comandante en jefe del Ejército había sido difamado y quitado de en medio.

Llegó entonces la hora de pedir la rehabilitación pública y ascenso de la víctima, que debían ser concedidos por Hitler. La tormenta estalló en los oídos de Brauchitsch. Al juzgar esta situación pensé que era mejor dejar pasar el tiempo; a Hitler le resultaba complicado admitir que él mismo había sido la víctima de un engaño o incluso de una intriga. Todos los esfuerzos de Brauchitsch por atraer a Hitler se fueron a pique, ya que le resultó simplemente imposible expresar su punto de vista. Finalmente, Hitler nombró a Fritsch coronel honorario del 12.º Regimiento de Artillería. Aun así, los generales continuaron insatisfechos.

Yo podía ver que Brauchitsch hacía peligrar la poca confianza que Hitler aún tenía en él, mientras que tampoco se ganaba el apoyo de los generales. Según mi opinión, este fue su segundo error.

Así se lo hice ver a Brauchitsch y le aconsejé que, por el momento, no menoscabara aún más su prestigio ante Hitler con respecto a este asunto. Sin embargo, el general Beck, el líder espiritual de la oposición, no lo dejó tranquilo: se trataba de un agitador, que siempre provocaba a su nuevo jefe y encontraba oyentes prestos entre los otros generales veteranos. ¿Dónde estaba el grito: *le roi est mort, vive le roi?* No había tal espíritu en el Ejército, tan solo esta dañina campaña, con todas sus desastrosas consecuencias. En 1943, el almirante Dönitz, como sucesor de Raeder, heredó esta penosa carga: dos dogmas militares enfrentados en el seno de la Armada. Dönitz fue capaz de llegar a las conclusiones adecuadas y reemplazó sin compasión a todos y cada uno de los oficiales veteranos, sustituyéndolos por hombres por los que él podía poner la mano en el fuego. El éxito fue rotundo.

Yo no tenía ninguna duda de que, tras la marcha de Frisch, el general Beck era el que ponía más palos en las ruedas de Brauchitsch en su relación con el Führer. No puedo decir el motivo por el que Beck se decidió por este «movimiento de resistencia» ya desde este momento, el primer paso que lo llevó más tarde a alta traición: ¿fue su vanidad herida? ¿O sus propios planes para dirigir la Oficina del comandante en jefe del Ejército?

Una cosa es segura: no hubo nadie que hiciese mayor daño a la reputación de Von Brauchitsch en el Ejército y ante Hitler que el propio Beck, junto con el profundamente resentido coronel Hossbach y el jefe adjunto al comandante en jefe del Ejército, el teniente coronel Siewert; eran de la vieja guardia de Fritsch, protectores de sus intereses. Para ellos, Von Brauchitsch era solo un medio para lograr sus fines, pero, a pesar de mis advertencias, no intentó hallar una salida al punto muerto. Yo, por mi parte, siempre excusaba a Brauchitsch en presencia de Hitler, si bien no tanto por prudencia o decoro militar como por mi propio egoísmo, ya que sentía una cierta responsabilidad hacia Hitler por habérselo recomendado. Los generales nunca idolatraron a Brauchitsch como antes habían idolatrado a Fritsch. Fue solo al perderlo por fin cuando reconocieron su verdadera valía.

Brauchitsch siempre actuó noblemente en sus comunicaciones con el Führer y con los generales: no se debería permitir que el Tribunal por Crímenes de Guerra ocultara este hecho. Siempre deseó obtener lo mejor, incluso de Hitler, aunque nunca supiera cómo conseguirlo. Pero yo le niego a él cualquier derecho a censurar mis defectos o debilidades hacia Hitler, puesto que tengo mucho más derecho y razón para decir tales cosas sobre él; como mínimo, ninguno de nosotros puede acusar al otro en este sentido.

Una semana después de aceptar mi cargo, fui convocado al Berghof [en el Berchtesgaden] sin que se me ofreciera ningún motivo. Cuando me presenté ante Hitler en su casa aquella mañana de febrero [12 de febrero de 1938], me dijo que en media hora esperaba al canciller austriaco Schuschnigg para una conversación seria, dado que la crisis entre nuestros dos países hermanos exigía una solución inteligente. [A finales de enero, la policía de Viena había hecho una redada en los cuarteles generales de los nacionalsocialistas austriacos y había requisado evidencia documental incriminatoria que probaba que contaban con la intervención militar de Hitler en Austria. Hitler despidió al líder de los nacionalsocialistas austriacos, y Schuschnigg visitó al Führer para tratar de obtener su garantía de apoyo al acuerdo de 1936]. Me había llamado, dijo, solo para que Schuschnigg pudiese ver algún

uniforme a su alrededor; Reichenau y Sperrle venían desde Múnich, así que la trascendencia no le pasaría inadvertida a su invitado.

Nosotros, los generales, no participamos en estas reuniones y no tuvimos ninguna pista ni de los objetivos ni de los propósitos de tales encuentros hasta la partida de Schuschnigg; estábamos terriblemente aburridos. Nos llamaron para almorzar aquella tarde y de nuevo para tomar el café más tarde. Entonces nos unimos de manera informal a las conversaciones. El que era entonces ministro de Asuntos Exteriores, Guido Schmidt, confirmó todo esto durante el juicio.

Obviamente, a lo largo del día se me ocurrió que —junto con los otros dos generales— con mi sola presencia estaba representando un medio para un fin, mi primer gran papel en la vida. Esta sensación se acrecentó con los berridos de Hitler llamándome cuando Schuschnigg se retiró brevemente aquella tarde para unas consultas privadas con su ministro de Asuntos Exteriores. Entré en el estudio de Hitler justo cuando Schuschnigg lo abandonaba, y cuando le pregunté al Führer qué deseaba, me respondió: «¡Nada en absoluto! ¡Tan solo siéntese!». Mantuvimos una corta e insustancial conversación durante diez minutos, después de lo cual me invitó a marcharme. El efecto que esto tuvo sobre Schuschnigg ha sido declarado durante el juicio.

Pasé aquella noche —por única vez en todos aquellos años— en la casa del Führer; pero tuve que irme del Berghof a primera hora de la mañana con el fin de poner en marcha las distintas tácticas de engaño que habíamos acordado, en colaboración con Jodl y Canaris. Como resultado de los acuerdos a los que habíamos llegado, la preparación militar en sí no se puso siquiera en cuestión y, tal como iba a informar al comandante en jefe del Ejército, ni siquiera el Führer tenía planes para un conflicto militar en ese momento.

Mayor fue nuestra sorpresa cuando el 10 de marzo recibimos la orden de Hitler para que nuestras tropas invadieran Austria. Fui convocado a la Cancillería del Reich y se me dijo que él había firmado esta orden porque Schuschnigg había anunciado sin previo aviso que habría un plebiscito sobre sus acuerdos con Hitler; el

Führer interpretó esta decisión como una ruptura del pacto, y planeó eludirla con una acción militar.

Propuse que el comandante en jefe del Ejército y el jefe del Estado Mayor General debían ser llamados para recibir órdenes directamente de Hitler. Tenía bastante claro que, si no fuera así, Beck descartaría todo el asunto por imposible, y que yo jamás podría informar de eso al Führer. Brauchitsch estaba fuera de viaje oficial, así que regresé a la Cancillería del Reich acompañado solo por Beck. Hitler dejó de lado abruptamente sus objeciones, por lo que Beck no tuvo más opción que obedecer e informar horas más tarde de las tropas que estaban preparadas para entrar en Austria a primera hora del día 12. Avanzado el 11 de marzo, Brauchitsch se marchó del edificio de la Cancillería del Reich con la orden ejecutiva final, después de que esta hubiera sido temporalmente puesta en suspenso en una ocasión a lo largo de la tarde.

Pude llegar a casa solo hacia las ocho de la tarde, y ya estaban esperándome. Entre ellos, estaba por casualidad el embajador austriaco [Tauschitz] y su agregado militar [el mayor general Pohl], junto con una reunión heterogénea de gente tanto en uniforme como vestida de civil. Las invitaciones habían sido enviadas tres semanas antes, cuando yo ni de lejos soñaba que el 12 de marzo iba a ser un día histórico de primer orden. Pronto conseguí que los caballeros austriacos se sintiesen completamente cómodos, y obviamente no tenían ni idea de lo que iba a pasar en unas pocas horas. Fue por pura casualidad, pero esta fiesta nocturna se convirtió en el camuflaje ideal para nuestra entrada en Austria.

La noche que vino a continuación fue para mí un auténtico purgatorio; una llamada de teléfono sucedía a la siguiente del Estado Mayor General del Ejército y de Brauchitsch; finalmente, alrededor de las cuatro de la mañana, hubo una llamada del que era entonces jefe del Estado Mayor de Operaciones Militares, el general Von Viebahn; todos me rogaban que persuadiera al Führer para que suspendiera la operación. Yo no tenía la intención de pedirle ni una sola vez algo semejante. Por supuesto, les prometí que lo intentaría, pero les devolví la llamada un poco más tarde (sin hacer intento alguno de ponerme en contacto con él) y les dije a cada uno de ellos

que el Führer había rechazado sus protestas. Esto es algo que Hitler jamás supo; si así hubiera sido, su veredicto sobre el liderazgo del Ejército hubiera sido devastador, una desilusión que yo quise ahorrar a ambas partes.

A las seis de la mañana del día 12, el Führer y yo salimos de Berlín; él quería participar en la entrada triunfal en su patria y acompañar personalmente a las tropas. Aparecimos en el puesto de comandancia del comandante en jefe de las divisiones que marchaban hacia Austria, el general Von Bock, quien nos informó del recorrido de las tropas y de las rutas de entrada, puesto que, naturalmente, el Führer quería estar allí para dar la bienvenida a sus tropas. Fue allí donde tuvo lugar la famosa conversación telefónica con Mussolini, después de que el Führer le hubiera hecho llegar una carta escrita a mano a través de un emisario, justificando sus acciones. Mussolini llamó personalmente para confirmar que la había recibido, y felicitó a Hitler; a continuación Hitler pronunció la memorable frase —«Duce, nunca le olvidaré por esto»— una exclamación que repitió varias veces.

A mediodía, pasamos en coche por el lugar de nacimiento de Hitler, Braunau, aclamados por sus habitantes con un interminable rugido de bienvenida. Nos mostró su escuela y la casa de sus padres. Estaba visiblemente emocionado por todo aquello. Redondeamos la tarde en la segunda ciudad de Hitler, Linz, junto al Danubio, tras habernos retrasado por el camino en cada ciudad y pueblo por las tropas que avanzaban y por las multitudes que nos rodeaban en medio de una celebración salvaje. Ya era entrada la noche cuando llegamos a la ciudad junto con el ministro austriaco Seyss-Inquart —canciller federal desde el día 11— que se había unido a nosotros en las afueras; allí, desde un balcón del ayuntamiento, Hitler se dirigió a una gran muchedumbre apiñada abajo en la plaza del mercado. El ambiente de toda la manifestación era increíblemente eléctrico y emocionante; yo no había visto nada similar antes y estaba profundamente impresionado. Había pensado que era poco probable que hubiera tiroteos o algo semejante cuando nuestras tropas entraran en el país, pero un recibimiento como aquel era algo que jamás hubiera soñado. Permanecimos allí todo el día

siguiente, domingo; [Hitler] estaba tremendamente preocupado por los detalles administrativos de la unión, y durante la tarde hubo un breve desfile de las tropas austriacas y alemanas enfrente del hotel [el hotel Weinzinger en Linz].

Al día siguiente llegó nuestra gran entrada en Viena, después de que nos detuviéramos a mediodía en Saint-Pölten. No fue hasta bien llegada la noche cuando pudimos dormir en nuestro hotel [el hotel Imperial], donde de nuevo tuve una habitación que daba a la calle; la densa y amontonada multitud de abajo no parecía cansarse de rugir y de corear: «¡Queremos ver a nuestro Führer! ¡Queremos ver a nuestro Führer!». Hubo después aquella tarde un desfile de las tropas alemanas y austriacas, que sucedió al histórico discurso del Führer ante la vasta multitud reunida en la plaza del castillo, y que concluyó con la frase: «Anuncio al pueblo alemán que mi patria austriaca ha retornado al gran Gran Reich Alemán». Esa misma tarde volamos de vuelta desde Viena a Múnich; aquel vuelo antes del atardecer ha sido el espectáculo más sobrecogedor y extraordinario del que jamás haya sido testigo; Hitler se dio cuenta de mi embeleso y, con lágrimas de alegría en sus ojos, tartamudeó unas simples palabras: «Todo eso… todo eso es alemán de nuevo».

Después de una comida apresurada en el restaurante del aeropuerto, volé de regreso a Berlín cuando aún estaba oscuro. Aquella misma noche me encontré de vuelta en casa. Los últimos días habían sido un sueño enorme e incomprensible para mí. Por primera vez había sido testigo presencial de la construcción de la Historia.

A mi llegada [a Berlín] la mañana siguiente, el jefe de la Oficina Central, el mayor Kleikamp, me recibió con la noticia de que el general Von Viebahn, jefe del Estado Mayor de Operaciones Militares, se había encerrado para pernoctar en la pequeña habitación que yo había habilitado en el apartamento de Blomberg después de que se quedara vacante, y que estaba amenazando con una pistola a todo aquel que intentara hablarle o verlo. Yo iba a llamar a Jodl enseguida para que hablara conmigo, dado que él deseaba verme tan pronto como llegase.

El general Von der Schulenburg, jefe del Estado Mayor del Ejército durante la Primera Guerra Mundial (más tarde llamado Grupo de Ejércitos) denominado «*Deutscher Kronprinz* » había recomendado efusivamente al general Von Viebahn al Führer, como un excepcional oficial de Estado Mayor; Schulenburg lo había tenido como capitán de su propio estado mayor. El Führer me había sugerido varias veces que debería llevar a Viebahn al OKW para su estado mayor de operaciones, ya que valoraba mucho la opinión de Schulenburg; este último era cercano a círculos del Partido, y en general a las SS y las SA. También lo respetaba por mis antiguos vínculos con él. Conocía a Viebahn desde mis días en la Oficina de Personal y habíamos tenido mucha relación con anterioridad, incluso antes de 1933. Como el cargo de jefe del Estado Mayor de Operaciones Militares estaba libre en ese momento y yo estaba empleando a Jodl como jefe del departamento de defensa nacional del OKW, coincidí con los deseos del Führer. Al principio me pareció una solución sensata, dado que Viebahn era amigo cercano de Beck y, por lo tanto, yo albergaba esperanzas de que tendería un puente entre Beck y yo y limaría nuestras asperezas. Pero nunca pude entender a este tipo extraño, y Jodl menos todavía; había perdido por completo la confianza en él después de ver la manera en que me había implorado [para contener a Hitler] la noche previa a nuestra entrada en Austria. Durante mi ausencia, Jodl había tenido que sufrir por su culpa los escándalos más inverosímiles. En una ocasión se puso a rezar en voz alta mientras profetizaba desastres para todos nosotros; luego, se enfrascó en un silencio distraído y taciturno que se prolongó durante varias horas seguidas. A continuación, cuando por fin Jodl le dijo que se tranquilizara, se encerró, se negó a que nadie hablara con él, y arrojó un tintero contra la puerta.

Hice entrar a Viebahn para que me viese. Pero ahora que el espectro del desastre se había esfumado de sus ojos, fue de nuevo bastante congruente, y cuando le aconsejé que se tomara de inmediato un descanso para recuperarse, se negó firmemente alegando que se encontraba en perfecto estado de salud y que no lograba entender a dónde pretendía llegar. Se quejó a Jodl de haberme «mentido» acerca de él, tras lo cual Jodl lo echó sin más

contemplaciones de la habitación. Tuve graves dificultades para librarme por completo de este hombre histérico y mentalmente enfermo; la Oficina de Guerra se negó a apartarlo de mí, y tuve que amenazar a Brauchitsch con ir al Führer y exigir el cese de este hombre si no se le apartaba del OKW. Aquello tuvo algún efecto positivo, pero terminó en una denuncia de Viebahn contra mí por haberlo difamado al decir que no estaba en su sano juicio. Me alegré de estar de nuevo solo con Jodl; este otro jefe del Estado Mayor de Operaciones era una terrible caña quebrada.

El juicio a Frisch finalizó el 18 de marzo, con el veredicto que antes se ha mencionado. Frisch se jubiló recluyéndose en una casa de campo que se había construido tiempo atrás en el campo de entrenamiento de Bergen (cerca de Uelzen), lejos de cualquier ser humano o animal. Así lo anunció el propio Führer en un discurso pronunciado a los generales de Berlín en la Cancillería del Reich. Concluyó diciendo que había ordenado fusilar al testigo de la acusación cuyas mentiras infames habían provocado el escándalo. Algunas semanas más tarde, Canaris me contó que la Policía Estatal Secreta no había cumplido con la orden de ejecución; esto me dejó claro que el testigo debía haber sido una herramienta contratada a quien difícilmente podían disparar como recompensa por su hazaña.

Pedí a Canaris que me aclarara inmediatamente el caso, de forma que pudiera escribir un informe para el Führer. Canaris me suplicó que no utilizara en modo alguno lo que me había relatado, puesto que a él solo le había llegado a través de rumores; prometió que él mismo se ocuparía rápidamente de investigar a Heydrich. Algunos días después, me aseguró que las órdenes del Führer habían sido por fin ejecutadas, y me di por satisfecho. Estoy convencido de que el primer informe de Canaris era correcto y que se había retractado por temor a Heydrich y a lo que yo contara a Hitler. Tiempo después me costaría muy cara la fe que tenía en Canaris.

La inmediata anexión que Hitler había ordenado del Ejército Federal austriaco y la eliminación de las fuertes tensiones entre los dos estados mayores del cuartel general, uno del Reich y el otro estrictamente alemán, junto con una división blindada, dos divisiones de infantería y una de montaña, supuso una considerable

carga organizativa para la Oficina de Guerra. También fue muy significativo que se superaran las expectativas sobre el programa de 36 divisiones. El propio Hitler visitó varias guarniciones del nuevo «*Ostmark*» para arengar a las unidades de tropas y reclutas que se estaban formando; sentía una enorme ambición por incrementar de manera ejemplar las formaciones en el menor tiempo posible siguiendo la tradición prusiana, bajo el mando de selectos oficiales del Reich alemán; pensaba en los checos, a quienes la solución al problema austriaco les había pillado por sorpresa y cuyo interés en el mismo estaba lejos de ser puramente académico.

El 20 de abril, junto con el comandante en jefe de las tres armas, participé por primera vez en las celebraciones del cumpleaños del Führer. Göring, quien desde la salida de Blomberg había sido ascendido a *Generalfeldmarschall* y era, en consecuencia, el comandante en jefe de mayor graduación, pronunció un breve discurso expresando la felicitación de las Fuerzas Armadas; a esto siguieron los habituales apretones de manos y, a continuación, fuimos a ver el desfile militar de los tres ejércitos en el Tiergarten. A mediodía, fuimos los invitados del Führer en un pequeño banquete.

Por la tarde, poco antes de la partida del Führer a Berchtesgaden, me llamó para que me reuniera con él a solas en la Cancillería del Reich. Allí se me dio la primera directriz para establecer unos estudios preliminares del Estado Mayor General de cara a un conflicto con Checoslovaquia. Como siempre, pensó en voz alta, en un breve discurso: el problema debía ser resuelto en algún momento, no solo por la manera en que el Gobierno checo estaba oprimiendo a la población alemana que vivía allí, sino además por la imposible situación estratégica si alguna vez llegaba la hora de un ajuste de cuentas con el este, y con esto se refería no solo a los polacos, sino también a los bolcheviques. Estaba convencido de que ahí residía el mayor de los peligros para el Reich: Checoslovaquia occidental actuaría como trampolín para el Ejército Rojo y la Fuerza Aérea, y en nada de tiempo el enemigo estaría a las puertas de Dresde y en el corazón del Reich. A pesar de que admitía que no tenía intención de desatar una guerra con los checos por su propia

iniciativa, podían surgir constelaciones políticas a las que habría que golpear como un rayo.

Las instrucciones que me dieron fueron grabadas para la posteridad en el Documento Schmundt, que nunca he llegado a ver. Las hice mías sin decir una palabra, pero no sin algo de recelo. Repasé las instrucciones [con Jodl] al día siguiente y decidimos intentar ganar tiempo mientras redactábamos una directiva formal en el sentido requerido. Los documentos que se han conservado, junto con las anotaciones del diario de Jodl, mostrarán el subsiguiente curso de los acontecimientos. Unas cuatro semanas más tarde —ante la insistencia de Schmundt— envié al Berghof el primer borrador de nuestra «directiva» para la Oficina de Guerra; su introducción se ha mencionado con frecuencia: «No es mi intención destrozar Checoslovaquia por la fuerza militar en un futuro inmediato… etc.».

Jodl y yo habíamos ocultado prudentemente el tema al Estado Mayor General del Ejército para evitar lo que pensábamos que sería una alarma innecesaria. Si efectivamente algo se les había filtrado —quizás el Führer se había manifestado en términos similares a Brauchitsch— lo desconozco. En cualquier caso, Beck sacó adelante un memorando completo, con una primera parte de naturaleza política y una segunda que discutía el equilibrio entre la fuerza militar y las consideraciones estratégicas que implicaría una intervención de Francia en el conflicto con los checos según el acuerdo que los franceses tenían con ellos.

Brauchitsch me convocó para discutir la manera más adecuada de dar a conocer a Hitler este memorando. Había aprendido a proceder con más cautela desde que Hitler rechazó de forma cortante el memorando del Estado Mayor General sobre «El mando de las Fuerzas Armadas en tiempo de guerra», que había entregado a Hitler sin mi conocimiento poco después de ocupar su cargo.

Tras haber repasado brevemente el memorando de Beck sobre el posible resultado de una guerra con Checoslovaquia, aconsejé a Brauchitsch no poner de ningún modo la primera parte sobre la mesa, porque Hitler rechazaría de inmediato y sin pensarlo dos veces los argumentos políticos y militares, sin molestarse siquiera en

leer la segunda parte. Por esta razón decidimos mostrar solo la segunda, pues era la que realmente debía estudiar el Führer. Esta fue la manera, en efecto, en que lo planeamos, pero el único resultado fue una respuesta ácida por parte de Hitler, arguyendo que los datos no eran objetivos y que se había descrito el equilibrio de fuerzas demasiado a favor del enemigo (por ejemplo, los vehículos blindados de combate franceses). Fue otro desastre para el Ejército de Tierra que resultó en una mayor pérdida de confianza en Brauchitsch, algo que lamenté amargamente, a pesar de que el Führer no lo había culpado tanto como hizo con Beck y el Estado Mayor General.

Llegó el momento en que sonó una nueva nota discordante: Hitler encargó a Göring evaluar el progreso de la construcción de fortificaciones en el oeste, o, mejor dicho, inspeccionarlas, lo que desató la (justificada) furia del Ejército. El informe de Göring al Führer fue de principio a fin una larga acusación contra la Oficina de Guerra. Alegaba que prácticamente no se había hecho nada, que lo que se había hecho era inadecuado, y que no existía ni el más rudimentario sistema de defensa de campo, etc. A pesar de su extremada exageración, era cierto que el conjunto del proyecto de construcción estaba todavía en fase embrionaria; se preveía que se necesitarían veinte años para completar el programa de construcción para las estructuras de hormigón y trabajos de refuerzo mayores, y esto contaba con la aprobación de Blomberg. El trabajo se había puesto en marcha de principio a fin, como Blomberg y yo habíamos podido verificar en 1937, en un recorrido en coche que duró varios días a lo largo de todo el frente, y aunque, en efecto, se trataba tan solo de comienzos aislados, los planes estaban acabados y así se nos enseñó en aquel momento. Sin embargo, el Führer se mostró extremadamente decepcionado y acusó con violencia al Estado Mayor General de sabotear sus condiciones; anunció su deseo de transferir la construcción de las fortificaciones al [mayor general Fritz] Todt, puesto que las tropas de ingenieros del Ejército eran incompetentes.

El resultado fue un renovado sentimiento de malestar en ambos lados. En mi opinión, el Führer debía haber sabido de la existencia

del programa de construcción y del ritmo de progreso planeado, porque Blomberg le había informado sobre el mismo en el verano de 1937. La verdad era que ya no cuadraba con sus propias ambiciones políticas; de ahí la irritación que sentía y el hecho de que interviniera.

El 20 de mayo, sin razón aparente y de forma inesperada, Checoslovaquia anunció la movilización temporal de su Ejército, algo que solo podía obedecer a la pretensión de dar una lección a Alemania. Hitler regresó a Berlín lleno de nuevos planes y decisiones. Declaró que no iba a aceptar esta nueva provocación por parte de Checoslovaquia sin protestar o dejándoles salirse con la suya; ordenó que nos pusiéramos en pie de guerra tan rápido como fuera posible, una exigencia que plasmó de forma tangible al cambiar la frase de arranque de la directiva:

> Es mi deseo inmutable destruir Checoslovaquia por la fuerza militar en un futuro inmediato.

El comandante en jefe del Ejército fue de inmediato advertido verbalmente sobre estas nuevas órdenes, que fueron confirmadas por la directiva.

Al mismo tiempo, la construcción de la fortificación en el oeste —el «Muro Occidental»— fue transferida a Todt, el inspector general de construcción de carreteras; se le ordenó acelerar el programa de construcción a máxima velocidad, de acuerdo con los planes tácticos y militares y con los principios redactados por las tropas de ingenieros, empleándose para esta tarea los escuadrones de construcción que habían hecho las carreteras. El objetivo era levantar en el plazo de dieciocho meses diez mil estructuras de hormigón de todo tipo, desde las fortificaciones más grandes hasta los más pequeños búnkeres, mientras que, hacia el otoño de 1938, tenían que estar terminados cinco mil pequeños búnkeres, de acuerdo con las líneas maestras redactadas por el propio Hitler, con el fin de protegernos contra los morteros y metralla pesada, concentrados principalmente a lo largo del sector entre Karlsruhe y Aix-la-Chapelle.

Después de dar las órdenes más importantes —que tuvieron como efecto muchas sacudidas de cabeza y más denigración del OKW en la Oficina de Guerra— Hitler fue testigo de las maniobras de fuego en Jüterborg, donde varias estructuras de hormigón fueron sometidas a obuses de campo pesados y fuego de mortero para poner a prueba la calidad del grosor del hormigón que él mismo había decretado que debía resistir el bombardeo. Después, durante el rancho, se dirigió a los generales del Ejército de Tierra con los que se había reunido para presenciar las maniobras; su propósito, como me contó, era contrarrestar con una crítica dura y objetiva el discurso derrotista del memorando de Beck sobre el potencial militar de nuestros posibles enemigos y el nuestro propio. Su amigo Von Riechenau, que aún gozaba de una amistad íntima con Hitler, le había informado de que Brauchitsch había hecho que se leyera en voz alta el memorando a los generales al mando durante una reunión, y que les había dejado una impresión muy desfavorable; esta fue sin duda la contribución de Riechenau a la campaña contra el comandante en jefe del Ejército; Reichenau y Guderian estaban compitiendo el uno contra el otro para ver quién era el que podía denigrar más a Brauchitsch.

El discurso del Führer fue bastante hábil y reveló de manera convincente algunos puntos débiles del memorando; en cualquier caso, representó una crítica hiriente contra el Estado Mayor General y contra su jefe en particular, quien, en consecuencia, solicitó dimitir de su cargo, dado que «ya no se sentía capaz de guiar las maniobras de los oficiales del Estado Mayor General». El 30 de septiembre Beck fue relevado de su cargo y Halder ocupó su lugar.

El comandante en jefe del Ejército pidió que se le diera a Beck el mando del Grupo de Ejércitos, pero el Führer se negó categóricamente. Beck, opinaba, había sido «demasiado intelectual» para ser jefe del Estado Mayor General. Le consideraba un derrotista incorregible y un obstáculo para sus planes. Quizás, sobre todo, era el genio malvado que con tanta frecuencia había ensuciado su relación con Brauchitsch. Por lo que yo mismo había visto, solo podía estar de acuerdo y sin reservas con Hitler en este último extremo.

Beck me había tratado de una manera vergonzosa, por lo que no derramé ni una sola lágrima por él; siempre fui el primero en reconocer sus grandes virtudes, y nunca lo hubiera imaginado capaz de vender su alma a intrigantes traicioneros ya desde 1938, o de ser su líder espiritual a partir de ese momento. Los motivos se pueden encontrar en su orgullo herido y en el abismal odio que sentía hacia Hitler; esa fue la razón por la que este oficial, que antes había sido impecable, se alió con nuestros enemigos y fortaleció sus posiciones mientras esperaba nuestro derrocamiento, algo que Beck no era capaz de provocar por sí mismo. Él no era un líder, y así lo demostró al convertirse en un conspirador de comportamiento patético cuando aún estaba a tiempo de actuar y cuando el complot —a pesar de que había fracasado— demandaba un hombre de acción, en vez del *cunctator* que siempre había sido; ¡esto lo atestiguan sus tres intentos fallidos de meterse una bala en la cabeza mientras permanecía sentado!

El verano de 1938 arrancó para la Oficina de Guerra y el OKW con los planes preliminares para la contingencia checoslovaca (llamada en clave contingencia *Verde*). Las dificultades iniciales de las maniobras eran sobre todo de naturaleza logística: ¿de qué manera se podía formar tanto a los hombres como al equipo de cuarenta divisiones incompletas (incluyendo las de Austria) para el ataque sin una mera indicación de movilización, algo que Hitler había prohibido expresamente?

El primer método fue sostener maniobras a gran escala en Silesia, Sajonia y Baviera, con la sucesiva llamada a filas de reservistas por grupos de edad que no serían liberados antes de que las maniobras hubiesen finalizado: se aumentó el número de divisiones en los campos de entrenamiento de las tropas; al mismo tiempo, el Servicio de Trabajo del Reich fue movilizado para que se ocupara de las posiciones en el oeste. Había que explotar cualquier medida provisional que se pudiera imaginar y pasara inadvertida: se camufló munición que había sido improvisada apresuradamente y las columnas de suministro fueron asociadas a las maniobras mientras que los movimientos en las líneas férreas se vincularon al Congreso del Partido del Reich. Echando la mirada atrás, es imposible no

admirar cómo el Ejército llevó a cabo esta hazaña: bajo el mando de Halder, el Estado Mayor General logró lo que en apariencia era imposible sin levantar la mínima sospecha o dejar que nadie adivinara lo que se ocultaba en realidad tras las maniobras preparatorias. Nadie les podía vencer en pura ingenuidad; el propio Hitler propuso muchas de las ideas y fue mantenido constantemente al tanto del desarrollo de los acontecimientos por el comandante en jefe del Ejército.

En agosto, Halder aprovechó una visita al *Grille* [el yate del Führer] con ocasión de una revista de la flota para informarnos a Hitler y a mí, con la ayuda de un mapa, del plan de operaciones del momento. El Führer formuló muchas preguntas sin expresar ninguna opinión en particular; pidió que se preparase un mapa que mostrara todos los preparativos y la manera en que las tropas iban a ser desplegadas, así como un breve memorando de la probable secuencia de acontecimientos. Estaba especialmente interesado en aquellos puntos de las fortificaciones fronterizas del enemigo a través de las cuales planeábamos abrirnos camino, puesto que había hecho un cuidadoso estudio de su valor y de sus puntos débiles. Había una serie de diferencias en esta cuestión, sobre todo con respecto al uso de artillería media, porque de esta teníamos una modesta cantidad, y también con respecto a las fuerzas blindadas y las operaciones aerotransportadas. La reunión para este informe terminó sin un sí decisivo o un claro no por su parte: [Hitler] quería meditarlo de nuevo cuando le viniese bien. Halder fue tan sensato con él como tenía por costumbre e inmediatamente le entregó el mapa y todos sus apuntes, además de pedirle que tomara una decisión rápidamente, dado que era necesario dar las órdenes a las diferentes armas del Ejército.

A su regreso a Berlín, el Führer me dio su opinión y me pidió que se la transmitiera a Brauchitsch. Después de una serie de idas y venidas, declaró que, aunque en términos generales, estaba de acuerdo con el proyecto, en principio se sentía forzado a oponerse a él debido al plan pensado para los grupos blindados, que era completamente erróneo, y que quería verlo cambiado para que se unieran y avanzaran hacia Praga desde el suroeste, a través de

Pilsen. Halder me dijo que se negaba a realizar semejante cambio, porque nuestra propia debilidad en artillería media nos obligaría a fragmentar nuestras fuerzas blindadas para asegurarnos de que la infantería pudiera penetrar por los puntos cruciales. Me vi incapaz de discutirle a Halder su lógica, pero cumplir con las órdenes era su única opción; le aconsejé a Brauchitsch que lo hablara de nuevo con el Führer, pero se abstuvo de hacerlo.

Además, el Führer se había trasladado a Berchtesgaden en la segunda mitad de agosto. Fue en ese momento cuando [el señor Neville] Chamberlain hizo su histórica visita al Führer en el Berghof, a la que fuimos llamados a asistir tanto yo como nuestro ministro de Asuntos Exteriores [Von Ribbentrop]. En aquel momento, me pareció que la visita del primer ministro británico era un acontecimiento de lo más inusual. De hecho, el anciano caballero había volado desde Londres a Múnich; al parecer, era la primera vez que volaba a cualquier sitio. Por supuesto, el llamado «problema alemán» y el mantenimiento de la paz eran de alta prioridad en la agenda. Como solía pasar en los actos políticos, mi papel se redujo a representar a las Fuerzas Armadas para la recepción de invitados y su partida, y no participé en las conversaciones; pensaba que mi presencia era de lo más superflua, por mucho que me interesara conocer a los hombres de Estado que lideraban Europa —o al menos verlos y cruzar con ellos algunas palabras de cortesía—. Me fui del Berghof poco después de que Chamberlain lo hiciera; era obvio que Hitler no estaba satisfecho con el resultado.

El congreso anual del NSDAP tuvo lugar durante la primera mitad de septiembre, solo que esta vez sirvió a la vez para camuflar la concentración de nuestras tropas en las zonas de «maniobras», que había sido tan bien planeada que en ocasiones parecían dirigirse a la frontera checa, mientras que en otras parecían ir en la dirección opuesta.

Poco antes, el mayor Von Lossberg y yo habíamos enviado al Führer a su casa de Múnich el calendario exacto de acontecimientos de la contingencia *Verde* [operaciones contra Checoslovaquia]; el calendario explicaba con detalle al Ejército y a las Fuerzas Armadas todos los pasos que se debían tomar, los movimientos de las tropas

y las órdenes que debían ser dadas, etc., comenzando por el día del ataque, el día D, y siguiendo con el trabajo previo.

Dos consideraciones particulares regían este calendario:

1. ¿En qué momento se hizo imposible seguir camuflando nuestras tropas?
2. ¿Hasta qué punto se podría postergar la orden de detener un movimiento de tropas?

Este calendario de plazos serviría como guía a Hitler a la vez que este dirigía sus pasos diplomáticos en armonía con el desdoblamiento de la madeja del plan militar.

Le mostré cómo funcionaría el calendario (que Jodl había formulado colaborando estrechamente con las armas que iban a combatir). De acuerdo con el plan, Hitler tan solo tenía que fijar la fecha del día D y el plan completo funcionaría como un reloj; cada día sería posible saber lo que debía suceder y cuándo.

A Hitler le complació mucho este «programa» y nos despidió a ambos sin más preámbulos. Esa fue la primera vez que vi el interior de su modesto piso. Después de una breve comida en un restaurante cercano, Lossberg y yo regresamos en coche esa misma tarde a Berlín. Había sido un día duro.

En la reunión del Partido [en Núremberg], a la que se me había pedido asistir también este año, Hitler me preguntó si el Estado Mayor General había modificado el plan de operaciones de acuerdo con sus deseos. Llamé por teléfono a Halder y me dijo que no lo habían hecho; no habían sido capaces de alterarlo a tiempo, ya que las órdenes debían ser emitidas. Pedí permiso a Hitler para volar a Berlín y hablar con Brauchitsch en persona; puse como excusa que, por motivos de seguridad, sería imprudente usar el teléfono. Hablé a solas con Brauchitsch, que se dio cuenta de la posición en la que ambos nos encontrábamos en ese momento; prometió hablar de inmediato con Halder a este respecto. Pero cuando lo llamé dos horas más tarde para saber de su decisión final antes de mi vuelo de vuelta a Núremberg, rechazó cualquier perspectiva de realizar cambios; se trataba de algo imposible, y así se lo tendría que decir a Hitler.

Ya conocía bien al Führer como para hacer eso, y sabía que no estaría satisfecho con esa respuesta ni con cómo habían salido las cosas. Brauchitsch y Halder recibieron la orden de presentarse ante él en Núremberg al día siguiente. Las conversaciones comenzaron en el hotel Deutscher Hof justo antes de mediodía y se prolongaron durante varias horas: la idea de Hitler era engatusar a este par de recalcitrantes dándoles lecciones de manera calmada y paciente sobre el uso de la caballería moderna de batalla (en otras palabras, de las formaciones blindadas); yo ya les había propuesto una solución perfectamente viable hacia un acuerdo. Me pareció deplorable perder tanto tiempo por este asunto, sobre todo de noche, pues podía predecir que, al final, toda su oposición y su injustificada obstinación estaban destinadas al fracaso, con el consecuente y nuevo menoscabo del prestigio de ambos. Alrededor de las tres ya era demasiado tarde: la paciencia de Hitler se agotó y les ordenó de modo terminante que las formaciones blindadas se unieran tal como había indicado y usaran una fuerza conjunta en el ataque para penetrar a través de Pilsen. Despidió a los caballeros fríamente y con hosquedad.

Mientras saciábamos nuestra sed en el vestíbulo después de haber perdido esta batalla, Halder me preguntó con una voz que temblaba de indignación: «¿Qué es lo que busca en realidad?». Estaba tan irritado que repliqué: «Si de verdad aún no lo ha averiguado, entonces puede contar con mi simpatía».

Fue solo entonces cuando Brauchitsch intervino para arreglar las cosas. Las nuevas órdenes se redactaron de inmediato y las exigencias de Hitler se cumplieron en su totalidad. Mientras Halder las escribía, no tuve más remedio que preguntarle a Brauchitsch: «¿Por qué pelea con él, cuando sabe que la batalla la tiene perdida antes de empezar? Nadie piensa que vaya a haber una guerra por esto, así que no merecía la pena tal implacable reacción defensiva. Usted arruina sus triunfos por culpa de gestos bastante inútiles y, al final, tiene que rendirse de todas maneras; cuando se trate realmente de una cuestión de vida o muerte y se oponga, no gozará de la autoridad necesaria».

He descrito este episodio con detalle solo porque ilustra con un ejemplo característico (una controversia que ni siquiera era de primer orden) los síntomas de las condiciones bajo las cuales teníamos que trabajar con Hitler. Si se le metía una idea en la cabeza, nadie sobre la tierra se la podía sacar; siempre se salía con la suya, con independencia de que sus consejeros la aprobaran o desaprobaran.

Durante la segunda mitad de septiembre [en concreto, del 22 al 23 de septiembre de 1938] Chamberlain nos hizo una segunda visita, esta vez en Godesberg en el Rin. Brauchitsch me había proporcionado a Stülpnagel como observador en caso de que se exigieran acciones militares, así que al menos tenía alguien con quien hablar durante las discusiones políticas, que se prolongaron durante horas y de las que los soldados habíamos quedado excluidos. A última hora de aquella tarde se desató un peligroso elemento de tensión cuando llegó un telegrama de Praga anunciando la movilización del Ejército checo. Mientras telefoneaba a Jodl para que me aclarara la situación con nuestro agregado militar en Praga, Hitler dictaba una carta al primer ministro británico para indicarle que se sentía libre para actuar y que estaba preparado, en el caso de que fuese necesario y si las conversaciones que estaban en marcha sufrían perjuicio por la movilización de los checos, para defender los intereses alemanes por medio de la acción militar. Afortunadamente, tanto Chamberlain como Jodl rebatieron los informes que llegaban con tal propósito, y las conversaciones se reanudaron al día siguiente, y terminaron, si no con una solución final, al menos con una base sólida con tal de evitar la guerra. Después del atardecer, volamos de vuelta a Berlín dando un rodeo a causa de las tormentas que se propagaban por todo el país; fue un espectáculo incomparable observar las descargas eléctricas desde una altura de diez mil pies y los rayos que caían a la altura de nuestro avión y por debajo.

Al día siguiente, fui en automóvil a una berrea como invitado del director Luenisch [director general] de A. E. G., la compañía general eléctrica, y al segundo día en J., cerca de Berlín, abatí al ciervo más

imponente de mi vida; me pareció un buen presagio para una inminente solución de la cuestión checa.

Como bien es sabido, fue finalmente la intervención de Mussolini la que condujo a las conversaciones de Múnich entre los cuatro hombres de Estado en el edificio del Führer en la plaza Königlicher a finales de septiembre. El único estadista al que no conocía era al señor Daladier, a quien el embajador francés François-Poncet me presentó mientras todos participábamos en un pequeño bufete de pie. A mí me dejaron al margen de las conversaciones, aunque Göring sí entró en ellas. El resultado [es decir, la anexión a Alemania de los Sudetes] es bien conocido, pero no creo que sea tan conocido el hecho de que fue Daladier quien finalmente despejó la terca resistencia del primer ministro británico sobre la cuestión de los Sudetes al decir: «No vamos a tolerar una guerra por esto, los checos tendrán que ceder. Simplemente tendremos que forzarlos a aceptar la cesión». Schmundt anotó todo esto mientras caminaban.

En la conferencia de embajadores en la que se iba a decidir la transferencia de territorios, nuestro Alto Mando militar estuvo representado, porque, aunque las fronteras étnicas y lingüísticas iban a suponer el factor de referencia, la nueva estrategia fronteriza y la amputación de las fortificaciones en la frontera checa iban a tener un importante papel militar; estas fueron las instrucciones que di, y a través de mi observador pasaron a ser una referencia para nuestros representantes en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Los grandes servicios prestados por François-Poncet para asegurar la aceptación de las exigencias alemanas y las cómicas amenazas que vertió sobre los otros —«¡Ahora, daos prisa! El viejo (Hitler) ya está de camino a Berlín»— ya son historia. El hecho fue que Francia no tuvo ninguna intención de ir a la guerra por los problemas de Alemania en el este; que Hitler supiera ver esto, además de su inquebrantable fe en la indolencia de Francia —les había asegurado repetidamente que jamás iría a la guerra contra ellos por Alsacia-Lorena— fueron desastrosos para el resultado de su acción diplomática con respecto al problema polaco, dado que, después de Múnich, Inglaterra comenzó a pensar de manera bien distinta y forzó a la reacia Francia a unirse a ella.

Estoy convencido de que tanto el veloz progreso que habíamos hecho desde el verano de 1938 con la construcción de nuestras fortificaciones en el oeste, como la escala del esfuerzo humano y material que le habíamos dedicado, tuvieron una gran influencia sobre el hecho de que Francia revaluara su pacto de alianza con Checoslovaquia.[1] Las fortificaciones del oeste apenas podíamos ocultárselas a Francia, y tampoco era esa la intención; obviamente, adquirieron mucho mayor impacto cuando se demostró su valor defensivo en el otoño de 1938; tan solo fueron necesarias unas pocas divisiones para encargarse de estas fortificaciones, reforzadas por alrededor de trescientos mil hombres del Servicio de Trabajo del Reich y unidades de reserva improvisadas, y solo fueron equipadas con armamento y uniformes sumamente inadecuados. Todo consistió en un tremendo engaño. Se consiguió el máximo resultado gracias a las bonificaciones, a los turnos diurnos y nocturnos y al magnífico esfuerzo realizado por nuestros hombres. Todt tenía que informar cada semana de cuántos búnkeres habían sido excavados y el resultado fue que el 1 de octubre de 1938, los casi cinco mil lugares fortificados que se habían demandado estaban acabados, si bien en bruto.

Ya en mayo acompañé al Führer a un viaje de inspección de los lugares de construcción, que hasta la fecha habían sido simplemente un proyecto de ingeniería del Ejército. El programa de construcción había estado enteramente bajo el mando de los cuarteles generales del Segundo Grupo de Ejércitos en Kassel. Siguiendo mi consejo, el general Adam, uno de los protegidos de Blomberg y previamente comandante de la Academia Militar de Berlín, había sido nombrado sucesor de Ritter von Leeb como comandante en jefe del Segundo Grupo de Ejércitos el 1 de abril de 1938. Pensé en ese momento que un general tan competente y talentoso —había sido antes que Beck jefe del Estado Mayor General— no debía estar ligado a la Academia Militar, y lo había puesto a disposición de Brauchitsch.

Adam dio la bienvenida al Führer en su calidad de «comandante en jefe Occidental» y pronunció un discurso introductorio sobre la posibilidad de defender el frente del oeste teniendo en cuenta las

tropas que la Oficina de Guerra le había asignado y con el avance que hasta la fecha se había realizado en la construcción de las fortificaciones. De acuerdo con lo que Adam me contó después, sus comentarios estaban en la dirección entonces seguida por Beck, que era en aquel momento el jefe del Estado Mayor General: admitió la intención expresa de exponer a la fuerza los puntos débiles de todo el sistema y la imposibilidad de ofrecer una resistencia eficaz al oeste del Rin durante más de unos pocos días. El principal objetivo de todo esto fue disuadir a toda costa a Hitler de sus planes de atacar Checoslovaquia, que ya estaban previstos y no eran en absoluto desconocidos.

El general Adam, que había sido destinado al frente occidental como comandante en jefe, aprovechó gustosamente la oportunidad para dar a entender que necesitaba un considerable refuerzo de sus tropas, que eran sin duda inadecuadas; ¿qué comandante en jefe no lo haría, dado que jamás se cuenta con las suficientes tropas? Pero también comenzó a pintar su apuro en términos realmente drásticos, y, además, expresándose de una manera no precisamente diplomática.

El resultado fue un nuevo estallido de Hitler, que rechazó las quejas sin pensárselo dos veces; aquella fue una situación extremadamente embarazosa, que apenas logró calmarse cuando Hitler cortó el discurso del general Adam con un abrupto «Gracias» y le pidió que se marchara. Me vi obligado a permanecer allí de pie mientras me decía a gritos que este general había sido una decepción, y que se tendría que marchar; de nada le servían generales como aquel, que, desde un primer momento, no tenían fe alguna en su misión. De nada sirvieron mis réplicas, que apuntaban al hecho de que no era lo que Adam había querido decir, que él solo había deseado discutir por extenso sobre todos los posibles problemas y que era uno de nuestros generales más competentes. Brauchitsch recibió el mismo rapapolvo, y aquel excelente soldado fue licenciado.

Recorrimos en coche la frontera en unos pocos tramos largos. En varios lugares, Hitler ordenó que se trasladaran los trabajos de defensa a la frontera política, por ejemplo en Aix-la-Chapelle,

Saarbrücken, etc. El Führer intervino en persona en todos los lugares, declarando que las ideas del Estado Mayor General estaban equivocadas y mal concebidas.

A finales de agosto [en concreto, desde el 27 al 29 de agosto de 1938] acompañé a Hitler en una segunda visita al Muro Occidental, que ahora estaba a punto de ser terminado. El general Von Witzleben vino con nosotros, y recibió numerosas y detalladas instrucciones para realizar nuevas mejoras, que inmediatamente se comunicaron a Todt. El ejército era ahora responsable solo de la inspección táctica, la asignación de las obras y el diseño de las instalaciones para la batalla. El *tour* tuvo a la vez un segundo propósito como propaganda disuasoria para Francia.

Muy pronto después de Múnich, me di perfecta cuenta de que, mientras que Hitler estaba muy contento con la victoria política que se había anotado con Gran Bretaña, tenía que olvidarse de la solución estratégica del problema checoslovaco, dado que en un principio había decidido obligar a Checoslovaquia a unirse a la órbita del Gran Reich Alemán en una cerrada alianza militar, bien mediante obligaciones derivadas de pactos, bien, si estas fueran imposibles, por la fuerza de las armas.

Dado que muy pronto se hizo cada vez más evidente que no había perspectiva de ganar Checoslovaquia por medios pacíficos, como resultado del firme apoyo que estaba ahora disfrutando por parte de las potencias europeas, en octubre de 1938 comenzamos a trazar un plan para eliminar a este país como enemigo de Estado por el poder de las armas a la primera oportunidad que se presentase; ya estaba muy debilitada por la pérdida de las fortificaciones en su frontera. Por consiguiente, hacia finales de octubre se emitieron directrices preliminares para que se mantuviera una disposición militar para el momento en que —de una manera u otra— todos los requisitos políticos prevalecieran, al explotar la ampliamente publicitada lucha por la independencia de Eslovaquia.

De esta forma, la eliminación final de la cuestión checa había sido solo en realidad pospuesta, cuando el general Jodl abandonó el Alto Mando a finales de octubre para ocupar su nombramiento activo como comandante de una unidad de artillería en Viena. Si yo hubiera

tenido la menor idea de que había una guerra en perspectiva, jamás le hubiera dejado marchar así. Después de la desgracia con Von Viebahn en marzo y abril, decidí continuar sin un reemplazo para Jodl como jefe del Estado Mayor de Operaciones y transferí su trabajo al coronel Warlimont, jefe del departamento de defensa nacional, en cercana colaboración conmigo.

Las fortificaciones en la frontera checa [en el área que nos habíamos anexionado] despertaron un gran interés no solo entre nuestros soldados, sino naturalmente también en Hitler; habían sido construidas teniendo como modelo la Línea Maginot francesa bajo la supervisión de ingenieros civiles franceses. Quedamos gratamente sorprendidos por la solidez de los fortines más grandes y de los emplazamientos de los cañones; hubo una serie de pruebas de fuego en presencia del Führer con el bombardeo de las fortificaciones usando nuestras piezas de artillería convencional. Lo más sorprendente fue el poder de penetración de las armas antiaéreas de 88 milímetros, que fueron capaces de hacer trizas los búnkeres normales a una distancia de casi dos Kilómetros, una capacidad —hay que señalar— que el Führer había pedido con antelación; así pues, había tenido razón al ordenar utilizarlas de este modo.[2]

A principios de noviembre de 1938, antes de que el Alto Mando hubiera recibido instrucciones para que el Estado Mayor General estudiase la posibilidad de recuperar Danzig y Memel en el caso de que las circunstancias lo hicieran posible, tuve que organizar una visita de inspección de las fortificaciones del este. [Hitler] me dijo que se quería hacer una idea de la solidez de nuestras fortificaciones contra Polonia; nadie podía decir, explicó, si el asunto de Danzig —y la devolución de Danzig al Reich era su firme objetivo— terminaría en un conflicto con la misma Polonia. Le pedí a Brauchitsch que organizara la visita de inspección, y le dije que era casi imposible que él mismo se abstuviera de participar, como había hecho en los otros dos *tours* anteriores en el oeste; me había dado cuenta de ese método suyo de retirarse entre bastidores cuando se trataba de una cuestión de esquivar interferencias externas, o de evitar verse

involucrado en disputas indecorosas. Esto no me complacía, porque se podía volver más tarde contra mí y que me acusaran de no haber representado los intereses del Ejército con la suficiente vehemencia.

Mis presentimientos estaban más que justificados. A pesar de la valentía con la que el general de ingenieros Foerster había defendido el progreso de los mayores trabajos de fortificación realizados principalmente bajos sus órdenes en los ríos Óder y Warta, Hitler no dijo nada bueno sobre ellos: estos descomunales proyectos eran «inútiles ratoneras para hombres», sin armas de fuego y tan solo una o dos pequeñas y patéticas ametralladoras en las torretas, etc. El resultado final fue el cese del general Foerster de su mando; me costó muchísimo trabajo y peticiones a título personal al Führer que lo nombrara general al mando del Sexto Cuerpo de Ejército de Münster.

Aun así, el Muro Oriental preocupaba tanto a Hitler aquel invierno, que algún tiempo después inspeccionó el frente del Óder desde Breslau hasta Fráncfort del Óder, solo que esta vez sin mí. Las fortificaciones de los terraplenes eran ahora causa de disgusto porque resultaban claramente visibles para el enemigo desde cierta distancia. También en este aspecto, sin embargo, se demostró después que Hitler tenía razón durante nuestra campaña francesa, ya que bastó un solo disparo directo de nuestra artillería de 88 milímetros para destrozar cada uno de los fortines de hormigón franceses visibles en la parte opuesta de la orilla del río.

En cualquier caso, a pesar de todo el enfado que causaron en la Oficina de Guerra, el intenso trabajo en las fortificaciones del este y el papel especial de Prusia (del que no hablaré ahora) nos ofrecieron la sensación reconfortante de que ya no teníamos que lidiar con la posibilidad de una guerra con Polonia en un futuro inmediato, asumiendo siempre, por supuesto, que no recibiéramos un ataque directo. Esta última contingencia no fue descartada ni siquiera por Hitler, ya que siempre existía la posibilidad de que los polacos vinieran en ayuda de Checoslovaquia.

Fue de esta manera como, en la primavera de 1939, se creó la nueva directiva del OKW «para despliegue y batalla»; en realidad, se planeó únicamente con propósitos defensivos, no fuera a ser que

Polonia, instigada y secundada por las potencias occidentales, decidiera actuar contra nosotros, bien como resultado de, o en conexión con, el problema de Danzig.

En pro de la exactitud histórica, debo reiterar que esta directiva era de una naturaleza puramente defensiva. Creo que Brauchitsch ya confirmó este extremo en el estrado.

Con mi nombramiento como de jefe del OKW dejé de ser un hombre libre; toda libertad de disponer de mi tiempo como quisiera y de organizar mis asuntos de familia como deseara tuvieron que ceder el paso a mi permanente dependencia de Hitler y a las demandas impredecibles que había sobre mi tiempo. ¡Cuántas veces tuve que interrumpir de manera inesperada incluso mis breves escapadas de fin de semana en Helmscherode o las excursiones de caza en Pomerania para rendirle cuentas, algo que se producía con mucha más frecuencia debido a sus caprichos insignificantes que por alguna razón de peso! Aunque se me concedieron fácilmente permisos e incluso viajes de vital importancia desde los cuarteles generales del Führer a Berlín, las licencias eran cruelmente rescindidas y se me llamaba de nuevo. No sé si era en parte culpa de mi gran sentido del deber, o porque la oficina de ayudantes de Hitler vacilaba en frenar estas exigencias. Desafortunadamente, nunca supe lo que había pasado hasta que llegaba. Por lo general, era algo que había sucedido, normalmente poco agradable, y que ya solo podía remendar.

¿Cuándo podría dedicar algunas horas de asueto a mi mujer y a mis hijos? Ya no había paz para mí, aun cuando no hubiera todavía una guerra que me atara a los cuarteles generales. Mi mujer lo había soportado todo de la forma más admirable. ¿Qué clase de marido y de padre estaba siendo, al llegar nervioso e irritable a casa, como hacía de manera invariable? Ahora que ya no teníamos que contar cada pfennig, y que podíamos conseguir entradas para el teatro cada semana y permitirnos también otros lujos, no tenía tiempo para estas cosas. Permanecía atado a mi escritorio prácticamente todas las tardes, lidiando con las montañas de trabajo que se habían

acumulado durante el día. Solía regresar a casa muerto de cansancio y me quedaba inmediatamente dormido.

Además de todo esto, ahora no solo me sentía responsable de Helmscherode y de mi hermana casada en Wehrkirch, sino también de los hijos de Blomberg: ahora que su padre se encontraba en el extranjero, no tenían a nadie más a quien recurrir.

Al principio, Blomberg me escribía regularmente, con frecuencia con numerosas peticiones de las que yo gustosamente me encargaba. Algunas semanas después de su partida, recibí un telegrama suyo que llegaba desde Italia: «Envíame a mi hijo Axel de inmediato con pasaporte y moneda extranjera para los gastos de viaje, porque tengo asuntos vitales que discutir con él».

Pedí al hijo que viniera a verme —era teniente de las Fuerzas Aéreas— y lo envié junto a su padre. A su regreso ocho días después, me trajo una carta que su padre había escrito tras largas deliberaciones con él. En esta carta me pedía que le contara a Hitler que pensaba separarse de su mujer, si bien podría solo poner este plan en marcha si el Führer lo apoyaba de nuevo y lo readmitía. Le pedí a Hitler que leyera la carta por su cuenta; como esperaba, rechazó las condiciones sin pensarlo dos veces, puntualizando que en su momento le había exigido que anulara el matrimonio de inmediato. Blomberg se había negado arguyendo que era una petición imposible para él, dijo Hitler, por lo que cada cual había seguido su camino y ya no se podía dar marcha atrás. A pesar de la manera cuidadosa en la que le di a conocer la respuesta a Blomberg, él siempre ha pensado que ideé la negativa de Hitler por puro egoísmo para no perder mi posición como jefe del Alto Mando. Supe todo esto más tarde por Alex Blomberg. No creyó nada de lo que reafirmé en contra, y, aunque no existía culpa por mi parte, las relaciones que hasta entonces habían sido amistosas se fueron deteriorando.

Nuestros hijos [Karl-Heinz Keitel y Dorotea von Blomberg] se casaron en mayo. Tuve que actuar en representación de ambos padres y, después de la ceremonia religiosa, ofrecí un banquete de boda en el salón principal del edificio del Ministerio de Guerra,

mientras que la fiesta de la víspera, una reunión muy íntima, se celebró en mi casa.

Hans-Georg había aprobado con brillantez su examen de acceso a la enseñanza superior en el trimestre de Pascua de 1938, pero sus profesores valoraron más su personalidad y su conducta que su conocimiento de lenguas clásicas, que era su gran punto débil. Cuando decidió irse de casa para ser soldado, mi mujer se lo tomó muy mal; mi esposa ahora estaba sola casi todo el tiempo, ya que nuestras dos hijas tenían sus propias carreras. Nona trabajaba en casa por las tardes, pero a Erika le gustaba ir a fiestas, al teatro y al cine, y tenía un amplio círculo de amigos.

Aunque los actos oficiales eran variados e interesantes para mi mujer y para mí, después de todo eran solo en cumplimiento del deber y nos costaron muchas noches que podríamos haber pasado de manera diferente de haber podido elegir con libertad; pero todo aquello estaba relacionado de forma inevitable con mi cargo. No entablamos una amistad cercana ni con las familias de los funcionarios de alto rango ni con los líderes del Partido, ni mucho menos con el cuerpo diplomático. O debía salir para algún acto fuera, o debía entretener a los invitados oficiales, y ahí se terminaba la cosa. Mi mujer tenía fama de ser una experta en mantener su boca cerrada con modestia; se decía que era tan «escurridiza como una anguila», y pronto abandonaron cualquier intento de comunicarse o conversar conmigo. Para los diplomáticos, era aburrido, como una esfinge, bastante al contrario que mi predecesor Reichenau, que había disfrutado jugando a ser primer violinista en aquella orquesta tan particular.

Alrededor de febrero de 1939, se habían comenzado a intensificar las maquinaciones de los checos: la prensa publicaba cada vez con más frecuencia historias de incidentes en la frontera y de excesos cometidos contra las minorías alemanas en Bohemia y en Moravia. Se enviaron comunicaciones oficiales a Praga, y nuestro embajador [Friedrich Eisenlohn] fue llamado a Berlín, como también lo fue nuestro agregado militar, el coronel Toussaint.

El Führer reiteró que ya había soportado todo lo soportable y que no estaba dispuesto a quedarse esperando impotente por mucho más tiempo. Me di cuenta de que se acercaba la llamada «limpieza» de la Checoslovaquia residual. A pesar de que, cuando le pregunté al Führer, ni admitió sus intenciones definitivas ni me dio ninguna fecha, seguí los pasos necesarios para asegurarme de que la Oficina de Guerra pudiera desplegar una invasión veloz y repentina si fuese necesario. El Führer llamó a Brauchitsch en mi presencia, habló de la cada vez más intolerable posición de las minorías en Checoslovaquia y anunció que se había decidido por la intervención militar, a la que llamó «operación de pacificación»; ciertamente no necesitaría ningún reclutamiento por encima o por debajo del ya dispuesto en las órdenes redactadas en el otoño de 1938. Dado que nosotros los militares —incluso yo— no supimos nada más de las propuestas diplomáticas entre Praga y Berlín que aquellas que nos había relatado nuestro agregado militar, nos vimos obligados a quedarnos en una pura conjetura; esperábamos el mismo tipo de sorpresas diplomáticas de las que en varias ocasiones anteriores habíamos sido testigos.

Aposté mi propio dinero a «los idus de marzo»: además de 1937, siempre había sido la fecha que Adolf Hitler había elegido para actuar desde 1933. ¿Fue coincidencia o superstición? Me inclino a pensar esto último, dado que Hitler se refería a ello con frecuencia.

Como era de esperar, las órdenes de avance al Ejército y a las Fuerzas Aéreas fueron emitidas el 12 de marzo [de 1939] para que estuvieran preparadas para una posible invasión de Checoslovaquia a las seis de la mañana del 15 de marzo; ninguna otra fuerza debía acercarse a seis millas de la frontera antes que ellos. Ninguno de nuestros soldados supo cuáles debían ser las circunstancias para que tal ataque se produjese.

Cuando me presenté ante el Führer en la Cancillería del Reich el día 14 de marzo para que recopilara sus instrucciones para las Fuerzas Armadas, cuya disposición para el día siguiente había sido asegurada de acuerdo con sus órdenes, me mencionó brevemente que el presidente Hacha había anunciado el día anterior su intención de venir para discutir la crisis, y que él esperaba que llegara a Berlín

esa misma tarde. Le pedí su permiso para advertir a la Oficina de Guerra de inmediato de que, en tales circunstancias, la invasión tendría que ser pospuesta por el momento. Hitler rechazó firmemente tal sugerencia y me explicó que, fuese como fuese, él aún planeaba avanzar sobre Checoslovaquia al día siguiente —cualquiera que fuera el resultado de sus conversaciones con el presidente checo—. No obstante, se me dijo que estuviera a su disposición a las nueve de la noche en la Cancillería del Reich, de manera que pudiese transmitir a la Oficina de Guerra y al Alto Mando de las Fuerzas Aéreas sus órdenes ejecutivas para que comenzara la invasión.

Llegué a la Cancillería del Reich poco antes de las nueve; Hitler se acababa de levantar de la mesa después de cenar y sus invitados se iban reuniendo en el salón para ver la película *Ein hoffnungloser Fall* (*Un caso sin esperanza*). Hitler me invitó a sentarme a su lado, puesto que se esperaba que Hacha no llegara antes de las diez. Dadas las circunstancias, me sentí completamente fuera de lugar en ese ambiente; en ocho o diez horas se intercambiarían los primeros disparos, y yo me sentía completamente perturbado.

A las diez en punto [el ministro de Asuntos Exteriores] Ribbentrop anunció la llegada de Hacha al castillo de Bellevue; el Führer respondió que iba a dejar descansar al viejo dos horas para que se recuperara; lo llamaría para que acudiese a medianoche. Aquello resultó igualmente incomprensible para mí. ¿Por qué hacía eso? ¿Era esto diplomacia premeditada, política?

Por supuesto, Hacha no podría haber sabido que, antes de que anocheciera ese 14 de marzo, las tropas de la Escuadra de Protección de las SS Adolf Hitler ya habían invadido la franja morava de Ostrava para proteger el moderno molino de acero de Witkowitz y evitar que cayera en manos de los polacos; aún no teníamos informes de cómo había ido la operación.

Hacha llegó a medianoche, acompañado por el ministro de Asuntos Exteriores [Chvalkovsky] y por el ministro checo en Berlín [Mastny]; fueron recibidos por Hitler y por una gran comitiva en el estudio del Führer, en el edificio de la Cancillería del Reich. Göring también estaba allí. Después de un diálogo introductorio, en el cual

Hacha se entregó a una ampulosa descripción de su carrera en el servicio civil austriaco —una situación que en mi confusión mental tampoco logré comprender— Hitler lo interrumpió para decir que, visto lo tarde que era, se veía obligado a volver a los asuntos políticos, que eran el motivo de la presencia de Hacha. Nos pidieron que nos retirásemos. En dos ocasiones me vi forzado a interrumpir la discusión entre los estadistas (creo que, aparte de ellos, solo Ribbentrop estaba presente, con Hewel tomando acta de la reunión). La primera ocasión fue cuando tuve que entregar una breve nota explicando que Witkowitz había sido ocupado sin enfrentamientos por las tropas de la Escuadra de Protección de las SS; Hitler la leyó y asintió con satisfacción. La segunda vez fue para entregar un aviso sobre lo tarde que se hacía; el Ejército solicitaba una decisión final sobre si iba a marchar o no. Se me despidió abruptamente con la respuesta de que eran tan solo las dos y la orden sería emitida antes de las cuatro.

Poco después nos llamaron de nuevo a Göring y a mí. Los caballeros estaban alrededor de la mesa y Hitler le estaba diciendo a Hacha que de él dependía una decisión; yo confirmaría que nuestras tropas ya estaban avanzando y cruzarían la frontera a las seis, y él —Hacha—, solo él, tenía el poder de decidir si se iba a verter sangre o si su país iba ser ocupado de manera pacífica. Hacha rogó que hubiera un aplazamiento, ya que tenía que telefonear a su Gobierno en Praga. ¿Alguien podía facilitarle una línea telefónica? ¿Estaría dispuesto Hitler a ver que los movimientos de tropas checas habían cesado de inmediato? Hitler se negó: confirmaría —dijo— que esto ya era imposible porque nuestras tropas ya se estaban acercando a la frontera. Antes de que yo pudiera abrir la boca, Göring intervino para anunciar que sus Fuerzas Aéreas aparecerían en Praga al amanecer, y que no estaba en su mano cambiar eso; estaba en manos de Hacha que hubiera o no bombardeos. Bajo esta enorme presión, Hacha afirmó que deseaba evitar un derramamiento de sangre a toda costa, y se volvió hacia mí para preguntarme cómo se podía poner en contacto con las guarniciones de su país y las tropas en la frontera para advertirles de la invasión, y prohibirles que disparasen.

Me ofrecí a redactar un telegrama con tal propósito dirigido a todos los mandos y cuarteles generales de las guarniciones, para que lo enviara de inmediato a Praga. Cuando lo terminé, Göring me lo cogió y acompañó a Hacha a un teléfono en el que le dieron una línea. Yo fui junto al Führer y le pedí que emitiera una orden ejecutiva para la invasión, que debía incluir claras instrucciones de no disparar, del mismo tipo que las dadas al Ejército checo; si se produjese, no obstante, cualquier signo de resistencia, se harían inmediatos intentos de negociación, y la fuerza de las armas se usaría tan solo como último recurso.

Se pasó esta orden al Ejército a las tres, lo cual dejaba tres horas completas para su total distribución. Era grande el peso que se les quitaba a nuestros soldados; Brauchitsch y yo nos confesamos mutuamente aliviados por aquello. Mientras tanto, Hacha había dictado sus instrucciones a Praga, y lo vi más tarde, agotado, en la antesala del estudio del Führer, con el doctor Morell tratándolo. Sentí compasión por el viejo y me acerqué a él para reafirmarle que estaba convencido de que no habría disparos en absoluto por parte de Alemania, ya que se habían emitido órdenes a tal efecto, y que no tenía duda alguna de que el Ejército checo cumpliría con el alto el fuego y que no habría resistencia a las órdenes. Mientras tanto, los dos ministros de Asuntos Exteriores habían dictado un protocolo del acuerdo, que fue firmado en una reunión posterior en el estudio de Hitler.

Después de que la Oficina de Guerra —pienso que fue el mismo Brauchitsch— me hubo confirmado que habían sido dadas todas las órdenes, se lo comuniqué al Führer y le pregunté si me podía retirar; me presentaría ante él por la mañana con tiempo para acompañarlo a su tren especial. Había ordenado al teniente coronel Zeitzler, del personal de operaciones del OKW, que me acompañara en el viaje a la frontera checa; yo ya no tenía nada más que organizar, dado que la ocupación era solo responsabilidad de la Oficina de Guerra, cuyos informes para el Führer tenía que recopilar Zeitzler y resumírmelos de tanto en tanto.

De la frontera en adelante se formó un convoy de vehículos motorizados a lo largo de la carretera principal a Praga; bien pronto

nos encontramos con las columnas de nuestro ejército, que iban desfilando. Hacía frío y un tiempo invernal, ventisqueaba y había capas de hielo, y las columnas móviles con sus camiones y armas debían superar los obstáculos más tremendos para poder avanzar, sobre todo cuando nuestro convoy quería adelantarlas.

Llegamos a las afueras de Praga cuando caía el sol, a la vez que las primeras unidades de tropa, y escoltados por una compañía móvil condujimos hasta Hradshin, donde fuimos alojados. Nos consiguieron una cena fría en la localidad, ya que no habíamos llevado nada con nosotros: jamón frío de Praga, panecillos, mantequilla, queso, fruta y cerveza Pilsener; fue la única ocasión en la que vi a Hitler tomarse un vasito de cerveza. Nos supo de maravilla.

Tuve que compartir una habitación con mi ayudante, pero el día siguiente me compensó con la fabulosa vista de la ciudad de Praga, que aún recordaba de mi viaje de novios. El desfile aéreo de propaganda de las Fuerzas Aéreas alemanas —que estaba programado para el 16 de marzo— tuvo que ser cancelado por culpa de la niebla. Alrededor de mediodía Hitler recibió al Gobierno checo para que realizara una declaración de lealtad; a la cabeza iba el presidente Hacha, que había llegado a su palacio presidencial en su tren especial desde Berlín tan solo unas horas después que nosotros, para descubrir a su llegada que el Führer ya se había instalado en otra ala de su residencia oficial.

Aparte de las varias recepciones oficiales y la ceremonia de Estado para la declaración del Protectorado del 16, a la cual fui invitado para representar a las Fuerzas Armadas, Hitler no tuvo tiempo para mí, excepto cuando recibía los breves informes que le enviaba nuestra Oficina de Guerra. Yo me sentía bastante innecesario la mayoría de las veces; todo el mundo hablaba de política y a mí por lo general se me apartaba.

El 17 de marzo fuimos en coche con una escolta militar a través de Brünn hacia Viena. Nos detuvimos en Brünn para contemplar la curiosa belleza del viejo ayuntamiento de la ciudad, que me impresionó de manera particularmente vívida con su sala de reuniones iluminada por velas. Junto con la muchedumbre de

curiosos excursionistas, varios miles de alemanes nativos habían inundado la plaza del mercado formando un estruendo enorme. El Führer despertó su aclamación entusiasta al pasar revista a la guardia de honor alemana, que había sido traída a la plaza.

Después de proseguir a través de Checoslovaquia, nuestro viaje en coche terminó aquella tarde en Viena, donde se repitieron las ovaciones de marzo de 1938 frente al hotel Imperial. Me reuní en el vestíbulo con Freiherr von Neurath a quien el Führer había llamado para que aceptara el cargo de «Protector de Bohemia y Moravia»; supe esto por el mismo Neurath y tuve la impresión de que la perspectiva le parecía bastante edificante.

Había llegado a Viena una delegación del nuevo Gobierno del estado independiente eslovaco, compuesta por el presidente Tiso, el ministro de Interior Durczansky, y Tuka, que era a la vez ministro de Asuntos Exteriores y de Guerra. El Führer había decidido que Von Ribbentrop debía redactar con ellos un Tratado de Zona de Seguridad y que yo resolvería las cláusulas militares esenciales. Ribbentrop y yo nos reunimos con el partido eslovaco a última hora de esa noche —ya era cerca de la medianoche— en las oficinas anexas a la residencia del gauleiter en Viena. De acuerdo con las instrucciones recibidas de Hitler, resumí el propósito y relevancia de la «zona de seguridad» que iba a ser ocupada por tropas alemanas, justo como Hitler me lo había señalado en persona en un mapa: ocupaba una franja fronteriza de alrededor de doce a quince millas de ancho que se adentraba en territorio eslovaco a lo largo de la frontera checa a ambos lados del valle Vaag, e incluía un gran campo de entrenamiento para las tropas y una moderna fábrica de armas subterránea operada por el anterior Estado checo-eslovaco.

No me fue sencillo justificar la insistencia de nuestras Fuerzas Armadas en los derechos de soberanía militar y en el estacionamiento del Ejército y los contingentes de la Fuerza Aérea allí, ante aquellos caballeros (que probablemente reconocían la importancia de la franja fronteriza para su propia defensa nacional), y tampoco fue fácil persuadirlos de que todo aquello era por la propia protección de Eslovaquia. No obstante, debí ser capaz de responder satisfactoriamente a las objeciones que los eslovacos

planteaban en sus largos y con frecuencia críticos interrogatorios, ya que, aunque no estaban del todo convencidos, obtuve su aprobación. Esto lo atribuí en primer lugar al anciano Tuka, que idolatraba al Führer y ayudó a obviar la desconfianza de los otros dos ministros.

Mientras Ribbentrop redactaba el borrador del tratado con los eslovacos, regresé en coche al hotel para informar a Hitler de mi éxito; le dije que los caballeros apreciarían enormemente la oportunidad de ser recibidos por el propio Hitler; en un primer momento se negó por completo con el argumento de que era ya pasada la medianoche y que, además, se encontraba cansado. Pero yo había prometido a Tiso y a Tuka que les organizaría la audiencia, por lo que insistí en que viera a los eslovacos al menos diez minutos, y finalmente aceptó. Por supuesto, Ribbentrop tardó en venir, así que la reunión acabó teniendo lugar a las dos de la mañana; finalizó un cuarto de hora más tarde, después de que el Führer hubiera apaciguado algunos de sus últimos recelos. Se nos prometió la zona de seguridad y aquella misma noche el acuerdo fue firmado por Von Ribbentrop y los caballeros.[3]

El cumpleaños del Führer [el día 20 de abril] de 1939 fue celebrado como era costumbre con un gran desfile militar que sucedió a la habitual recepción matutina con los mandos veteranos del Ejército. El desfile duró más de tres horas, y fue un magnífico espectáculo en el cual estuvieron representadas las tres ramas de las Fuerzas Armadas y de las Waffen-SS. Por expreso deseo de Hitler, desfilaron nuestras piezas más nuevas de artillería media, los cañones blindados pesados, las ultramodernas armas antiaéreas, las unidades de proyectores de las Fuerzas Aéreas, etc., mientras que escuadrones de combate y de cazabombarderos rugían sobre nuestras cabezas a lo largo del eje este-oeste [Brandemburgo Chaussée] desde la dirección de la puerta de Brandemburgo. El presidente Hacha, que estaba acompañado por el Protector del Reich Von Neurath, fue el invitado más agasajado por el Führer, y le fueron concedidos todos los honores propios de un jefe de Estado; se reunió también todo el cuerpo diplomático sin excepción.[4]

Mis esperanzas de que, ahora que el problema checo había sido finalmente resuelto, se le concediera a las Fuerzas Armadas el respiro que tan solemnemente y con tanta frecuencia se les había prometido hasta 1943 para una reconstrucción organizativa fundamental estaban condenadas a la decepción. Un ejército no es un arma para la improvisación: la formación de un cuerpo de oficiales —y suboficiales— así como su educación y consolidación interna son los únicos cimientos sobre los cuales se podía construir un ejército como el que tuvimos en 1914. Se había demostrado que la creencia de Hitler de que las enseñanzas del nacionalsocialismo podían ser usadas para compensar una falta básica de habilidad —en otras palabras, de perspicacia militar— era ilusoria. Nadie negaría que es posible obrar milagros con un entusiasmo fanático; pero de la misma manera que en 1914 los regimientos estudiantiles se habían desangrado estúpidamente hasta la muerte en Langemarck, las tropas de élite de las SS pagaron el más alto precio en vidas humanas desde 1943, y para un mínimo beneficio. Lo que en verdad necesitaban era un cuerpo de oficiales perfectamente desarrollado; pero eso había sido sacrificado por entonces, y no había esperanza de que fuera jamás reemplazado.

Ya desde abril de 1939, Hitler me lanzó con más y más frecuencia comentarios que apuntaban a la necesidad imperiosa de una solución para el problema polaco; era una tragedia, decía, que el viejo y taimado mariscal Pilsudski —con quien había sido capaz de firmar un pacto de no agresión— hubiera muerto de forma tan prematura; pero lo mismo podía ocurrirle a él, Hitler, en cualquier momento. Esta era la razón por la que debía resolver lo más pronto posible la intolerable situación para el futuro de Alemania, que era la amputación geográfica de Prusia oriental respecto al resto del Reich; él no podía posponer esta tarea, o legarla a su sucesor. Ahora podía ver, añadió Hitler, lo mucho que las políticas razonables dependían de la existencia de un solo hombre: los dirigentes polacos del momento estaban lejos de mostrarse inclinados a seguir el camino establecido por el mariscal, como se había dejado ver de manera cada vez más evidente en las conversaciones con el ministro de Asuntos Exteriores polaco, [el coronel] Beck. Beck, afirmaba Hitler,

cifraba sus esperanzas en la ayuda de Inglaterra, aunque no existía la menor duda de que, dado que Gran Bretaña no tenía interés económico alguno en estos asuntos alemanes puramente domésticos, tampoco albergaba un vital interés político. Gran Bretaña retiraría la mano que había tendido a Polonia una vez que se diera cuenta de nuestra determinación de eliminar este resultado del *diktat* de Versalles, una condición que sería bastante intolerable a largo plazo. Él no deseaba una guerra con Polonia por Danzig o el Corredor, pero aquel que desea la paz debe estar preparado para la guerra: esta era la base de cualquier diplomacia exitosa.

Cuando los molinos de la diplomacia comenzaron a moler en Varsovia, en Londres y en París, el Führer se envalentonó en su determinación de crear algún día un *fait accompli* sobre Danzig. ¿Seguro que eso no daría o no podría dar a las grandes potencias una razón para intervenir en el nombre de Polonia, permitiéndole de esta manera atacarnos por la fuerza de las armas? Aun así, era obviamente nuestra obligación prepararnos para tal contingencia, es decir, que Polonia nos atacara bajo ese pretexto.

Por lo tanto, en mayo de 1939, apareció la directiva del Führer — preparación para la contingencia *Blanco* — a la par que exigencias por parte de Hitler de estar preparados, con el 1 de septiembre como muy tarde, para ponerse en pie de guerra con un contraataque sobre Polonia si esta se mostraba intransigente, y para elaborar un plan de acción de nuestro ejército y fuerza aérea. Como sucedió con Checoslovaquia, la orden quería decir que debíamos evitar cualquier movilización, y tampoco podíamos usar las regulaciones redactadas para la movilización, o contar con el estado de alerta resultante de la aplicación del plan de movilización. Esto, a su vez, significaba que todo debía estar basado en la fuerza del ejército en tiempos de paz, y en las posibilidades que permitiera este marco.

Después de que el Führer transmitiera sus instrucciones a los comandantes en jefe, en primer lugar verbalmente y en persona, y después de manera más formal a través de la directiva básica a la que nos hemos referido, se retiró como era su costumbre al aislamiento de su residencia en el Berghof. Por supuesto, eso

obstruyó considerablemente mi trabajo en el Alto Mando, puesto que todo se me debía enviar bien por mensajería o por medio de sus ayudantes militares, si es que yo mismo no iba a viajar a Berchtesgaden, algo que usualmente trataba de lograr en un día en avión.

En contraste con esto, la Cancillería del Reich tenía un hogar permanente en Berchtesgaden para el ministro del Reich, el doctor Lammers, y la Cancillería del Partido, una residencia permanente en Múnich; Göring también tenía una vivienda en el Berghof, y el ministro de Exteriores, una residencia oficial en Fuschl, cerca de Salzburgo, que había sido asignada por Hitler. Solo el OKW, el Alto Mando, no disponía de tales instalaciones para su trabajo, aunque a partir del verano de 1940, conseguí que tuviera un espacio repartido entre los cuarteles de la Cancillería del Reich y los caserones de Berchtesgaden. Esto tuvo como resultado la separación física obligada del OKW con respecto al verdadero centro neurálgico del Gobierno y la falta de contacto personal con la gente que importaba, dos circunstancias que, simplemente, animaron más a Hitler a tomar todas las decisiones por su cuenta y a sabotear cualquier esfuerzo comunitario.

Por lo tanto, la información que me llegó de las negociaciones sostenidas con Polonia o con Londres, y su interés en la cuestión del Corredor de Danzig, fue prácticamente nula, excepto cuando Hitler tomaba la iniciativa durante mis visitas para reunirme con él, o le hacía ver lo preocupados que estábamos el Ejército y yo por la posibilidad de un conflicto armado con Polonia cuando el programa de reequipamiento aún se encontraba en una fase tan insatisfactoria. Hitler me aseguraba una y otra vez que no tenía interés alguno en una guerra con Polonia —no dejaría que las cosas llegaran tan lejos, aun cuando la intervención de Francia era probable siguiendo sus compromisos con el este—. Había hecho a Francia las ofertas de mayor alcance, e incluso había renegado públicamente de su interés en Alsacia-Lorena; esta era seguramente una garantía que ningún otro jefe de Estado más que él podría haber justificado ante el pueblo alemán; solo él tenía la autoridad y el derecho de realizar tal oferta.

En efecto, llegó tan lejos como para rogarme que no le contara a la Oficina de Guerra sus intenciones, ya que temía que dejaran de aplicarse en la planificación del contingente polaco con la misma seriedad e intensidad, elementos centrales para su farsa diplomática, dado que los preparativos de guerra que disimuladamente se llevaban a cabo en Alemania no podían ser mantenidos completamente en secreto o pasar desapercibidos ante los polacos. Yo creía conocer la mentalidad de la Oficina de Guerra y la meticulosidad del Estado Mayor General mejor que él, y no me sentí comprometido con sus ruegos.

Yo creía en Hitler, y me cautivaba su poder de persuasión valiéndose de la palabra; di por sentado que habría una solución política, aunque no sin la aplicación de amenazas de sanciones militares.

El verano de 1939 pasó con una actividad febril en el Estado Mayor del Ejército. La construcción del Muro Occidental continuó a un ritmo acelerado; además de las compañías de construcción y de la Organización Todt, prácticamente todo el Servicio de Trabajo del Reich y varias divisiones del Ejército estaban ocupadas en el proyecto. Los dos últimos se centraban en las excavaciones, las alambradas y el acondicionamiento final de las fortificaciones de hormigón previstas para la defensa de Alemania.

Como era lógico, el *tour* de inspección final de Hitler de agosto de 1939 —al cual lo acompañé— fue realizado tanto por razones de propaganda como para supervisar el progreso real de las construcciones, sobre las cuales él se mantenía continuamente informado gracias a los mapas en los que se marcaban los búnkeres que habían sido terminados, los que estaban aún construyéndose, o los que estaban siendo planeados. Había estudiado estos mapas con tanto detalle que, durante la visita de inspección, sabía exactamente lo que todavía estaba pendiente por hacer y dónde encontrar cada una de las fortificaciones sobre el terreno. Con frecuencia era inevitable no maravillarse con su memoria y el poder de su imaginación.

Consideré que era mi deber durante el transcurso de ese verano no dejar lugar a que Hitler tuviera dudas sobre la seria preocupación

que el Estado Mayor General y sus generales más destacados sentían ante la posibilidad de que estallara una guerra; no solo sus recuerdos de la guerra eran demasiado desagradables, sino que además consideraban que el Ejército no estaba en absoluto preparado para la guerra, y veían el peligro de un conflicto en dos frentes como un espectro particularmente amenazante que decidiría nuestra suerte en el caso de que se produjera. Pensé que era importante que lo supiese, aunque era consciente de que esto solo intensificaría aún más su desconfianza hacia los generales.

Por esta razón, ya en agosto de 1939, se planteó transmitir sus ideas solo a los diversos jefes de Estado Mayor del Ejército, en otras palabras, sin sus comandantes en jefe, en Berghof. Probablemente, yo estaba desde las sombras en la mejor posición para estudiar su efecto y me di cuenta de que Hitler había fracasado en conseguir su objetivo: porque mientras que el general Von Wietersheim [jefe de Estado Mayor del Segundo Grupo de Ejércitos] fue el único que pudo recuperar su voz lo suficiente como para demostrar con sus preguntas lo poco que estaba de acuerdo con lo que Hitler había resumido, esto solo hizo que en la mente de Hitler cristalizara la sospecha de que se estaba enfrentando a una falange de hierro de hombres que por dentro se negaban a dejarse influir por discursos que consideraban propagandísticos. Hitler nunca habló conmigo de la impresión que le había dejado este encuentro, pero sin duda lo hubiera hecho de haber estado satisfecho con él.

Fue una amarga decepción para él, y su desilusión tornó en una pronunciada aversión hacia el Estado Mayor General y su arrogancia de «casta».

Más notable aún fue el discurso que pronunció en el Berghof el 22 de agosto a los generales de los ejércitos del este dispuestos contra Polonia, un discurso ofrecido con el más agudo sentido del momento psicológicamente oportuno y de su utilidad. Hitler era un orador extraordinariamente talentoso, con una capacidad magistral de moldear sus palabras y frases para adaptarse a su público. Me atrevería a decir que había aprendido la lección de la mal planeada reunión con los jefes de Estado Mayor, y que se había dado cuenta de que el intento de separarlos de sus comandantes en jefe había

sido un error psicológico. Se han distorsionado de modo subjetivo otras versiones de este particular discurso, como muestra claramente el momento en el que habló el almirante Boehm, quien debe ser considerado absolutamente imparcial.

El día 24 de agosto Hitler llegó a Berlín y el 26 era cuando estaba previsto el arranque de la invasión de Polonia. Las actividades de la Cancillería del Reich durante los días previos al 3 de septiembre son de tal relevancia histórica con efectos duraderos en todo el mundo que será mejor que deje sus análisis lógicos e interpretación exacta a los historiadores profesionales. Yo poco puedo contribuir desde mi propia experiencia, y, desafortunadamente, no dispongo de anotaciones o memorandos sobre los que pueda basar mis propios recuerdos.

Hacia el mediodía del 25 de agosto, fui convocado por primera vez para ver al Führer en la Cancillería del Reich. Hitler acababa de recibir del embajador [italiano] Attolico una carta personal de Mussolini, unos cuantos párrafos que el Führer procedió a leerme en voz alta. Era la respuesta del Duce a una carta extremadamente confidencial escrita por Hitler desde el Berghof algunos días atrás, en la cual le contaba el enfrentamiento que planeaba contra Polonia y su determinación de solucionar el problema del Corredor de Danzig mediante un conflicto armado si es que Polonia —o Inglaterra, en nombre de Polonia— se negaba a ceder.

Por varias razones, Hitler había señalado una fecha algunos días después [es decir, de lo que había sido de hecho planeado] para sus operaciones contra Polonia; como él mismo me dijo, contaba con que el contenido de su carta fuera inmediatamente remitido a Londres por su «fiable» Ministerio de Asuntos Exteriores, y esto, imaginaba, dejaría clara la seriedad de sus intenciones, sin que por otra parte se divulgara el verdadero calendario de sus operaciones militares, de manera que, aunque los polacos fueran advertidos, los atacantes no perderían la sorpresa táctica que se había planeado. Por último, al anunciar la fecha, Hitler esperaba llevar a los británicos a una intervención precipitada con tal de evitar el estallido de la guerra. Ciertamente, era lo que esperaba que hicieran, y para eso contaba con el apoyo de Mussolini.

La reacción de Mussolini fue la primera desilusión de Hitler en esta apuesta; el Führer había dado por sentado el apoyo de Italia, incluso ayuda de naturaleza militar; después de todo, Italia había firmado sin reservas un pacto militar de ayuda [el «Pacto de acero»], y Hitler esperaba de Mussolini el mismo grado de lealtad de *Nibelungen* que él había desplegado hacia Italia y sin ganancia personal alguna en la campaña de Abisinia. La carta de Mussolini supuso una tremenda conmoción para Hitler: el Duce escribía que, desafortunadamente, no podía mantener el acuerdo, dado que el rey de Italia se negaba a firmar la orden de movilización, y, puesto que esta era prerrogativa exclusiva del monarca, él no tenía poder para actuar. Esto no era todo: Italia no estaba preparada para la guerra, le faltaban armas, equipo y munición. Incluso si él, Mussolini, controlara su capacidad de armamento industrial, había una gran escasez de materia prima: cobre, manganeso, acero, caucho, etc. Si Alemania le prestara ayuda material en estos terrenos, él, por supuesto, reconsideraría la posición de Italia en el caso de guerra abierta.

Después de la negativa de Italia, Hitler me telefoneó de inmediato para averiguar si existía alguna posibilidad de proveer los materiales requeridos: le había pedido a Attolico que verificara de nuevo con Roma qué cantidades de estos bienes escasos eran necesarios y le dijo que me había dado instrucciones para ver hasta qué punto podíamos cumplir con los requisitos de Italia.

Solo ahora salía a luz la razón verdadera de la desilusión de Hitler con la «traición» de Mussolini. En efecto, dijo: «No hay duda en absoluto de que Londres ya se ha dado cuenta de que Italia no irá con nosotros. Ahora se endurecerá la actitud de Gran Bretaña hacia nosotros —ahora apoyarán a Polonia hasta el final—. El resultado diplomático de mi carta es exactamente lo opuesto a lo que había planeado». La irritación de Hitler era dolorosamente obvia para mí, aunque por fuera actuara con compostura. Añadió que, claramente, Londres recuperaría el tratado con los polacos y lo ratificaría ahora que no teníamos perspectiva de apoyo por parte de Italia.

Regresé en automóvil al Ministerio de Guerra para hablar con el general Thomas sobre si podíamos prescindir del tipo de materia

prima que Italia demandaba, además de sus cupos actuales, y en qué cantidades.

Aquella tarde [del 25 de agosto] temprano fui convocado de nuevo a la Cancillería del Reich, solo que esta vez de manera urgente. Hitler estaba aún más agitado que por la mañana; me dijo que le había llegado un cable del jefe de prensa del Reich [el doctor Otto Dietrich] según el cual el tratado anglo-polaco iba a ser ratificado ese mismo día; no había aún confirmación por parte del Ministerio de Exteriores, añadió, pero la experiencia demostraba que los diplomáticos se movían más lentamente que las agencias telegráficas. Pensaba que el telegrama que tenía en la mano era sustancialmente cierto y preguntó si los movimientos de las tropas del ejército podían ser detenidos, ya que quería ganar tiempo para negociar más, a pesar de que ya no contara con el apoyo de Italia.

A instancia mía, Schmundt fue a buscar el calendario en el que estaban marcadas las medidas y las fases de nuestros preparativos militares para cada día hasta el día D. El 23 de agosto, el día D había sido fijado para el 26; en otras palabras, no podíamos estar listos en la frontera polaca hasta un día después de la autorización del movimiento de tropas, que había sido planeado de tal manera que tras una marcha de una noche las hostilidades comenzarían a primera hora del 26. El Führer me ordenó que emitiera inmediatamente una orden preliminar: «Pospuesto el día D. Seguirán más órdenes». Entonces hizo llamar enseguida a Brauchitsch y Halder.

Brauchitsch estuvo allí en media hora. Halder tuvo que venir desde Zossen, el puesto de comandancia de la Oficina de Guerra, en cuanto hubo emitido las primeras órdenes para que todo se detuviera. Tuvo lugar en mi presencia una larga reunión con los representantes de la Oficina de Guerra sobre las consecuencias de la demora, la posibilidad de destapar los movimientos de tropa que se habían realizado hasta la fecha y demás. Hitler propuso una decisión de su parte sobre el día D, el 26, tan pronto como dispusiera de una visión general de la situación.

El día 26 se me convocó de repente de nuevo y con urgencia a la Cancillería del Reich. Aquello era un hervidero. El Führer estaba de

pie con Ribbentrop en el porche, mientras que Attolico esperaba una audiencia con el Führer en el salón. La llegada de Henderson [el embajador británico] se podía producir en cualquier momento.

El Führer me dijo muy alterado: «Ribbentrop acaba de traerme un telegrama de nuestra embajada en Londres»: «Firmado el tratado con Polonia la noche pasada. ¿No le dije ayer que todo esto era culpa de Italia? Tan pronto como vieron las noticias desde Roma sobre la actitud de Italia ante la disputa polaca, ¡Gran Bretaña ha ratificado el tratado! ¡Hay que detener todos los movimientos de tropas de inmediato! Necesito tiempo para negociar. Que vayan a buscar a Brauchitsch y Halder, y vuelva directamente al salón para la reunión con Attolico. Ha recibido una respuesta de Roma».

Tan pronto como hube dado mis instrucciones y me uní a la reunión con Attolico, Hitler me indicó lo que Italia nos pedía en términos de materia prima. Las demandas eran tan abusivas que resultaba incuestionable que no realizaríamos tales entregas. El Führer le hizo ver a Attolico que pensaba que debía haber algún *lapsus calami* o que alguien había escuchado mal: las cifras parecían sorprendentemente altas. Concluyó pidiéndole a Attolico que lo comprobara de nuevo, ya que era lo más probable una equivocación al anotar las cantidades. Attolico se apresuró enseguida a asegurarle —como yo mismo escuché— que las cantidades eran absolutamente correctas. A mí se me encargó inmediatamente después averiguar a través del jefe de las Fuerzas Armadas italianas, con la mediación del general Von Rintelen, nuestro agregado militar, cuáles eran las máximas exigencias por parte del Alto Mando italiano.

Hitler y yo compartíamos la impresión de que las demandas de Attolico habían sido infladas deliberadamente para asegurarse de que no pudiéramos cumplirlas con nuestros propios recursos, y así, los italianos podrían desvincularse de sus obligaciones, usando como justificación para sus defectos nuestra incapacidad para responder a sus peticiones. Lo que el general von Rintelen pudo averiguar más tarde reafirmó nuestras sospechas, puesto que le confirmaron las mismas cantidades solicitadas por Attolico; no teníamos esperanza alguna de poder cumplirlas. El Duce nos había estafado para quitarnos la libertad de acción que deseaba.

De acuerdo con el comandante en jefe del Ejército y el jefe del Estado Mayor General, el día D fue finalmente pospuesto al 31 de agosto, esto es, cinco días; esto fue así después de que ambos aseguraran a Hitler que el movimiento de nuestras tropas hasta la fecha no nos había delatado necesariamente. Las órdenes finales debían ser dadas a las cinco de la tarde del 25 de agosto como máximo, para garantizar la transmisión de la orden de ataque el 31. Antes de abandonar la Cancillería del Reich, siendo todavía día 25, y pisándole los talones al comandante en jefe, supe que el embajador [sir Nevile] Henderson había llegado para una conversación con Hitler. En aquel momento no me enteré de su resultado.

Aunque estuve en la Cancillería del Reich cada uno de los días que vinieron a continuación, solo hablé con Hitler en tres ocasiones, dado que él estaba continuamente reunido. La primera oportunidad se dio en el porche, creo que el día 29, cuando me leyó en voz alta sus exigencias definitivas, tabuladas en un memorando de siete puntos que probablemente acababa de dictar. Las partes más importantes eran:

1. La devolución de Danzig al Reich.
2. Una vía de ferrocarril y una autopista extraterritoriales a lo largo del Corredor, que diera acceso al este de Prusia.
3. La cesión a Alemania de aquellos territorios del antiguo Reich alemán con el 75 por ciento de la población alemana (creo que así quedó redactado); y
4. Bajo supervisión internacional, un plebiscito en el Corredor polaco para decidir sobre su devolución al Reich.

Me preguntó qué pensaba sobre ellos y le respondí: «Los encuentro muy moderados». Añadió que pretendía transmitirlos a Londres como la base final sobre la que estaba preparado para negociar con Polonia.

La segunda ocasión fue cuando hice una visita a Hitler el 30 de agosto. Dijo que no tenía tiempo para mí, ya que estaba dictando una carta a Daladier en respuesta a su carta apelando a Hitler como a un viejo soldado, para que hiciera todo lo que estuviera en sus manos para evitar la guerra: yo debería echar un vistazo a la carta

de Daladier en algún momento, dijo, pues, aparte de las consideraciones humanitarias, era realmente un augurio sobre lo que pensaban en Francia; no tenían ciertamente intención alguna de ir a la guerra por el Corredor.

Mi tercer encuentro con él fue en la tarde del 30, junto con Brauchitsch y Halder (?). En esta ocasión el Día D fue pospuesto una vez más, veinticuatro horas, hasta el 1 de septiembre; en otras palabras, la invasión del Ejército, planeada para el 31, se retrasó de nuevo. Hitler explicó que estaba esperando la llegada de un plenipotenciario del Gobierno polaco desde Varsovia, o al menos la cesión a Lipski, el ministro polaco en Berlín, de autoridad gubernamental para liderar negociaciones vinculantes en nombre de su Gobierno. Dijo que tenía que esperar hasta entonces, y añadió que de ninguna manera consentiría otro aplazamiento más allá del 1 de septiembre, salvo que sus exigencias definitivas fueran aceptadas por Varsovia.

Debo decir que ya para entonces todos habíamos llegado a la conclusión de que ni él creía en esa posibilidad, a pesar de que, hasta ese momento, nuestras esperanzas de evitar la guerra se habían centrado en gran parte en el pacto secreto germano-soviético del 23 de agosto, por el cual Hitler había aceptado la división de Polonia y, por lo tanto, una intervención militar rusa en el caso de que hubiera guerra con Polonia, con una línea de demarcación dibujada entre las esferas de influencia alemana y rusa. Estábamos seguros de que, enfrentada a esa posibilidad, Polonia no dejaría que las cosas llegaran tan lejos como una guerra; y en aquel momento todavía creíamos firmemente en el deseo de Hitler de evitarla.

A pesar de todo ello, por precaución, yo había telegrafiado al general Jodl en Viena y le había ordenado que se presentara en Berlín (fue probablemente no antes del 23 de agosto, después del discurso de Hitler ante los generales en el Berghof). De acuerdo con sus documentos de movilización, había sido destinado a la oficina del Jefe Estado Mayor de Operaciones del Alto Mando (OKW) para el periodo desde el 1 de octubre de 1938 hasta el 30 de septiembre de 1939, de manera que estuviera a mano en caso de emergencia. Jodl llegó a Berlín el día 26 o 27 de agosto. Por supuesto, estaba

completamente desinformado y, en primer lugar, el coronel Warlimont y yo mismo tuvimos que ponerle al corriente sobre los acontecimientos acaecidos durante su año de ausencia. A finales de julio o principios de agosto ya había recibido una carta mía que confirmaba que se le había concedido su petición de ponerse al mando de la recientemente formada segunda división de montaña como su oficial al mando el 1 de octubre de 1939 en Reichenhall — accidentalmente, una clara prueba de lo poco que creía entonces que la guerra estuviera a la vuelta de la esquina.

Presenté a Jodl al Führer en su tren privado, en el que todos lo acompañamos al frente oriental la noche del 2 de septiembre.

El 1 de septiembre nuestro ejército había lanzado el ataque planeado en el frente oriental: al amanecer, nuestras fuerzas aéreas habían ejecutado los primeros bombardeos sobre los nudos ferroviarios, los centros de movilización de tropas y, sobre todo, los aeródromos en Polonia. No había habido una declaración formal de guerra. A pesar de que le habíamos aconsejado lo contrario, Hitler se negó.

El Führer recibió una serie de breves informes militares del Ejército y de las Fuerzas Aéreas a lo largo del día, pero estaba tan preocupado por los pasos diplomáticos que estaban dando los distintos embajadores y emisarios interesados, desde primera hora de la mañana hasta bien entrada la noche, que apenas lo vi o, cuando lo hice, fue durante unos pocos minutos cada vez. En aquel momento, yo ignoraba las maniobras políticas de amplio alcance durante ese día y los siguientes. Solo tuve noticias sobre las mismas en el discurso de Hitler ante el Reichstag al final de septiembre, y solo aquí, en Núremberg, he tenido un conocimiento detallado de las mismas.

La Oficina de Guerra ya había dejado Berlín la noche del 31 de agosto para ocupar sus cuarteles generales en el frente del este.

Por lo que sé ahora sobre la intervención política, los intentos de alcanzar un armisticio y de resolver la disputa por medios diplomáticos duraron hasta el 3 de septiembre, con Mussolini, Chamberlain, Daladier y el presidente americano removiendo cielo y tierra durante esos tres primeros días de septiembre para que Hitler

sofocara el nacimiento de esta incipiente guerra mundial. No causaron impresión alguna en Hitler. Dejó sin respuesta el ultimátum de Inglaterra emitido al mediodía del 1 y el de Francia esa misma tarde —con el propósito de que se suspendiera el ataque incluso cuando las hostilidades habían comenzado—; en consecuencia, Gran Bretaña y Francia declararon la guerra en el oeste el 3 de septiembre. Pero incluso en esa fecha tardía, la intervención y mediación que intentaron Mussolini y Roosevelt podría haber impedido que se alargara la guerra, aunque no sé qué tipo de garantías o esperanzas ofrecieron a Hitler con respecto a sus demandas sobre Polonia en el caso de que aceptara el propuesto alto el fuego en ese país.

Es un hecho que Hitler nunca nos puso al tanto a los militares (en ese momento o después) sobre las condiciones que hubiera aceptado para detener el ataque e impedir su escalada hasta una guerra total que involucraba también a las potencias occidentales. A nosotros se nos engatusó con la afirmación de que el ultimátum y la declaración de guerra por parte de Gran Bretaña y de Francia [el 3 de septiembre] habían interferido de manera injustificada en nuestros asuntos del este, que debían ser discutidos largo y tendido entre Alemania y Polonia, y que no tenían consecuencias económicas o de otra naturaleza para Gran Bretaña o Francia, dado que ninguno de sus intereses europeos estaba en riesgo en manera alguna. Nosotros los militares, nos dijeron, veríamos lo infundados que eran nuestros temores respecto al frente occidental: por supuesto, Gran Bretaña había tenido que hacer un gesto claro e inequívoco con respecto al tratado recientemente firmado con Polonia, pero no estaba en posición de intervenir por la fuerza ya fuera en el mar o —mucho menos— en tierra; y apenas era probable que Francia fuera arrastrada a una guerra para la que estaba poco preparada solo por las obligaciones de Gran Bretaña hacia Polonia. Todo eran tambores de guerra para el resto del mundo, definitivamente nada que debiera tomarse en serio. No tenía intención de dejarse atrapar por trucos como aquellos. Ese era el tono de los mantras diarios de Hitler tanto con la Oficina de Guerra como con nosotros, durante nuestros viajes al frente.

A pesar de nuestras serias dudas, parecía casi como si ahora la intuición de Hitler fuera de nuevo certera, ya que los informes del oeste traían solo noticias de pequeñas escaramuzas con unidades periféricas francesas en la Línea Maginot y en nuestro Muro Occidental; estaban sufriendo violentos reveses a manos de nuestras débiles guarniciones de defensa. En ningún lugar habían estallado serios enfrentamientos.

Todo eso realmente podían ser solo bravuconadas para maniatar a nuestras fuerzas en el oeste y establecer misiones de reconocimiento para tener información sobre nuestros reflejos y nuestra fuerza en el Muro Occidental. Contemplado puramente desde un punto de vista militar, esta dilación por parte del Ejército francés era completamente inexplicable, a menos —como apenas era probable— que hubieran sobreestimado bastante la fuerza de nuestro ejército en el oeste; la única alternativa era, como Hitler había dicho, que simplemente no estaban preparados para la guerra. Ciertamente, quedarse mirando mientras el Ejército polaco era masacrado iba en contra de cualquier principio aceptado de estrategia militar, en lugar de aprovecharse al máximo de la situación favorable que se le ofrecía al mando del Ejército francés todo el tiempo que nuestras principales fuerzas estuvieran ocupadas en el ataque a Polonia. Este era el dilema estratégico al que nos enfrentábamos los militares. ¿Tenía Hitler razón de nuevo después de todo? ¿Lograrían realmente las potencias occidentales continuar con la guerra una vez que Polonia hubiera sido destruida?

Hitler raras veces intervenía en la gestión que el comandante en jefe hacía de la batalla: de hecho, solo puedo recordar dos ocasiones, la primera cuando ordenó el rápido refuerzo de nuestro flanco norte (que había atacado desde el este de Prusia) transfiriendo al este de Prusia unidades de tanques para apoyar, endurecer y extender el flanco este lo suficiente como para rodear Varsovia desde el este del río Vístula; la segunda ocasión fue cuando intervino en las operaciones del Ejército de Blaskowitz [el Octavo], respecto a las cuales había puesto las mayores objeciones. Aparte de esto, se limitaba rigurosamente a expresar opiniones e intercambios de punto de vista con los comandantes en jefe y a dar

ánimos; nunca intervino para darles órdenes él mismo. Esto era mucho más frecuente con las fuerzas aéreas, a las cuales hizo llegar instrucciones personales en interés de las operaciones de tierra; casi cada tarde hablaba con Göring por teléfono.

Traspasé a Jodl la tarea de informar sobre el progreso militar en las reuniones en el vagón de los cuarteles generales; lo ayudaban tres oficiales de enlace, uno para cada una de las tres ramas de las Fuerzas Armadas. En realidad, los tres últimos habían sido destinados a Hitler por sus respectivos comandantes en jefe, pero no había espacio para más personal en el tren del Führer.

Solo mencionaré unas pocas de las visitas que realicé al frente, ya que son las que se han quedado particularmente grabadas en mi memoria. Una fue al comandante del Ejército Von Kluge [comandante en jefe del Cuarto Ejército], a quien visité el 3 de septiembre; una conferencia de guerra, comida e inspección al campo de batalla del Páramo de Tuchel, que nos ofreció una imagen impresionante de las bajas polacas. La segunda fue una visita que hicimos saliendo de viaje desde los cuarteles generales del Segundo Cuerpo de Ejército: el Führer visitó el frente con el general Von Strauss para ver las tropas que cruzaban el Vístula en Culm y la batalla que se sucedió. La tercera ocasión, visitamos al general Busch [Octavo Cuerpo de Ejército] para el paso del San y un desfile de grandes sectores de las tropas, que incluía a hombres heridos que habían regresado del frente, en honor de la reciente finalización del puente del Ejército.

La cuarta ocasión fue una visita a mi amigo el general von Briesen (30.ª División de Infantería) que había estado en el centro del débilmente defendido flanco del Ejército de Blaskowitz y que con tan solo esa división había rechazado un intento de ataque masivo por parte de un aislado Ejército polaco, en una amarga lucha contra grandes adversidades. Solo la autoridad del Führer había bastado para hacernos llegar hasta aquella posición del cuartel general, perfectamente al alcance de las armas de nuestro enemigo. En un aula de un colegio, Von Briesen —a quien habían disparado en el antebrazo izquierdo durante la batalla— le resumió la lucha en curso que su división había librado durante los duros y sangrientos días de

la batalla. Cuando le preguntaron por su herida, confesó que él mismo había llevado a su último batallón de reserva a la acción. Cuando regresábamos del puesto de mando, que era inaccesible excepto a pie, Hitler me dijo: «Ese es un verdadero general prusiano de la Escuela Real. Nunca habrá suficientes soldados como él. Es un hombre con mis mismas ideas. Antes de que el día termine, quiero que él sea el primer comandante de división que consiga la Cruz de Caballero. Ha salvado al Ejército de Blaskowitz por su valentía y su fuerza».

Mi quinto recuerdo es el vuelo a un aeródromo y continuar desde allí cruzando un puente del Ejército sobre el Vístula, al norte de Varsovia, hasta el puesto de mando del comandante de artillería del Segundo Cuerpo de Ejército. Desde un lugar con vistas privilegiadas en el campanario de una iglesia al noreste de Praga —un barrio de Varsovia en la orilla este del Vístula— el comandante estaba ordenando abrir fuego de artillería sobre las fortificaciones exteriores de Varsovia.

Fue allí donde a Hitler le llegaron noticias de que el coronel general Von Fritsch había muerto en combate aquella mañana en el cuartel general de un comandante de infantería, durante un avance del 12.º Regimiento de Artillería.

También recuerdo una visita al flanco oriental de la acción del cerco de Varsovia, y observar el efecto del bombardeo de nuestra artillería sobre los suburbios de la ciudad desde una torre del estadio de Deportes y Carreras de Varsovia. Antes de esta última visita al frente, había habido tres intentos de forzar la capitulación de Varsovia. Como resultado, habían comenzado las barreras de fuego y los bombardeos aéreos sobre la ciudad, tal como se había advertido.[5]

El 20 de septiembre transferimos el pequeño cuartel general del Führer a Zoppot. Partiendo de ahí, realizamos una visita a la península de Westerplatte cerca del puerto de Danzig y al puerto y la ciudad de Gdynia, además de al terreno elevado adyacente, en el que todavía había señales del violento enfrentamiento en el cual había estado involucrada la división de la guardia fronteriza

pomeriana. Aquellas eran las tropas que el entonces mayor Von Briesen había entrenado e inspirado en el espíritu «leal pomeriano» durante sus años de servicio en los ejércitos de la frontera oriental. Las bajas de oficiales sufridas por la nobleza pomeriana en esta división del cuerpo de caballería de los pequeños terratenientes habían sido particularmente elevadas.[6]

El funeral de Estado del difunto coronel-general Von Fritsch tuvo lugar el 25 de septiembre en Berlín, en el Salón del Monumento a los Héroes. Hacía mal tiempo para volar, por lo que Hitler tuvo que abandonar sus planes de asistir a la ceremonia. A pesar de esto, despegué con Funk [mi piloto] dirigiéndonos primero a Stettin, puesto que ese aeródromo no estaba rodeado por neblina como el de Berlín. Esperamos allí más de una hora a que las condiciones de visibilidad mejoraran en Berlín, pero no lo hicieron. Finalmente, como se hacía tarde, despegamos de todas maneras con la esperanza de que se despejara lo suficiente en el momento en que llegásemos. Fue un vuelo de lo más desagradable, pero Funk se las arregló para llevarnos seguros al aeródromo de Staaken, a las afueras de Berlín. Llegué al funeral solo a tiempo para depositar una corona sobre el ataúd en nombre del Führer, y Brauchitsch y yo lo seguimos en la interminable procesión que comprendía las Fuerzas Armadas, los Cuerpos del Estado y Diplomático, hasta que finalmente lo enterraron en el cementerio militar.

El coronel general Von Fritsch había acompañado al 12.º Regimiento de Artillería en la campaña polaca como supernumerario. El Führer se había pensado durante mucho tiempo encomendarle el mando de un Grupo de Ejércitos o el del Ejército de Prusia Oriental, tal como Brauchitsch le había urgido a hacer y como yo había propuesto activamente. Al final, el Führer había decidido en contra de esta medida, explicando que, en ese caso, tendría que reincorporar también a Blomberg, y eso era algo de lo que él jamás sería capaz. La razón era probablemente que, en aquel momento, le había ofrecido a Blomberg alguna expectativa de ser readmitido en el caso de que estallara la guerra; como ahora no tenía deseo de mantener esa promesa, tenía que evitar igualmente dar a Fritsch un

puesto de alto nivel, ya que eso hubiera sido insultar abiertamente a Blomberg. Esas eran mis propias opiniones, pero están basadas en comentarios que Hitler hizo a Schmundt, su ayudante, en aquel momento.

El rumor generalizado de que Fritsch estaba tan resentido que buscó la muerte en combate deliberadamente es absolutamente falso, de acuerdo con el informe que el oficial presentó (en mi presencia) al Führer sobre la herida mortal de Fritsch que vio con sus propios ojos: una bala perdida había alcanzado al coronel general cuando estaba conversando con sus oficiales de Estado Mayor, y en pocos minutos se había desangrado hasta morir.

La guerra en Polonia finalizó con un gran desfile militar por las calles de la parcialmente destruida Varsovia, a la cual el Führer y yo volamos con nuestros lugartenientes desde Berlín.

Se dispuso un gran banquete en honor del Führer en el aeródromo, antes de que despegáramos de vuelta a Berlín. Tan pronto como Hitler avistó la bien abastecida mesa de herradura en uno de los hangares, se volvió abruptamente sobre sus talones, y le dijo a Brauchitsch que él nunca comía con sus tropas excepto de pie en una cocina de campo, regresó ofendido a nuestra aeronave, y ordenó al piloto que despegara de inmediato. Aunque yo podía ver que el comandante en jefe había actuado con poco tacto al preparar el banquete, es verdad que tenía buenas intenciones. El enfado del Führer se fue calmando durante el vuelo y empezó a hablar varias veces sobre el banquete, como si ahora estuviese reprochándose a sí mismo su comportamiento.

Cuando le conté todo esto a Brauchitsch en el transcurso de los días siguientes, me confesó que el banquete había sido un gran éxito —incluso sin Hitler.

Tan pronto como cayó Varsovia, las primeras divisiones comenzaron a bajar hacia el frente occidental, aunque hasta el momento la situación se había reducido a unos cuantos brotes de enfrentamiento que estallaban aquí y allá en las cercanías del Muro Occidental. Las primeras tropas fueron dirigidas al flanco norte en el área cercana a Aix-la-Chapelle (Aachen), porque el Führer pensaba que las escasas tropas fronterizas que se enfrentaban a Holanda y

Bélgica eran demasiado débiles, y que esto era tan bueno como instigar a los franceses a bordear por el norte el Muro Occidental y arremeter contra la indefensa región del Ruhr. Pero en ese momento nuestros oponentes en el oeste aún eran cautelosos con la violación de la neutralidad de Bélgica, porque, aparentemente, su rey había prohibido que las tropas francesas cruzasen su territorio, como descubrimos más tarde vía Roma, gracias a los lazos de familia entre las dos casas reales.

El comportamiento de la Unión Soviética a lo largo de la campaña polaca fue de especial interés y particularmente edificante. Después de que hubiéramos lanzado nuestro ataque, Hitler, por supuesto, había gestionado que se solicitara a Stalin por canales diplomáticos su inmediata intervención en la campaña; teníamos un interés especial en esto, ya que queríamos en particular la más rápida conclusión para la campaña —deseábamos una guerra relámpago— en vista de la vulnerabilidad de nuestras fronteras occidentales. Stalin, por su parte, trataba de obtener su recompensa en la división de Polonia derramando la menor cantidad de sangre [rusa] posible, e informó al Führer de que no estaría preparado para atacar hasta un plazo de tres semanas como mínimo, porque sus fuerzas ni estaban preparadas ni movilizadas. Desde el principio, el Alto Mando se había asegurado de que nuestro agregado militar en Moscú [el general Köstring] estuviese informado, y se realizaron más intentos por la vía diplomática para persuadirlos de un cambio de actitud, pero no hubo noticias nuevas desde Moscú: solo que no podían prepararse para intervenir más rápido.

Pero justo cuando estábamos cruzando el río San por el sur y Varsovia estaba dentro de nuestro alcance operativo, el Ejército Rojo —a pesar de su supuesta falta de preparación— marchó de repente sobre Polonia, arrasando a las últimas tropas polacas cuando emprendían la retirada y haciéndolas prisioneras, mientras desviaban una gran parte de las otras hacia Rumanía. No hubo roces entre nuestras fuerzas y las del Ejército Rojo; las tropas soviéticas se detuvieron a una distancia respetuosa de la línea de demarcación y solo se intercambió la inteligencia militar más urgente.[7]

Los trenes de tropas del Ejército habían estado circulando hacia el oeste a la mayor capacidad de carga del sistema ferroviario ya desde la caída de Varsovia, con tropas que normalmente caminaban distancias considerables hasta las estaciones terminales. Nada parecía menos probable para la Oficina de Guerra que la posibilidad de una campaña en el otoño o el invierno en el frente occidental; cuando aún me encontraba en el hotel Strand en Zoppot, alrededor del 22 de septiembre, me mostraron una orden del Estado Mayor General conminando a la desmovilización parcial del Ejército. En ese momento telefoneé al general Halder para decirle que esta orden resultaba imposible, ya que Hitler no lo había autorizado; se detuvo, o más bien, se emitió con otras palabras, indicando que las lecciones que habíamos aprendido de la campaña polaca obligaban a una nueva disposición para una posible guerra en el oeste.

Hasta qué punto se oponía la Oficina de Guerra a la idea de Hitler de poner al Ejército en pie de guerra en el oeste ya desde octubre de 1939 se demostró pronto mediante una serie de incidentes. La Oficina de Guerra, junto con la gran mayoría de los generales más importantes del Ejército, incluyendo a Von Reichenau, no solo tenían razones militares, sino también políticas, que justificaban su postura, y yo las compartía por completo.

Aparte de sus sobrecogedores recuerdos de la Primera Guerra Mundial, y la fuerza de la formidable Línea Maginot contra la cual no había entonces prácticamente armas capaces de destruirla, consideraban que el Ejército no era todavía capaz de lanzar un nuevo ataque después de su campaña en el este, sin una pausa para recuperarse, para reagruparse y volverse a movilizar, para completar su entrenamiento y terminar de reequiparse. Se expresaron dudas en particular sobre una contienda en invierno, con la niebla y la lluvia, los días cortos y las noches largas, que hacía que fuera prácticamente imposible una guerra de movilidad. Además, el hecho de que los franceses no se hubieran aprovechado antes del buen tiempo o de la debilidad de nuestras fuerzas en el oeste solo nos podía llevar a la conclusión de que no querían realmente luchar, y de que cualquier ataque que realizáramos solo podría arruinar las perspectivas de conversaciones de paz —probablemente haciendo

que fueran imposibles—. Teníamos claro que la Línea Maginot nos obligaba a impulsar el ataque a través del norte de Francia, Luxemburgo y Bélgica, e incluso probablemente por Holanda, con todas las consecuencias que habíamos sufrido en la guerra de 1914 a 1918.

Hitler, por otra parte, pensaba que la desventaja estratégica por cada día que se malgastaba pesaba más que el oprobio de transgredir la neutralidad de otro país, lo que suponía un obstáculo tanto para el enemigo como para nosotros, pero cuyas consecuencias era probable que afectaran más a este que al soldado alemán medio. Para Hitler, el gran problema era el tiempo que el enemigo ganaría para rearmarse y reforzar sus ejércitos, especialmente ahora que había llegado la Fuerza Expedicionaria Británica; tiempo después, Hitler estimó que el tamaño de esta se había quintuplicado en los siete meses que perdimos hasta mayo de 1940, un incremento que fue de cuatro a veinte divisiones; en este contexto, añadió, cada una de las divisiones británicas tenía que ser considerada equivalente a tres o cuatro francesas en lo que a su valía para la batalla se refería. Pero lo que más pesaba a Hitler era su preocupación por la región industrial del Ruhr de Renania y Westfalia, el corazón del rearme alemán: la pérdida del Ruhr supondría perder la guerra. Creía que el fuerte y móvil ejército anglo-francés en el norte de Francia podría en cualquier momento intentar abrirse paso por Bélgica repentinamente para irrumpir en el Ruhr y, con toda probabilidad, cuando se dieran cuenta, sería demasiado tarde para poder contrarrestar el ataque.

En octubre de 1939 estos dos puntos de vista se oponían diametralmente. En aquel momento, yo me inclinaba a dar la razón a la Oficina de Guerra: esto tuvo como resultado la primera gran crisis de confianza entre Hitler y yo. Desconozco si él había averiguado que yo había estado en Zossen para una larga discusión con Brauchitsch y Halder. En todo caso, cuando le dije en público lo que pensaba, como estaba obligado, Hitler me acusó violentamente de obstaculizarlo y de conspirar con sus generales contra sus planes; me exigió que aceptara y que me sintiera identificado con sus opiniones y las representara sin reservas ante la Oficina de Guerra.

Cuando intenté intervenir para señalar que, por mi parte, ciertamente había mantenido a Brauchitsch informado de forma adecuada de su [los de Hitler] bien conocida evaluación de la situación y de sus intenciones, él empezó a insultarme y repitió la muy ofensiva acusación de que estaba promoviendo un grupo de oposición contra él entre sus generales.

Me sentí extremadamente disgustado y hablé de todo ello con Schmundt. Trató de tranquilizarme, y me dijo que el general Reichenau había comido con el Führer a mediodía y después había mantenido una larga entrevista con él. A continuación, Hitler le había dicho muy enfadado a Schmundt que Reichenau había expresado las mismas objeciones fundamentales que la Oficina de Guerra, provocando su ira. Esa era la razón probablemente para su agresivo estado de ánimo hacia mí aquella tarde —todo sucedió el mismo día.

Le pedí a Schmundt que, dada la falta de confianza del Führer hacia mí, deseaba ser destinado a otro lugar, ya que me era imposible seguir trabajando en semejantes condiciones. No sé cuán diligentemente cumplió Schmundt con la petición; no entré en la Cancillería del Reich, sino que, simplemente, esperé por si se me llamaba para una entrevista. Pero cuando nada pasó ni siquiera al día siguiente, le escribí una carta manuscrita a Hitler y, refiriéndome a la falta de confianza en mí que había expresado, le pedí ser destinado a otro puesto, y, si fuera posible, al frente. Le di esta carta a Schmundt para que se la entregara a Hitler.

La consecuencia fue una entrevista entre Hitler y yo, en la cual me dijo que rechazaba mi petición y que prefería que no se le hiciesen tales solicitudes en el futuro. Era su prerrogativa decirme cuándo no tendría ya necesidad de mis servicios, y hasta entonces tenía que hacer lo que se me decía en el puesto al que había sido asignado. Mi carta, insinuó, era el resultado de una hipersensibilidad por mi parte; no me había dicho que ya no confiara en mí. Dicho esto, procedió a hablar de otros asuntos, resumiendo su propia evaluación de la situación, con un arrebato de furia hacia Reichenau, a quien, afirmó, más le valdría preocuparse menos de la diplomacia y más de la manera más rápida de tener a su unidad blindada lista de nuevo

para la batalla. Todo lo que hacía era darla por perdida por inservible a causa del deterioro por uso de los motores y otras cosas similares.

Finalmente se me ordenó decirle a Brauchitsch que lo llamara. Al mismo tiempo, Hitler me dijo que ya había tenido una larga discusión con Brauchitsch en mi ausencia, en la cual este último había expuesto las opiniones de la Oficina de Guerra. Concluyó diciendo que la Oficina de Guerra no debía aventurarse en cuestiones políticas y militares, y que estas tampoco eran asunto del Estado Mayor General; no tenía siquiera la suficiente energía para recomponer el Ejército de nuevo tras la breve campaña en Polonia; no había problema en poner a punto otra vez las unidades blindadas, solo hacía falta voluntad.

Se me ordenó estar presente en la nueva reunión con Brauchitsch. Él [Hitler] dijo que había pensado a fondo en la decisión que debía tomar [sobre la campaña en el oeste] y que en los días siguientes les entregaría a los comandantes en jefe un memorando que él mismo había escrito sobre los problemas de una guerra mundial, con todas sus propias opiniones sobre el asunto.

La reunión con Brauchitsch se celebró en mi presencia —creo que fue al día siguiente [fue el 5 de noviembre de 1939]—. Von Brauchitsch y yo escuchamos en silencio el larguísimo discurso de Hitler sobre el punto de vista de la Oficina de Guerra en cuanto a lo que se sabía. Brauchitsch habló a continuación, dando dos razones por las que no podía estar de acuerdo:

1. Durante la campaña polaca, la infantería había demostrado ser excesivamente cautelosa y tener una mentalidad ofensiva insuficiente; también le había faltado formación, había evidenciado poco dominio de las tácticas de ataque, y sus suboficiales carecían de competencia.

2. Desafortunadamente, la disciplina se había vuelto muy laxa y había condiciones en el momento presente que recordaban a las de 1917 —había habido bacanales y mal comportamiento en los trenes de las tropas y en las estaciones de ferrocarril—. Los jefes de estación habían enviado informes sobre todo esto, y había habido

una serie de afidávits redactados a mano que habían desembocado en reprimendas por graves infracciones de la disciplina.

Brauchitsch concluyó diciendo que el Ejército necesitaba un entrenamiento intensivo antes de que hubiera cualquier posibilidad de desplegarlo ante un descansado y bien preparado enemigo en el oeste.

Después de que el comandante en jefe hubiera terminado de hablar, el Führer dio un salto de rabia y gritó que era bastante incomprensible que un comandante en jefe condenara y desprestigiara a su propio ejército solo por una pequeña falta de disciplina. Ninguno de sus comandantes le había dicho que a la infantería le faltase energía cuando él había estado en el frente, pero él tenía que oír semejantes críticas ahora que el Ejército había logrado una victoria única en Polonia. Como comandante supremo, tenía que rechazar de plano semejantes acusaciones contra su ejército. Concluyó pidiendo todos los documentos legales correspondientes para que él mismo pudiera leerlos. Entonces se marchó de la habitación, dando un portazo, y dejándonos a todos allí de pie. Brauchitsch y yo nos separamos inmediatamente sin decir una palabra más, cada uno por su lado. Para mí, estaba claro que esto marcaba la ruptura con Von Brauchitsch y que la poca confianza que existía entre ellos se había destruido.

Cada día se me pedían los documentos legales que él había solicitado; solo vi en una ocasión que Hitler los tirara de vuelta sobre mi escritorio.

Después me enteré por Schmundt que Von Brauchitsch había pedido ser relevado de su cargo tras esta perturbadora escena, que se había pasado para ver a Hitler a solas, y que su petición había sido rechazada rotundamente.

Algunos días antes —probablemente, durante la primera mitad de octubre— el general Halder había sido convocado por el Führer para que le informara sobre la campaña en el oeste; Jodl y yo también estábamos allí. A pesar de que Hitler interrumpió en varias ocasiones la alocución de Halder con preguntas, se guardó al final sus opiniones para sí mismo, aunque le pidió a Halder que le entregara

el mapa con anotaciones. Después de que se hubiera marchado, Hitler se giró hacia nosotros y dijo algo como: «Este es solo el viejo plan de Schlieffen, con un fuerte flanco derecho a lo largo de la costa atlántica; no podríamos librarnos con una operación así ni corriendo el doble. Tengo una idea muy diferente y ya se la contaré (esto es, a Jodl y a mí) en uno o dos días, y entonces yo mismo lo hablaré con la Oficina de Guerra».

Puesto que no me queda mucho tiempo, no entraré en detalles sobre las cuestiones estratégicas que surgen de esto, ya que otros se ocuparán de ellas de todas maneras; solo llegaré a dejar claro que fue Hitler el que vio como solución el avance blindado en Sedán, atacando por la costa atlántica en Abbeville; entonces cambiaríamos de dirección [hacia el norte] a la retaguardia del Ejército motorizado anglo-francés, que muy probablemente estaría avanzando hasta la frontera franco-belga hacia Bélgica, y lo cortaríamos.

Yo tenía algunas dudas, ya que esta idea genial podía torcerse si el Ejército francés de tanques no nos hacía el favor de dirigirse automáticamente por Bélgica a nuestro flanco norte, y, en lugar de hacer esto, se detenía hasta darse cuenta de la operación de avance planeada por Hitler. El general Jodl, por otra parte, estaba tan poco inclinado a compartir sus miedos como lo estaba el propio Hitler.

Debo mencionar que, un día, algún tiempo después, el Führer me dijo con gran placer que había tenido una larga discusión personal sobre este asunto con el general Von Manstein, que era el único entre los generales del Ejército que había tenido el mismo plan en perspectiva, y que esto le había agradado muchísimo. Von Manstein era, en ese momento, jefe de Estado Mayor con Von Rundstedt en el Grupo de Ejércitos A, que iba, de hecho, a llevar a la operación planeada a un final triunfante y demoledor.

Las consecuencias de la tenaz resistencia de la Oficina de Guerra supusieron un cambio en el cariz de nuestras conversaciones con Hitler: lo que hasta el momento se había logrado a través de directrices verbales e instrucciones, se cumplía ahora mediante órdenes por escrito. El Estado Mayor de Operaciones del OKW elaboró las instrucciones de Hitler por él, actuando como su *bureau* militar; se expedían a continuación al comandante en jefe [del

Ejército] firmadas por Hitler o por mí mismo en su representación. De esta forma, el Estado Mayor de Operaciones del OKW se acercaba ahora al control. Anteriormente, el Führer había negociado verbalmente con frecuencia con sus comandantes en jefe y excluido por completo al OKW —una organización que los comandantes en jefe habían tenido en la mayor estima—; pero, después de sus serios *contretemps* , los últimos aparecían en persona solo cuando se les llamaba.

La fecha para el ataque [sobre Francia] se había fijado provisionalmente para el 25 de octubre [de 1939], pero Hitler dudaba que se pudiese cumplir; la realidad era que deseaba hacer crecer la presión lo bastante como para explotar al máximo el poco tiempo que había para la preparación y la concentración de sus tropas. De hecho, para ese momento ni siquiera se había llevado a cabo la necesaria revisión de las unidades de tanques: había muy escasos suministros, especialmente de motores de repuesto, engranajes y orugas de tanques. Además, el clima era por completo desfavorable. Como resultado, tuvimos que lidiar con una serie de retrasos, dado que Hitler era bastante firme con un aspecto: solo lanzaría su ataque cuando la predicción meteorológica señalara varios días de buenas condiciones para volar, de tal forma que sacáramos el mayor partido de nuestras Fuerzas Aéreas.

Las siguientes fechas en noviembre llegaron y pasaron de la misma manera, y Hitler decidido esperar mejor a un periodo prolongado de clima claro y frío durante el invierno. Durante los días que se sucedieron, Diesing, el meteorólogo de las Fuerzas Aéreas, sudó sangre por cada uno de los pronósticos del tiempo que tuvo que hacer antes o después de las principales conversaciones de guerra, penosamente consciente de su responsabilidad si se equivocaba con la predicción. En enero de 1940, Hitler se dio cuenta de que parecía haber poca perspectiva de un periodo definitivo de días claros y tiempo frío, y decidió posponer hasta mayo su ataque en el frente occidental, que para ese momento se había congelado por completo.[8]

Desde octubre de 1939 habían tenido lugar discusiones con la Marina sobre la vital importancia de Noruega como base naval y aérea para proseguir con la guerra, en el caso de que Gran Bretaña consiguiera afianzarse allí: los británicos estarían en posición de dominar la bahía de Heligoland y los canales de salida ante nuestra flota y fuerzas submarinas, y también para enfrentarse a nuestros puertos navales y el paso desde el Báltico hasta el Atlántico, con una seria amenaza por parte de sus fuerzas aéreas.

Durante diciembre de 1939, después de que nos hubiéramos puesto en contacto con el anterior ministro de Defensa noruego Quisling, se le empezó a dar forma a un valiente plan para capturar los puertos noruegos desde el mar. El Estado Mayor de Operaciones del OKW estableció un *bureau* especial con tal propósito, y se iniciaron estudios de Estado Mayor en cooperación con la Marina alemana. En vista de la gran distancia desde Narvik —más de 2.000 kilómetros— y de la enorme superioridad de la flota británica, el plan solo se puede definir como audaz; el Führer era bien consciente, como lo era Raeder, el comandante en jefe de la Armada. Hitler, por lo tanto, intervino en el plan en muy gran medida, mientras que ocultaba sus intenciones al Ejército y a las Fuerzas Aéreas. Por vez primera, el OKW comenzó a operar como cuartel general de trabajo para el mando general de Hitler sobre las Fuerzas Armadas, ya que tomó el control unificado de un teatro de operaciones combinadas de la Armada, el Ejército y las Fuerzas Aéreas.

Esto demostró ser un ejemplo ideal de lo bien que un mando conjunto y centralizado podía concentrarse en manos del Estado Mayor de Operaciones del OKW, excluyendo por completo al Estado Mayor General del Ejército y al de las Fuerzas Aéreas: quedó claramente establecido que todas los transportes de guerra propiamente dichos, incluyendo la logística y el transporte de tropas, eran responsabilidad exclusiva de la Armada, mientras que las unidades del Ejército y de las Fuerzas Aéreas, una vez en tierra, eran controladas directamente por el OKW. La operación de invasión real fue lanzada el 9 de abril [de 1940].[9]

Por supuesto, el invierno de 1939-1940 no solo fue extremadamente duro para mí y el OKW, sino también tremendamente fértil en crisis internas. Las conversaciones de guerra diarias y las sesiones de informe de mediodía transcurrían en la Cancillería del Reich en presencia de Hitler con casi monótona regularidad. Jodl y yo teníamos un despacho y una oficina cada uno para nuestros ayudantes y secretarios junto a la que había sido sala del gabinete del Reich; nunca llegué procedente del Ministerio de Guerra hasta alrededor del mediodía, y entonces regresaba a veces por la tarde de nuevo durante una hora; Jodl nunca trabajó más que en la Cancillería del Reich, porque no había ningún despacho para él en la sede del Estado Mayor de Operaciones en Bendlerstrasse; así, estaba siempre disponible para el Führer si él lo requería. De esta manera, su relación con Hitler se hizo cada vez más estrecha, así como que reconociera su habilidad, lo que me agradó sobremanera. No niego que hubiera preferido que se me hubiese mantenido mejor informado todo el tiempo sobre todo lo que estaba pasando, pero, tal como era, mi cooperación con Jodl no se vio ni una sola vez dañada en lo más mínimo. Aunque nada me era más ajeno que la envidia, nada hubiera sido menos viable que yo insistiera en retener el control en mis manos: nunca se me permitió tomar decisiones; el Führer se había reservado ese derecho incluso en asuntos aparentemente triviales.

Tuve mi segundo *contretemps* con Hitler el 19 y 20 de abril, porque planeaba separar la administración de la Noruega ocupada de los líderes militares —lo que, en mi opinión, era la tarea principal del comandante en jefe allí destacado— y transferir la autoridad civil al gauleiter Terboven.

Me declaré firmemente en contra de esto y me marché de la sala de reuniones cuando Hitler comenzó a reprenderme delante de todos los demás participantes. El 19 de abril, Jodl escribió en su diario:

> Crisis renovada; el jefe del OKW se larga de la sala…

Aunque intenté de nuevo convencerlo de la impropiedad del nombramiento, tan pronto como tuve unos pocos momentos de

tranquilidad con Hitler al día siguiente, no hice avances con él; Terboven se convirtió en el «comisionado del Reich para Noruega». Las consecuencias son bien conocidas.

El 8 de mayo, dado que todas las opiniones expertas apuntaban a que parecía que estaba a la vista un periodo de buen tiempo, se emitió la orden de lanzar el ataque [en el frente occidental] para el 10 de mayo. A las seis de la mañana de ese día, un emisario iba a entregar a la reina de Holanda una nota personal del Gobierno del Reich, explicando que los acontecimientos habían hecho que fuera inevitable que las tropas alemanas cruzaran territorio holandés; se invitaba a la reina a ordenar a su ejército que permitiera a las tropas marchar sin impedimentos y así evitar cualquier derramamiento de sangre; a ella misma se la invitaba a permanecer en su país. Pese a los más minuciosos preparativos para esta misión y un visado emitido por la embajada holandesa en Berlín, nuestro emisario del Ministerio de Exteriores fue arrestado al cruzar la frontera el 9 de mayo, y se le incautó la carta secreta. Como resultado, La Haya estuvo al tanto del inminente estallido de la guerra y tuvo toda la confirmación necesaria —la carta del emisario— en sus manos. En aquel momento, Canaris dirigió sus sospechas hacia herr von Steengracht en Asuntos Exteriores, pero él [Canaris] se acercó a mí retorciendo sus manos y rogándome que no le contara nada ni al Führer ni a von Ribbentrop. Hoy tengo claro que el traidor fue el propio Canaris.

Habíamos sido bien informados sobre la actitud de Bélgica y de Holanda, que durante algunos meses simplemente se habían hecho pasar por neutrales; supimos de Bélgica por el parentesco de su casa real con la de Italia, y sobre Holanda gracias a la captura en Venlo de un miembro del servicio secreto británico astutamente planeada por nuestro servicio de seguridad. De hecho, ambos países habían renunciado a cualquier declaración de neutralidad al hacer la vista gorda ante los vuelos de la Fuerza Aérea Real británica por sus territorios soberanos.

Dejamos Berlín al mediodía del 9 de mayo con total secretismo, saliendo de una pequeña estación en Grunewald y continuando durante tanto tiempo como hubiera luz del día el camino hacia

Hamburgo, donde se suponía que el Führer iba a llegar al día siguiente; tan pronto como oscureció, cambió la dirección del tren, y llegamos a Euskirchen, no lejos de Aix-la-Chapelle (Aachen), a las tres de la mañana. Aún de noche, y bajo un bello toldo de estrellas condujimos un coche hasta el puesto de mando de los nuevos cuarteles generales del Führer, *Felsennest* ; este último había sido construido por la Organización Todt lejos de cualquier pueblo, una instalación de búnker incrustada en la arbolada cima de una montaña.

En el búnker del Führer yo tenía una celda de hormigón sin ventana y aire acondicionado junto a la suya; la celda de Jodl estaba junto a la mía, mientras que los ayudantes estaban acuartelados al otro lado de la habitación del Führer. El sonido viaja con extraordinaria claridad en habitaciones de hormigón como estas; incluso podía escuchar cómo el Führer leía los periódicos.

Nuestros cuarteles de oficina estaban a cinco minutos bajando por un sendero del bosque: eran unos barracones de madera con buenas ventanas, una pequeña sala de reuniones, tres habitaciones adyacentes y un atractivo dormitorio para el oficial (adjunto) del Estado Mayor General de Jodl, que vivía allí todo el tiempo. [Se trataba del mayor (G. S.) Waizenegger]. Me daba mucha envidia esta habitación ventilada: él estaba mucho mejor que nosotros en el búnker. Los cuarteles generales del comandante en jefe del Ejército estaban a media hora en coche a lo largo de los angostos caminos del bosque, de nuevo en barracones agrupados alrededor de la casa del guardabosques, que era donde vivía el propio comandante en jefe. Ambos campamentos estaban tan bien escondidos y tan remotos que nunca fueron detectados por la fuerza aérea enemiga, ni puestos en peligro. Se ejecutaron uno o dos ataques aéreos en la estación de tren de Euskirchen, pero no fueron contra nosotros.

En el primer comunicado emitido por el Alto Mando, a mediodía del 10 de mayo, fui responsable de la frase:

> Con el propósito de dirigir todas las operaciones de las Fuerzas Armadas, el Führer y comandante supremo se ha desplazado al frente…

Discutí con él alrededor de media hora para que consintiera en divulgar esto; me explicó que prefería seguir siendo anónimo para no menoscabar la gloria de sus generales. No cedí, sin embargo, ya que sabía que en algún momento se debía hacer saber que realmente era él quien estaba ejerciendo el Mando Supremo y que se trataba del jefe militar tras la operación. Finalmente, se dio por vencido.

El hecho era que Hitler estaba familiarizado con cada detalle de nuestras tareas y operaciones, conocía los objetivos marcados para cada día y los planes de ataque, y con frecuencia ejercía una influencia cercana y personal en ellos. A finales de octubre [de 1939] Hitler había llamado individualmente a todos y cada uno de los comandantes de Grupos de Ejército y de Ejércitos para que le informaran en detalle sobre la ofensiva final y la dirección planeada de la operación. Había discutido los detalles con cada uno de ellos, haciendo a veces preguntas incómodas y mostrándose notablemente bien informado acerca del terreno, los obstáculos y otras circunstancias, como resultado de su penetrante estudio de los mapas. Con su juicio crítico y sugerencias demostró a los generales que se había sumergido a conciencia en los problemas inherentes a la ejecución básica de sus órdenes, y que no era un lego en la materia. Después se enfureció por la superficialidad de su amigo Reichenau, quien se puso en evidencia en público, mientras que, por el contrario, alabó especialmente la minuciosa preparación y la práctica de simulacro de guerra que se había llevado a cabo para planear la más difícil de las tareas a la que se enfrentaba el [Cuarto] Ejército de Von Kluge: la ofensiva de las Ardenas.

Su mayor interés estaba en el grupo blindado de Von Kleist, en gran medida porque era este grupo el que tenía que poner en marcha el avance que se había planeado sobre Abbeville. Mencionó una y otra vez lo favorable del terreno para una batalla de tanques; su primera y principal tarea era vencer lo más pronto posible, sin desviación alguna. El cuidadoso trabajo que Zeitzler había realizado en el desarrollo logístico como jefe de Estado Mayor del grupo tuvo gran aceptación.

Por encima de todo, Zeitzler se ocupó de la tarea asignada al Ejército de Busch [el Decimosexto], y revisó con él cada paso para la provisión de una cobertura de flanco al sur, para garantizar un avance suave del grupo blindado; y puso especial énfasis en lo vital que era el éxito de la formación blindada.

De esta forma, Hitler había dado a conocer su propia influencia personal como jefe militar sin por ello restarle valor en modo alguno al magnífico trabajo del Estado Mayor General. Parecía importante, por lo tanto, que admitiera ante el pueblo alemán que estaba al mando también desde el punto de vista militar, y que la responsabilidad era suya. Al fin y al cabo, así eran las cosas.

Durante toda la campaña en el oeste, que duró cuarenta y tres días, desde el 10 de mayo hasta el 22 de junio [de 1940], Hitler voló para visitar a sus comandantes del frente solo cuatro o cinco veces. No tenía sentido sobrevolar el escenario real de las operaciones en un avión de carga con aquel buen tiempo y en vista de la actividad aérea del enemigo. Como resultado, eran todavía más frecuentes sus reuniones con el comandante en jefe del Ejército para conversaciones puramente tácticas y de estrategia; estas transcurrieron pacíficamente y sin sustanciales diferencias de opinión. A Hitler no le faltaban razones para reconocer los logros del comandante del Ejército, quien se había adherido fielmente a sus peticiones, pero lamentablemente pocas veces expresó su satisfacción. El resultado fue que yo mismo iba en mi fiable Junkers 52 para visitar cada vez con más frecuencia a los comandantes del Ejército y de Grupos de Ejércitos, particularmente desde la primera fase hasta la mitad de junio, cuando no había excesiva actividad aérea. Manteníamos altitudes bastante bajas casi todo el tiempo, de forma que los aviones de avistamiento enemigos y los cazas resultaran menos peligrosos para nosotros.

La atmósfera de la primera mañana en el cuartel general *Felsennest* estaba cargada de tensión. Entre nosotros no había ninguno que no se preocupara por preguntarse si se había logrado sorprender al enemigo tácticamente o no. El propio Hitler esperaba frenéticamente los primeros informes sobre las operaciones especiales que había montado contra las fuertes y modernas

fortificaciones en bloque de Bélgica en Eben-Emael, que iban a ser capturadas por un ataque sorpresa combinando fuerzas aerotransportadas y de tierra con el uso de planeadores. Hitler había informado y ejercitado en persona a los comandantes participantes y a los suboficiales de unidades de las Fuerzas Aéreas y los batallones de ingenieros involucrados en la operación; había entrado en los más pequeños detalles imaginables utilizando para ello una maqueta a escala.

Me atrevo a mencionar esto solo como ejemplo de cómo le gustaba al Führer involucrarse en cada detalle de la ejecución práctica de sus ideas, tal era el alcance de su inventiva sin parangón. Una y otra vez, yo me veía incapaz de evitar el impacto que esto tenía sobre las propias funciones de mi cargo, dado que, como consecuencia, los comandantes principales y aquellos de nosotros de su propio Estado Mayor estábamos igualmente obligados a adoptar este *modus operandi* excepcionalmente minucioso. Sus interrogatorios no tenían fin, la revisión concienzuda de los hechos y sus intervenciones en estos, hasta que, por fin, con su fantástica imaginación, se sentía satisfecho de que se hubiera tapado el último de los resquicios. En vista de ello, se puede entender probablemente por qué con frecuencia sosteníamos con él conversaciones e informes que se prolongaban durante horas y horas: era una consecuencia natural de su ritual de trabajo, que difería notablemente de nuestro dogma militar tradicional en tanto que nos habíamos acostumbrado a dejar que los escalafones más bajos y los comandantes interpretaran cómo debían cumplir las órdenes que se les daban. Pero ahora, me gustara o no, tenía que adaptarme a este sistema.

Hitler aparecía cada día hacia el mediodía en nuestros pequeños barracones, y de nuevo al final de la tarde, para que se le informase de la situación. Por ahora, la tarea de resumirle los últimos avances había sido asumida por completo por el general Jodl. Aparte del frente occidental, el OKW aún estaba preocupado por el problemático y altamente expuesto teatro de operaciones de Noruega, que continuó dándonos motivos de alarma hasta mayo, cuando los británicos y franceses renunciaron a su resistencia allí.

Básicamente, yo estaba de un lado para el otro un día sí y otro también, sobre todo en el área del Grupo de Ejércitos de Von Rundstedt, donde este estaba dirigiendo la operación vital de avance militar del Führer, con la vista puesta en el norte. Mientras tanto, su jefe de Estado Mayor había sido reemplazado por el general Sodenstern, que era un viejo colega de mis tiempos en la Oficina de Tropa [el Estado Mayor General camuflado] desde 1926 hasta 1933, y ligado a mí por los lazos de una estrecha amistad. Podía hablar abiertamente con él de lo que fuera, incluso de los especiales deseos del Führer y de la «interferencia» del comandante supremo, sin el temor de que fuera a contárselo a Halder, el comandante en jefe del Ejército, ocasionando así nuevos resentimientos hacia mí.

El general Von Rundstedt también reconocía sabiamente las dificultades de mi posición en aquel momento y escuchaba con gran discernimiento las «pistas» discretamente moderadas que le daba, pistas que, en realidad, procedían de Hitler. Las visitas que le hice, que tuvieron lugar a diario durante los días cruciales del avance militar, transcurrieron en la más perfecta armonía. Recibía cada mañana muy temprano los últimos mapas de las batallas, y se los entregaba a Hitler...[10]

Para el OKW, la entrada de Italia en la guerra nos supuso más una carga que un alivio. El Führer fracasó en su intento de contener a Mussolini al menos por un tiempo; teníamos un interés personal considerable en que lo hiciera así, ya que apoyar la penetración de las fortificaciones francesas a lo largo del frente alpino minaría la fuerza de nuestras propias Fuerzas Aéreas, y de hecho representaba la división y debilitamiento de nuestra Fuerza Aérea, que en aquel momento luchaba en torno a París, en favor de los italianos. Incluso entonces, a pesar de nuestra ayuda y de la debilidad del frente alpino francés, la ofensiva italiana se paró en seco rápidamente. Nuestros aliados italianos, que de repente habían recordado las obligaciones hacia nosotros que tenían por tratado solo porque pensaban que Francia había sido derrotada, terminaron siendo nuestra más malhadada y vacía bendición conforme avanzaba la guerra, porque nada hizo más por impedir nuestra colaboración y

entente con los franceses, ya a comienzos del otoño de 1940, que vernos obligados a respetar las aspiraciones italianas y la creencia del Führer de que estábamos obligados a suscribirlas.

La firma del armisticio con Francia en el bosque de Compiègne el 22 de junio de 1940 supuso el punto álgido de mi carrera en el OKW. Las condiciones que se iban a imponer a Francia ya habían sido formuladas a nivel del Estado Mayor de Operaciones del OKW anticipando su desmoronamiento y, después de recibir la petición de Francia, yo personalmente las examiné y redacté con ellos en lo que parecía ser la forma más apropiada. De cualquier modo, no nos esforzamos en darnos prisa, porque el Führer quería primero ver que se conseguían ciertos objetivos estratégicos, como llegar a la frontera suiza.

Tan pronto como se decidieron la fecha y el lugar para las negociaciones del armisticio, el Führer pidió mi borrador y se retiró durante un día para repasarlo, y en muchos casos, parafrasearlo, de forma que, aunque me pareció que el contenido del borrador no había variado, su formulación original sí lo había hecho. El preámbulo fue idea de Hitler y fluyó solo de su pluma.

La ceremonia de firma del armisticio, en el mismo emplazamiento histórico del bosque de Compiègne donde los alemanes habían pedido la paz en 1918, un lugar en el que los dioses de la Guerra que estaban de paso no habían dejado huella, tuvo un gran impacto en mí y, probablemente, también en los otros participantes. Experimenté sentimientos encontrados: tenía la sensación de que este era el momento en el que nos vengábamos por Versalles, y era consciente del orgullo que sentía por el término de una campaña única y victoriosa, y por la resolución de respetar los sentimientos de los derrotados en batalla.

Después de saludar breve y formalmente a la delegación francesa, que estaba encabezada por el general alsaciano Huntziger, subimos al vagón del tren que había sido conservado allí como monumento nacional. El Führer se sentó en el centro de la mesa, mientras que yo me senté a su lado con el documento de rendición propiamente dicho. Los tres franceses se sentaron frente a nosotros. El Führer comenzó la ceremonia invitándome a leer el preámbulo y las

condiciones que demandábamos. Tras esto, Hitler abandonó el vagón con sus cinco ayudantes y se marchó de la escena, con la guardia de honor presentándole armas. El general Jodl tomó asiento a mi lado y un oficial de Estado Mayor de la oficina de operaciones militares lo hizo al otro, con el ministro de Asuntos Exteriores Schmidt actuando como nuestro intérprete, labor que desarrolló admirablemente a lo largo de las negociaciones.

Los franceses pidieron una hora de receso para estudiar nuestros términos y se retiraron a una tienda cercana. Estaban en contacto telefónico con el Alto Mando del Ejército a lo largo del frente, y la conexión funcionó relativamente bien a pesar de varias interrupciones causadas por la batalla. Durante este intervalo, pude plantear al Führer, que estaba esperando cerca, una serie de cuestiones con las que Huntziger había abierto las conversaciones.

Como era de esperar, los franceses intentaron con valentía moderar nuestras demandas y, a fin de ganar tiempo para la transmisión telefónica del texto del documento —con el cual habían empezado inmediatamente— adujeron que tenían que esperar a la decisión del mariscal Pétain sobre una serie de asuntos. Por supuesto, yo había dado los pasos necesarios para asegurarnos de que podíamos escuchar sin obstáculos sus conversaciones telefónicas.

Los franceses se aprovecharon de las conversaciones para poner sobre la mesa nuevas propuestas, incluso después de que —con el acuerdo de Hitler y de Göring— hubiéramos hecho ciertas concesiones con respecto al desarme de la Fuerza Aérea francesa. De acuerdo con nuestros propios informes de los mensajes interceptados, Pétain había demandado términos aún más fáciles, a lo que Huntziger respondió que eran bastante inaceptables en vista de mi inflexible actitud.

Por consiguiente, esa tarde a las cinco decidí darle al ministro Schmidt [intérprete jefe del Ministerio de Asuntos Exteriores] un ultimátum para que se pasara por la delegación, que se había retirado de nuevo de las consultas; estaba previsto que el ultimátum fuera para las seis. Cuando los franceses aparecieron otra vez y empezaron a realizar nuevas peticiones —probablemente inspiradas

por Pétain— anuncié que no estaba preparado para sostener más discusiones y que me vería forzado a dar las conversaciones por inconclusas si para las seis no era informado de que se disponían a firmar el tratado tal como estaba. Después de oír esto, los franceses se ausentaron para realizar las consultas finales; pocos minutos después de las seis, habían completado su última conversación telefónica y Huntziger me anunció que había sido autorizado a firmar.

Cuando finalizó la ceremonia, me despedí de todos los participantes en las conversaciones y me quedé a solas con el general Huntziger en el salón del vagón de tren. En unos pocos términos militares, le hice saber lo mucho que entendía su posición y la difícil tarea a la que tenía que enfrentarse. Contaba con mis simpatías como oficial del derrotado Ejército francés y le transmití mi propia estima personal; luego nos dimos la mano. Él replicó que deseaba disculparse por no haber mantenido en un momento dado el necesario grado de reserva, pero le había conmocionado el hecho de que yo hubiera revelado poco antes de su firma que el documento solo tendría efecto cuando el armisticio hubiera sido también firmado con Italia: las fuerzas armadas alemanas habían conquistado Francia, pero los italianos no. Él se despidió brevemente, y se marchó de la habitación.

Aquella noche hubo una pequeña celebración en el comedor del cuartel general del Führer. Tras una retreta militar se entonó el himno «*Nun danket alle Gott*» (Démosle ahora las gracias a nuestro Dios). Le dirigí unas palabras a Hitler como nuestro victorioso jefe militar, y al final del discurso hubo una aclamación general al Führer que vino de todas partes; él se limitó a extenderme la mano, y abandonó la estancia. Aquel fue el punto culminante de mi carrera como soldado…[11]

Mientras la mayor parte de nuestros ejércitos en el oeste completaban su amplio avance hacia el sur, el rey de los belgas se rendía en el norte de Francia y Bélgica y la Armada británica embarcaba en Dunkerque. Por supuesto, no sucedió el desastre que se les podía haber infligido, aunque los rastros de la derrota visibles

a lo largo de los caminos hacia Dunkerque ofrecían el panorama más devastador que jamás había visto o podido imaginar. Aun cuando la mayoría de tropas británicas había conseguido llegar a sus embarcaciones y salvar el pellejo, solo un cálculo errado de los movimientos del enemigo y del terreno había impedido que el Ejército de tanques de Von Kleist capturara Dunkerque por el camino corto desde el oeste.

A efectos de rigor histórico, me gustaría explicar aquí brevemente el conocimiento del que yo disponía sobre la decisión [de detenernos antes de Dunkerque] porque las versiones dadas por el Estado Mayor General del Ejército y su comandante en jefe —como escuché incluso durante el juicio— atribuyeron injustamente a Hitler la responsabilidad de haber tomado la decisión equivocada. Yo estuve presente en la vital reunión informativa con la Oficina de Guerra en el momento en que Hitler exigió decidir sobre esta cuestión: la realidad era que ellos no tenían el coraje de aceptar su propia responsabilidad en caso de que, como podía suceder, la operación fracasara. A pesar de lo poco dispuestos que estaban en general a depender de Hitler y a aceptar sus consejos, en este caso particular descargaron la responsabilidad sobre él.

Todos teníamos en mente en ese momento cómo se habían inundado en 1914 las tierras bajas de Flandes entre Brujas, Nieuport-Dixmuiden y otros puntos, circunstancia que había frenado y dificultado el flanco norte alemán. El terreno al sur y suroeste de Dunkerque tiene las mismas características en general, con una gran extensión de tierras bajas, cruzadas por miles de canales, y todas muy por debajo del nivel del mar.

El Ejército acorazado de Kleist estaba a la espera al este del terreno bajo, preparado para lanzarse por aquella zona a través de dos o tres carreteras, y esta fue la situación que se le resumió al Führer; le llamó la atención que las unidades blindadas tuvieran que seguir por las carreteras debido a las innumerables trincheras y canales que se extendían por la tierra; esto es, si hubiese una fuerte resistencia o las esperables barricadas, no tendrían la ocasión de desplegar y demostrar su verdadera fuerza en el campo de batalla. Si el enemigo hiciera tales provisiones —algo que nadie podía dar

por seguro— las consecuencias serían, bajo ciertas circunstancias, un largo enfrentamiento alrededor de los cuellos de botella y, en el peor de los casos, incluso una retirada y un rodeo del terreno intransitable, con la inevitable pérdida de tiempo.

Así, dejaron que Hitler tomara la decisión, y él —a quien no se le puede reprochar falta de ímpetu u osadía— decidió que sería preferible, en lugar de intentar el ataque, desviarse por la franja costera estrecha pero segura. Si los competentes comandantes en jefe hubieran estado realmente seguros de sus hombres, nunca hubieran consultado a Hitler de nuevo, sino actuado sin más. No hay duda ahora de que la orden de Hitler era equivocada en la síntesis final: el desvío y ataque del Ejército de tanques hizo que las condiciones del camino por la estrecha franja costera fueran muy pesadas, de modo que los británicos fueron capaces de conservar Dunkerque y el puerto el tiempo suficiente como para que embarcara la mayor parte de sus tropas, gracias, en gran medida, a la valiente resistencia de los franceses, que lucharon allí contra nosotros hasta las últimas consecuencias.

Solo vi París una vez durante la guerra, y fue después de la firma del armisticio con los franceses, cuando puede acompañar al Führer en un *tour* por los principales puntos de interés de la ciudad. Despegamos a las cuatro de la mañana, y aterrizamos en Le Bourget, llegando a la ciudad a primera hora, mientras París aún dormía. Después de contemplar la ciudad desde Montmartre, visitamos el Arco del Triunfo y otros lugares de interés —si bien es cierto que solo aquellos de interés arquitectónico—. El Führer se entretuvo durante más tiempo en la ópera, de la que sabía más de su arquitectura interior que el propio guía francés, y de la que conocía más detalles, y quería saber más de los que podía imaginar el guía. Después, con enorme reverencia, hizo una visita a la tumba de Napoleón. Mientras París regresaba poco a poco a la vida a nuestro alrededor, abandonamos la ciudad y volamos de vuelta a nuestro cuartel general. Fue entonces cuando conocí por vez primera al después ministro de Municiones, el profesor Speer, quien acompañaba al Führer en calidad de arquitecto.

Algunos días más tarde nos fuimos de nuestro otrora cuartel general en París y nos trasladamos a la Selva Negra, donde la Organización Todt había construido un segundo cuartel general para nosotros durante el invierno de 1939-1940.

Durante nuestra estancia allí cobraron fuerza de manera frenética los preparativos militares para una invasión de Gran Bretaña. El Alto Mando de las Fuerzas Armadas tenía la responsabilidad de coordinar los esfuerzos de las tres armas para esta operación conjunta. Todos éramos conscientes del peligro que correríamos; todos sabíamos bien que su éxito exigiría el máximo esfuerzo del Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea, pero todos nos dábamos cuenta de que, cuanto más se pospusiera la invasión, más se reforzarían los británicos.

Desde la caída en Dunkerque y las enormes pérdidas materiales sufridas, nadie temía al Ejército británico; pero no se podía ignorar a la Royal Air Force y la muy superior Royal Navy. Por ello, la Oficina de la Guerra estaba fuertemente a favor de arriesgar la operación, e hizo todo el esfuerzo posible para promover su ejecución: Hitler se vio por primera vez bajo una considerable presión desde ese lado, algo a lo que no estaba acostumbrado en absoluto. Las fuerzas aéreas estaban también preparadas, y confiaban en su capacidad de ofrecer un paraguas a las operaciones navales y terrestres, pero insistían, con toda la razón, en que el prerrequisito debía ser un periodo de buen tiempo para garantizar el éxito de toda la operación. Nuestra Armada, por otra parte, sobre la cual recaía la responsabilidad de transportar las fuerzas terrestres, y de desempeñar tareas antiaéreas y de abastecimiento, expresó con razón su seria preocupación no solo por la superioridad naval del enemigo, sino por el Canal, que, en el mejor de los casos, era un indeterminable factor de riesgo en condiciones meteorológicas cambiantes. El tiempo era un elemento de particular importancia, dado que, para nuestra «flota de invasión», solo disponíamos de pequeños remolcadores de canal y barcazas desde el Rin y los canales franco-belgas; ninguna de estas embarcaciones sería manejable si el viento soplaba a una velocidad superior a dos o tres nudos. Además, para nosotros, concentrar fuerzas era un considerable problema porque, como resultado de la destrucción de

las puertas de las esclusas y de los puentes, estaban cerradas grandes secciones del sistema de canales y, así, las embarcaciones de las que podíamos disponer no podían ser trasladadas a los puntos de carga y embarque. También teníamos que protegerlas para que el enemigo no las viera desde el aire, adaptarlas para cargar y descargar la artillería fácilmente, y equiparlas con armamento antiaéreo y con motores con los que pudieran navegar por sus propios medios.

Es impresionante ponerse a pensar lo mucho que se hizo en esa línea en el poco tiempo que teníamos: los ingenieros de la Armada y del Ejército compitieron entre ellos para fabricar los navíos que necesitábamos e incluso ayudó la Fuerza Aérea, montando el «proyecto Siebel» [llamado así por el coronel Siebel, de la Fuerza Aérea] para el desarrollo rápido de embarcaciones autopropulsadas equipadas con armamento antiaéreo para la invasión. También desplegaron un consistente paraguas sobre los puentes de invasión para protegerse de ojos fisgones y controlaron nuestros propios sistemas de camuflaje para evitar cualquier descuido.

El Ejército calculó hasta el más mínimo detalle la organización táctica y el orden correcto de prioridad de la invasión, y los preparativos se remataron con ejercicios de embarque y desembarco. Pero, aunque el Ejército perseveró para la invasión tan rápido como pudo, superando todas las dudas que se habían expresado sobre si lo lograría, los preparativos no pudieron darse por terminados hasta finales de agosto. La Armada tenía los mayores recelos: suya era la responsabilidad de custodiar el transporte de tropas mientras navegaba la flota, pero carecía de los necesarios buques de escolta en condiciones de navegar, y si el tiempo se ponía desfavorable, también se desmontaría el escudo de la fuerza aérea. Parecía demasiado el riesgo que se iba a correr, sobre todo en vista de las pérdidas que la Armada había sufrido en la campaña noruega.

Así pues, se le dejó a Hitler la responsabilidad exclusiva de la decisión. Se hicieron planes para que la operación (León Marino) se ejecutara durante la primera mitad de septiembre, momento que décadas de observación del Canal indicaban como último periodo de

buen tiempo antes de que las tormentas y la niebla alcanzaran Gran Bretaña. Aunque el Führer parecía haberse sumergido en los preparativos con gran entusiasmo, y demandaba cualquier improvisación concebible para acelerar la preparación, yo no podía evitar tener la sensación de que, cuando se llegaba a la cuestión de ejecutar la operación, se veía atrapado en las garras de las dudas y las inhibiciones: Hitler era completamente consciente del enorme riesgo que correría, y de la responsabilidad que se había echado a las espaldas. La cantidad de imponderables era excesiva, las condiciones necesarias para el éxito dependían de demasiadas coincidencias como para depositar ningún grado de certeza en el cumplimiento casual de todos los prerrequisitos. Yo tenía también la sensación de que Hitler no solo estaba paralizado por la idea de lo que supondría un fracaso en cuanto a una pérdida de vidas humanas sin sentido, sino que, sobre todo, era reacio a permitir la pérdida inevitable de su última oportunidad de resolver la guerra con Gran Bretaña por la vía diplomática, algo que estoy convencido de que aún deseaba lograr en aquel momento.

Le fue fácil tomar la decisión que tomó, a principios de septiembre, de autorizar el lanzamiento de una ofensiva aérea estratégica contra Gran Bretaña, mediante la que el comandante en jefe de la Fuerza Aérea, Göring, esperaba destruir la aviación y la industria armamentística de Gran Bretaña, especialmente porque, con la gran superioridad numérica de las fuerzas aéreas alemanas, estas batallas aéreas, con las graves pérdidas que infligirían a los británicos, serían forzosamente ventajosas para la invasión que planeábamos en el caso de que se produjera. Pero la gran ofensiva aérea alemana, aunque fue ejecutada con ejemplar habilidad por las unidades alemanas que participaron en ella, se fue frenando gradualmente hasta pararse a la par que ganaba aceptación la ilusoria y reconfortante impresión de que los escuadrones de combate británicos habían sido barridos. La operación León Marino nunca se puso en marcha, porque nadie se atrevió a pronosticar un periodo lo suficientemente largo de buen tiempo para llevarla a cabo. La victoria sobre Gran Bretaña en el otoño de 1940 se

convirtió en una ilusión, y se perdió la última oportunidad de llevar la guerra a una rápida conclusión.

Hitler jamás nos contó a los militares si alguna vez conservó la esperanza de finalizar la guerra contra Gran Bretaña después de la caída de Francia. Sé que hubo intentos para tantear el terreno, aunque cuando le pregunté abiertamente por ellos insistió en que él no había solicitado ninguna negociación con Gran Bretaña, aparte de la oferta [de paz] implícita en el discurso del Reichstag del 19 de julio. Sin duda, algún día los archivos británicos mostrarán al mundo cuál es la versión verdadera.

Todos volamos de regreso a Berlín desde nuestro cuartel general en la Selva Negra para estar presentes en esa memorable sesión del Reichstag del 19 de julio. Ni antes ni después los generales de las Fuerzas Armadas alemanas estuvieron representados con tal fuerza en la tribuna. Se me asignó un lugar detrás de Raeder y de Brauchitsch en la bancada del Gobierno, detrás del Gabinete de Ministros, mientras que Göring ocupó la silla como presidente del Reichstag. El Führer fue recibido con un tremendo clamor cuando entró en la sala, como había sucedido a su llegada a Berlín y su paso por la Puerta de Brandemburgo.

Los honores tributados a las Fuerzas Armadas en esta sesión del Reichstag fueron probablemente el más extraño de los eventos de mi vida como soldado. Los honores que se anunciaron en forma de ascensos y condecoraciones para los comandantes veteranos —especialmente los del Ejército y de la Fuerza Aérea— excedieron cualquier expectativa; Göring se convirtió en *Reichsmarschall* , y se le concedió la Gran Cruz a su Cruz de Hierro.

Por lo que se refiere a mí [a Keitel lo ascendieron a *Generalfeldmarschall*] pensé que era excesivo, porque, sin querer herir los sentimientos de los otros generales que fueron ascendidos a mariscal de campo, me perturbaba que el rango no se restringiera a los «guerreros» de primera línea. Fui incapaz de justificar que tal honor se me concediera a mí como jefe del OKW, o al secretario de Estado para el Aire [coronel general Erhard Milch]. Yo no había sido un general de la primera línea del frente ni había liderado a las tropas en acción. No podía comprender cómo los generales de las

Fuerzas Aéreas no habían sido ascendidos a *Luftmarschälle* —«mariscales del aire»— en lugar de aquello. Mentiría si dijese que en mi fuero interno no estaba absolutamente avergonzado de mí mismo, aunque los vítores de todo el Parlamento cuando Hitler pronunció mi nombre, el último de todos, demostraron que existía un acuerdo amplio sobre la condecoración.

Fue en esta ocasión cuando Hitler designó a la entonces *Wehrmacht -Führungs -Amt* —la Oficina de Operaciones de las Fuerzas Armadas— «mi *propio estado mayor de operaciones* de las Fuerzas Armadas», un movimiento que había discutido brevemente conmigo poco antes de la sesión del Reichstag; y al mismo tiempo ascendió a su jefe, el mayor general Jodl, a coronel general, saltándose el rango de teniente-general.

Poco después de esta sesión del Reichstag, Hitler trasladó sus oficinas al Berghof; yo le seguí acto seguido con Jodl y unos pocos colegas, trasladándonos a los cuarteles de la Cancillería del Reich en Berchtesgaden, y a finales de julio me tomé diez días libres para visitar a mis amigos de caza en Pomerania. Por última vez pude liberarme de mi arnés durante unos pocos días sin preocupaciones, para emplear mi tiempo en la caza de corzos macho, ciervos y jabalíes, para pasear por mis campos en Helmscherode e ir a Hildesheim, comprar nuevas herramientas para la granja y carros de granja con ruedas de caucho para la propiedad; durante aquellos pocos días, fui de nuevo simplemente un granjero —el sueño de toda mi vida— un granjero de nuevo por última vez en mi vida.

4. PRELUDIO AL ATAQUE SOBRE RUSIA, 1940-1941

Cuando regresé a Berchtesgaden después de mi permiso, hacia el 10 de agosto de 1940, aún no tenía ni idea de qué planes tendría Hitler a continuación; solo sabía que no había esperanza alguna de finalizar la guerra con Gran Bretaña, desde el momento en que Estados Unidos y todos sus ilimitados recursos la respaldaban. Ahora que nuestros planes de invadir [Gran Bretaña] en el otoño de 1940 habían tenido que ser pospuestos, solo nos quedaba buscar otra forma de forzar a los británicos a pedir la paz.

El Führer me encargó analizar la posibilidad de que contribuyéramos a la guerra italiana contra los británicos en el norte de África en un encuentro personal con el mariscal Badoglio, el jefe de Estado Mayor italiano; yo iba a ofrecerle dos divisiones alemanas de blindados, reconociendo así la grave posición en la que sabíamos que el mariscal Graziani, comandante en jefe en Tripolitania, se había situado frente a los británicos en la frontera de la colonia británica. Jodl y yo estuvimos un día y medio en Innsbruck para discutir aquello, que incluía naturalmente otras cuestiones que estaban implícitas en el esfuerzo italiano en la guerra, en particular sus problemas armamentísticos, la intensificación de las defensas antiaéreas alrededor de las plantas de munición en el norte de Italia, ayuda con el suministro de combustible y otras cuestiones.

Nuestras conversaciones llegaron a su fin cuando Badoglio rechazó nuestra oferta, arguyendo que los tanques serían ineficaces en el desierto a causa de su falta de movilidad en la arena. El único beneficio concreto que obtuvimos fueron los jamones que Badoglio dejó para Jodl y para mí en la habitación del hotel como «subsidio» alimenticio. Regresamos a nuestro cuartel general de Berchtesgaden sin haber completado nuestra misión. Nuestro único logro fue el acuerdo de que debíamos enviar un equipo de expertos en tanques al norte de África bajo el mando del coronel Freiherr von Funck.

El Führer y Mussolini habían acordado otra medida adicional con respecto a nuestra campaña contra los británicos; el envío de unidades de la Fuerza Aérea alemana al sur de Italia para contener el tráfico mediterráneo de convoyes a la base naval y aérea británica en Malta y, de este modo, ayudar a proteger las comunicaciones marítimas de Italia con Trípoli, que ya estaban siendo atacadas por los británicos. Desafortunadamente, todo esto no podía ser resuelto sin reducir la fuerza del frente [aéreo] alemán en la batalla de Inglaterra; pero Mussolini había persuadido al Führer prometiéndole que enviaría submarinos italianos para enfrentarse a los británicos en la batalla del Atlántico. Pero esta oferta tenía tan poco valor para nosotros como había tenido la Fuerza Aérea italiana; las operaciones de esta última contra los británicos desde el norte de Francia habían fracasado por completo. Sin embargo, el Führer había llegado a la conclusión de que no podía rechazar estas ofertas sin que Mussolini se ofendiese, sobre todo porque en aquel momento también planeábamos enviar submarinos alemanes al Mediterráneo.

Finalmente el Führer planeaba apoderarse de Gibraltar, con el consentimiento de España, por supuesto —algo que ocultaba a Italia y mantenía en absoluto secreto—. Los sondeos diplomáticos e investigaciones militares aún estaban por resolver, pero se iba a empezar a trabajar en breve en ellos.

No obstante, lo que más me inquietaba en aquel momento eran los pensamientos del Führer sobre una posible guerra con la Unión Soviética, un tema que desarrolló con más detalle en una conversación privada con Jodl y conmigo mismo justo el primer día de mi vuelta de las vacaciones. Tal como me contó Jodl cuando regresábamos en automóvil a casa, aquella era la continuación de unas discusiones que había iniciado con él ya a finales de julio; como pude averiguar por mí mismo, ya se estaban realizando investigaciones para ver cuánto se podía acelerar el traspaso de varias divisiones desde Francia; Hitler en persona había ordenado al comandante en jefe del Ejército que concentrara un número de unidades en Polonia, y que estimara el tiempo que llevaría desplazar tropas para compensar la considerable concentración de fuerzas rusas en las provincias bálticas y en Besarabia, una circunstancia

que llenaba al Führer de fuertes presentimientos con respecto a las intenciones de los soviéticos.

Inmediatamente puse como objeción que teníamos de cuarenta a cincuenta unidades comprometidas en Noruega, Francia e Italia; y, dado que no las podíamos retirar de esos países, no estarían disponibles para ninguna guerra en el este; y sin ellas seríamos demasiado débiles. Hitler respondió inmediatamente que no había razón para no actuar como prevención de un peligro inminente; ya había ordenado a Brauchitsch, dijo, duplicar el número de divisiones blindadas. Finalmente añadió que no había creado este ejército móvil tan poderoso solo para dejar que se oxidase durante el resto de la guerra: la guerra no finalizaría por sí misma, y, después de todo, él no iba a poder usar su ejército contra Gran Bretaña en la primavera de 1941, puesto que una invasión entonces no sería viable. Mientras que Hitler reanudaba su discusión con Jodl, yo no volví a hablar, sino que decidí averiguar más tarde a través de Jodl lo que antes ya se había sometido a debate mientras yo estaba fuera y que parecía ya haberse puesto en marcha.

Al día siguiente, solicité tener una breve entrevista con el Führer, con la intención de preguntarle a la cara por sus razones para interpretar tan ominosamente las intenciones de Rusia. Su respuesta, en breve, fue que él jamás había perdido la perspectiva de la inevitabilidad de un choque entre las dos ideologías más diametralmente opuestas del mundo, que no pensaba que se pudiera evitar, y que, siendo este el caso, era mejor que él llevara esta seria carga a cuestas ahora, además de las otras, en lugar de legarla a su sucesor. Por otro lado, pensaba que había señales de que Rusia se estaba preparando para la guerra contra nosotros, y que ciertamente se había extralimitado de lejos con los acuerdos que teníamos en las provincias del Báltico y Besarabia mientras que nuestras manos estaban ocupadas en el oeste. En cualquier caso, continuó, solo deseaba tomar precauciones para no ser cogido por sorpresa, y aseguró que no tomaría ninguna decisión hasta haber comprobado que su desconfianza hacia ellos estaba justificada. Cuando objeté una vez más que nuestras fuerzas ya estaban completamente desplegadas en otros escenarios de la guerra, me

replicó que tenía la intención de hablar con Brauchitsch para aumentar nuestras fuerzas y liberar algunas de las de Francia. Así terminó nuestra entrevista, cuando le llamaron para celebrar una reunión informativa.

Todo esto me molestaba tanto que decidí escribir un memorando personal sobre el problema, sin llamar a ningún miembro del Estado Mayor de Operaciones, y sin que pudiera respaldarme ninguna estadística detallada. Así fue cómo se elaboró mi memorando de la segunda mitad de agosto de 1940, sin que ni siquiera Jodl lo supiera. Como resultado del proceso [de Núremberg], es bien conocida la historia de mi visita al ministro de Exteriores, Von Ribbentrop, en Fuschl: quería ganármelo para disuadir al Führer, a cualquier precio, de la idea, antes de que Hitler tuviese la oportunidad de abordarlo con esta cuestión. Esto lo conseguí: durante un encuentro muy privado *à deux,* Ribbentrop juró apoyarme desde el lado político. Nos prometimos el uno al otro no decir nada a Hitler de nuestra conversación, por temor de que se nos acusara de conspirar en su contra.

Después de una reunión de guerra algunos días después, mostré mi memorando manuscrito al Führer; él prometió discutirlo conmigo una vez que tuviera tiempo de leerlo detenidamente. Esperé en vano varios días, luego se lo recordé; fui emplazado a verlo yo solo aquella tarde. Lo que entonces tuve con Hitler no fue tanto una discusión como una lección unilateral sobre la estrategia básica de mi memorando; no le había convencido lo más mínimo. Mi referencia al pacto del año anterior con Rusia era igualmente errónea: Stalin tenía tan poca intención de respetarlo como él mismo, una vez que la situación había cambiado y había prevalecido una nueva serie de circunstancias. De cualquier manera, los únicos motivos de Stalin para firmar el pacto habían sido, en primer lugar, garantizar su porción en el reparto de Polonia y, en segundo lugar, incitarnos a lanzar nuestro ataque en el oeste, con la creencia de que allí nos quedaríamos atrapados y nos desangraríamos hasta la muerte. Stalin había planeado explotar este periodo de gracia y nuestras numerosas bajas como medio de someternos a todos después mucho más fácilmente.

Me molestó mucho esta crítica brutal y el tono de voz que empleó, y sugerí que sería mejor que me reemplazara como jefe del OKW por alguien cuyo criterio estratégico fuera de más valor para él que el mío; sentía que, a este respecto, no era bueno para mi posición, añadí, y pedí ser enviado a un mando del frente. Hitler rechazó esto con tono áspero. ¿No tenía, entonces, derecho de informarme si, a su juicio, mi opinión era errónea? Realmente debería prohibir a sus generales que se enojaran y solicitaran su renuncia cada vez que alguien les daba una lección y, en cualquier caso, él no tenía oportunidad alguna de renunciar a su cargo tampoco. Quería que se comprendiera de una vez por todas que nadie tenía el derecho más que él a relevar a alguien de su cargo si lo consideraba oportuno, y que hasta entonces esa persona tendría que aguantar en su puesto; durante el otoño anterior, añadió, también le había tenido que decir a Brauchitsch lo mismo. Ambos nos pusimos en pie; salí de la habitación sin decir una palabra. Él conservó el memorando que yo había escrito; sin duda desapareció en su caja fuerte y probablemente fue quemado. El borrador que redacté debe encontrarse entre los papeles del Estado Mayor de Operaciones del OKW y Warlimont asegura haberlo leído.

Esquivaré aquí los demás acontecimientos de nuestras relaciones con la Unión Soviética, la visita que nos hizo Molotov a principios de noviembre, y cómo Hitler decidió que había que preparar definitivamente una campaña en Rusia. La secuencia real de acontecimientos durante enero de 1941, con el detallado informe de Hitler hecho por el jefe del Estado Mayor del Ejército sobre la fase a la que habían llegado tanto nuestros preparativos de guerra como los del enemigo se ha tratado con tanta profundidad durante el juicio —y en cierta manera en mis propias declaraciones juradas para el abogado de la defensa— que no tengo necesidad de preocuparme más por ella. Pero no se puede enfatizar lo suficiente que, a pesar de lo mucho que continuábamos reforzando nuestras fronteras en el este y la línea de demarcación entre nosotros y los rusos, siempre estábamos cuantitativa y cualitativamente muy por detrás de las concentraciones de tropas rusas. La Unión Soviética se preparaba metódicamente para atacarnos; y sus preparativos a lo largo de toda

la línea del frente quedaron expuestos por nuestro propio ataque el 22 de junio de 1941.

Fue inevitable que, como resultado de nuestra diferente opinión sobre la guerra con Rusia, mi relación general con Hitler se deteriorase de nuevo, y pude detectar con frecuencia por sus comentarios al margen cuando tratábamos de cuestiones referentes al frente oriental, que las diferencias entre nosotros no habían sido resueltas.

Ciertamente, una vez que lanzamos nuestro ataque preventivo,[1] me vi forzado a admitir que había tenido razón, después de todo, en su evaluación de la inminencia de una invasión rusa en nuestro país, pero —quizás a causa de mis recuerdos de las maniobras del Ejército Rojo en el otoño de 1931 cuando visité la Unión Soviética como su invitado— mi forma de ver la capacidad de Rusia de hacer la guerra era distinta a la de Hitler.

Él siempre dio por hecho que la verdadera industria armamentística de Rusia estaba aún en una fase embrionaria y en absoluto completamente desarrollada; y además recalcaba que Stalin había hecho una purga de la élite de los mandos militares en 1937, por lo que había escasez de cerebros que le pudieran respaldar.

Vivía obsesionado con la idea de que el choque se produciría más tarde o más temprano y que sería una equivocación sentarse a esperar hasta que los otros estuvieran preparados y se lanzaran sobre nosotros. Las declaraciones de los oficiales de Estado Mayor rusos que capturamos también confirmaban el análisis de Hitler a este respecto; solo en su valoración de la capacidad de la industria armamentística soviética —incluso sin la cuenca del Donets— estaba Hitler mal informado: las fuerzas rusas de tanques tenían una superioridad cuantitativa con respecto a las nuestras que nunca podríamos ni llegaríamos a alcanzar.

Debo, no obstante, negar categóricamente —aparte de algunos estudios generales de tipo de jefatura de estado mayor realizados por el Estado Mayor de Operaciones del OKW y por el Estado Mayor del Ejército— que se hiciera preparativo alguno para una guerra con

Rusia antes de diciembre de 1940, aparte de las órdenes para mejorar el sistema de ferrocarril y las estaciones terminales en lo que había sido territorio polaco, de forma que nuestras tropas pudiesen ser desplazadas más rápidamente a las fronteras orientales del Reich.

Fue probablemente al hilo de sus ambiciones en el este —y también sus ansiedades en el este— que Hitler decidió en septiembre reunirse con Pétain y con Franco. Desde el armisticio habíamos mantenido un contacto activo con el régimen de Pétain establecido en la ciudad de Vichy, en la mitad ocupada de Francia; entre otras cosas, Pétain había expresado su deseo de transferir su sede de gobierno a París. Hasta la fecha, el Führer había pospuesto una decisión en este sentido, probablemente con la intención de esperar a ver qué sacaría a la luz un encuentro con Pétain.

Viajé a Francia con el Führer a principios de septiembre en su tren especial. Se reunió con Pétain y Laval en la estación de tren de Montoire, al sur de París. Recibí al mariscal de avanzada edad enfrente del edificio de la estación, y lo saludé de pie en un extremo de la guardia de honor formada para él, mientras salía de su coche cerrado. Llevaba uniforme de general; me saludó, y pasó revista a la guardia de honor sin mirar a los soldados, en tanto que Ribbentrop y Laval le seguían los pasos. Caminamos en silencio por el edificio de la estación hacia el vagón salón del Führer que había llegado justo al otro lado del andén desde la barrera.

Cuando el Führer vio a Pétain salir desde el hall de las taquillas, bajó del tren para reunirse con él; apretó su mano y lo condujo en persona al interior de su vagón. No participé en modo alguno en la reunión —nunca lo hice en asuntos políticos— pero después de su conversación y una despedida demasiado afectuosa por parte del Führer hacia el mariscal, acompañé a este último fuera de la estación y, volviendo sobre nuestros pasos junto a la guardia de honor que presentaba armas, nos acercamos a su automóvil. Antes de que el mariscal se subiera, me dio las gracias brevemente por la manera en que había negociado con la delegación de armisticio del general Huntziger. Entonces, sin ofrecerme su mano, se montó en su coche y se alejó.

Del curso de sus conversaciones tan solo puedo referirme a lo que me contó el propio Hitler. El mariscal se había comportado muy correctamente, pero con gran reserva. Pétain había preguntado por el cariz que las relaciones de Francia y Alemania tendrían en el futuro y qué sería, en líneas generales, lo que se impondría como condiciones de paz. Hitler, por su parte, había intentado averiguar de Pétain hasta qué punto Francia estaría dispuesta a ceder ciertos territorios a Italia, si es que Alemania iba a garantizar a Francia su imperio colonial, con la excepción de Túnez. Era obvio que el resultado de las conversaciones era muy exiguo: las cuestiones decisivas continuaban sin ser resueltas.

Continuamos nuestro viaje hasta la frontera española, pasando por Burdeos hacia la estación fronteriza en Hendaya. Franco llegó poco después con su ministro de Exteriores y sus lugartenientes. Además de yo mismo, Brauchitsch estaba allí también junto con una guardia de honor del Ejército para recibir a nuestros invitados con el protocolo habitual. Por supuesto, nosotros los militares no participamos en las muy largas discusiones en el vagón del Führer. En lugar de cenar, ambas partes se tomaron un descanso de las consultas, y después de que al defensor español del Alcázar [el general Moscardó], que estaba entre los acompañantes de Franco, se le agotaran las historias con las que entretenernos, nos aburrimos mortalmente. Hablé con el Führer durante unos breves instantes. Estaba muy descontento con la actitud de los españoles y apostaba por romper las conversaciones allí y en aquel mismo momento. Estaba muy irritado con Franco, y particularmente molesto con el papel que había tenido Suñer, el ministro de Exteriores. Suñer, alegaba Hitler, tenía a Franco en el bolsillo. En cualquier caso, el resultado final fue muy pobre.

En nuestro viaje de regreso se celebró una nueva entrevista privada entre Hitler y Laval, probablemente una continuación de la ya sostenida algunos días antes. Siempre entendí que los estadistas franceses luchaban por una aclaración de nuestras peticiones de reparación de su país, y que estaban desconcertados por nuestra insistencia adicional en representar los intereses de Italia, un país al que, reiteraban, no le debían nada.

Durante nuestro viaje de regreso por Francia nos llegó la noticia de que Mussolini planeaba atacar Grecia por la fuerza de las armas, porque los griegos habían rechazado ceder, como se les exigía, partes de su territorio a Albania. El conde Ciano, su ministro de Exteriores, era quien instigaba toda la disputa. Ambos estadistas italianos habían sido tranquilizados por la creencia —en las que el gobernador de Albania les había hecho afianzarse— de que solo haría falta un poco de ruido de sables para que los griegos cedieran sin más complicaciones.

El Führer describió este *encore* por parte de nuestro aliado como una absoluta locura, y decidió de inmediato bajar a través de Múnich para reunirse con Mussolini. Puesto que yo tenía una serie de asuntos urgentes que atender, dejé su tren y volé de vuelta a Berlín, para no perderlo cuando partiera hacia Múnich a la tarde siguiente. El tren ya estaba arrancando lentamente cuando me subí en el último momento.

La reunión se celebró a la mañana siguiente en Florencia. Mussolini saludó a Hitler con las memorables palabras, «Führer, ¡estamos marchando!». Era demasiado tarde como para evitar el desastre. Obviamente, Mussolini se había enterado de la intención que tenía Hitler de impedir que llevara a cabo su proyecto, durante los preliminares diplomáticos con nuestro embajador, y esa fue la razón por la que actuó tan rápido —para enfrentarse a nosotros con un *fait accompli* .

Las discusiones a cuatro bandas se eternizaron durante varias horas en Florencia, entre los dos líderes y sus ministros de exteriores. Yo disipé mi propio aburrimiento hablando con nuestro agregado militar y con el general italiano Gandin (jefe de la división de operaciones de su Estado Mayor), el único de los italianos que hablaba alemán. La comida se sirvió a mediodía para Hitler y el Duce en privado, y se me invitó a que me uniera; la conversación fue libre e informal. Justo antes de la comida, llegó un mensaje de Albania, con detalles de las primeras victorias en las campañas, que habían comenzado a primera hora de la mañana. Mussolini nos leyó la comunicación a Hitler y a mí, en alemán por supuesto: el alemán era siempre el idioma de trabajo en nuestras charlas con Mussolini.

Volvimos a casa inmediatamente después de comer. Entretanto, yo había ordenado a nuestro agregado militar que nos enviara telegramas diarios sobre la guerra en el teatro de operaciones albano-griego; le hice jurar que diría tan solo la verdad sin tapujos. Hitler no perdió realmente los estribos hasta que estuvimos en el tren; entonces empezó a criticar esta nueva «aventura», como la denominó. Había advertido seriamente al Duce del sinsentido que era tomarlo todo tan a la ligera: y era un disparate, dijo, una invasión en este momento del año, y solo con dos o tres unidades, avanzando por las montañas que bordeaban Grecia, donde el clima por sí solo frenaría muy pronto toda la operación. Según su opinión, como le había transmitido a Mussolini, el único resultado posible era una catástrofe militar; pero Mussolini había prometido enviar más divisiones a Albania en el caso de que estas débiles fuerzas fueran inadecuadas para abrirse paso con el ataque. Por las explicaciones de Mussolini, sin embargo, llevaría varias semanas para que siquiera una unidad adicional desembarcara en los [dos] rudimentarios puertos de Albania. Si tenían tantas ganas de enzarzarse en una pelea con la pobrecita Grecia, continuó Hitler, por qué diablos no habían atacado Malta o Creta: eso hubiera tenido algo de sentido en el contexto de nuestra guerra con Gran Bretaña en el Mediterráneo, especialmente en vista de la nada envidiable posición de las batallas de los italianos en el norte de África. El único resultado positivo, después de todo, había sido que el Duce había pedido ahora que se enviara una división blindada alemana al norte de África, después de que nuestro general von Funck le hubiera hecho creer que el mariscal Graziani estaba presionando urgentemente para que se le enviase una, y que, después de todo, sería posible aprovecharla.

Mucho me temo que Hitler, probablemente, no le habló a Mussolini de la manera tan directa que más tarde me describió, puesto que dudó —como a continuación descubrí en varias ocasiones— en decir nada que pudiese herir su vanidad de militar aficionado. Solo más tarde pude darme cuenta de que Mussolini explotaba al Führer en cuanto tenía la ocasión, pero que su amistad era muy unilateral —al considerar Hitler que Mussolini era algo parecido a un chico de oro.

Todo pasó en unas pocas semanas, tal como Hitler había predicho: la débil ofensiva italiana, lanzada sin las suficientes reservas, no solo se había atascado sin solución por las pesadas condiciones de la marcha, sino que terminó en una peligrosa situación como resultado de la contraofensiva de los griegos y del mal tiempo. Fue entonces cuando comenzaron a llegar las peticiones de ayuda, dado que las pobres instalaciones de los astilleros en Albania estaban acusando un efecto embudo muy nocivo en la organización de suministros de las unidades de batalla italianas, por no hablar de que permitieran a los italianos proporcionar lo necesario para la inyección de reservas en la batalla. Hitler estaba dispuesto a enviar una división de montaña, pero no había esperanzas de mandarla o bien por mar o a través de Yugoslavia; echamos un cable con nuestros últimos buques de tropas alemanes radicados en el Mediterráneo y con escuadrones de transporte de la Fuerza Aérea. Si la llegada del invierno no hubiera igualmente mitigado la contraofensiva griega y atenuado su impacto, el penoso final de la aventura hubiera acaecido en seis semanas.

En reconocimiento de esto, e inspirado por el sentimiento de que no debía abandonar a su aliado con tal de encontrar su propia salida del apuro —un instinto honorable que Mussolini, dada la vuelta a la tortilla, se hubiera sentido capaz de ignorar en cualquier momento— Hitler desarrolló un plan para enviar un ejército a través de Hungría y Bulgaria hasta Grecia la primavera siguiente, con la esperanza de que, al menos en Albania, Italia sería capaz de seguir resistiendo hasta entonces. Por supuesto, yo hubiera sido más favorable a acercarnos a Yugoslavia con la posibilidad de desplazar tropas alemanas para el «rescate» de Mussolini por medio de la ruta terrestre más corta [esto es, a través de Yugoslavia]; pero el Führer se negó en redondo siquiera a contemplar esta propuesta militar; bajo ninguna circunstancia quería poner en peligro la posición neutral de Yugoslavia, algo que jugaba igualmente a favor de Italia.

Necesitaría un volumen entero si fuera a describir la historia militar de la preparación y ejecución de la campaña en los Balcanes en la primavera de 1941. La oposición política a nuestros planes que mostraron Hungría, Bulgaria y Rumanía estuvo inspirada por varios

motivos: la actitud de Hungría era ostensiblemente probritánica, pero, en vista de la ayuda de Alemania a asegurar en el arbitraje de Viena una alteración considerable de las fronteras de Hungría con Rumanía —para desventaja de esta última— el administrador imperial de Hungría [el almirante Nikolaus von Horthy] fue obligado a mostrar su gratitud de alguna manera. Rumanía había adoptado una política exterior germanófila después de que su rey se exiliara y el general Antonescu hubiera asumido el cargo de jefe de Estado; a petición del propio Antonescu, habíamos mantenido una fuerte misión militar y un equipo de consejeros técnicos en Rumanía desde 1940; igual que Hitler, Antonescu era a la vez jefe de Estado y comandante supremo de las Fuerzas Armadas. Nuestras relaciones con el rey Boris de Bulgaria fueron siempre de lo más cordiales: era un admirador de Hitler y estaba orgulloso de su servicio en el Ejército alemán durante la guerra de 1914-1918.

Por lo que se refería a las medidas puramente militares, dirigí las conversaciones preliminares con el ministro de Guerra húngaro [el general Von Bartha] y con Antonescu y el ministro de Guerra búlgaro [el teniente general Daskaloff]; más tarde, los respectivos agregados militares en estos países actuaron como intermediarios y —como en el caso de Italia— se les concedieron los poderes propios de generales de las Fuerzas Armadas alemanas, con todas las obligaciones ampliadas y prerrogativas que de ellos emanaban; la única excepción fue en el caso de Rumanía, donde —además del agregado militar— el jefe de la misión militar, el general Hansen, actuaba como un general en jefe.

Mis relaciones personales con el Administrador Horthy y con el rey Boris de Bulgaria eran particularmente buenas y, uno podría casi afirmar, cariñosas; hubo varios ejemplos de esto, lo que sin duda suavizó muchas de las dificultades. Nunca disfruté de una relación íntima con Antonescu: era un militar competente, dedicaba su vida a esta misión, honesto y directo, pero reservado y con frecuencia cortante: era obvio que, desde el punto de vista político, estaba pasando por un mal momento con la Guardia de Hierro y, en el aspecto militar, a causa del corrupto y podrido cuerpo del Estado —el funcionariado y el Ejército. Mostraba una férrea voluntad de

realizar reformas implacables, pero queda abierto a la duda si, particularmente en la esfera política, estaba logrando éxito alguno. Buscó el consejo del Führer, pero no le hizo caso. Como resultado, se mantuvo como un político que trataba de apuntalar su posición con un ejército inútil. Era incorruptible y un buen soldado, pero no dispuso del tiempo para llevar a cabo sus reformas.

Los preparativos para una guerra con Grecia —una campaña que el Führer nos dijo en varias ocasiones que lamentaba profundamente — preocuparon durante todo el invierno a la Oficina de Guerra y a personal de operaciones del OKW.

A finales de octubre dejamos Berchtesgaden y finalmente tuve de nuevo un OKW unido en Berlín. Aun así, el edificio del Ministerio de Guerra estaba tan abarrotado con el ahora ampliado Estado Mayor de Operaciones que decidí llevar mi oficina a Krampnitz, cerca de Potsdam, donde había un espacio de oficinas apropiado para nosotros en la Escuela de Caballería y Tropas blindadas. Con el objeto de vivir con su esposa de nuevo, el general Jodl había trasladado su cuartel general al pequeño puesto de comandancia que Blomberg había construido algunos años antes en Dahlem. Durante el día, solía trabajar en casa o en las habitaciones que estaban a nuestra disposición junto a la antigua cámara del Gabinete en el edificio de la Cancillería del Reich.

En cualquier caso, ya era hora de que me reuniera bajo un mismo techo con todas las secciones y departamentos de mi Jefatura, dado que el trabajo y mi propia influencia sobre él habían sido marcadamente deficientes como resultado de mi ausencia desde mayo; ciertamente, había entrenado a los jefes de los distintos departamentos a lo largo de un periodo de varios años, pero durante mi ausencia se habían visto obligados a depender casi enteramente de una comunicación por correspondencia o por teléfono conmigo. No se debería olvidar que mi papel puramente operacional, en concierto con el Führer y con Jodl, era una parte muy menor de mis tareas; y que, si bien mis funciones ministeriales tenían una importancia bastante menor durante las campañas militares, en ocasiones quedando por completo en suspenso, seguían no obstante existiendo y había que ponerse al día con el trabajo atrasado.

Surgían muchos asuntos que no se podían tratar sin mi consentimiento. Aunque nunca lo consideré particularmente pesado, el trabajo no me daba respiro: no me cogí permiso alguno los fines de semana o en las fiestas nacionales durante todo el año; me sentaba en mi escritorio desde la mañana temprano hasta bien entrada la noche. Busqué entretenimiento en mis numerosos vuelos y en mis viajes en el tren especial del Führer —siempre que no me pidiera algo— y en las diversas misiones a las que el Führer me envió a Italia, Hungría, Rumanía, Bulgaria y otros lugares: cuando estaba de camino, nadie podía ponerse en contacto conmigo por teléfono (aunque el inalámbrico que llevaba en mi coche sí recibía señales durante los viajes). Con frecuencia me llevaba parte del trabajo más pesado conmigo, porque podía dedicar mi atención íntegra a él, algo que era imposible en mi oficina con las innumerables reuniones y las inevitables interrupciones que sufría allí.

El ministro de Asuntos Exteriores ruso Molotov llegó a Berlín a principios de noviembre de 1940 a petición del Führer para discutir la situación política. Yo estaba presente en el momento en el que el Führer iba recibiendo a los invitados rusos en la Cancillería del Reich. A la ceremonia de recepción le siguió un banquete en las dependencias del Führer, en el que me senté junto al asistente de Molotov, M. Decanosov [el embajador soviético], pero fui incapaz de conversar con él, dado que no había cerca un intérprete a mano. Posteriormente el ministro de Exteriores ofreció un banquete en su hotel, en el que de nuevo me sentaron al lado de M. Decanosov; esta vez con la ayuda de un intérprete pude hablar con él sobre una serie de asuntos generales; le hablé sobre mi visita a Moscú y sobre las maniobras que había visto en 1931, y le hice una pregunta o dos sobre los recuerdos que tenía de mi visita de entonces, así que hubo un cierto grado de prolija conversación entre nosotros.

No escuché nada de las conversaciones diplomáticas, excepto en una ocasión en la que fui llamado a estar presente en el momento en el que los rusos vinieron a despedirse del Führer después de la que fue la última reunión y, obviamente, la más importante. Por supuesto, le pregunté al Führer cuál había sido el resultado, y me

respondió que había sido insatisfactorio; a pesar de ello, no iba a decidir aún prepararse para la guerra, ya que, antes de nada, quería esperar a la reacción de Stalin en Moscú. No obstante, me quedó claro inmediatamente que nos encaminábamos a la guerra con Rusia, y no estoy seguro en absoluto de que, durante las charlas, el propio Hitler no hubiera removido cielo y tierra con tal de evitarla, aun cuando para lograrlo hubiese necesitado renunciar a su representación de los intereses de Rumanía, Bulgaria y los estados bálticos. Pero está claro que aquí también Hitler estaba de nuevo absolutamente justificado, porque en un plazo de uno o dos años, tan pronto como Stalin estuviera preparado para atacarnos, los rusos ciertamente habrían incrementado sus demandas. Hacia 1940, Stalin era lo suficientemente fuerte para darse cuenta de sus objetivos en Bulgaria, y en las cuestiones de los Dardanelos y Finlandia, pero que hubiésemos eliminado a Francia en tan solo seis semanas había dislocado su programa completo y ahora deseaba ganar tiempo. No me aventuraría a realizar tal hipótesis si nuestra guerra preventiva en Rusia en 1941 no hubiera mostrado el avanzado estado de sus preparativos para atacarnos.

Por supuesto, tan solo se puede especular sobre lo que habría pasado si las cosas hubieran funcionado de manera diferente. Incluso si era mucho pedir a nuestra buena fortuna que Italia debería haberse quedado totalmente fuera de la guerra como benévolo neutral, solo hay que considerar qué habría ocurrido de haber sido Hitler capaz de impedir su irresponsable ataque sobre Grecia. ¿Cuánto hubiéramos ahorrado de no ayudar a Italia en su absurda guerra en los Balcanes? Con toda probabilidad, no hubiese habido ningún levantamiento en Yugoslavia como intento de forzar su entrada en la guerra del lado de los enemigos del Eje, precisamente para complacer a Gran Bretaña y la Unión Soviética. ¡Qué diferentes hubieran entonces parecido las cosas en Rusia en 1941! Hubiéramos estado en una posición mucho más fuerte, y, sobre todo, no habríamos perdido esos dos meses. Tan solo imaginemos: no nos hubiéramos congelado por completo en la nieve y el hielo, con temperaturas de cuarenta y cinco grados bajo cero solo a veinte millas a las afueras de Moscú, una ciudad que había

estado cercada sin esperanzas por el norte, el oeste y el sur, a finales de noviembre. Habríamos tenido dos meses despejados antes de que nos asediara aquel frío infernal — ¡y ni siquiera hubo nada igual en los inviernos siguientes!

¡Qué verdad es el dicho de que nunca puede forjarse una alianza permanente con los poderes del destino! Los más abrumadores imponderables aguardan a aquellos hombres de Estado y guerreros que se arriesgan; y eso es lo que sucedió, en mi opinión, cuando se ratificó en Viena la participación de Yugoslavia en el Pacto Tripartito [del Eje]. De otra forma, hubiera habido solo una solución abierta para nosotros, haber demandado la paz a Gran Bretaña a cualquier coste, y haber renunciado a todos los frutos de nuestras victorias hasta la fecha. ¿Eso hubiera sido aceptable para Gran Bretaña? Después de la pérdida de su aliado francés, había orientado de nuevo sus antenas más largas hacia Moscú. En vista de su tradicional política de oposición a cualquier fuerza en Europa central que fuera la más poderosa, nunca creeré que Gran Bretaña nos hubiera permitido salir de la trampa en la que ahora nos tenía junto con su aliado americano, confiada como estaba con razón en las intenciones de Moscú.

La decisión definitiva de Hitler de prepararnos para la guerra contra la Unión Soviética se produjo a principios de diciembre de 1940; los preparativos debían ser tales que en cualquier momento a partir de mediados de marzo de 1940 podía dar las órdenes finales para el programa de movimientos de tropas hacia nuestra frontera este, algo en consonancia con el lanzamiento del ataque en sí a principios de mayo. El principal prerrequisito era que los ferrocarriles tenían que ser capaces de operar en todas sus rutas disponibles a su máxima capacidad y libres de averías. Incluso si estas órdenes parecían dejar la decisión final abierta hasta la mitad de marzo, no me quedaba ninguna duda en absoluto de que tan solo alguna circunstancia inesperada podía posiblemente alterar esta decisión de atacar.

En Navidades, fui mi propio dueño durante diez días completos, una circunstancia de la que no había disfrutado durante varios meses. Como el año anterior cuando el Führer había viajado al

frente occidental para inspeccionar el Muro Oeste, este año visitó la costa del Canal y nuestro Muro Atlántico, para estar con sus tropas también aquella Navidad, pasando sus mañanas en la inspección de las instalaciones de guerra, emplazamientos de baterías y otras características del Muro Atlántico.

Así pues, también este año pude pasar la Navidad y el Año Nuevo de 1940-1941 con mi familia. No solo fue la última vez que pasaría ya la Navidad en casa; fue la última ocasión en la que mi orgulloso rebañito de hijos se reuniría bajo mi propio techo…[2]

Desde inicios de diciembre de 1940 nos habíamos lanzado a planear un ataque combinado por tierra y por aire en la Roca de Gibraltar, desde el interior español. Los españoles, y especialmente el general español Vigón —un amigo cercano del mariscal de campo Von Richthofen (de la Fuerza Aérea) y del almirante Canaris— un general que gozaba tanto de la confianza de Franco como de la autoridad real de un mariscal de campo, no solo había dado el permiso para proceder a un reconocimiento táctico de la Roca desde el lado español de la frontera, sino que nos había concedido la mayor ayuda para hacerlo. El plan de ataque fue elaborado con todas las florituras y en profundo detalle por un general de nuestras tropas de combate de montaña y resumido a Hitler en mi presencia a principios de diciembre.

Las tropas necesarias para la operación ya estaban preparadas en Francia; la Fuerza Aérea alemana había preparado bases aéreas avanzadas en el sur de Francia; la cuestión crítica era la de persuadir a la neutral España —nerviosa como estaba y con razón por Gran Bretaña— para que hiciera la vista gorda ante el paso por el territorio español de tropas alemanas con una fuerza cercana a un Cuerpo de Ejército, junto con su artillería pesada y baterías antiaéreas, como preliminares del ataque. Siguiendo mi propia sugerencia, el almirante Canaris fue enviado para ver a su amigo Vigón a principios de diciembre, para negociar el consentimiento de Franco a la ejecución de la operación. El general Franco se había hecho el tonto hasta ese momento con respecto a los diversos preliminares de la Inteligencia y del Estado Mayor. Habíamos

acordado naturalmente que, una vez que hubiéramos conseguido apoderarnos de Gibraltar, devolveríamos la Roca a España tan pronto como la guerra ya no nos obligara a bloquear el Estrecho de Gibraltar al tráfico naval británico, una responsabilidad militar de la que nosotros mismos nos haríamos cargo.

Canaris volvió algunos días después a informar al Führer, quien personalmente le había confiado la misión e instruido para ella; Franco se había negado a cooperar, indicando que tal ruptura de la neutralidad podría traer como consecuencia que Gran Bretaña le declarara la guerra a España. El Führer escuchó con tranquilidad y entonces anunció que, en ese caso, él abandonaría la idea, dado que no le atraía la alternativa de transportar sus tropas por España a la fuerza, con Franco entonces mostrando su ira al respecto. Temía que esto diera lugar a un nuevo teatro de operaciones, porque, con igual justificación, podía Gran Bretaña llevar tropas a España, quizás a través de Lisboa, como en el caso de Noruega.

Ahora me sentiría inclinado a preguntarme si Canaris era el hombre apropiado para aquella misión, en vista de la traición que ha parecido tolerar durante años. Ahora doy por sentado que no se esforzó en serio para convencer a España de la operación, sino que, en realidad, aconsejó a sus amigos españoles en contra de la misma. Yo mismo no tengo duda alguna de que habríamos conseguido apoderarnos de Gibraltar, si España lo hubiese permitido, vista la vulnerabilidad de la fortaleza desde el lado de tierra, y que, en consecuencia, el Mediterráneo hubiera quedado bloqueado para los británicos: merecería la pena dedicar especial consideración en otro lugar a las consecuencias de esto para el resto de la guerra en el Mediterráneo. Fue Hitler quien reconoció el impacto que tendría no solo para los canales de comunicación de Gran Bretaña con el cercano y lejano Oriente, sino, sobre todo, para la afligida Italia.

Después de que se hubiese dado por perdida la operación de Gibraltar, todos los pensamientos se volvieron de nuevo hacia la cuestión del este. Creo que fue probablemente en la segunda mitad de enero de 1941 cuando Halder, el jefe del Estado Mayor, resumió al Führer en presencia de Jodl y de mí mismo el plan operacional del Ejército para atacar a Rusia, describiendo con gran detalle la

inteligencia que se había reunido hasta el momento sobre el enemigo, sobre la serie de incidentes denunciados a lo largo de la línea de demarcación y en los movimientos de tropas planeados por ferrocarril previos a la invasión. En este último aspecto, el Führer estaba particularmente interesado en los planes para desplazar en la última oleada de concentraciones de tropas las unidades blindadas que se habían formado desde sus guarniciones en Alemania central donde habían pasado el invierno y se habían reequipado, y donde nuevas unidades habían sido creadas para ellos. Para mí, la alocución de Halder fue alarmante, me dio una primera impresión del alcance de los preparativos de guerra de Rusia y un retrato inquietante de la concentración creciente de las divisiones rusas al otro lado de la frontera, dado que el trabajo de reconocimiento de nuestros guardias de frontera había demostrado no tener errores. A esas alturas, aún no era posible determinar si los rusos estaban realmente preparándose para un ataque o si solo se estaban concentrando para repelerlo. Pero la invasión alemana iba pronto a terminar con esa duda.

A finales de marzo de 1941, Hitler se dirigió a la primera reunión de todos los servicios de altos mandos destinados al frente del este en el edificio de la Cancillería del Reich en Berlín. Me las había apañado para que todos los jefes de departamento del OKW también escucharan la alocución del Führer. Reconocí al instante que pretendía establecer un programa de acción para nosotros: en la pequeña cámara del Gabinete, se habían dispuesto filas de sillas y un atril de orador, como si fuera una conferencia pública. Hitler se dirigió a nosotros con gran seriedad, con un discurso organizado y minuciosamente preparado.

Partiendo de la situación militar y política del Reich, y de las intenciones de las potencias occidentales —Gran Bretaña y América — profundizó en su tesis de que se había hecho inevitable una guerra con la Unión Soviética, y que tumbarse y esperarla solo empeoraría nuestras perspectivas de victoria. En aquel momento admitió abiertamente que cualquier titubeo inclinaría el equilibrio de fuerzas contra nosotros: nuestros enemigos disponían de recursos ilimitados, que ni siquiera habían empezado a explotar a fondo,

mientras que nosotros no estábamos en posición de incrementar mucho más nuestra fuerza de trabajo y recursos materiales. Así pues, había llegado a la conclusión de que había que anticiparse a Rusia lo antes posible. El peligro, latente y sin embargo palpable, que representaba para nosotros debía ser eliminado.

A continuación siguió una pesada exposición sobre la inevitabilidad de tal conflicto ente dos ideologías diametralmente opuestas: sabía que estaba destinado a pasar más tarde o más temprano, y prefería asumir esa responsabilidad ahora que hacer la vista gorda ante aquella amenaza que se cernía sobre Europa y legar este problema irremediable a su sucesor. No quería posponer su solución para más tarde. Porque nadie que lo sucediera ejercería la suficiente autoridad en Alemania para hacerse responsable de desatar la guerra preventiva que bastara para detener la apisonadora bolchevique antes de que Europa hubiese sucumbido ante ella. No había nadie en Alemania que conociera la cara del comunismo y de su poder destructivo mejor que él gracias a su lucha por salvar a Alemania de sus garras.

Tras una larga arenga sobre la experiencia que había adquirido y las conclusiones a las que había llegado, terminó con la declaración de que la guerra era una batalla por la supervivencia y pidió que se deshicieran de sus ideas tradicionales y desfasadas sobre la caballerosidad y de las reglas de guerra generalmente aceptadas: hacía tiempo que los bolcheviques se habían olvidado de ellas. Los líderes comunistas habían dado clara prueba de ello con su comportamiento en los estados bálticos, Finlandia y Besarabia, y por su rechazo arbitrario tanto a reconocer las Reglas de La Haya sobre guerra terrestre como a considerarse obligados por la Convención de Ginebra sobre el trato de los prisioneros de guerra: debían ser derribados en el curso de la batalla o ejecutados sin pensárselo dos veces. Ellos serían el mayor ejemplo de cualquier intento de desplegar una resistencia fanática; los comisarios políticos, dijo Hitler, eran la espina dorsal de la ideología comunista, la salvaguardia de Stalin ante su propio pueblo y contra sus propias tropas; tenían un poder ilimitado sobre la vida y sobre la muerte.

Eliminarlos ahorraría vidas alemanas en la batalla y en las áreas de retaguardia.

Sus sucesivas declaraciones sobre la responsabilidad ante cortes marciales de tropas alemanas sospechosas de excesos contra la población civil, suprimiendo o no resistencia armada, estuvieron inspiradas por los mismos motivos, aunque el restablecimiento de tales cortes marciales iba a ser dejado a discreción de cada comandante tan pronto como considerara pacificado su territorio. Por último, Hitler anuncio que prohibía el transporte de prisioneros de guerra rusos a territorio del Reich, ya que, en su opinión, esto representaba un peligro para la fuerza laboral, no solo por su ideología, de la cual él ya una vez había liberado a la mano de trabajo industrial alemana, sino también por el riesgo de sabotaje. El impacto que causó su discurso en su público no pasó desapercibido para él, si bien nadie alzó la voz para protestar. Culminó su inolvidable discurso con las memorables palabras: «No espero que mis generales me entiendan; pero esperaré que obedezcan mis órdenes».

Fue entonces cuando, de acuerdo con las declaraciones de Hitler, se redactaron las «regulaciones especiales» para la administración de los antiguos territorios soviéticos, como complemento a la directiva básica para la preparación de la guerra en el este [la contingencia Barbarroja]. Además de las órdenes de Göring y del comandante en jefe del Ejército como portadores de autoridad ejecutiva, contenía la cláusula que tan obstinadamente he refutado referente a la autoridad del Reichs-Führer de las SS [Heinrich Himmler] como jefe de la Policía en las áreas operacionales de la retaguardia. En vista de nuestras experiencias en Polonia y de la no poco conocida megalomanía de Himmler, inferí de esto el serio peligro de que él [Himmler] abusaría del poder que Hitler le había otorgado para el mantenimiento de la paz y del orden más allá de las líneas del frente. Mi oposición no sirvió de nada y, a pesar de protestas varias y del apoyo de Jodl de principio a fin, fui desautorizado.

No pude discutir con Brauchitsch nuestras opiniones sobre el discurso de Hitler durante varios días. Fue bastante franco: en el

fondo de sí mismos, sus generales no querían tomar parte en ese tipo de guerra. Peguntó si probablemente algunas órdenes escritas seguirían en esa línea. Le aseguré que, si no recibía claras instrucciones por parte de Hitler, yo ciertamente ni prepararía ni pediría tales órdenes por escrito; no solo consideraba que las órdenes escritas a tal efecto eran superfluas, sino de hecho altamente peligrosas. Le dije que yo, por mi parte, haría todo lo posible para evitarlas. En cualquier caso, todos habían escuchado con sus propios oídos lo que tenía que decir; eso bastaría. Me oponía firmemente a escribir nada en papel sobre tan cuestionable asunto.

Desgraciadamente, es probable que no convenciera a Brauchitsch, porque en mayo la Oficina de Guerra hizo circular borradores de órdenes para la aprobación de Hitler, antes de su emisión a las tropas del Ejército en el frente este. Así fue como llegaron a existir la infame «Orden del Comisario Político» —que ciertamente es conocida por todos los comandantes, pero de la que parece no haber sobrevivido ningún texto[3] — y la orden de «Responsabilidad para la Corte Marcial en Territorios Soviéticos».

La primera fue al parecer emitida por la Oficina de Guerra después de que Hitler hubiera aprobado sus términos. La última fue emitida por el departamento legal del Alto Mando después de haber parafraseado el borrador de la Oficina de Guerra; lleva mi propia firma, como si fuera en nombre del Führer. Ambas órdenes fueron aceptadas como principales pruebas documentales contra mí en el Proceso de Núremberg, especialmente dado que habían sido expedidas seis semanas antes de nuestro ataque y no había de este modo posibilidad alguna de justificarlas en retrospectiva por circunstancias surgidas durante la campaña rusa. Como su único autor —Hitler— estaba muerto, solo yo fui llamado a responder por ellas ante ese Tribunal.

A mitad de marzo comenzamos a mover tropas hacia el este en preparación para el ataque; el día D había sido fijado para el 12 de mayo [de 1941], aunque no se había emitido orden alguna de una puesta en práctica efectiva. Esta era la manera en la que actuaba

Hitler; mantenía la fecha final para atacar la frontera tan abierta como fuera posible hasta el ultimísimo momento, ya que no se sabía nunca qué circunstancia imprevista podía salir de la nada en las semanas finales o incluso en las últimas horas, requiriendo la mayor libertad de acción.

Al mismo tiempo, estábamos comprometidos con cruzar el Danubio y con la marcha del mariscal de campo List en Bulgaria; el Ejército de este último solo avanzaba lentamente en el clima invernal, con las carreteras en muy malas condiciones. Al mismo tiempo, estábamos también ocupados con las negociaciones diplomáticas para la participación de Yugoslavia en el Pacto Tripartito [del Eje]. Y a la vez, un nuevo desastre amenazaba a las tropas italianas en Albania. A esto había que añadir que Hitler demandaba el fortalecimiento de las tropas que ocupaban Noruega y la provisión de 200 baterías más de munición costera de cualquier calibre. Podría alargar este catálogo más aún, si el tiempo no me presionara ahora. Será suficiente con que enfatice hasta qué punto nuestra organización militar —incluso durante el interludio entre nuestra intervención sobre Francia y nuestro ataque sobre la Unión Soviética — estaba absorta en todo tipo de investigaciones para asegurarnos de que no se hubiese pasado por alto nada que pudiera llevarnos a un revés. Día y noche, incluso cuando parecía que no estaba pasando nada importante, el Alto Mando se consumía en una intensa actividad. Fue Hitler quien nos mantuvo así con su espíritu inquieto y con la fantástica imaginación con la cual no solo reflexionaba sobre todo, sino que le proporcionaba las más elaboradas defensas en caso de que se materializase lo más improbable.

A finales de marzo acompañé a Hitler a Viena, donde se firmó el nuevo Pacto de las Cuatro Potencias con Yugoslavia en el castillo de Belvedere, con la acostumbrada pompa y circunstancia...[4] Cuando se me convocó para presentarme ante el Führer a última hora de aquella tarde, expresó su profunda satisfacción y alivio por que no hubiera perspectiva de sorpresas inesperadas en el teatro de operaciones de los Balcanes. Me leyó una carta que acababa de dictar para Mussolini, que contenía varias propuestas, y en especial

una exigencia para que se introdujera cierto grado de orden en sus comunicaciones marítimas con el norte de África. A tal fin, había sugerido que algunos destructores y cruceros anticuados fuesen desarmados y aligerados para convertirse en barcos de transporte rápido menos vulnerables a los ataques submarinos enemigos. Hitler me invitó a decirle si tenía alguna objeción a que hubiera formulado estas sugerencias radicales al Duce; meneé la cabeza con firmeza. Si alguien iba a decirle algo a Mussolini, entonces él, Hitler, era el hombre adecuado. Había que hacer ver de alguna manera a Mussolini que no se podía permitir que las cosas continuaran así, especialmente si las tropas de Alemania también dependían del aprovisionamiento de transporte marítimo. Aquella noche regresamos a Berlín en nuestro tren especial.

Dos días más tarde, el régimen de Zvetkovic fue derrocado en Belgrado, junto con el regente, el príncipe Pablo, hasta entonces un admirador del Führer y partidario de su política exterior; el Pacto de las Cuatro Potencias había provocado (al parecer) una revuelta de oficiales. Ya me habían llamado para ver al Führer en el edificio de la Cancillería del Reich y llegué allí al mismo tiempo que Jodl. El Führer apareció en nuestra cámara de reuniones y nos mostró el telegrama, expresando de manera espontánea que no tenía intención de consentir aquello: ahora golpearía Yugoslavia de una vez y para siempre; no importaba lo que el nuevo Gobierno pudiera decirle, ya se había sentido vergonzosamente traicionado, y cualquier declaración de lealtad ahora tan solo sería una burla, una treta para ganar tiempo. Había mandado llamar también a Ribbentrop y al comandante en jefe del Ejército (Brauchitsch), y tan pronto como estuvieran allí les daría sus órdenes. Había solo un camino, y era un ataque inmediato y concéntrico desde el norte y, con el Ejército de List, desde Bulgaria por el este. Llamaría de inmediato al ministro húngaro Sztojay y se le haría saber que Hungría tendría que ayudar; a cambio recibiría el valioso territorio de Banat; todos veríamos cómo el viejo Horthy se pondría detrás de nosotros respirando fuego y azufre por ese precio.

Repuse que nuestra fecha límite para el frente oriental no podía retrasarse, porque los movimientos de tropas estaban ya avanzando

de acuerdo a nuestro programa de máxima capacidad de los ferrocarriles y no podríamos reducir el tiempo de ese programa en ninguna extensión. El Ejército del mariscal de campo List era demasiado débil para enfrentarse a Yugoslavia, y no podíamos depender de los húngaros. Esa era, replicó Hitler, la razón por la que había convocado a Brauchitsch y Halder; habría que encontrar alguna solución. Ahora pretendía barrer por completo los Balcanes —ya era hora de que la gente lo conociera mejor—. Serbia siempre había sido un Estado propenso a los *Putsche* , así que se disponía a limpiarla, dijo vociferando. Estaba, por así decirlo, ya en marcha.

Después de que se presentara todo el mundo, el comandante en jefe del Ejército, el secretario de Exteriores, etc., Hitler nos anunció la situación en su manera peculiar, y esbozó sus intenciones. Como siempre, fue tan solo un torrente de órdenes: un ataque contra Yugoslavia lo antes posible; el Ejército de List iba a rodearla por la derecha e, invadiendo desde el este, marcharía sobre Belgrado desde el sudeste con un poderoso flanco norte, mientras las unidades alemanas y húngaras capturarían Belgrado desde el norte a través del Danubio y un nuevo ejército que contendría las unidades de retaguardia de las tropas reunidas para atacar Rusia arremetería desde Austria. Las propuestas apropiadas de la Oficina de Guerra y el Alto Mando de la Fuerza Aérea se pondrían sobre la mesa sin retraso. Él mismo emprendería las negociaciones necesarias con los húngaros, y expulsaría a su ministro Sztojay fuera de Budapest ese mismo día. Jodl repuso que el nuevo Gobierno yugoslavo debería enfrentarse a un ultimátum con una fecha límite marcada, pero el Führer se opuso de manera categórica. Hitler ni siquiera permitió que su secretario de Exteriores fuera aún más lejos abriendo la boca. Se autorizó a Brauchitsch a moderar el *tempo* de nuestros movimientos de tropas, a fin de no interferir en exceso con el transporte público. No hubo más discusión; Hitler salió de la sala acompañado por el secretario de Exteriores en Berlín para celebrar una entrevista con el ministro húngaro que ya estaba esperando en el piso de abajo. Después de un breve intercambio de impresiones entre Halder y Jodl, solo nos quedaba una cosa a todos nosotros: «¡De vuelta al trabajo!».

Cuando uno tiene en mente que todos nuestros planes previos para el ataque a Rusia, la campaña en Grecia y la ayuda a Italia fueron apartados al instante y tuvieron que improvisarse desde el principio nuevas disposiciones, movimientos de tropas, redistribuciones, los acuerdos con Hungría sobre las operaciones, el tránsito de tropas alemanas y la organización de todo el sistema de suministros, y a pesar de todo esto la invasión de Yugoslavia —junto con un ataque aéreo sobre Belgrado— tuvo lugar tan solo nueve días después, los logros de los estados mayores de operaciones del Alto Mando, la Oficina de Guerra y la Fuerza Aérea solo pueden considerarse como una actuación sobresaliente, de la cual probablemente la parte del león la llevó el Estado Mayor General del Ejército. Nadie sabía esto mejor que el Führer, pero no expresó su gratitud. Me habría gustado que hubiera dado crédito a quien se debía. El Estado Mayor General había merecido su parte de alabanza, en lugar de las recriminaciones de las que era blanco tan a menudo.

El administrador imperial Horthy tenía muy serias dudas sobre la capacidad de Hungría para participar: era reacio a la movilización en medio de la estación de cultivo primaveral, pues no podía privar a sus agricultores de sus caballos y su mano de obra. El Führer se sintió molesto con su respuesta. Pero las reuniones del Estado Mayor General acabaron teniendo como resultado al menos una movilización parcial en Hungría, con el Gobierno húngaro formando un pequeño ejército para entrar dignamente en el «Banat» y recoger su pequeño bocado (aunque cedieron a las tropas alemanas el honor de ir en vanguardia mientras ellos se tomaban su venganza en la retaguardia). El Führer escribió a Horthy una carta explicándole que aunque las tropas húngaras iban a encajar dentro del esquema general de operaciones, las comandaría él mismo, pero las coordinaría por adelantado con Horthy en su calidad de comandante supremo de las fuerzas húngaras, de manera que no se usurpase la soberanía de este último. De este modo, teniendo en cuenta la vanidad del viejo, se despejaron formalmente y con éxito los últimos escollos que obstaculizaban el camino para una coalición de guerra. La destreza política del Führer le permitió incluso alejar a Croacia del

frente unido enemigo e inspirarle un sabotaje al decreto de movilización de Yugoslavia.

Puesto que carecíamos de un cuartel general permanente del Führer y éramos incapaces de construir uno en los pocos días disponibles, se empleó el tren especial de Hitler como pequeño cuartel general; fue desviado a una vía de dirección única en un ramal cercano a un pequeño mesón que más tarde ofreció al Estado Mayor de Operaciones del OKW un modesto alojamiento y espacio de trabajo, mientras que solo Jodl y yo vivíamos con nuestros lugartenientes en el tren-cuartel general del Führer. El vagón de mando nos sirvió como oficina permanente. Nuestras señales de comunicaciones funcionaban sin problema, otro logro de los oficiales de señales adjuntos de manera permanente al cuartel general del Führer y de los jefes de Señales Militares, los generales Fellgiebel y Thiele, que eran realmente soberbios desde un punto de vista técnico y que a menudo lograban lo imposible. Verdaderamente, jamás tuve motivo de queja a este respecto.[5]

Desde el tren-cuartel general del Führer dirigimos primero la campaña yugoslava y después la griega hasta sus conclusiones victoriosas; ambos países se rindieron en menos de cinco semanas. Los siguientes acontecimientos han permanecido particularmente frescos en mi memoria: recuerdo la visita que nos hizo Horthy en el escaso espacio de nuestro tren especial; la visita transcurrió en la más estrecha armonía, porque el Führer había activado su encanto a pleno rendimiento y sabía cómo halagar al anciano caballero —un talento ante el que este último se mostró muy receptivo—. Además, Horthy se movía con desenvoltura en un mundo de simpatía, viendo cómo se hacía realidad uno de los sueños de su vida: el reloj estaba marchando hacia atrás y Banat —una de las provincias más fértiles y hermosas del antiguo reino— estaba volviendo a su regencia. No pude experimentar esta nueva atmósfera por mí mismo hasta el almuerzo en el estrecho vagón-comedor, donde me senté junto a Horthy en la mesa común. Él dominó la conversación de sobremesa con su radiante semblante e innumerables anécdotas de sus experiencias como oficial naval, granjero, criador de caballos y

propietario de una cuadra de carreras. Yo llevé la conversación en torno a anécdotas de caza, aunque sabía que la caza era un tema poco estimado por el corazón del Führer; siempre decía que la caza no era más que un cobarde asesinato, pues el ciervo, la más hermosa de las criaturas de la Naturaleza, era incapaz de defenderse. Por otro lado, elogió al cazador furtivo como uno de sus héroes y como el mejor tipo de soldado; le habría encantado formar un batallón de élite de cazadores furtivos, afirmó.[6]

Después de que fuera aceptada la rendición de Yugoslavia [el 17 de abril de 1941] por parte del mariscal de campo List en representación del Führer y de acuerdo con las directivas del OKW, Hitler utilizó su influencia personal para intervenir en el armisticio con Grecia mientras seguía velando por los intereses de Italia y por la desmesurada vanidad de Mussolini enviando al general Jodl para que se hiciese cargo. Básicamente, lo que pretendía el Führer era dar a los griegos un acuerdo honorable en reconocimiento de su valiente lucha y su inocencia en esta guerra. Después de todo, eran los italianos quienes la habían iniciado. Ordenó la liberación y repatriación de todos sus prisioneros de guerra inmediatamente después de que hubieran sido desarmados; el campo pobre se preservaría y la producción del país no se tocaría excepto donde pudiera ser utilizada para ayudar a los británicos, que habían desembarcado en Grecia en marzo. Si hubo que seguir luchando en suelo griego fue solo con un propósito: eliminar hasta el último británico de Grecia y expulsarlos de cada isla que hubieran ocupado. Después de que venciésemos en la batalla del monte Olimpo, derrotando a los ingleses en las Termópilas, y los hubiéramos expulsado de Atenas, perseguimos a sus restos dispersos hasta el istmo de Corinto, los ahuyentamos de cada rincón del país, y les impedimos el acceso a un puñado de islas en el Egeo y a la principal base británica en Creta. La pelea por la entrada victoriosa de tropas en Atenas fue un capítulo en sí mismo. Hitler quería hacerla sin un desfile especial para evitar herir el orgullo nacional griego. Mussolini, sin embargo, insistió en una entrada gloriosa de las tropas italianas en la ciudad (que, antes de nada, tuvieron que apresurarse camino

de Atenas, porque se habían quedado rezagadas varios días de marcha por detrás de las tropas alemanas que habían expulsado a las fuerzas británicas). El Führer cedió ante las demandas italianas y, juntas, las tropas alemanas e italianas, entraron en Atenas. Desde el punto de vista de los griegos, este lamentable espectáculo, ofrecido por nuestro galante aliado al que había vencido con todos los honores, debió provocar más de una sonora risotada.

A cuenta de su preocupación por las líneas de aprovisionamiento de nuestras tropas que combatían en el norte de África —y que habían aumentado gradualmente hasta completar una división acorazada bajo el mando de Rommel— el Führer comenzó a buscar formas de proteger sus vías de comunicación a lo largo del Mediterráneo frente a un ataque de las fuerzas navales británicas y ofrecerles algunas protecciones adicionales. Aunque Rommel había frenado el riesgo inmediato amenazando Trípoli mediante una acción rápida y audaz, comenzó a germinar en la mente de Hitler la idea de arrebatar Creta o Malta a los británicos, debilitados como estaban por sus reveses en Grecia. El proyecto solo podría llevarse a cabo mediante un desembarco aéreo, combinado o seguido por un asalto militar desde el mar, aspecto este último en el que la ayuda que los italianos pudieran proporcionar parecía más que problemática. Muy posiblemente Hitler quería demostrar a Mussolini cómo sería una auténtica campaña mediterránea. De los dos objetivos posibles, yo me declaré a favor de una operación contra Malta, que tanto Jodl como yo mismo considerábamos que era la base británica de mayor importancia estratégica y la que suponía una mayor amenaza para nosotros. Pero la elección final se dejó en manos de la Fuerza Aérea, y Göring decidió que el asalto debería ser sobre Creta, pensando sin duda que era la más sencilla de las dos alternativas. Hitler estuvo de acuerdo.[7]

Mientras tanto, el Führer había decidido que el nuevo día D para la invasión de Rusia sería a mediados de junio. Esto implicaba una rápida liberación de las unidades del Ejército comprometidas en las operaciones de limpieza en los Balcanes y su reintroducción en las tropas que se agolpaban detrás de nuestra frontera con Rusia. La

consecuencia fue una pacificación poco adecuada de la región de Yugoslavia, en la que, en un abrir y cerrar de ojos, e incitada por los abiertos llamamientos y el entusiasta apoyo de Stalin, estalló una guerra de partisanos. Por desgracia, las pocas tropas que nos quedaban allí fueron incapaces de estrangular este tipo de guerrilla en su inicio, y a medida que pasó el tiempo la situación acabó demandando el refuerzo de nuestras fuerzas de seguridad en el país, pues los arrogantes italianos que se suponía que nos habían liberado de esta tarea desertaron de principio a fin y constituyeron la nueva columna vertebral del Ejército partisano de Tito, que se apoderó de sus armas.

Gran Bretaña y Rusia hicieron todo lo necesario para fomentar nuevos focos de conflicto y mantener a nuestras tropas allí atrapadas, mientras que el nuevo Estado croata, lleno de dudas sobre su «protectora» Italia, solo se vio entorpecido en sus intentos por restaurar el orden interno a causa de los celos italianos respecto a nosotros. El Führer contempló pasivamente aquella tragedia, sin hacer el menor intento de demostrar su simpatía hacia el pueblo croata en vista de las intrigas que era obvio que estaba inspirando Mussolini. Dejó que su aliado hiciera su santa voluntad, pues quería tenerlo contento, quizás porque otros asuntos le parecían de mayor importancia en aquel momento, o quizás también porque le impedía actuar algún compromiso que hubiera adquirido.

Regresamos a Berlín desde Berchtesgaden aproximadamente a comienzos de junio de 1941. Por fin, todo el Alto Mando estaba una vez más combinado bajo mi dirección, aunque solo fuera de nuevo durante unas pocas semanas. Puesto que yo era incapaz de estar en dos lugares al mismo tiempo, me había visto obligado a conceder al OKW, con la excepción de su Estado Mayor de Operaciones, un alto grado de autonomía en muchas cuestiones de Berlín, aunque la comunicación mediante correos y teléfono me había proporcionado, por supuesto, un vínculo permanente incluso durante mi ausencia. Quizás me había equivocado al no acostumbrar a Hitler a la necesidad de aceptar que el fundamento de mi trabajo se encontraba en Berlín, pero, aparte de esto, nunca me dejó que hiciera lo que me diera la gana. Siempre me convocaba si llevaba

más de dos días seguidos fuera. Era imposible separar el Estado Mayor de Operaciones Militares (la parte de mando) del resto del Estado Mayor del Führer (la parte del Ministerio de la Guerra) dentro del Alto Mando; era necesario algún tipo de conexión, y nadie podía sustituirme en esa labor. Si alguna vez hubiera tenido tiempo y hubiera asumido la función para elaborar algún tipo de estructura organizativa más adecuada a las necesidades de la guerra, habría existido una salida. Hasta 1941, mis periodos de ausencia de Berlín todavía eran tolerablemente breves; no fue hasta la ausencia permanente provocada por el comienzo de la guerra en el este cuando me encontré con un problema que ya no era capaz de resolver. En 1944 había planeado solucionarlo nombrando a Warlimont mi jefe de Estado Mayor y representante permanente en Berlín, pero como resultado de la enfermedad que sufrió durante varios meses tras el intento de asesinato del 20 de julio de 1944, nunca llegamos a cerrarlo.

A mediados de junio de 1941, y por última vez antes de nuestro ataque a Rusia, el Führer reunió a todos sus comandantes principales y representantes de los diferentes Altos Mandos de servicio en la línea del frente para que le oyeran esbozar sus misiones y escucharan un discurso final en el que expuso de manera convincente sus puntos de vista sobre la inminente «guerra de ideologías». Al llamar la atención sobre la enorme resistencia que se había ofrecido a nuestras operaciones de pacificación en los Balcanes, dijo que había que aprender esa lección por haber tratado a la población civil con demasiada benevolencia. Ese trato solo había sido interpretado como debilidad y la consecuencia lógica era ese levantamiento. Hitler había hecho un estudio de los métodos que la antigua monarquía danubiana había empleado para establecer la autoridad del Estado sobre sus súbditos, y podíamos esperar muchos más problemas de los ciudadanos soviéticos, que habrían sido incitados a actos de violencia y terrorismo por los...[8] Por esta razón, dijo, la mano dura sería al final la vía más amable: solo se puede combatir el terror con el contraterror, no con procedimientos en tribunales militares. Él mismo no había derrotado las tácticas del

Partido Comunista alemán con libros de Derecho, sino mediante la fuerza bruta del movimiento de sus SA [Camisas Pardas].

Fue entonces cuando comencé a percibir lo que he descrito para el abogado de mi defensa en un memorando durante las Navidades de 1945: Hitler se había obsesionado con la idea de que su misión era destruir el comunismo antes de que este nos destruyera a nosotros. Consideraba que no existía posibilidad de confiar en pactos permanentes de no agresión con el comunismo ruso; reconocía que había fracasado en su tarea de destruir el anillo de hierro que Stalin —en conjunción con las potencias occidentales— sería capaz de forjar alrededor de nosotros en cualquier momento si así lo consideraba oportuno, y que conduciría al colapso económico de Alemania. Desdeñaba la idea de pedir la paz a cualquier precio a las potencias occidentales, y se lo jugaba todo a una sola carta: ¡guerra! Sabía que si las cartas se volvían en su contra, el mundo se alzaría en armas contra nosotros. Sabía también lo que significaría una guerra en dos frentes. Pero asumía la carga porque había valorado equivocadamente las reservas del bolchevismo y del Estado estalinista. Y fue así como provocó su propia ruina y la del Tercer Reich que había creado.

A pesar de eso, durante el verano de 1941 casi pareció que el coloso oriental sucumbiría ante los poderosos golpes infligidos por el Ejército alemán, porque el Ejército soviético de primera línea, y probablemente el mejor, había sido, de hecho, aplastado para aquel otoño, y había sufrido unas pérdidas enormes tanto humanas como materiales: miles de cañones pesados y vehículos blindados yacían abandonados en los campos de batalla de las primeras acciones de envolvimiento y los prisioneros se contaban en más de un millón. Uno se pregunta qué Ejército en la tierra habría resistido semejantes golpes aniquiladores si la vasta extensión de Rusia, sus reservas humanas y el invierno ruso no hubieran acudido en su ayuda.

Ya a finales de julio, Hitler no solo creía que el Ejército Rojo había sido derrotado en el campo de batalla, sino que el núcleo de sus defensas se había visto tan gravemente afectado que les resultaría imposible recuperarse tras sus enormes pérdidas materiales antes de que el país fuese abrumado por la derrota total. Por esta razón —y

esto es de un elevado interés histórico— ya se encontraba a finales de julio o principios de agosto ordenando que considerables secciones de la industria de municiones del Ejército (aparte de la construcción de tanques) cambiara para acelerar la producción de municiones para la Armada (submarinos) y la Fuerza Aérea (aviones y baterías antiaéreas) anticipando una intensificación de la guerra con Gran Bretaña, mientras que, en el frente oriental, el Ejército mantendría vigilado al enemigo derrotado utilizando las armas que tuviera a mano, pero con el doble de capacidad de ataque blindado.

No fue hasta la noche del 21 al 22 de junio de 1941 cuando el tren del Führer, con alguno de los miembros de su Estado Mayor más cercano, incluido Jodl, yo mismo y nuestros adjuntos, llegamos al nuevo cuartel general del Führer en el campamento forestal de Rastenburg. El cuartel general operativo de la Oficina de Guerra había sido acomodado en un campamento boscoso muy grande a unos 50 kilómetros de allí, mientras Göring, el comandante en jefe de la Fuerza Aérea alemana, había detenido su tren-cuartel general en otro campamento en el cercano bosque de Johannesburgo; el resultado fue que los diversos Altos Mandos fueron entonces capaces de poner en común sus ideas cuando fue necesario, mientras que en el espacio de una hora (o bastante menos utilizando los aviones ligeros Storch) podían reunirse todos a petición del Führer.

El Estado Mayor de Operaciones del OKW estaba en un campamento especial separado por una distancia de unos mil metros del propio cuartel general del Führer, Zona de Seguridad I. He volado varias veces sobre ese lugar a diferentes altitudes, pero, a pesar de mi preciso conocimiento de su emplazamiento, nunca fui capaz de encontrarlo desde el aire, excepto quizás por un camino que se interna en el bosque y por un ramal de una vía férrea de una sola dirección que había sido cerrado al tráfico público. A unos 4 o 5 kilómetros de distancia se había preparado una pista de aterrizaje y el aeroplano del Führer, unidades de correos y el avión del propio OKW estaban aparcados a su alrededor. Ojalá supiera cuántos vuelos hice desde allí entre 1941 y 1944. Solo en una ocasión tuve noticia

de un accidente aéreo fatal en aquel aeródromo, cuando el ministro [de Municiones], el doctor Todt, murió en un Heinkel 111 que se estrelló durante el despegue en febrero de 1942.

Cada día se celebraba una conferencia de guerra en presencia del Führer para discutir los telegramas matutinos procedentes de los diferentes altos mandos, que, en el caso de la Oficina de Guerra, se basaban a su vez en los despachos finales de cada noche enviados desde los Cuerpos de Ejército. Únicamente los comandantes en jefe en Finlandia, Noruega y norte de África informaban directamente al OKW, con copias para informar a la Oficina de Guerra.

El coronel general Jodl tenía por costumbre subrayar la situación bélica incluyendo los temas relacionados con el Ejército de Tierra, excepto cuando el comandante en jefe del Ejército y el jefe del Estado Mayor General del Ejército participaban en persona; en esas ocasiones, el general Halder se ocupaba de la situación. Después del 19 de diciembre de 1941, cuando el propio Führer asumió el cargo de comandante en jefe del Ejército [véase pág. 164] el jefe del Estado Mayor General tenía que informarle cada día acerca del frente oriental y recogía personalmente las órdenes del Führer; cuando la situación se hizo más tensa, [Halder] se vio obligado a aparecer también en las conferencias de guerra nocturnas hacia medianoche, en las que, de lo contrario, el coronel general Jodl esbozaba por sí mismo la situación a un reducido número de oficiales. Cualquier instrucción que el Führer pudiera transmitir en estas ocasiones era posteriormente enviada aquella misma noche por el Estado Mayor de Operaciones del OKW al cuartel general interesado, por teletipo después de que lo esencial hubiera sido ya transmitido por vía telefónica.

Estas reuniones informativas desempeñaban la función secundaria de permitir al Führer emitir una serie de órdenes relativas no solo a los problemas de estrategia, sino a cualquier campo que tuviera la más mínima relación con la conducción militar de la guerra. Puesto que en estas ocasiones Hitler no podía ceñirse nunca al tema principal, sino que se desviaba una y otra vez hacia otros problemas cuando eran introducidos por alguno de los presentes, las reuniones de guerra de mediodía duraban una media de tres horas, y las de la

noche nunca menos de una hora, aunque las cuestiones estratégicas y operacionales no deberían haber consumido, como regla general, más que una fracción de este tiempo. En consecuencia, yo, que ya había tenido que informar en persona sobre la situación bélica por la mañana o por la noche leyendo los resúmenes del Estado Mayor de Operaciones o estando presente en las reuniones informativas de la tarde de Jodl, nunca podía permitirme ausentarme de estas reuniones dirigidas por el Führer que me hacían perder el tiempo, pues en cualquier momento Hitler podía recurrir a todo tipo de preguntas, directivas y medidas sobre cuestiones que no estaban ni remotamente relacionadas con la estrategia o la diplomacia, pero que debían estar a mano, y sobre las cuales se dirigía a mí en mi calidad de su jefe de Estado Mayor militar, a pesar de que muy pocas de aquellas cosas caían dentro de las competencias del Alto Mando.

Todo esto podría atribuirse a sus procesos mentales desordenados y autocráticos y a su *modus operandi* ; pero de este modo me veía arrastrado a casi cualquier esfera de actividad de la maquinaria del Estado y del Partido, sin tener ni siquiera una sola vez la iniciativa, enormemente presionado como estaba por mis propias obligaciones. Dios sabe que tuve que recortar mi trabajo intentando protegerme de todas las tareas que de manera obvia no tenían nada que ver con mi cargo. Mi ayudante y yo pudimos contar innumerables casos en los que los visitantes, la correspondencia y las llamadas de teléfono suponían algún tipo de exigencia sobre mi tiempo, añadiendo la justificación tan típica de: «¡El Führer me ha remitido a usted para este asunto!». O bien: «Cuando le hablé de esto al Führer, declaró que debería ir también a las Fuerzas Armadas». Y esta otra: «¿Anunciara esto a las Fuerzas Armadas?», etc. Y también: «¿A quién me debo dirigir dentro del OKW para este asunto concreto?». Y todas las otras fórmulas estandarizadas que solían utilizar.

Para todas estas personas ajenas a nuestro mundo, fuese el OKW o la Oficina de Guerra, las «Fuerzas Armadas» solo significaban un hombre: Keitel. Resulta enormemente sintomático que el jefe del departamento legal del Alto Mando, el doctor Lehmann, tuviera que explicar a mis abogados defensores que admitía que se invocara mi

nombre en una gama inimaginable de cuestiones que no me concernían en absoluto.

¿Qué iba a hacer yo? Cuando el Führer en persona me daba estas órdenes durante sus reuniones de guerra, ¿iba yo a responder delante de veinticinco personas: «Mi Führer, eso no tiene nada que ver conmigo... Pregúntele a su secretario qué es lo que quiere»? ¿Habría sido eso posible para aquella gente que había estado consultando con Hitler sobre sus proyectos, y si se les había dicho que hablaran primero conmigo, haberles respondido: «No haremos eso... Keitel nos ha despachado sin hacernos caso»? Sencillamente, las cosas no eran tan fáciles; no hay que acusarme de bonhomía o estupidez; todo el sistema era erróneo.

¿Pudo haberse previsto todo esto cuando se creó este aborto de cargo (jefe del Alto Mando)? ¿Me dieron tiempo después del 4 de febrero de 1938 para modificar la debilidad en la estructura organizativa que en realidad solo se había diseñado para combinar el poder y autoridad ejecutiva de Hitler con un experto militar que hiciese las veces de su secretario?

En la tradición real prusiana, un auténtico mariscal de campo era demasiado bueno para esa labor, y el cargo habría sido demasiado humilde como para ascender a mariscal de campo. Desde mi último y más feliz servicio militar como comandante de una división, me había convertido en un general «atado a una silla». En la Primera Guerra Mundial fui oficial superior de Estado Mayor General de una división durante casi dos años, y me sentí orgulloso de compartir con mis comandantes la responsabilidad —tal como lo veíamos en aquellos días— de nuestros valientes soldados. En la Segunda Guerra Mundial acabé como mariscal de campo, incapaz de emitir una orden a nadie fuera de la verdadera estructura del OKW, ¡aparte de mi conductor y mi ordenanza! Y ahora, que me llamen para dar cuentas sobre todas esas órdenes que fueron promulgadas contra mi consejo y contra mi conciencia... ¡Qué amargo resulta tragar esta píldora, pero al menos será honorable si, al hacerlo, puedo cargar sobre mis hombros la responsabilidad de todo el OKW!

La intención de Hitler era intentar que todo su entorno inmediato se diera cuenta del significado de las Fuerzas Armadas al hacer que

estuvieran representadas por un mariscal de campo. El general Schmundt, por otro lado, me dijo después de mi ascenso que el Führer había deseado mostrarme su gratitud de este modo por haber llevado a cabo el armisticio con Francia. ¡Lo que sea! Mi formación tradicional me obliga a lamentar que el rango de mariscal de campo dejara de estar limitado únicamente a generales que hubieran mostrado un particular valor frente al enemigo.

Sin embargo, poco después de nuestras victoriosas batallas, comenzaron a surgir de nuevo las mismas viejas rencillas entre Hitler y la Oficina de Guerra. La estrategia de Hitler exigía una variación de lo que proponía la Oficina de Guerra. Mientras que esta última había defendido que el Grupo de Ejércitos Centro avanzara con el propósito de tomar Moscú y capturar los altos de Valdai al norte, cortando de este modo las comunicaciones entre Leningrado y la capital, Hitler quería detenerse a lo largo de una línea general que transcurriera desde Odessa hasta el lago Peipus a través de Orel y Smolensk; al hacer esto, reduciría una parte del poderío del Grupo de Ejércitos Centro (con mucho el Grupo de Ejércitos más formidable y con mejor armamento pesado) y utilizaría un reforzado Grupo de Ejércitos Sur para privar al enemigo de toda la cuenca del Donets, así como de los campos petrolíferos de Maikop y Krassnodar; luego se apoderaría de Leningrado utilizando un Grupo de Ejércitos Norte reforzado de modo similar y establecería contacto con Finlandia. Estos dos últimos Grupos de Ejércitos no tenían la suficiente fuerza para llevar a cabo esas misiones si no se les añadían refuerzos.

Hitler visualizó estos objetivos en los flancos por ser de un gran valor económico en el caso de la cuenca del Donets, y político y naval en el caso de Finlandia y el Báltico. Desde el punto de vista de estrategia militar, no estaba tan preocupado por la ciudad de Leningrado como tal, o por su estatus mundial como una ciudad de un millón de habitantes, como por la base naval de Kronstadt y su eliminación como base naval clave. Suponía una amenaza considerable para nuestras comunicaciones y para el adiestramiento de nuestros submarinos en el Báltico. Por otro lado, la Oficina de

Guerra creía que en su propuesta radicaba la clave para una rápida terminación de la guerra. Al Führer seguía sin convencerle.

Decidió volar al cuartel general del Grupo de Ejércitos Centro (en Borisov) tras convocar a los comandantes de los dos ejércitos de tanques, Hoth y Guderian, para que se reunieran allí con él. Yo acompañé a Hitler, y tomé parte en la posterior reunión entre el comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Centro, Von Bock, y los dos generales de tanques, a los que [Hitler] quería apartar de los vecinos Grupos de Ejércitos para emplearlos como sus primeros refuerzos. Se encontró con un muro de negativas, y los dos generales llegaron aún más lejos, al anunciar que sus unidades estaban tan desgastadas por la batalla que necesitarían dos o tres semanas para reagruparse y repasar sus tanques antes de estar de nuevo plenamente operativas.

Evidentemente, no teníamos forma de comprobar estas afirmaciones; los dos generales continuaron mostrando una actitud no cooperativa —a pesar de haber sido distinguidos con las Hojas de Roble sobre sus cruces de caballero— y se negaron a admitir cualquier posibilidad de uso alternativo de sus unidades, al menos en secciones tan remotas del frente. Naturalmente, Von Bock no tenía ningún deseo de perderlos y mantuvo la misma versión. Los tres eran conscientes del plan de ataque de la Oficina de Guerra y lo veían como su panacea; cualquier debilitamiento del Grupo de Ejércitos Centro pondría en peligro este plan que los tenía emocionados a todos.

Aunque el Führer pudo ver claramente su estratagema —lo que no suponía ninguna proeza— dudó si debía ordenar a la Oficina de Guerra olvidarse de sus súplicas y liberar a los dos generales de tanques tal como él quería, aunque el periodo que solicitaban para su recuperación retrasaría la operación que planeaba en unas cuatro semanas. La Oficina de Guerra, el Grupo de Ejércitos Centro y los comandantes de tanques habían conseguido formar un frente unido contra su Führer. Él estaba convencido de que no «querían» hacerlo, aunque solo afirmasen que no «eran capaces» de hacerlo. Eso fue lo que el propio Hitler me dijo en aquel mismo momento.

En su interior, estaba de nuevo muy molesto con la Oficina de Guerra como resultado de todo esto, pero consiguió tragarse su amargura. Había un compromiso, que, por supuesto, hizo encallar el plan estratégico maestro de Hitler, al menos en lo que se refería a Leningrado al norte. Por su parte, Hitler vetó el ataque contra los altos de Valdai al considerarlo un típico ejemplo de las obsoletas tácticas de «terrenos elevados» del Estado Mayor General. Sin embargo, la furia de Hitler no se manifestó por completo hasta que el Grupo de Ejércitos Centro ejecutó una operación a pequeña escala para asegurar la libertad de movimientos necesaria que necesitaba en su flanco sur para el ataque a Moscú, y el grupo blindado de Guderian se recuperó «milagrosamente» para llevar a cabo la operación en un plazo de tiempo llamativamente reducido.

Esta vez, el propio Hitler intervino con la consecuencia de que, al este de Kiev, el Grupo de Ejércitos Sur entabló su batalla más devastadora contra los rusos. ¡Cuántas veces tuve que oírle vociferar sobre sus generales insubordinados y arbitrarios que habían echado a perder todo su plan maestro! En el ínterin, se había perdido tanto tiempo en aquella victoria no completamente insatisfactoria en el este de Kiev que, en vista de la cercanía del final del otoño con el mal tiempo y el barro que lo acompañaba, el propio Hitler había tenido que desechar todo su plan estratégico maestro, porque solo el reagrupamiento hubiera supuesto gran parte de nuestro valioso tiempo.

Por esa razón, autorizó al Grupo de Ejércitos Centro a realizar una acción de doble envolvimiento en Vyasma y Bryansk, un requisito previo para el plan —todavía no abandonado por la Oficina de Guerra— de centrarse en Moscú antes de que se echase encima el invierno. El destino de esta última operación, y la catástrofe que tuvo lugar en la nieve y el hielo del invierno más cruel sufrido en Rusia central desde el comienzo del siglo XIX , son de sobra conocidos. No obstante, resultaría interesante como objeto de un estudio militar que alguien analizase qué perspectivas hubiera abierto el plan original de Hitler y qué consecuencias habría tenido para nuestra campaña en Rusia de 1941, especialmente si —tal como me dijo un oficial ruso— hubieran anticipado las intenciones

de la Oficina de Guerra en el otoño de 1941 concentrando todos sus grandes refuerzos, junto con sus divisiones del lejano este y su Ejército de Reserva, sobre Moscú unos meses antes. ¿Cuál habría sido la consecuencia de este movimiento sobre el plan de Hitler? ¿No habría mejorado notablemente sus posibilidades de éxito? A día de hoy, sigue siendo para mí una cuestión abierta, pero sin duda me ha dado algo sobre lo que pensar: los errores en la gran estrategia nunca pueden redimirse en la misma guerra. Con esto no estoy afirmando que el plan de la Oficina de Guerra fuese un error; el auténtico error fue adoptar un compromiso. El descanso exigido por el Grupo de Ejércitos Centro antes de que pudiera atacar no fue, de hecho, un requisito previo necesario para restablecer la calidad de combate de sus tropas. Porque el plan de ataque del Führer habría exigido sin duda jornadas de marcha inmediatas y agotadoras; y nunca se debe olvidar el dogma de los generales: «Mi ejército puede atacar, pero no puede marchar».

Durante el verano de 1941, la resistencia de la población civil frente a nuestras fuerzas de ocupación se intensificó de manera perceptible en todos los escenarios de la guerra, con incidentes de sabotaje y ataques contra las fuerzas e instalaciones de seguridad alemanas. Aunque la guerra de guerrilla comenzó a adoptar un aspecto más amenazador en los Balcanes, donde era abiertamente fomentada por los británicos y la Unión Soviética, y nos obligó a lanzar operaciones a gran escala contra los centros partisanos, los actos de sabotaje comenzaron a hacerse horriblemente frecuentes en Francia e incluso en Bélgica. El lanzamiento generalizado en paracaídas de agentes y tropas de sabotaje encubiertas, los atentados con bomba, el lanzamiento de armas, municiones, radio transmisores y espías estaban a la orden del día. No había duda de que, en el oeste, detrás de todo esto se encontraba la mano de Gran Bretaña: estaba intentando incitar a la población a hostigar a las fuerzas de ocupación, destruir instalaciones industriales, de utilidad pública, de transporte o de energía, y crear desorden general y alteraciones del orden público. Esperaba incitar a la población a la resistencia pasiva e incluso a provocar nuestras represalias que, a su vez, abonarían el

terreno para el crecimiento de un futuro movimiento de resistencia. Aunque la policía francesa cooperó al principio de manera muy eficaz con nosotros en la persecución y eliminación de saboteadores en Francia, muy pronto se hizo evidente un cambio en su actitud, debido a menudo a sus simpatías hacia los delincuentes e incluso a su alto grado de participación en la guerra de guerrillas contra nuestras fuerzas de seguridad.

Con el paso del tiempo, se hizo cada vez más urgente la petición de refuerzos por parte de nuestras fuerzas de seguridad y unidades de policía, y los primeros intentos de medidas de seguridad improvisadas como tomar rehenes y ejecutar represalias contra ellos acabaron por estar a la orden del día. Puesto que los Balcanes también exigían refuerzos de tropas y las fuerzas de seguridad destinadas en los territorios ocupados de la Unión Soviética que crecían de un día para otro tampoco eran ya capaces de bastarse por sí mismas, el Führer insistió en el empleo de medidas de represalia draconianas y acciones despiadadas para controlar los territorios antes de que se nos fueran de las manos y que los movimientos de resistencia pudieran conseguir desviar una gran parte de nuestros recursos humanos y que el problema superase las capacidades de las autoridades de ocupación.

En consecuencia, el verano y el otoño de 1941 fueron testigos de la promulgación de las primeras órdenes destinadas a combatir estas nuevas técnicas de puñalada en la espalda, sabotajes y comandos, un tipo de guerra lanzada a petición de fuerzas oscuras —el *servicio secreto* [sic.]— por gánsteres, espías y otra chusma escondida, y reforzada posteriormente por idealistas, todos los cuales son ahora idolatrados conjuntamente como grandes «héroes» patrióticos nacionales.

Estas órdenes contenían, entre otras, las «leyes de rehenes» para los comandantes militares, el decreto *Nacht und Nebel* —«Noche y Niebla»— del Führer que firmé personalmente, y todas las variaciones de estas brutales directivas de 1942 concebidas para emular al enemigo en sus más degenerados estilos de guerra, lo que, por supuesto, solo podría apreciarse en toda su fiereza y efectos desde mi oficina central, a donde llegaban todos los

informes. El propósito era dejar absolutamente claro a todos los oficiales alemanes, que se habían educado en la creencia de la «caballerosidad» en la guerra, que cuando se enfrentaban a métodos como aquellos el único que saldría vivo sería aquel que menos se encogiese a la hora de aplicar las represalias más despiadadas en una situación en la que una «guerra ilegal de sombras» había sistematizado sin escrúpulos el crimen para intimidar a la potencia ocupante y aterrorizar a gran parte de la población del país. Que estos métodos del servicio secreto británico nos eran desconocidos a los alemanes y a nuestra mentalidad, fue demasiado para justificar la existencia de advertencias como estas a nuestros hombres. Pero si la forma adecuada de hacerles ver esto era acuñar el eslogan «el terrorismo solo puede ser combatido mediante el terrorismo» es una cuestión que, vista en retrospectiva, la gente podría tener razón en discutir. Todos los buenos alemanes deberían aprender a dejar que la casa se incendiara a su alrededor antes de que comenzaran a oler el humo...

A comienzos de junio de 1941, a mi regreso de Berlín, me encontré con Hans-Georg en nuestra casa. Su herida en el muslo había sanado por completo, pero como resultado de las muchas operaciones, sus músculos y tendones sufrían una auténtica agonía para poder seguir adelante. Así pues, al final recibí su permiso para trasladarlo desde su regimiento en Halberstadt al 29.º Regimiento de Artillería Motorizada, que pertenecía a la 29.ª División (motorizada). Aquello era justo con lo que siempre había soñado, estar en una unidad motorizada, con la moderna caballería de batalla. Radiante de felicidad, se marchó de casa una vez más, pues su nuevo destino le reclamaba con urgencia. Después de despedirse de su madre y hermanas, que se imaginaban tan poco como él mismo lo que le aguardaba, lo acompañé a la puerta y, con todo el dolor de mi corazón, me despedí de él. Dije: «¡Ve con Dios! Sé valiente, pero no seas temerario ni imprudente, a menos que "tengas" que serlo». Probablemente no me comprendió, pero me abrazó brevemente y salió feliz a la calle con su bolsa, su rifle y el resto del equipo. Cuando regresé al salón, mi esposa me dijo: «¡Qué serio y diferente

te has mostrado con él! ¿Qué ocurre?». Por supuesto, fui incapaz de engañar la delicada percepción de una madre. Evité ofrecer una respuesta directa, y musité algo acerca de que le había aconsejado tener cuidado con su pierna.

El golpe más duro nos alcanzó cuando ya el 18 de julio tuvimos noticia de que había muerto en un hospital de campaña a causa de una importante herida sufrida durante un ataque de ametralladoras rusas el día anterior. Mi esposa se encontraba en Helmscherode con el resto de la familia. ¿Quién iba a decirle que su hijo favorito, por el que tan a menudo se preocupaba, había sido enterrado en tierra extranjera, a las afueras de Smolensk? Envié al profesor Nissen [el médico de la familia] a Helmscherode, encargado con la triste misión, porque yo abrigaba ciertos temores acerca de cómo le afectaría aquello al delicado corazón de mi esposa. Aquella fue la primera vez en la que me di cuenta de lo fuertes que pueden ser los corazones de las esposas y madres.

La simpatía personal del Führer quedó expresada mediante una carta personal dirigida a mi esposa; ella se sintió muy agradecida. Puesto que tanto mi esposa como yo nos mostramos contrarios a hacer pública la noticia mediante una esquela, el Führer ordenó a la prensa que lo publicara, tras explicarnos que el pueblo alemán debería saber que los hijos de los generales de alto rango también recibían sepultura tras entregar sus vidas en el campo de batalla.

Con el inicio de las operaciones contra Rusia, el Führer había definido la estructura de mando operativo para el resto de teatros de operaciones al hacerse directamente responsable de Finlandia, Noruega, el oeste, norte de África y los Balcanes, en otras palabras, dependientes del Alto Mando, y así aliviar de esa carga a la Oficina de Guerra. Durante 1941, las únicas hostilidades verdaderas tuvieron lugar en Finlandia, norte de África y los Balcanes; en el resto de los llamados «teatros de operaciones del OKW» solo prevaleció la guerra de guerrillas.

El Führer había adoptado esta resolución porque, aparte de la costa atlántica, estos tres teatros de operaciones estaban comprometidos en guerras de «coalición» para cuya dirección Hitler

había asumido, por razones políticas, tanto el mando como la responsabilidad de colaboración con nuestros aliados. Deseaba que todas las negociaciones con jefes de Estado y sus estados mayores generales estuvieran firmemente en sus manos. Al mismo tiempo, esta decisión trajo un alivio considerable a la Oficina de Guerra, a pesar de que la organización del Ejército de Tierra siguió siendo responsable del mantenimiento de la fuerza de combate y de todo el equipamiento e intendencia.

En sí mismo, me parecía que el término «teatro de operaciones del OKW» que había sido adoptado de manera general, era un nombre desafortunadamente equivocado: tuvo como consecuencia una concepción errónea de la auténtica función global del Alto Mando como corte suprema del mando, superior a las tres armas en todos los teatros de operaciones de la guerra. Esta concepción equivocada se amplió posteriormente por la manera en la que el Führer excluyó por completo al Alto Mando de la dirección de la ofensiva contra la Unión Soviética, a excepción de aquellas cuestiones que afectaran a Finlandia. La solución menos ambigua hubiera sido transferir el mando de los tres servicios en cada teatro de operaciones a alguien con un mandamiento de servicio conjunto que le concediera autoridad sobre el Ejército de Tierra, la Armada y la Fuerza Aérea. Cada una de estas personas estaría a su vez sometida al control del Alto Mando. Pero eso era algo para lo que el comandante en jefe y sus estados mayores no estaban preparados, y los comandantes en jefe de la Armada y la Fuerza Aérea se negaban a subordinar sus contingentes locales a un mando conjunto de esta naturaleza.

En esto, solo el Führer tenía el poder —tanto táctico como de mediación— para intervenir. Ni Raeder ni Göring tenían el menor deseo de garantizar a los comandantes en jefe de los diferentes teatros de operaciones (de los que la mayoría eran generales del Ejército de Tierra) la autoridad sobre sus contingentes, pues temían perder su influencia inmediata sobre los mismos, a pesar de que estaban obligados a nombrar mandos locales respecto a los cuales no se podían negar a delegar amplios poderes para que actuasen de manera independiente. Nunca fui más allá con esta tentativa de

redistribución de autoridad que propuse que con un par de tímidos comienzos, mientras que el mando global de operaciones de la guerra en el mar y en el aire permaneció intacto en manos de los comandantes en jefe de la Armada y la Fuerza Aérea respectivamente.

La consecuencia fue que, en la Unión Soviética, la Oficina de Guerra —o, para ser más precisos, Hitler y la Oficina de Guerra— estaban al mando, con la exclusión total del Alto Mando. En favor de la precisión histórica, me siento obligado a señalar claramente este punto, porque la Unión Soviética —al menos en los Juicios de Núremberg— parece haber asumido que las órdenes fueron emitidas inicialmente desde el OKW.

Entre nuestros estados amigos y aliados, Rumanía y Finlandia participaron en la campaña rusa desde el principio; una vez que hubo comenzado, también contribuyeron Italia, Hungría y Checoslovaquia con pequeños contingentes, cada uno de los dos primeros con una fuerza expedicionaria de aproximadamente un modesto cuerpo motorizado, y los checos con el equivalente de una división de infantería ligera. Hitler llevó a cabo todas las disposiciones finales con Antonescu en Múnich. Este último se había mostrado totalmente dispuesto a un aumento del número de consejeros destinados a nuestra misión militar [en Rumanía] y había extraído las conclusiones correctas de ello. Yo participé en las conversaciones, junto con el comandante del Ejército previsto para las unidades alemanas, el general Ritter von Schobert, y el jefe de nuestra misión militar, el general Hansen. Para Antonescu, el objetivo obvio era la recuperación de Besarabia, y esa le parecía razón suficiente para movilizar una gran parte de su ejército; se le ocultó el propósito real de nuestro ataque y su fecha.

En mayo de 1941 había mantenido una reunión en Salzburgo con el jefe del Estado Mayor General en Finlandia, el general Heinrichs, y habíamos alcanzado un acuerdo básico sobre las líneas trazadas por Hitler sobre la cuestión del permiso dado a las tropas alemanas para agruparse en territorio finés bajo el teniente general Von Falkenhorst. Posteriormente, el acuerdo fue puesto en términos

definitivos desde el punto de vista operativo por Jodl. Ni este ni yo sospechábamos que nuestra misión era producto de las charlas preliminares mantenidas entre Halder y Heinrichs en Zossen algunos meses atrás.

La actitud del general Heinrichs fue receptiva hacia nosotros y se mostró muy dispuesto a presentar todas nuestras solicitudes ante el mariscal Mannerheim tal como deseábamos. Mi impresión personal, especialmente del carácter del general Heinrichs, fue altamente favorable e informé al Führer que Finlandia no iba a perder la oportunidad de ajustar viejas cuentas pendientes por el ataque ruso que sufrieron en el invierno de 1939-1940. Se acordó al instante el envío de un general con poderes plenipotenciarios al mariscal, independientemente de nuestro agregado militar, y ni una sola vez tuvimos motivo de lamento por la elección del general Erfurth para ese puesto.

El Führer había prohibido terminantemente ningún tipo de discusión diplomática preliminar o ni siquiera conversaciones entre estados mayores con Hungría y Checoslovaquia, aunque la Oficina de Guerra había subrayado su importancia en vista de nuestros planes de ese momento para el tránsito de tropas a través de esos países y la admisión de transportes ferroviarios de tropas. Hitler se negó a ceder en este punto, a pesar de los riesgos que implicaba; temía que se viera comprometida la seguridad de las operaciones, y no estaba satisfecho por el hecho de que las ventajas de prepararlo todo con anterioridad superaran a las desventajas. En cualquier caso, no supuso un gran problema, aunque no soy consciente de hasta qué punto el Estado Mayor General húngaro nos permitió hacer ciertos preparativos con anterioridad.

Nuestra invasión del 22 de junio fue, de hecho, una sorpresa táctica, pero de ningún modo estratégica, para el Ejército Rojo.

Por propia iniciativa, tanto Hungría como Checoslovaquia crearon fuerzas expedicionarias después del inicio de las hostilidades —naturalmente, manteniendo bien abiertos los ojos respecto a los cambios en las fronteras que estaban anticipando en su favor— y las pusieron a disposición de la Oficina de Guerra. Pero ya en septiembre de 1941, el jefe del Estado Mayor General húngaro

[Szombathelyi] me dijo que quería visitar el cuartel general del Führer, pues deseaba retirar la brigada (división) rápida —en contra de los deseos de la Oficina de Guerra— incluso antes de que hubiera cruzado el río Dniéper. No estaba equipada para una campaña de invierno, y era necesaria para la creación de nuevas unidades para el siguiente año de guerra. Después de una recepción breve y convencional en el cuartel general del Führer, las discusiones se nos encomendaron a Halder y a mí. Preparé un banquete para el general Szombathelyi (también conocido como «Knaus», un típico suabo) en mi tren, y durante la tarde le llevé al cuartel general de la Oficina de Guerra, donde le mostraron algunas cosas.

Me sentí tan irritado por varias observaciones realmente ofensivas que formuló respecto a nuestro mando y nuestra operación en Hungría con tan solo una «división ligera» que le dije con toda franqueza, mientras me adhería al protocolo, que antes de nada quitase de una vez por todas a sus tropas la costumbre de saquear cualquier lugar al que llegaban y llevarse los despojos a casa. Tan pronto como se dio cuenta de que estos modales arrogantes no habían roto el hielo conmigo, sino que habían tenido el efecto contrario, se volvió de repente muy amistoso, rezumando halagos a nuestro mando global del Ejército, e incapaz de expresar adecuadamente lo mucho que admiraba al Führer, que le había causado una profunda e inesperada impresión, pues le había esbozado en unos amplios trazos la situación global sobre un mapa del frente oriental. Aquella noche se quedó como invitado de la Oficina de Guerra; al día siguiente voló de regreso a su país tras acordar con Halder un compromiso que preveía una retirada mucho más tardía de las tropas húngaras.

A comienzos de 1942, le devolví la visita en Budapest siguiendo instrucciones del Führer. Mi misión era difícil, porque esta vez también le iba a pedir la movilización del Ejército de Hungría en tiempos de paz, y el envío de al menos la mitad del mismo para que tomase parte en las planeadas operaciones de verano. En aquel momento, Hungría disponía de unas veintitrés brigadas en proceso de conversión a divisiones de pequeño tamaño, incluyendo las brigadas de montaña y las unidades de caballería, pero sin contar las

fuerzas de ocupación que ya habían sido transferidas o prometidas a la Oficina de Guerra para desempeñar el papel de fuerzas de seguridad en las áreas de retaguardia. Además de las visitas al administrador Imperial [Horthy], al ministro de la Guerra [Von Bertha], al primer ministro [Von Bardossy], y otros, en dos mañanas diferentes tuvieron lugar negociaciones muy detalladas con el jefe del Estado Mayor General y con el ministro de la Guerra.

El primer día no avanzamos más allá de un toma y daca sobre si deberíamos devolverles el favor con envíos de una cantidad considerable de armamentos. Naturalmente, aquí hice concesiones, porque sin cañones antitanque, armas de infantería y otras armas modernas similares, las tropas húngaras no nos servirían de nada frente a las tropas rusas equipadas con armas modernas. Pero cuando Szombathelyi me llamó personalmente para llevarme aquella noche en su automóvil a un gran banquete en honor de los generales, me sorprendió preguntándome cuántas de las «divisiones ligeras» que yo había sugerido aquella mañana estaba pidiendo en realidad. Tomando una decisión instantánea, respondí: «¡Doce!». Me dijo que había estado pensando en un número similar; podía prometerme nueve divisiones de infantería ligera y de momento solo una división acorazada bastante débil, y me dijo que formaría una segunda división acorazada para nosotros si le enviábamos pronto los tanques que el Führer en persona le había prometido al administrador imperial. Por último, se disponía también de una división de caballería que Horthy no entregaría de momento a ningún precio. Si yo iba a buscar un compromiso del administrador imperial sobre esta base durante mi visita del día siguiente, él me respaldaría. La única oposición procedería en ese caso del ministro de la Guerra y del propio Horthy, en quien el primer ministro había sembrado el miedo de las intenciones de Rumanía y del propio Parlamento. Así pues, llegamos a un acuerdo en aquellos pocos minutos que el coche tardó en dejarnos a la puerta del hotel. Me sentí satisfecho con el resultado, pues unas pocas divisiones bien equipadas y bien entrenadas nos resultaban mucho más valiosas que un gran número de unidades con un escaso poder de combate.

Aunque nuestras conversaciones a tres bandas del día siguiente sacaron a la luz una serie de puntos críticos cuando se comenzaron a discutir los detalles, conmigo frente a los otros dos en un choque en el que en cierto momento llegué a amenazar con romper las negociaciones, se acabó por llegar a un acuerdo, puesto por escrito, en el que se especificaba sobre todo la magnitud y el calendario de entrega de las municiones alemanas.

Mi audiencia con el administrador imperial resultó más suave de lo que había esperado, pues era evidente que el jefe del Estado Mayor General había allanado el camino. El anciano se mostró de muy buen humor y su actitud hacia mí fue muy atenta. Al final, el embajador alemán ofreció un banquete, en el que me impresionó especialmente la conversación *à deux* que mantuve con el primer ministro Bardossy: me dijo que se había dado perfecta cuenta de que las diez divisiones iban a ser utilizadas en el frente oriental, a diferencia de nuestro planeado refuerzo de las fuerzas de seguridad que patrullaban el territorio de la Rusia ocupada, pero que estaba hondamente preocupado por su incapacidad para ver cómo iba a explicarle al Parlamento del pueblo húngaro que iban a tomar parte en una guerra de Alemania. La población no estaba sencillamente preparada para aquello. Nadie, me dijo, estaba pensando en la guerra, excepto, quizás, contra Rumanía. Le dije que en este combate contra el bolchevismo, Europa debía ahora dar el máximo, así que ¿cómo era posible que estuviera entonces pensando en saldar viejas rencillas con Rumanía? ¡Yo no conseguía comprenderlo! Nuestra conversación se terminó de ese modo, mientras se servía la cena. Aquella noche volé de regreso al cuartel general del Führer. Sin duda, Szombathelyi era el que tenía más amplitud de miras de todos ellos. Había ejercido una considerable influencia sobre el administrador imperial. Esa fue, por lo menos, mi impresión.

Después de que el Undécimo Ejército bajo el mando del general Ritter von Schobert, atacando desde Rumanía junto con tropas rumanas, hubiera contactado en agosto de 1941 con el Grupo de Ejércitos Sur y, tras algunos duros combates, hubiera liberado Besarabia del enemigo, tuvo lugar el primer encuentro de Von Rundstedt. Tras una conferencia de guerra y una discusión al más

alto nivel, el Führer condecoró en persona a Antonescu con la Cruz de Caballero en presencia de Von Rundstedt y de mí mismo. Era evidente que el mariscal rumano se sintió profundamente honrado con aquello. Según la valoración del Grupo de Ejércitos, su intervención excepcionalmente enérgica y su influencia personal sobre los oficiales y soldados rumanos había sido ejemplar; tal y como habían comprobado por sí mismos sus ayudantes alemanes, estas cualidades habían caracterizado el comportamiento militar de este jefe de Estado.

Naturalmente, Mussolini no tenía ningún deseo de ir a la zaga de Hungría y Rumanía y había ofrecido al Führer un cuerpo ligero (semimotorizado) italiano, en compensación por la presencia del cuerpo acorazado de Rommel en África. La Oficina de Guerra estaba furiosa con esta oferta, que consideraban cualquier cosa menos valiosa, pues resultaba un lastre con el que sobrecargar aquel verano nuestras ya de por sí presionadas líneas férreas, porque los italianos solo podrían ser transportados al frente a costa de reducir unos indispensables suministros de guerra.

Mientras los italianos estaban de camino al frente, Mussolini llegó, por invitación de Hitler, al segundo cuartel general del Führer, situado en Galacia. Los dos trenes-cuartel general habían sido desviados a un túnel de ferrocarril especialmente adaptado. A primera hora de la mañana siguiente, todos volamos en varios aeroplanos hasta Uman, para visitar a Von Rundstedt. Después de una conferencia de guerra general y una descripción por parte de Rundstedt de la batalla de Uman, nos dirigimos en vehículos motorizados a inspeccionar una división italiana.

La impresión causada por la inmensa extensión de suelo negro y el gigantesco tamaño —para los estándares alemanes— de las tierras de cultivo de Ucrania fue abrumadora. A menudo, en la suave ondulación de paisaje abierto y sin árboles no se veía en muchas millas nada más que los haces apilados de un enorme e infinito campo de trigo. Se podía sentir la virginidad del suelo que, para los estándares alemanes sigue siendo solamente cultivable en un tercio;

y luego, de nuevo, las vastas extensiones en barbecho, aguardando la siembra de otoño.[9]

Para el Führer y para nosotros, militares alemanes, el paso de marcha y el saludo de las tropas italianas fue —a pesar de su fiel «*Evviva Duce* »— una enorme decepción. Sus oficiales eran demasiado viejos y ofrecían una pobre imagen, lo que solo podía tener un efecto negativo sobre el valor de tan dudosos auxiliares. ¿Cómo se suponía que unos medio-soldados como aquellos iban a enfrentarse a los rusos, si se habían desmoronado incluso ante el desdichado pueblo campesino de Grecia? El Führer tenía fe en Mussolini y su revolución, pero el Duce no era Italia, y los italianos eran italianos estuvieran donde estuvieran. Estos eran nuestros aliados, los aliados que no solo nos habían costado tan caro, que no solo nos habían abandonado en nuestra hora de necesidad, sino que acabarían también por traicionarnos.

Después de la muerte de mi hijo, sufrí otro golpe amargo con la muerte en acción de mi querido amigo Von Wolff-Wusterwitz. Había estado al mando de un regimiento de infantería de Pomerania, y había muerto a la cabeza de sus tropas cuando las dirigía al ataque.

Después de que la tensión latente existente entre el Führer y Von Brauchitsch se hubiera dulcificado un tanto —al menos de cara al exterior— gracias a la aplastante victoria del Grupo de Ejércitos Centro en la doble batalla de Vyasma-Bryansk, los resultados de nuestras primeras derrotas comenzaron a nublar la escena.

Era costumbre de Hitler encontrar un chivo expiatorio para cada error, e incluso más si apenas podía dejar de ver que él mismo era el culpable, al menos en origen. Cuando Von Rundstedt en el sur y Von Leeb en el norte se vieron al final obligados a retirar sus puntas de lanza que estaban atacando cerca de Rostov sobre el Don y Tikhvin, tal como había defendido el propio Hitler, resultó casi imposible culpar a la Oficina de Guerra o a los comandantes en jefe implicados. Von Rundstedt protestó enérgicamente contra las órdenes que la Oficina de Guerra se había visto obligada a transmitirle prohibiéndole retirar su frente hasta la línea del río Mius. Von Brauchitsch mostró el telegrama de protesta lleno de

expresiones muy drásticas —y que se había escrito pensando únicamente en que lo viera el comandante en jefe del Ejército— al Führer, a quien, sin duda, no iba dirigido. El Führer relevó a Von Rundstedt del mando, no por este asunto, sino porque el mariscal (que ignoraba que la mano de Hitler estaba en el fondo de las órdenes que le había transmitido la Oficina de Guerra) había amenazado con dimitir si no se le consideraba capaz de ejercer el mando.

El Führer se enfureció con aquello, sabiendo plenamente que él estaba detrás de la orden y sintiendo que Von Rundstedt se había revelado contra él. En un arrebato de furia, ordenó su inmediata destitución y nombró a Von Reichenau para que comandara el Grupo de Ejércitos Sur. Junto a Schmundt, Hitler voló a Mariupol para ver a Sepp Dietrich, comandante de la división acorazada *Leibstandarte* de las SS a fin de conocer, tal como dijo, la «verdad» acerca de la situación de boca de su amigo de confianza y confirmar sus sospechas sobre la mala dirección del Ejército al más alto nivel. Hitler se sintió defraudado: Sepp Dietrich defendió de manera honorable e incorruptible a su superior en el Ejército, y fue él quien en esta ocasión consiguió eliminar la falta de confianza del Führer. En consecuencia, en el vuelo de vuelta visitó al Grupo de Ejércitos Sur para discutirlo con Von Rundstedt y, aunque no rescindió el «permiso permanente» de este último, le aseguró que había recuperado su confianza en él.

Después de nuestro regreso, Hitler me declaró su satisfacción acerca de esta cuestión, y su crítica a su viejo amigo Reichenau, que ya había asumido el mando del Grupo de Ejércitos y había comenzado a explotar las oportunidades que se le presentaban entonces de conversar con Hitler para formular comentarios ofensivos sobre el comandante en jefe del Ejército y otros altos mandos, fue decididamente ácida: Reichenau pensaba que había llegado el momento de explotar su nueva posición para incitar a la gente contra cualquiera al que no soportara personalmente. El resultado fue justo el contrario, porque, de otro modo, hubiera sido muy difícil que Hitler me hubiera confirmado por segunda vez que mi juicio original sobre Reichenau había sido el correcto: no habría

tenido un buen comandante en jefe para el Ejército. Fue entonces cuando supe con certeza que, si algún día Von Brauchitsch tenía que irse, Hitler nunca nombraría a Reichenau como su sucesor.

A principios de diciembre, el movimiento hacia Tikhvin en el norte, que el Führer había lanzado tácticamente en contra del consejo de la Oficina de Guerra, pero que ya contenía en sí mismo las semillas del fracaso, sufrió un revés. Incluso aunque se hubiera conquistado Tikhvin, no se habría podido conservar. El propósito estratégico de cortar las comunicaciones de retaguardia de Leningrado alcanzando el lago Ladoga y continuar hasta unirse con los finlandeses, tuvo que ser abandonado. En varias conversaciones telefónicas con el Führer en las que estuve presente, el mariscal de campo Von Leeb le pidió urgentemente que se le concediera libertad de acción y que se le permitiera retirar a tiempo esta parte de su frente detrás de la línea del río Volchov para reducir su frente y liberar personal como reserva. No tuvo éxito, y el enemigo reconquistó las posiciones que no pudimos conservar; al final, se presentó en persona en el cuartel general del Führer para pedir que se le relevara de su mando, pues era demasiado viejo y sus nervios ya no aguantaban la tensión. Fue relevado del mando como había pedido. Obviamente, a Hitler le pareció más apropiado de este modo.

Sé que los pensamientos que corrían en silencio por la mente de Hitler eran consideraciones a largo plazo: sacrificó a estos dos comandantes de primera clase solo para tener «chivos expiatorios». No albergaba el menor deseo de reconocer que, en realidad, el culpable era él.

Estas primeras crisis, en realidad no de gran importancia, fueron virtualmente devoradas por la inesperada entrada de Japón en la guerra y la ola de optimismo que siguió a la misma. Discutiría con quien afirmara que Hitler había sabido de aquello con antelación o que hubiera tenido alguna influencia sobre los japoneses; el mejor actor en el mundo no habría representado un papel igual. Hitler había estado convencido de la autenticidad de las conversaciones [americano-japonesas] en Washington, y Pearl Harbour le había pillado totalmente por sorpresa.

Tanto Jodl como yo estábamos presentes aquella noche —la única vez durante la guerra— cuando se dirigió a nosotros con el telegrama en la mano. Tuve la impresión de que el Führer sentía que la guerra entre Japón y América le había liberado de repente de una pesadilla; sin duda nos trajo cierto alivio por las consecuencias del estado de guerra no declarado de Estados Unidos contra nosotros.

Mucho antes de que se atreviera a expresar sus dudas ante el Führer, la Oficina de Guerra había perdido la confianza en nuestra capacidad para forzar una victoria decisiva mediante la captura de la capital [rusa] antes de que nos atrapara el invierno. Los soldados no solo estaban mostrando evidentes signos de preocupación —no habían conocido el descanso desde la doble batalla de Vyasma-Bryansk— sino que el frío estaba aumentando de forma cada vez más intensa y la falta de ropa de invierno se estaba cobrando un alto precio.

Tras recuperarse de un grave ataque al corazón, mantenido en secreto en aquel momento, Brauchitsch había ido al frente durante varios días, y —tal como supe más tarde por boca de los comandantes del frente— había hablado con ellos sobre la cuestión de —si, como se temía, nuestro ataque no iba a conseguir abrir brecha— dónde debería retrasarse el frente para pasar el invierno y constituir reservas detrás de un frente reducido, asumiendo siempre que tal medida se hiciera inevitable. En mi opinión, era el deber del comandante en jefe tomar semejantes precauciones en los momentos buenos.

Un segundo ataque al corazón, acompañado por un fuerte estrés debido a su cargo, obligó de nuevo a Brauchitsch a regresar al lecho de enfermo durante varios días. Halder, que seguía apareciendo cada día en las reuniones informativas del Führer, lo mantenía naturalmente informado de la situación que había allí. Era evidente que también Hitler reconocía que se estaba acercando una crisis, pero se resistía tercamente a todas las previsiones de la Oficina de Guerra esbozadas por Halder.

Mientras tanto, se habían intensificado las heladas y el frío, provocando numerosas bajas en nuestras tropas. Hitler reprochó

amargamente a la Oficina de Guerra que no hubiera sido capaz de prever a tiempo la distribución de la ropa de invierno, calentadores para las trincheras, etc.

Hitler sabía perfectamente que el transporte al frente [del necesario equipo de invierno era imposible] durante una lucha tan continuada en la que había escasez de munición y provisiones como resultado de la generalizada crisis de transportes.[10] Con cada día que pasaba, aumentaba el frío, más hombres sucumbían a las heladas, los tanques se estropeaban cuando se congelaban sus radiadores y al final había que aceptar que no era posible continuar el ataque. Nadie que no estuviera allí puede siquiera imaginarse el estado de ánimo del Führer aquel día, porque hacía tiempo que se había dado cuenta de que se aproximaba una catástrofe militar, por mucho que intentara ocultárselo a su estado mayor, y ahora buscaba chivos expiatorios a quienes poder culpar por no haber proporcionado a las tropas bienes básicos y otras cosas, así como por otros defectos.

Solo se omitieron las auténticas razones del revés, por muy evidentes que resultaban: había subestimado la capacidad del enemigo para resistir y el riesgo de la llegada del invierno en una época tan temprana aquel año, y había esperado demasiado de la capacidad de combate de las tropas en las interminables batallas desde octubre en adelante; por último, habían faltado suministros suficientes. Estoy convencido de que Brauchitsch se había dado cuenta de que, de alguna manera, tendría que esquivar la inflexibilidad tanto del frente como del Führer; no se le podía ocultar que pronto se buscaría a un culpable, y su nombre no sería Hitler. Tal como él mismo me dijo aquel día, 19 de diciembre de 1941, reunió todo su valor y tuvo una pelea de casi dos horas con Hitler. Yo no estuve allí, pero sé que en el transcurso de la discusión pidió ser relevado de su puesto, ofreciendo la razón añadida de su pobre estado de salud (como era su deber, en cualquier caso).

Después de aquello me hizo una breve visita y solo me dijo: «Me voy a casa. Me ha echado. Ya no puedo seguir». A mi pregunta: «Entonces, ¿qué va a ocurrir ahora?», Brauchitsch me contestó: «No lo sé. Pregúnteselo usted mismo». Era evidente que estaba nervioso

y deprimido. Unas pocas horas más tarde, fui llamado por el Führer; me leyó en voz alta una breve Orden del Día compuesta por Schmundt y él mismo; la Orden iba a ser transmitida de inmediato al Ejército. Una segunda orden, interna, subordinaba el Estado Mayor General del Ejército a la persona del Führer, mientras que las responsabilidades administrativas se me transferían a mí, con la limitación de que yo iba a estar ligado a las directivas del Führer. Esta última orden fue solo a Halder en su calidad de jefe del Estado Mayor General y no recibió una difusión más amplia.

Así pues, aunque no se hizo público en el momento que el Führer había relevado al comandante en jefe del Ejército de «mutuo» acuerdo, parecía evidente que, aunque todavía no se había identificado públicamente, se había encontrado un chivo expiatorio para las derrotas del Heer y para la creciente crisis en la desastrosa batalla a apenas 25-30 kilómetros de las puertas de Moscú.

5. LA CAMPAÑA RUSA, 1941-1943

Y o abrigaba grandes dudas acerca de la asunción del régimen de Hitler y Halder sobre el nuevo Alto Mando del Ejército porque me había dado cuenta de lo incompatibles que eran. En nuestros círculos privados, el Führer había hecho a menudo chistes a costa de Halder y le había calificado como un «hombrecillo». Incluso si esta costumbre poco elegante de elegir a oficiales ausentes para convertirlos en blanco de su humor no era algo tan censurable en un hombre como Hitler —pues había poca gente a la que salvase de sus burlas— me parecía cuestionable si esa pareja funcionaría algún día. Yo mismo propuse a Hitler que Jodl fuese nombrado jefe del Estado Mayor General, pues había llegado a conocerlo bien y a respetarlo; mientras tanto, sugerí también que el general Von Manstein se convirtiese en jefe de nuestro Estado Mayor de Operaciones Militares en su lugar —en otras palabras, debería ser el jefe de Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas, con una nueva definición de sus deberes vis a vis conmigo como jefe del Alto Mando. Hay que señalar que Hitler no rechazó esta propuesta de inmediato, pero dijo que primero le gustaría discutirlo con Schmundt, y le dio vueltas a la idea. Sin referirse a ninguna discusión entre ellos, Schmundt me informó posteriormente de que el Führer quería mantener a Jodl en el OKW, y había decidido trabajar con Halder. Probablemente, este resultó adecuado, porque, se dijera lo que se dijera de él, Halder era honrado, fiel, confiable y obediente.

Una cosa me resultaba evidente (y Schmundt nada restó de esta visión): a pesar del respeto de Hitler por Manstein, también lo temía enormemente; temía sus ideas independientes y su fuerte personalidad. Cuando le confié mi propuesta a Jodl, compartió mi opinión: «Con Manstein, nunca funcionaría». Una vez se tomó la decisión, no reparé en esfuerzos para apuntalar la posición de Halder con el Führer, para apoyarle e informarle sobre el funcionamiento de

la mente de Hitler cuando yo fuese consciente de ello, y ofrecerle consejos sólidos. Hice todo lo que estuvo en mi poder para construir una confianza duradera entre ellos.

En cualquier caso, fue en mi propio interés, pues yo era quien tenía que sufrir siempre y hacer buenas las consecuencias de cada crisis de confianza latente. Me iba hartando poco a poco de ser el objetivo de las injurias de cualquiera, como si hubiera que culparme cada vez que Hitler descubriera que la cara de este o aquel general ya no le gustaba.

Hacia mediados de diciembre, tras nuestro regreso de la sesión del Reichstag del 11 de diciembre [de 1941] en Berlín —la entrada de Japón en la guerra— en unos pocos días el tiempo había cambiado drásticamente de la temporada de barro y fango a aquel frío infernal, con todos los catastróficos resultados que esto tuvo para las tropas, vestidas como estaban solo con ropas de invierno improvisadas. Sin embargo, lo peor de todo fue que, además de las averías de las líneas férreas, el sistema ferroviario había llegado a un punto muerto: las locomotoras alemanas y sus torres de agua se habían congelado.

Ante esta situación, la primera orden de Hitler al frente oriental fue: «¡Permanezcan firmes. Ni un paso atrás!». Esto fue porque se había dado cuenta correctamente de que retirarse, aunque fuese unas pocas millas, era sinónimo de perder todo nuestro armamento pesado, en cuyo caso las propias tropas también podrían darse por perdidas, porque sin armas pesadas se encontraban absolutamente indefensas, aparte del hecho de que la artillería, los cañones antitanque y los vehículos eran irreemplazables. De hecho, no había más solución que resistir firme y luchar, si el Ejército no quería retirarse sin armas y sufrir el mismo destino que tuvo Napoleón en 1812. Obviamente, esto no impidió retiradas bien preparadas y limitadas para mejorar las posiciones defensivas, con tal de que los movimientos estuvieran perfectamente controlados.

Mientras en ambos bandos del frente los grandes ejércitos se limitaban a congelarse, al oeste de Moscú y en el sector central del Grupo de Ejércitos Centro comenzaron a surgir crisis locales en el combate.

El mariscal de campo Von Kluge telefoneó personalmente al Führer una noche en mi presencia con una amarga queja sobre el coronel general Hoepner, que había ordenado que su frente de ejército se retirase a alguna distancia desafiando así las órdenes del Führer, y que, por lo tanto, estaba poniendo en grave peligro el flanco norte adyacente del ejército de Von Kluge. El Führer montó en cólera y ordenó el inmediato relevo de Hoepner del mando del Ejército y su despido de las Fuerzas Armadas por desobediencia deliberada y premeditada. Halder se encontraba en el cuartel general de la Oficina de Guerra en ese momento, así que no estaba presente. El Führer se pasó toda la noche en nuestra sala de lectura, maldiciendo contra sus generales que no habían sido educados en la obediencia. Daría ejemplo con este —anunciaría lo que le había hecho a Hoepner en una Orden del Día, como advertencia para todos los que se aventurasen a desafiar sus órdenes expresas según se les antojase.

Hubo otro caso similar durante las Navidades [de 1941] y el Año Nuevo en el que estuvo implicado Guderian. Se encontraba al mando del Segundo Ejército Panzer mientras atacaba Moscú desde el sur, a través de Tula, tan solo para acabar literalmente congelado por el frío. El Grupo de Ejército [Centro] planeaba, con permiso del Führer, retirarlo hacia el oeste en la brecha al sur del Cuarto Ejército de Von Kluge. Sin embargo, Guderian había pergeñado su propio programa, que incluía una retirada hacia el sur a lo largo de su antigua ruta de ataque, etapa por etapa, después de hacer estallar la mayor parte de sus tanques allí donde se hubieran quedado congelados en el barro. El mariscal de campo Von Kluge había intentado en vano influir sobre Guderian, pero este último se negó a llevar a cabo la «imposible» retirada que se le ordenaba. Von Kluge exigió la destitución del general, algo que Hitler ordenó al instante: Guderian fue llamado a presentarse ante el Führer en su cuartel general.

Yo estuve presente durante la entrevista entre Hitler y Guderian [el 20 de diciembre de 1941]. Permaneció inflexible frente a todas las exhortaciones y quejas del Führer, diciendo que él no consideraba la orden del Grupo de Ejércitos ni necesaria ni justificada, y que tampoco aceptaba las razones del Führer. Para él,

le explicó, el bienestar de la tropa era la consideración primordial, y había intentado actuar de acuerdo con ello, y estaba más firmemente convencido que nunca de que había actuado correctamente. El Führer acabó dándose por vencido y, manteniendo una perfecta compostura, se despidió de Guderian con la sugerencia de que quizás le gustaría ir a algún lugar para descansar después de la enorme tensión nerviosa que había sufrido. Tras esto, Guderian se jubiló; sufrió enormemente por su inactividad temporal.

El tercer caso ocurrió en enero de 1942, en el Noveno Ejército del coronel general Strauss, en el flanco izquierdo del Grupo de Ejércitos Centro. Esta vez fue el general al mando del Sexto Cuerpo de Ejército, el general Foerster, y uno de sus comandantes de división quienes —según mi propio punto de vista— habían perdido los nervios por completo y fueron enviados de vuelta a casa. Preferiría no entrar en detalles sobre la violenta batalla defensiva y las lamentables circunstancias que rodearon sus destituciones. Resultó obvio que había sido una injusticia como resultado de los informes erróneos procedentes de la Fuerza Aérea.

Sin embargo, sería una parodia de la verdad si yo no consiguiera subrayar en esta coyuntura que la forma en la que evitamos el desastre solo puede atribuirse a la fuerza de voluntad, tenacidad e implacable severidad desplegadas por Hitler de principio a fin. Si la oposición inmisericorde e intransigente de la férrea fuerza de voluntad de Hitler no hubiera detenido el plan estrecho de miras y egoístamente apresurado que trazaron los agotados y apáticos generales del Grupo de Ejércitos Centro —que padecían asustados el terrible frío— el Ejército alemán hubiera sufrido en 1941 el ineludible e inevitable destino de [los franceses en] 1812.

Sobre esta cuestión debo expresarme de manera meridianamente clara, porque fui testigo presencial de aquellas terribles semanas. Todo nuestro armamento pesado, todos nuestros tanques, todos nuestros vehículos a motor, habrían sido abandonados en el campo de batalla. Las tropas habrían reconocido que se encontraban virtualmente indefensas, habrían arrojado sus rifles y cañones y habrían huido con un enemigo despiadado pisándoles los talones.

Fue bajo esta carga que tan profundamente nos preocupaba a todos nosotros, como pasamos una tristes Navidades en el cuartel general del Führer. Dispuse una pequeña fiesta en el gran comedor de guardia para los suboficiales y tropa destinados en el cuartel general del Führer, con nuestros oficiales tomando también parte en la misma. Pronuncié un discurso sobre las dificultades en el frente oriental y sobre nuestro amor por la Patria. Había sombras de nerviosismo en todos los rostros cuando, con reverencia pero en tono triste, comenzamos a cantar «Noche de Paz».

A principios de enero de 1942 todo el frente oriental había conseguido reagruparse, pasando de la estructura de ataque que lo había caracterizado hasta comienzos de diciembre a un frente defensivo relativamente ordenado. Pero ni nos planteábamos que el invierno fuera a concedernos un respiro. Los rusos estaban enormemente activos, y en varios lugares a lo largo del frente, donde habían quedado seriamente debilitados por pérdidas y averías, y consistían prácticamente en unos pocos puestos avanzados, estaban pasando a la ofensiva. Ahora la iniciativa estaba en el campo enemigo. Nos vimos obligados a pasar a posiciones defensivas y pagar el precio con unas bajas en absoluto insignificantes.

En febrero tuve que imponer un nuevo programa a Speer, el nuevo ministro del Reich de Armamento y Municiones (el doctor Todt había muerto en un accidente de avión en el aeródromo del cuartel general del Führer a principios de aquel mes). El programa exigía la inmediata liberación de sus obligaciones, a fin de que pudieran servir en el frente, de un cuarto de millón de soldados que hasta entonces estaban disponibles para la producción de municiones. Aquello fue el comienzo de una lucha por la mano de obra, una lucha que no terminaría jamás. Durante aquellos primeros meses de invierno, el Ejército había perdido más de cien mil hombres, el doble que en diciembre de 1941 y enero de 1942.

Era inevitable una reducción de la fuerza de las divisiones de nueve a siete batallones mientras que, de manera simultánea, se echó mano de muchas tropas no combatientes de los cuadros de abastecimiento, la «cola» del Ejército, que se vio recortada

considerablemente. Este primer impulso mío en febrero de 1942 marcó para mí el comienzo de una interminable y angustiosa lucha con las autoridades civiles de la economía de guerra, una lucha por la mano de obra a fin de mantener la fuerza de combate de las Fuerzas Armadas y, sobre todo, del Ejército de Tierra.

Comparado con este, las necesidades de mano de obra nueva en la Armada y las Fuerzas Aéreas eran mínimas, mientras que las de las Waffen-SS aumentaban en una curva ascendente, un insaciable aspirador que se quedaba con la flor y nata de la juventud alemana. Con el apoyo del Führer, las SS habían atraído a sus filas a las partes más valiosas de la juventud alemana por medio de métodos de propaganda abiertos y ocultos, legales e ilegales, y también mediante tácticas de presión indirecta. De ese modo, perdimos a los mejores muchachos que habrían sido grandes mandos y oficiales en el futuro del Ejército.

Todas mis quejas ante el Führer fueron en vano. Se negó a tener nada que ver con mis razonamientos. La simple mención del tema le provocaba un brote de ira. Sabía de nuestro poco aprecio y disgusto hacia las Waffen-SS porque eran una élite, decía, una élite que estaba siendo entrenada políticamente de la forma que él siempre había tenido en mente, algo que el Ejército se había negado a hacer. Pero era su intención inalterable canalizar tantos de los mejores jóvenes de todo el país como fuera posible para que se presentaran voluntariamente a las Waffen-SS —no había límite en el número de voluntarios.

Mis protestas en el sentido de que los métodos de reclutamiento eran a menudo muy cuestionables e incluso ilegales no lograron nada, excepto hacerle entrar en un estado de ánimo incontrolable y exigirme pruebas de mis afirmaciones —que, por supuesto, nunca aporté, para proteger a mis informadores, la mayoría padres y profesores de instituto, de la persecución por parte de la policía secreta estatal.

No era sorprendente que la calidad de combate de un ejército que había perdido a sus líderes oficiales y jóvenes más valientes disminuyera aún más si se le privaba de sus refuerzos más valiosos y, encima, para tapar los huecos en sus filas se abasteciera

únicamente de un número cada vez mayor de trabajadores que hasta entonces habían estado en la reserva trabajando en la fabricación de municiones, y que tras pensar que habían evitado la guerra y todos sus horrores, se veían enviados de vuelta al frente en manadas y con una serie de sentimientos encontrados. Además de todo esto, el Ejército desvió otros refuerzos necesarios para rellenar nuestras unidades que encogían sin cesar por medio de las llamadas «campañas de peinado» tanto en Alemania como entre las innumerables formaciones y unidades de lo que se denominaba eufemísticamente la «zona de comunicaciones», un concepto que no dejaba de transmitir en parte su dudosa reputación. No tengo intención de malgastar mi aliento hablando del valor de estos refuerzos; obviamente, eran combatientes valiosos y honorables que regresaban al frente, especialmente aquellos que volvían desde hospitales militares en Alemania, pero la mayor parte eran poco entusiastas acerca del lugar al que habían sido destinados. No debe sorprender que el espíritu de lucha de las tropas y la disposición al sacrificio de las mismas decayera de forma continua.

Como soldado en el frente durante la Primera Guerra Mundial, el Führer nunca había abrigado sentimientos similares, pero siempre se consolaba en su creencia de que el enemigo se encontraría al menos en la misma situación, si no peor, que la nuestra.

Speer siempre conseguía hacer las cosas de manera que los diferentes empleadores de la economía de guerra, incluyendo aquellos del sector público —los Ferrocarriles del Reich, el Servicio Postal, etc. — tuvieran el derecho de liberar a aquellos hombres cuyos servicios parecían menos indispensables, mientras se quedaban para sí a los trabajadores más valiosos. De este modo, eran capaces de cumplir —al menos de manera aproximada— con las cuotas exigidas. Pero, evidentemente, estos trabajadores que podían ser sustituidos con mayor rapidez tampoco eran, sin duda, los mejores soldados, y no eran, ciertamente, hombres jóvenes y activos con entrenamiento militar.

Entonces Sauckel, el comisionado general para el Empleo de Mano de Obra, tenía que encontrar los sustitutos para los huecos dejados en la economía de guerra, en su mayoría trabajadores procedentes

de Alemania y de los territorios ocupados. Fue el propio Sauckel quien no solo reconoció mis puntos de vista sobre el problema, sino que me confió abiertamente que en este «negocio» se estaba «engañando» a las Fuerzas Armadas y que la industria de municiones no solo nos estaba enviando su mano de obra inútil, sino que, de hecho, estaba ocultando a los trabajadores especializados —atesorándolos y protegiéndolos del reclutamiento— tan solo por su propio egoísmo, pues dependían de ellos para poder explotarlos en el futuro en otro lugar. Sauckel cifró el número de hombres que habían evitado ilegalmente el servicio militar de este modo en un mínimo de medio millón, la mayoría hombres que encajarían en el mejor tipo de soldado.

¿Qué habrían significado estos hombres perdidos para el frente oriental? Es simple aritmética: ciento cincuenta divisiones de tres mil hombres cada una, lo que habría aumentado el personal del Ejército en un 50 por ciento. En lugar de eso, sus menguantes unidades se rellenaron con ordenanzas, trabajadores civiles y otros similares, mientras sus puestos en los escalafones de suministros del Ejército eran asumidos por voluntarios extraídos de entre los prisioneros de guerra rusos.

Siempre he sido el primero en darme cuenta de que no solo el mantenimiento, sino el mayor aumento posible en la producción de munición es una condición previa vital para la guerra, porque la sustitución del equipo deteriorado y obsoleto es el requisito previo para el mantenimiento del poder de combate de las tropas. Era plenamente consciente de que cuanto más durase la guerra y cuanto más comenzase a parecerse al tipo de guerra estática de la Primera Guerra Mundial, con su colosal gasto de municiones y material, mayor sería nuestro gasto de armamentístico. Pero, a pesar de todo eso, siempre creí que, en el análisis final, es el combatiente que empuña las armas el elemento primordial de un ejército que sabe luchar, y que su espíritu de lucha depende de él. Sin él, las mejores armas y las municiones más copiosas del mundo son una pobre compensación.

Era característico del *modus operandi* de Hitler lograr el máximo esfuerzo haciendo que las partes en conflicto compitieran entre sí,

en este caso el ministro de Municiones contra mí mismo como jefe del Alto Mando. A ambos nos exigía lo que él sabía que era imposible, y luego nos dejaba que compitiéramos entre nosotros. Yo necesitaba soldados, Speer necesitaba trabajadores de municiones. Yo quería apuntalar nuestras cada vez menores fuerzas en la línea del frente, Speer quería evitar un descenso en la producción de armamento, y, de hecho, aumentarla según las órdenes que había recibido. Ambos objetivos eran mutuamente irreconciliables e imposibles de cumplir si el comisionado general para el Empleo de Mano de Obra no conseguía facilitar los trabajadores. Apenas sorprende que Speer y yo presionáramos a Sauckel, porque yo no recibiría soldados si Speer no recibía sustitutos para aquellos de sus trabajadores llamados al servicio militar, ninguno de los cuales quedaría liberado antes de que llegase su reemplazo.

Cuando, delante de Hitler, Speer acusó a las Fuerzas Armadas de emplear mucha más gente en el Ejército con base en Alemania, en la Fuerza Aérea, en convalecientes en hospitales militares, en unidades en estado de recuperación, en las zonas de comunicación, etc., sus quejas fueron aplaudidas. Pero cuando declaré que la economía de guerra estaba atesorando y ocultando mano de obra, de modo que estuviera lista para cualquier eventualidad —trabajos en varios turnos, contratos extras, y otras cosas similares— se me insultó, porque no era posible que yo, como lego, supiera nada sobre la producción industrial. Me dijeron que limpiara las «zonas de comunicaciones» —había cientos de miles de gandules y vagos allí escondidos—. Fue un tira y afloja interminable, porque la cuerda se había estirado demasiado, aunque la explotación racional de la mano de obra militar e industrial no estaba experimentando, de hecho, los límites extremos de viabilidad. Tanto la inadecuación humana como el egoísmo de los implicados actuaba en su contra.

Podría escribir un libro sobre esta única tragedia de los últimos tres años de guerra sin agotar el tema. Las consecuencias de la escasez de mano de obra en el Ejército saltan claramente a la vista mediante dos estadísticas: la pérdida mensual del Ejército en tiempos normales —aparte de las grandes batallas— estaba entre 150.000 y 160.000 hombres, de los cuales se podían sustituir como

media entre 90.000 y 100.000. Los reclutas de un mismo grupo de edad promediaban 550.000 durante los últimos años; así pues, si, por órdenes expresas, las Waffen-SS iban a recibir 90.000 voluntarios de ellos (y jamás se presentaron voluntarios en semejante cantidad), las Fuerzas Aéreas otros 30.000 y la Armada otro tanto, aquello ya era casi un tercio de un grupo de edad que habíamos perdido.

Solo cuando llegó de nuevo el barro propio de la primavera, aproximadamente en abril de 1942, empezaron a moderarse los ataques rusos a lo largo de todo nuestro frente hasta aquel momento. Era evidente que su objetivo había sido no concedernos un auténtico respiro, atacando aquí y allá, pero sin ningún gran objetivo estratégico visible. Las únicas posiciones realmente peligrosas desde el punto de vista táctico eran la profunda cuña formada al sur de Orel y la bolsa de Demyansk. Mientras esta última acabaría por rendirse, surgió la posibilidad de una acción de envolvimiento en el sur, al este de Poltava, especialmente cuando el terreno y las condiciones climáticas permitían que las operaciones comenzaran allí unas cuatro semanas antes que a lo largo de los sectores central y norte del frente, y los rusos nos complacían ofreciéndonos un objetivo que merecía la pena desde el punto de vista estratégico, concentrando sus tropas y aumentando sus ataques en ese lugar. En consecuencia, Hitler decidió que a la operación de verano que había planeado personalmente le precediera una ofensiva independiente contra la cuña rusa que apuntaba hacia Poltava.

Obviamente, el plan de campaña de Hitler —él fue su único creador— no podía implicar ninguna reanudación de la ofensiva general en el frente oriental, en vista de la drástica escasez de hombres y de nuestra responsabilidad para permanecer a la defensiva en todos los demás lugares. Por esa razón, se había decidido por una irrupción en el flanco norte del Grupo de Ejércitos Sur, que había estado bajo el mando del mariscal de campo Von Bock desde la muerte de Reichenau [17 de febrero de 1942]. Después de un avance blindado hacia Voronezh junto al Don, el

Grupo de Ejércitos, reforzado constantemente su flanco norte, iba a rodear el frente ruso a lo largo del Don y avanzar hacia Stalingrado con este flanco, mientras el flanco sur avanzaba hacia el Cáucaso invadiendo los campos petrolíferos de sus vertientes meridionales y capturaba los pasos a través del Cáucaso.

Aunque todas las fuerzas que pudieran reservarse en el frente oriental iban a ser retiradas para esta operación, en particular los ejércitos de tanques, al mismo tiempo iba a ser ocupada Crimea con el fin de cruzar desde la península de Kerch hacia las regiones petrolíferas del Cáucaso. La Oficina de Guerra había estado planeando esto desde marzo.

Para Hitler, lo más esencial de esta operación era confundir a los rusos acerca de su auténtico objetivo mediante un avance sobre Voronezh, aproximadamente a medio camino entre Moscú y la región del Donetsk, y darles de ese modo la impresión de un giro deliberado hacia el norte y hacia Moscú engañándolos para que mantuvieran allí sus reservas. En segundo lugar, planeaba cortar los diversos enlaces ferroviarios norte-sur entre Moscú y las regiones industriales y petrolíferas, y después girar de repente y de manera inesperada hacia el sur a lo largo del Don, para invadir la propia región de Donetsk, apoderarse de los campos de petróleo del Cáucaso y bloquear el Volga cerca de Stalingrado para el tráfico fluvial hacia el interior de Rusia. La razón era que el río servía para evitar transportar el suministro de petróleo, con cientos de barcos desde Bakú. Nuestras tropas aliadas, las de Rumanía, Hungría e Italia, iban a cubrir todo el flanco norte de nuestro ejército a lo largo de la barrera natural que constituía el río Don con aproximadamente sus treinta divisiones, de manera que podríamos asumir que estaríamos protegidos del peligro de recibir un ataque procedente del propio río.

Durante mi vista de octubre [1941] a Bucarest para el desfile de la victoria que se ofreció tras la captura de Odessa, ya había discutido al detalle la ayuda militar rumana para 1942 con Antonescu. Ebrio con su reconquista de Besarabia y la ocupación de Odessa —un antiguo sueño rumano— no resultó difícil llegar a un acuerdo con

Antonescu: de nuevo la ayuda implicó una cierta cantidad de tiras y aflojas, con sus tropas siendo intercambiadas por nuestras armas y municiones, pero el punto de conflicto siguió siendo el arbitraje de Viena que había obligado a Rumanía a ceder a Hungría lo que era, de hecho, la mayor parte de Transilvania.

Por lo tanto, Antonescu exigió que los húngaros aportaran un contingente de tropas igual en 1942. Si este último país no hacía una contribución decisiva, preveía un peligro para Rumanía, porque habría que ajustar cuentas con Hungría: esta mantenía fuertes concentraciones de tropas en la frontera con Rumanía, de modo que Rumanía tendría que hacer lo mismo contra Hungría, lo que reduciría considerablemente su contribución a nuestro ataque contra Rusia.

Me quejé diciendo que, durante una guerra con la Unión Soviética que liberaría a ambos países del inmenso peligro que suponía el bolchevismo, cualquier discurso sobre hostilidades entre Rumanía y Hungría era una completa locura; pero mis protestas no tuvieron efecto sobre él, a pesar de que el peligro más inmediato que amenazaba a ambos países apenas había sido eliminado realmente unas semanas antes. ¿O fue esa precisamente la razón para que ahora no estuviera tan beligerante?

En cualquier caso, Antonescu comprometió su nueva participación en nuestra guerra en Rusia con un contingente de quince divisiones si le garantizábamos que las modernizaríamos y equiparíamos de nuevo, a lo que naturalmente accedí, por muy duro que fuese para nosotros. De hecho, el Ejército rumano era más fácil de saciar, porque había estado equipado en gran medida con armas procedentes de Francia, y éramos capaces de satisfacer sus requerimientos gracias al botín que nosotros habíamos obtenido allí [en Francia].

La forma en la que se produjo mi visita a Bucarest fue la siguiente: Hitler había rechazado su invitación y Göring era reacio a ir porque había ofendido a Antonescu sobre la cuestión de las entregas de petróleo de Rumanía. El resultado es que acudí yo como representante de las Fuerzas Armadas alemanas en el desfile de la victoria. Permanecí como invitado del joven rey en el Castillo Real, donde, junto con Antonescu, mantuve una audiencia con el rey y la

reina madre (la esposa del rey exiliado, quien hacía ya mucho que había encontrado una sustituta adecuada en su amante, la señora Lupescu). Con veintiún años, el rey era un joven alto, delgado y bien parecido, todavía de modales algo bruscos, pero no antipático; la reina madre seguía siendo una mujer muy atractiva y con mucho mundo. Antonescu puso fin a nuestra conversación superficial al indicarnos que era hora de que nos marchásemos al desfile y a su ceremonia previa de investidura.

Antonescu me preguntó varias veces mi opinión sobre el desfile, que, para los estándares alemanes, fue bastante irregular. Me apresuré a señalar que, por supuesto, no se deberían utilizar nuestros grandes desfiles alemanes de tiempos de paz como vara de medir, pues aquellas tropas que veíamos acababan de regresar del frente; dije que lo que importaba no era la disciplina de su instrucción, sino la expresión de sus rostros cuando miraban a sus líderes más importantes; y aquello me había causado una impresión muy favorable.[1]

Como resultado de mis conversaciones en Budapest, la vanidad de Mussolini se vio sometida a una dura prueba no solo con Rumanía, sino también con Hungría contribuyendo a nuestra campaña de 1942 en Rusia. No podía ver a Italia avergonzada de ese modo y, en consecuencia, nos ofreció sin que se lo pidiéramos un contingente de diez fuerzas de infantería; era una oferta que el Führer difícilmente podía rechazar. Según nuestro general en Roma, el general Von Rintelen, eran fuerzas de élite, incluidas cuatro o seis divisiones alpinas o, en cualquier caso, lo mejor que tenían los italianos. Las complejidades del transporte hacían imposible que nosotros pudiéramos trasladarlas hasta la llegada del verano, pues nuestros ferrocarriles tenían que ocuparse primero de las concentraciones de tropas alemanas para la ofensiva de verano.

El sistema de transporte ferroviario nunca cubría las necesidades de las Fuerzas Armadas o la economía de guerra, a pesar del hecho de que los ferrocarriles del Reich alemán no solo gastaban enormes cantidades de material en modernización, sino que también ponían a los mejores ingenieros y directores ferroviarios a trabajar en nuestro

sistema. El funcionamiento de los ferrocarriles durante el invierno de 1941-1942 solo puede calificarse como desastroso; desde diciembre de 1941 a marzo de 1942, se fue haciendo tan crítico que solo la creación de una organización especial de transporte a motor evitó el absoluto colapso del sistema vital de suministro de nuestras tropas. El 1 de enero de 1942, el ministro Dorpmüller [ministro del Reich de Transportes] y su subsecretario, Kleinmann, pasaron todo el día desde primera hora de la mañana hasta última de la tarde en el cuartel general del Führer. Una hora tras otra se sucedieron las reuniones con el Führer y conmigo, y el jefe de Transporte Militar, el general Gercke, también fue convocado. La situación exigía la adopción de medidas especiales, en particular para la protección de las locomotoras y sus estaciones de repostaje de agua que estaban absolutamente inutilizadas por las temperaturas bajo cero de la inusual racha de frío. Había días en los que se estropeaban hasta cien locomotoras; las locomotoras alemanas no estaban diseñadas para un clima como aquel; nos habíamos visto forzados a fijar todas las vías férreas al ancho de vía estándar en Alemania, porque prácticamente no había caído en nuestras manos nada de material rodante ruso.

El jefe de Transporte Militar se había quejado amargamente —y con razón— de los Ferrocarriles del Reich por no sustituir las locomotoras que se averiaban; su falta de protección contra el frío no era culpa suya. Durante aquella tarde, con el Führer en su silla, se llegó a la única solución posible: los Ferrocarriles del Reich asumirían toda la responsabilidad de todo el sistema ferroviario de la Rusia ocupada partiendo de las cabeceras de vía del Ejército desde donde se distribuían los suministros hasta los depósitos de entrega en la línea del frente. La red ya no sería responsabilidad del jefe de Transporte Militar.

En vista de esto, solo existía una solución reseñable, pues la dirección de todo el sistema de transporte en los territorios ocupados era, por lo demás, competencia del jefe de Transporte Militar. Pero el general Gercke fue suficientemente sabio como para aceptar esta sugerencia del Führer porque el ministro de Transportes había dispuesto medios bastante diferentes para eliminar paradas y

porque él, Gercke, ya no respondería por ello. En su lugar, se requirió al Ministro de Transportes que informara cada día personalmente al Führer sobre cuántos convoyes había entregado al jefe de Transporte Militar en las cabeceras de vía. Las cifras siguientes ofrecerán una idea de la dimensión del problema: el Ejército de Tierra por sí mismo (es decir, sin incluir la Fuerza Aérea) tenía unas necesidades de 120 convoyes de suministros cada veinticuatro horas, asumiendo que no existieran operaciones concretas que exigieran mayores suministros de municiones y transporte hospitalario; pero, con un supremo esfuerzo, la capacidad de transporte de los ferrocarriles podía acabar alcanzando solo los cien trenes al día, y eso solo durante periodos de tiempo breves. Además, había violentas fluctuaciones que podían ser atribuidas a las interminables paradas en el recorrido provocadas por los partisanos; a menudo había más de cien tramos de vía volados en una sola noche.

La ofensiva de primavera comenzó en la región de Poltava justo en el último instante antes de que las penetraciones rusas pudieran atravesar nuestras débiles y cada vez más extendidas líneas de defensa. El mariscal de campo Von Bock quiso utilizar los refuerzos que se le habían concedido para la contraofensiva —algunos de ellos todavía en proceso de traslado al frente— para defender el área donde el peligro de una irrupción rusa por el oeste parecía más inminente; pero el Führer, como comandante en jefe del Ejército, insistió en que se lanzara el contraataque de tal manera que golpease la raíz de la protuberancia de la línea enemiga y la cortase a lo largo de su «cuerda»; de este modo extirparía el quiste. Por otro lado, Von Bock temía que todo aquello se estuviera intentando demasiado tarde.

Hitler intervino y se limitó a ordenar que se llevara a cabo la operación tal como había dicho. Demostró tener razón, con el resultado de que, en su hora de crisis, la batalla se convirtió en una derrota decisiva para los rusos que sufrieron unas cantidades enormes e inesperadas de prisioneros.

No me queda mucho tiempo, de manera que me abstendré de describir el avance de la ofensiva de Hitler hasta que se detuvo en el Cáucaso y Stalingrado —el preludio del cambio de marea contra nosotros en el este—. Me gustaría limitar mi narración a algunos episodios concretos y a experiencias personales durante aquel periodo.

El primer acontecimiento, absolutamente inexplicable, fue la publicación en los periódicos de las potencias occidentales de algunas copias de nuestro plan de ataque. Reproducían al menos una frase de la «directiva básica» del Führer de una manera tan precisa que no podía haber duda de que se había producido una traición en algún punto de la línea. La desconfianza del Führer hacia los estados mayores a los que se les había confiado el estudio preliminar encontró nuevo sustento: renovó sus acusaciones contra el Estado Mayor General que, decía, era la única fuente posible para la traición.

De hecho, tal como se descubrió al invierno siguiente, el culpable era un oficial renegado del Estado Mayor de Operaciones de las Fuerzas Aéreas que había sido destinado a la sección de Inteligencia y que había establecido contactos con la red de espionaje del enemigo. Durante un gran juicio en el Tribunal Militar del Reich en diciembre de 1942 se pronunciaron varias sentencias, pues se había descubierto en Berlín una gran organización de traidores y espías. Aunque estaban implicados sobre todo civiles, tanto hombres como mujeres, la fuente de inteligencia militar más importante para los enemigos había sido este oficial de las Fuerzas Aéreas, el teniente coronel Schulze-Boysen y su esposa. Pero hasta que se descubrió esto, Hitler continuó insultando al Estado Mayor General del Ejército, que era absolutamente inocente.

La segunda desgracia ocurrió cuando el aeroplano de un oficial del estado mayor de una división se estrelló en tierra de nadie en el frente oriental; llevaba consigo la orden promulgada al Cuerpo de Ejército del general Stumme para su ataque durante la gran ofensiva que habría de empezar unos pocos días más tarde. El desventurado oficial se había perdido con el avión y, junto con sus documentos, cayó en manos rusas; fue fusilado de inmediato. La indignación de

Hitler por lo que se refería a los oficiales al mando —el general al mando, su jefe de estado mayor y los comandantes de las divisiones — resultó en una corte marcial ante el Tribunal Militar del Reich presidido por Göring. Gracias a él, y a mi propia colaboración, todos los oficiales sentenciados fueron perdonados de diferentes formas y reasumieron posteriormente sus obligaciones en otros lugares. El valioso general Stumme murió en combate algunos meses después mientras sustituía a Rommel en el norte de África.

Tras una batalla de tres días, conseguimos abrirnos paso hacia Voronezh y la batalla por el Don propiamente dicha comenzó al cruzar la ciudad. Fue entonces cuando comenzaron a hacerse sentir las primeras dudas acerca del liderazgo de Von Bock sobre su Grupo de Ejércitos, porque, desde el punto de vista de Hitler, se estaba atrincherando en una batalla allí en lugar de dirigirse a toda prisa hacia el sur (sin preocuparse por el destino de Voronezh o por sus flancos y retaguardia) y ganar territorio a lo largo del Don tan rápido como fuera posible.

En sus peleas con Halder pude ver de nuevo surgir una crisis de liderazgo, y aconsejé al Führer que volase en persona a donde se encontraba el mariscal de campo Von Bock para discutirlo con él. Se aceptó mi propuesta. Acompañé al Führer en el vuelo, mientras Halder había aportado un oficial de Estado Mayor procedente del departamento de operaciones de la Oficina de Guerra. Como de costumbre, el Führer esbozó su estrategia básica a Von Bock y discutió con él, de un modo amigable, la forma en la que quería que continuase la operación.

Por ambas partes hubo una atmósfera cordial, algo que, debo admitir, me disgustó, porque el Führer solo tocó de modo marginal la cuestión que más le preocupaba y que el día anterior había calificado tan claramente como un error. Aquello me enfadó mucho y, de manera excepcional, abandoné mi invariable reticencia y le dije sin tapujos a Bock qué era lo que quería el Führer, con la esperanza de que este último hablara entonces y expresara más claramente su pensamiento. Pero el momento pasó inadvertido, porque todo el mundo comenzó a levantarse para comer. No obstante, aproveché la

oportunidad de decirle con toda franqueza al jefe de Estado Mayor del Grupo de Ejércitos, el general Von Sodenstern, por qué el Führer había ido allí en persona y qué era lo que pensaba.

Después de la comida, que estuvo marcada por la misma atmósfera afable de la reunión, volamos de regreso al cuartel general del Führer.

El verdadero resultado fue negativo: ya al día siguiente, mientras Halder dirigía la conferencia de guerra, Hitler estalló de nuevo en maldiciones sobre el recalcitrante e incompetente liderazgo del Grupo de Ejércitos: pero el propio Führer era el único culpable, porque yo mismo había contemplado cómo se había limitado a marear la perdiz en lugar de expresar con claridad lo que quería. Así pues, Halder, Jodl y yo tuvimos que soportar la escena una vez más.

He mencionado este episodio tan solo porque observé a menudo esta debilidad de Hitler al «parlamentar» con sus generales de mayor graduación. Me daba la impresión de que se sentía hasta cierto punto avergonzado y se veía obligado a adoptar una actitud inapropiada de modesta reserva, con el resultado de que los generales que raramente se encontraban con él cara a cara no conseguían apreciar la gravedad de la situación y, sin duda, ni siquiera soñaban que estuvieran bajo sospecha de estar sacando los pies del tiesto y de no reconocer a Hitler, el Führer y comandante supremo de las Fuerzas Armadas, como un experto en cuestiones militares. Respecto a esta cuestión en particular, Hitler —aparte de su natural desconfianza— era extremadamente susceptible y se ofendía con facilidad. Así pues, el origen del despido de von Bock estuvo ahí; unas pocas semanas más tarde lo sustituyó el mariscal de campo Freiherr von Weichs.

Para las operaciones en el Cáucaso se había previsto un Grupo de Ejércitos A de nueva formación, y ya se había entrenado a su estado mayor de operaciones. Surgió la cuestión de elegir un comandante en jefe adecuado para el grupo; Halder y yo —de manera independiente uno de otro— propusimos el nombre del mariscal de campo List. Hitler dudaba y no se decidía, aunque se negaba a hacer público lo que tenía contra él. Al final, cuando era ya el momento de

tomar una decisión, Halder y yo mantuvimos una reunión con Hitler sobre esta cuestión, y después de muchas dudas dio su consentimiento. Pero ya las primeras operaciones llevadas a cabo por el Grupo de Ejércitos mientras avanzaba más allá de Rostov y se disponía a desplegarse en abanico por el interior del Cáucaso provocaron una oleada de acusaciones injustificadas contra List: de repente, la historia era que había impedido que las unidades blindadas de las SS se dirigieran hacia Rostov, o que había comenzado muy tarde y había atacado de manera demasiado cauta, y otras cosas así, aunque todos nosotros sabíamos que había actuado de acuerdo a las órdenes que se le habían dado.

Algunas semanas más tarde, List vino a informar al cuartel general del Führer en Vinnitsa; yo me encontraba en Berlín, pero a mi regreso me vi obligado a escuchar las quejas de Hitler de que había sido yo el responsable por haber propuesto el nombre de este hombre inadecuado, que había dejado tras él la peor impresión posible, de una absoluta falta de orientación. Se había presentado con un mapa impreso a una escala de uno a un millón, en el que no estaba marcada la disposición de ninguna de sus tropas, etc., etc. Cuando repliqué que él, Hitler, había prohibido expresamente que se llevasen mapas tan detallados en los viajes de avión, se revolvió violentamente contra mí, gritando que Göring también había estado presente en la reunión con List y que se había quedado muy sorprendido.

El desastroso vuelo que Jodl hizo entonces al Cuerpo de Montaña, que estaba desplegado sobre todo en el Cáucaso y combatía por los pasos de montaña que conducían al mar Negro, llevó la crisis a su punto álgido. Jodl mantuvo una detallada reunión con el general al mando del Cuerpo de Montaña, el general Konrad, y con el mariscal de campo List, acerca de lo desesperado de la situación, y a su regreso informó al Führer esa misma tarde que se veía obligado a suscribir la apreciación de List de que la tarea que se le había encomendado era imposible de llevar a cabo. Me ahorraré los detalles —Jodl puede hacerlo y los contará mucho mejor que yo—. En cualquier caso, la contribución de Jodl —que en realidad no representó nada más que la opinión del propio Jodl y de List— dejó

al Führer sin palabras, y acabó provocando un terrible brote de ira. Aquí, una vez más, el daño lo había provocado la crisis de confianza y su patológico delirio de que sus generales estaban conspirando contra él y estaban intentando sabotear sus órdenes con lo que él consideraba que no eran más que pretextos muy poco convincentes. Había acabado por obsesionarse con la *idée fixe* de capturar la carretera costera que transitaba a lo largo del mar Negro y por el espolón occidental de las montañas del Cáucaso, y creía que sus generales no conseguían apreciar el valor de su estrategia y por esa razón se oponían a él. Lo que parece que no quería comprender era que las grandes dificultades de suministros y logísticas que suponían los pasos de montaña hacían que esa operación fuese absolutamente impracticable.

Como resultado, su furia desatada se dirigió contra Jodl y contra mí —en mi caso, por haber preparado originariamente la visita de Jodl—. Se me ordenó que volase a Stalino al día siguiente para ver a List y le informase de que había sido relevado de su mando del Grupo de Ejércitos y que debería regresar a casa a esperar la voluntad del Führer.

Nunca descubrí quién había estado removiendo las cosas contra List, un comandante del Ejército del mayor calibre que había demostrado particularmente su valor en Francia y en los Balcanes. Creo que la caza de brujas comenzó en el lado político, con Himmler o Bormann; de otro modo, resulta inexplicable.

Las consecuencias de esta serie de acontecimientos ya se han relatado en otros lugares: se supone que Jodl desaparecería, aunque lo protegía diciendo que yo era el responsable; aunque había perdido mi reputación, se me negó el despido o mi envío a cualquier otro destino, a pesar de que Göring me había prometido que obtendría esto del Führer. Ya no volvimos a compartir su mesa a la hora de la comida, y siempre se interponían entre nosotros los taquígrafos cuando nos reuníamos. Hasta el 30 de enero de 1943 Hitler no se dignó a darnos de nuevo la mano a Jodl y a mí.

Tampoco el jefe del Estado Mayor del Ejército, Halder, escapó indemne durante esta bronca sobre List. Las operaciones dentro y al norte del Cáucaso no consiguieron satisfacer los ambiciosos planes

de Hitler, y los ataques rusos sobre el Grupo de Ejércitos Sur al oeste y sur de Moscú habían creado una situación muy seria; de hecho, habían sido concebidos para aliviar a los rusos fuertemente presionados en el sector meridional del frente.

Halder describió con acierto la situación global como cualquier cosa menos satisfactoria, a pesar de las enormes ganancias territoriales proporcionadas por nuestra ofensiva. Halder, igual que Jodl y yo mismo, estaba aguardando a ver dónde aparecerían las reservas estratégicas de los rusos, además de en estos focos de ataque reconocibles y reconocidos; en su opinión, estas reservas todavía no habían sido puestas en la balanza. Además, el estilo de guerra de los rusos durante nuestra gran ofensiva en el sur había manifestado un nuevo carácter: en comparación con las anteriores acciones de envolvimiento, el número de prisioneros que cayó en nuestras manos permaneció en cifras relativamente bajas. El enemigo estaba evitando a tiempo las trampas que le tendíamos, y como defensa estratégica estaba explotando la absoluta enormidad de su territorio esquivando a nuestras fuerzas y evitando acciones desastrosas. Solo dentro y en los alrededores de Stalingrado y en los pasos de montaña ofreció realmente el enemigo su resistencia más tenaz, pues ya no tenía que temer la perspectiva de un envolvimiento táctico.

Aunque hubiera tenido éxito la concentración del Sexto Ejército de Paulus —que dependía en gran medida de la fuerza de nuestros aliados a lo largo del río Don, que estaban reforzados por algunas divisiones alemanas— en su intento de atravesar el área de Stalingrado, sus fuerzas estaban demasiado extendidas para algo más que ofensivas localizadas en los campos petrolíferos cercanos a Stalingrado; el frente demasiado extendido ya no era capaz de destrozar sus ataques. Halder percibió correctamente el peligro al que se exponía el flanco del Don, que estaba siendo sostenido al sur de Voronezh por los húngaros e italianos, y al oeste de Stalingrado por los rumanos. El Führer nunca había perdido de vista el posible peligro del flanco del Don y su fe en sus aliados era solo limitada, pero consideraba el valor del río Don hasta tal punto como un

obstáculo, al menos hasta que se helase, que pensaba que merecía la pena arriesgarse con ellos.

Aunque Hitler había tolerado la cooperación con Halder por sentido común más que porque confiase en él o por inclinación personal, se podía detectar un marcado distanciamiento entre ellos, una creciente tensión que se manifestaba en parte por el trato abrupto que daba a Halder, en parte por una crítica nada favorable hacia él y, en ocasiones, incluso violentas discusiones. Todos veíamos cómo Hitler aireaba su desilusión por la forma en que se había atascado la ofensiva y por los llamamientos de ayuda de los Grupos de Ejércitos Norte y Centro —que luchaban y se defendían desesperadamente—, llamamientos que Halder no dejaba de señalarle.

Hitler tenía que pagar su mal humor con alguien. En su disputa con Jodl y conmigo ya había demostrado su incapacidad para controlar sus sentimientos. Su insoportable irritabilidad venía provocada en gran medida por el cálido clima continental de Vinnitsa, que no podía soportar y que, literalmente, se le subía a la cabeza, tal como el profesor Morell me explicó varias veces. Las medicinas resultaban inútiles contra aquello; e incluso la instalación humidificadora permanente en su búnker y en su cámara de conferencias solo aliviaba su incomodidad temporalmente.

Pero, aparte de todo esto, cada situación solo endurecía en nosotros una tácita conciencia de que las enormes cantidades de hombres y material que estábamos suministrando a raudales sin esperanza de sustitución no admitían comparación con el escaso gasto de los rusos hasta ese momento. Casi cada día Halder estaba esperando con nuevas estadísticas sobre las formaciones que aún tenía disponibles el enemigo como reserva estratégica y sobre su producción de tanques y piezas de recambio (datos proporcionados por el general Thomas), además de sobre la capacidad de su industria armamentística en los Urales (de nuevo Thomas), etc.; una y otra vez, el Führer se sentía incitado a refutar las estadísticas.

Se me prohibió continuar haciendo circular los «derrotistas» informes del general Thomas: eran pura fantasía, se negaba a admitirlos, etc. Su crítica hacia Halder se hizo cada vez más

frecuente: era un pesimista, un profeta del juicio final, estaba infectando a los comandantes en jefe con sus lamentaciones y otras cosas similares. Fue entonces cuando supe que la rueda había dado una vuelta completa: se estaba buscando un chivo expiatorio, alguien a quien arrojar al desierto.

Cuando Hitler me informó en presencia del general Schmundt de que iba a deshacerse de Halder, rompí la promesa que me había hecho a mí mismo después de la calamidad del mariscal de campo List de no volver a poner otro nombre sobre la mesa para ningún otro puesto. No podía limitarme a sentarme y hacer la vista gorda mientras las cosas seguían su curso: defendí con energía al general Von Manstein como sucesor de Halder; una vez más Hitler rechazó mi propuesta, esta vez con la excusa de que no podía retirarlo de su actual mando. Después de mucho ir de un lado a otro, propuse con mucha mayor firmeza el nombre del general Paulus; recibí un «no» categórico. Paulus, dijo, iba a asumir el cargo del general Jodl después de la batalla de Stalingrado. Ya lo había decidido, pues no tenía intención de seguir trabajando mucho más tiempo con Jodl. Ya había llegado a esas decisiones y las había hablado con Schmundt.

Este último iba a volar a París al día siguiente para ir a traer al general Zeitzler, el jefe de estado mayor de Von Rundstedt como comandante en jefe del oeste; iba a nombrar a Zeitzler nuevo jefe del Estado Mayor General. Yo consideraba a Zeitzler prácticamente indispensable en el oeste y le advertí urgentemente contra aquella idea de retirarlo de allí en la situación presente: no era el hombre que buscaba el Führer, no lo necesitaba, le dije; y añadí que estaba en buena posición para juzgar, y conocía a Zeitzler demasiado bien, aunque lo consideraba un brillante jefe de Estado Mayor de un Ejército y de un Grupo de Ejércitos.

No se hizo caso a ninguno de mis consejos. Era obvio que el Führer y Schmundt estaban juntos en aquello, y este último ejecutó su misión en París.

Aquel mismo día, Halder fue convocado ante Hitler en mi presencia. El Führer pronunció un largo discurso, en el cual explicó que no podía trabajar con él durante mucho más tiempo y que había

decidido buscar otro jefe del Estado Mayor General. Halder escuchó la diatriba sin abrir la boca; luego se levantó y salió de la sala tras pronunciar: «Me marcho».

Dos días después comenzó la era de Zeitzler, en estrecha colaboración con Schmundt, quien debió, por lo tanto, estar detrás de aquella elección. Zeitzler había conseguido atraer la atención del Führer hacia él: había sido jefe de Estado Mayor en un Cuerpo de Ejército en la campaña polaca, y durante la campaña en el oeste había sido jefe de Estado Mayor en el grupo blindado de Kleist en el momento de la irrupción en Sedán hacia Abbeville. Había destacado en particular como el organizador de las defensas costeras en el Atlántico, desempeñando una función muy importante en el éxito de las defensas de Dieppe en el momento del ataque británico sobre aquel lugar en el verano de 1942. Cuando ya se dijo e hizo todo, yo tenía un interés más que académico acerca de quién sería elegido jefe del Estado Mayor General porque quería ver por fin a alguien que disfrutara realmente de la confianza del Führer ocupando el cargo de control del Ejército.

No pude sino sentir un gran alivio al saber que no tendría que librar una batalla diaria contra la desconfianza del Führer.

Jodl y yo esperábamos también tener una fructífera colaboración con él, pues Zeitzler había sido oficial de operaciones de Jodl durante varios años y no solo estaba familiarizado con los conceptos básicos de un mando unificado de las Fuerzas Armadas, sino que, de hecho, había sido uno de sus primeros defensores. Fue nuestra primera y más grave desilusión cuando vimos exactamente lo contrario de lo que habíamos esperado que ocurriera: Zeitzler no solo se apartó de nosotros, sino que intentó excluirnos en una mayor medida —incluso más que hasta entonces— de la toma de decisiones en el frente oriental, informando con frecuencia a Hitler sobre la situación en el frente oriental en solitario y *à deux* . Era evidente que consideraba que Jodl solo estaba interesado en otros escenarios de la guerra; y era todavía más evidente que temía nuestra influencia sobre el Führer —un punto de vista muy lamentable y estrecho de miras.

En el norte de África, durante el verano de 1942, la campaña triunfante de Rommel con su única división de infantería ligera y dos divisiones blindadas, y con la participación de unidades italianas y el magnífico apoyo de Kesserling, nos proporcionó unas victorias inesperadas. Ahora que había organizado la defensa del sector que había alcanzado al oeste de Alejandría, el propio Rommel, que en el espacio de un año había sido ascendido desde teniente general a mariscal de campo, tuvo que regresar urgentemente a Alemania para recuperar su salud que se había visto gravemente afectada por el clima tropical. Uno no puede dejar de preguntarse qué habría logrado este audaz y muy querido comandante de tanques si hubiera estado combatiendo con sus unidades en el único teatro de operaciones de la guerra en el que se iba a decidir el destino de Alemania.

El nuevo jefe del Estado Mayor General estaba heredando un oneroso legado: se libraban feroces y poco rentables combates en las estribaciones septentrionales de las montañas del Cáucaso, había una incertidumbre a lo largo del debilitado frente de las estepas entre las montañas y Stalingrado, había combates muy duros dentro y alrededor de la propia Stalingrado y el peligro más grave posible para nuestros aliados que sostenían el frente a lo largo del río Don. La incómoda pregunta que ensombrecía todo era: ¿dónde iban a lanzar los rusos su contraofensiva? ¿Dónde estaban sus reservas estratégicas?

La batalla de Stalingrado se tragó una división tras otra, atrayéndolas como polillas a la llama; aunque se había llegado al norte del Volga y al sur de Stalingrado, y en realidad se había penetrado dentro de la ciudad, la feroz lucha casa por casa estaba propagándose por el casco urbano y por sus enormes áreas industriales. Los avances logrados a un alto precio, y las brillantes victorias defensivas al norte y sur de la ciudad entre los recodos del Volga y el Don aumentaron nuestra determinación por capturar cada rincón de la ciudad y, con ella, alcanzar nuestro tentador y oculto propósito —la victoria en Stalingrado— que parecía a veces tan cercana. Ciertamente era la ambición de cada oficial y cada soldado en el ejército de Paulus, coronar su campaña con una victoria

absoluta: no ofreceré mi opinión sobre si, y hasta dónde nuestro comandante supremo [es decir, Hitler] estaba de este modo favoreciendo la catástrofe que vendría a continuación.

Cuando la contraofensiva [rusa] comenzó en noviembre, perfectamente posicionada desde el punto de vista estratégico, sorprendiendo primero al [Tercer] Ejército rumano abriendo de este modo una profunda brecha en el flanco del Sexto Ejército, y cuando estuvo entonces a punto de rodear al ejército de Paulus en Stalingrado, solo una decisión hubiera podido evitar el desastre: renunciar a Stalingrado y utilizar a todos los efectivos para abrirse paso hacia el oeste.

No tengo la menor duda de que hubiera funcionado, de que se hubiera salvado el Sexto Ejército y que probablemente los rusos habrían sido derrotados —aunque sin duda al precio de entregar Stalingrado y nuestra posición a orillas del Volga—. Todos los terribles acontecimientos que siguieron como consecuencia del completo envolvimiento del ejército de Paulus en Stalingrado en enero de 1943 —la prohibición de intentar salir para lo que ya era demasiado tarde, el vano intento de ofrecerle suministros desde el aire, el tardío contraataque lanzado con fuerzas insuficientes para liberar al Sexto Ejército— todo está profundamente grabado en mi memoria. No puedo describir el drama en toda su intensidad: carezco del material para ello...[2]

Entregar Stalingrado supuso, inevitablemente, un duro golpe para nuestro prestigio. La destrucción de todo un ejército y la situación provocada por su pérdida significó un revés que estuvo en consonancia con perder nuestra campaña de 1942-1943, a pesar del genio con el que nació y fue concebida. No debe apenas sorprender que nuestros críticos se hicieran cada vez más ruidosos y que los rusos recibieran un tremendo estímulo para la continuación de su guerra. Habíamos jugado nuestro último triunfo, y habíamos perdido.

Cualquiera que hubiera sido el resultado de un intento de rescate del ejército de Paulus en Stalingrado, desde mi punto de vista habría sido la única manera de evitar la derrota total a la que nos

enfrentábamos en nuestra campaña oriental. Aquello hubiera significado autorizar una retirada estratégica de todas nuestras tropas hasta el frente más corto posible: una línea desde el mar Negro o los Cárpatos hasta el lago Peipus. Haber construido y fortificado esa línea de frente como una línea de defensa, y haberla conservado con las fuerzas aún disponibles y haberla reforzado adecuadamente con las reservas cuando nos llegaran no habría sido, en mi opinión, impracticable.

K. 29 de septiembre [1946]

En este punto se interrumpen las primeras memorias del mariscal de campo Keitel. Dos días después se pronunció su sentencia a muerte y dedicó sus siguientes diez días a describir febrilmente los acontecimientos en y alrededor del cuartel general del Führer en abril de 1945, cuando comenzó el hundimiento final de Alemania —los últimos dieciocho días del Tercer Reich—. Keitel fue ahorcado el 16 de octubre de 1946, antes de que tuviera tiempo de revisar ninguno de sus manuscritos originales.

6. EXTRACTOS DE LAS CARTAS DE KEITEL A SU ESPOSA DURANTE LA GUERRA

Nota del editor: según el teniente coronel K. H. Keitel, Lisa Keitel (Fontaine de soltera), la viuda del mariscal de campo, quemó todas las cartas que había recibido de su marido. Pero entre los papeles del doctor Nelte, abogado defensor de Keitel, hay siete cartas escritas por Keitel a su esposa durante 1943 y 1944, algunas a lápiz y otras con tinta, cartas que por alguna razón que ya no puede determinarse fueron archivadas con su otra correspondencia que procedía del periodo del Juicio de Núremberg. Puede observarse cómo la típicamente correcta educación militar del mariscal de campo le impidió entrar en grades detalles sobre cuestiones del servicio en estas cartas privadas.

Cuartel General del Führer, 3 de agosto de 1943

El teléfono no me resulta suficientemente seguro para discutir la guerra y los peligros de la ofensiva aérea contra nuestras ciudades. Hamburgo ha sido una catástrofe para nosotros, y la noche pasada hubo otro nuevo ataque muy fuerte sobre ella. Se debe esperar lo mismo para Berlín tan pronto como las noches sean suficientemente largas para el mayor tiempo de vuelo que eso implica. Esa es la razón por la que quiero que abandones Berlín tan pronto como sea posible en vista del enorme peligro de que se produzcan incendios allí; los fuegos son mucho más peligrosos que los explosivos. [Keitel añadió cierto número de instrucciones personales para su esposa, que ella desobedeció; permaneció en Berlín, a pesar de sus complicaciones cardiacas, incluso después de que su hogar en el número 6 de Kielganstrasse hubiera sido bombardeado en noviembre de 1943.] *Me temo que habrá enormes conflagraciones que consuman barrios enteros, corrientes de petróleo fluyendo hacia*

los sótanos y refugios, fósforo, y otras cosas similares. Será difícil escapar entonces de los refugios, y está el peligro del enorme calor que se genera. No será cobardía, sino la pura conciencia de que, en vista de fenómenos como esos, uno se encuentra completamente indefenso; en el corazón de la ciudad estarás casi indefensa...

Aparte de esto no hay mucho que informar: hay un estado de flujo y solo podemos esperar y ver qué ocurrirá con los nuevos desarrollos en Italia. Badoglio nos ha asegurado de nuevo que continuarán combatiendo, y eso ocurrió solo con la condición de que aceptase el cargo. Nadie sabe dónde está Mussolini...

Cuartel General del Führer, 29 de agosto de 1943

Nadie puede decir cuándo habrá de nuevo en nuestras vidas un respiro de pacífica contemplación; por el momento, tenemos guerra —¡ya llevamos cuatro años de guerra! ¡Nadie sabe cuándo doblarán la rodilla los bolcheviques, pero antes de ese momento, nunca podrá haber paz!—. En cualquier caso, ahora tienes entretenimientos más que suficientes para meditar sobre ellos, mientras yo estoy aturdido por la carga de mi trabajo y el peso mucho mayor de preocupaciones y vejaciones. Por encima de todo esto, ahora estamos entrando de nuevo en el invierno, algo que es muy evidente para nosotros, con un día tan frío y lluvioso como el de hoy. Ahora mismo, el infierno está desatado en el frente oriental, pero cuento con un respiro cuando el barro comience a ablandarse, probablemente en cuatro o seis semanas como muy pronto, a mediados de octubre. Cuando eso ocurra, espero que cambiemos de campamento al sur de nuevo [es decir, al Berghof en Berchtesgaden]. *A mediados de esta semana hay un funeral de Estado en Sofía; tengo que representar a las Fuerzas Armadas alemanas. Probablemente volaré allí...*

En el frente oriental hubo un periodo de desesperados combates de retirada a lo largo de todos los sectores meridionales, con las tropas alemanas del Grupo de Ejércitos Sur, incluidos aquellos bajo el mando de los mariscales de campo Von Manstein yVon Kleist

retrocediendo hasta la línea del río Dniéper. El 28 de agosto, el rey Boris II de Bulgaria —el defensor de la máxima cooperación con las potencias del Eje en los Balcanes— había tenido un misterioso final en Sofía; oficialmente, se anunció que había muerto de una apoplejía cerebral, pero es más probable que fuese envenenado. ¡Sin duda, murió de forma muy conveniente para los soviéticos! Un regente asumió el Gobierno, pues el rey Simeón II, sucesor de su padre, todavía era menor de edad. El 22 de septiembre de 1943, el mariscal de campo Keitel celebró su sexagésimo primer cumpleaños.

Cuartel General del Führer, 25 de septiembre de 1943

A pesar de todo no hubo escasez de cartas y felicitaciones para mí el día 22, y los matices de las mismas no son interesantes: uno se ve obligado a observar cuántas, de hecho puedo decir que muchas, han sido de un carácter particularmente cordial y agradable, en contraposición a aquellas que se han contentado con meras formalidades... Primero desayuné temprano con los ayudantes y el comandante del tren, con huevos, pato asado y ensalada fría de carne, todo muy suntuoso. A las once en punto fui recibido en privado por el Führer, que me felicitó por mi cumpleaños; me invitó a cenar con él esa noche, cuando hubiera regresado de mi expedición de caza. A las once y media salí en coche a través de Wehlau hasta Pfeil, un recinto forestal al este de Königsberg, en el distrito de Labiau. Me cuidaron muy bien: Scherping, el inspector Forestal de Caza [de la Comisión Forestal del Reich y el Departamento Forestal Provincial de Prusia], *estaba allí para recibirme. De hecho, fue él quien me transmitió la invitación de Göring para ir a cazar alces. Después de una media hora de charla, salimos a los terrenos de caza, aproximadamente otros noventa minutos de trayecto hacia Tilsit.*

Nuestra cacería fue bastante emocionante. Había dos alces que ofrecían un blanco claro en la zona de caza de Tavellenbrück, en Ibenhorst. No pude acercarme al alce que divisé poco después de que comenzáramos nuestro acecho. No se podía ver nada entre las grandes hojas de algunos árboles, los densos alisos y los pastos, y la

marcha se hacía muy pesada. Al final disparé desde una distancia de unos trescientos metros y, por supuesto, a esa distancia erré el tiro. Continuamos buscando el rastro pacientemente y dos horas más tarde el alce apareció a apenas ciento cincuenta metros de distancia, recibiendo mi primera bala; disparé de nuevo de inmediato, y el alce se desmoronó. Era un animal enorme, de unos dos metros de altura y un peso aproximado de cuatrocientos kilos. En cualquier caso, mi aventura se vio recompensada. Un inspector muy amable y unas mujeres encantadoras. Regresé aquí a última hora de la tarde, y me dio tiempo a cambiarme de uniforme para cenar con el Führer.

26 de septiembre de 1943

Se supone que jamás he tenido tanto trabajo que hacer como en las últimas semanas y los últimos días. Incluso a mis ayudantes les parecer indescriptible y solo pueden mirar sin llegar a comprender la forma en la que lo soporto. Todas las tardes el trabajo me ocupa hasta muy tarde, o incluso hasta primera hora de la mañana siguiente, si quiero dejarlo todo listo. Pero, dado que mi sueño no sufre, a pesar de lo corto que es, no importa. ¡Felix Bürkner [antiguo inspector de Doma y Tiro de Caballos que había perdido su empleo por las dificultades causadas por su origen no ario] *me ha escrito una carta muy larga! Hay una oposición absolutamente incomprensible hacia él por parte de Schmundt, que se niega a darle un trabajo bajo ninguna circunstancia. Me resulta imposible quejarme ante el Führer por esta cuestión.*

No hay duda de que Keitel estaba abrumado de trabajo en las semanas que siguieron al 8 de septiembre de 1943, cuando Italia se retiró del Pacto del Eje, lo que supuso un considerable número de nuevas disposiciones en Italia y los Balcanes. Durante 1942 y 1943 Keitel comenzó a sufrir dificultades en el sistema circulatorio, y parece que esto fue a consecuencia tanto de la sobrecarga de trabajo como de la anterior dolencia pulmonar.

El 17 de julio de 1944, el mariscal de campo Erwin Rommel, comandante en jefe del Grupo de Ejércitos B en el frente de invasión

en Normandía, fue gravemente herido durante un ataque con ametralladoras contra su automóvil cuando regresaba de un recorrido de inspección por la línea del frente. Estuvo implicado en la conspiración del 20 de julio de 1944, y el 14 de octubre de 1944, fue convocado por el jefe de Personal del Ejército, el general Burgdorf, acompañado por su funcionario experto en interrogatorios de oficiales, el teniente general Maisel, y obligado a suicidarse ingiriendo veneno. Hitler le había ofrecido la oportunidad de suicidarse o bien enfrentarse a un tribunal popular. Para el momento en el que se escribió la siguiente carta, con su evasiva alusión a Rommel, la situación en el frente oriental era relativamente estable, con una campaña defensiva de otoño en las áreas de Gumbinnen y Goldap en Prusia oriental, y el Cuarto Ejército (general Hossbach) enfrentándose a un renovado ataque por parte del Segundo Frente Bielorruso.

Cuartel General del Führer, 24 de octubre de 1944

No puedo predecir hasta dónde llegaré con esta carta, pero, por lo menos, debo comenzarla. Todo lo que hay que informar es que mi salud es buena, que el oficial médico jefe, el doctor Lieberle, estaba ayer satisfecho con mi presión sanguínea y que es incapaz de hacer nada con mi corazón agitado y nervioso porque, desde el punto de vista orgánico, no hay nada mal en él...

Mientras tanto, han ocurrido muchas cosas: Rommel ha fallecido a causa de una trombosis tras las múltiples heridas en el cráneo que sufrió durante un traslado en automóvil. Es un duro golpe para nosotros la pérdida de un comandante tan favorecido por los dioses. Y ayer Kesserling resultó también herido en un accidente de tráfico. Todavía no sé nada con detalle, pero, en cualquier caso, estará fuera de la acción durante varios meses aunque consiga recuperarse. Chocaron contra la parte trasera de un tanque en la oscuridad. Tiene heridas en la cabeza y estuvo inconsciente durante algún tiempo. Espero que se recupere del todo.

Ahora mismo hay combates en Prusia oriental, donde los rusos han atravesado nuestras defensas a ambos lados del bosque de

Romincka. Creo que seremos capaces de solucionar las cosas, pero primero tenemos que aportar más tropas, y eso está en vías de ejecución. Nuestra presencia allí [es decir, en el cuartel general del Führer en Prusia oriental] *tiene un efecto muy tranquilizante sobre la población. Estoy seguro de ello. Sin duda, los rusos no imagina n que todavía estamos allí, lo que es una protección añadida para nosotros. ¡Hay tropas más que suficientes a nuestro alrededor para protegernos!*

A comienzos de noviembre, y de acuerdo con el testimonio de su familia, Keitel había perdido toda esperanza respecto a un final favorable de la guerra. De hecho, ya en agosto de 1941, tras la muerte de su hijo menor en Smolensk, confesó a su hijo mayor Karl-Heinz (según el recuerdo de este último) que no se podía ganar la guerra «por medios normales». Según el propio memorando de Keitel sobre la «Culpa del hundimiento alemán», fechado el 8 de junio de 1945 (papeles del doctor Nelte), el mariscal de campo vio el ataque contra Rusia de 1941 como un riesgo de difícil justificación. Preguntado sobre si el ataque había sido necesario, se limitó a responder: «Eso es algo que debe responder un político». La guerra podía haber terminado en 1941, añadió, solo si se hubiera logrado una victoria rápida en el este. Después de Stalingrado, solo quedó la esperanza de prevenir una invasión en el oeste y, de ese modo, evitar una guerra en dos frentes «que, tarde o temprano, sería nuestro final». Keitel añadía a continuación: «Si, a pesar de todo esto, el Führer continúa luchando, entonces, la única razón puede haber sido que pensaba que no había nada esperando al pueblo alemán salvo la aniquilación con la que había sido amenazado». La siguiente carta fue escrita a su esposa con ocasión de su cumpleaños el 4 de noviembre de 1944.

Cuartel General del Führer, 1 de noviembre de 1944

Esta noche viajaré en automóvil a Torgau, al Tribunal Militar del Reich, donde voy a nombrar al nuevo presidente [general Hans Karl von Scheele] *y mantener una conversación con los caballeros como*

su jefe. Solo pasaré por las afueras de Berlín en mi viaje de vuelta, recibiendo a algunas personas que me informen durante el trayecto y dejándolas en tierra en Fürtenwalde...

Después de todas las dificultades de estos últimos años, siempre debemos esperar mejores días en el futuro. En realidad, tenemos tras nosotros treinta y un años de guerra, que duran desde 1914 con solo breves interludios. Nuestra generación y la generación de nuestros hijos han merecido poder vivir sus vidas en una paz tan duramente ganada...

7. EL ATENTADO CON BOMBA, 20 DE JULIO DE 1944

Nota del editor: el 20 de julio de 1944, un maletín bomba explotó en el cuartel general del Führer en Prusia oriental. Hitler sobrevivió, pero murieron varios oficiales. La bomba había sido colocada por el coronel conde Von Stauffenberg, jefe de Estado Mayor del comandante en jefe del Ejército de Reserva. El plan era colocar al coronel general Ludwig Beck como «administrador del Reich», tras la muerte de Hitler, con el mariscal de campo Von Witzleben, que había estado de baja por enfermedad desde 1942, como comandante supremo de las Fuerzas Armadas; otros implicados que se encontraban en Berlín fueron el jefe de la Oficina General del Ejército, el general Olbricht, el comandante de la ciudad, general von Hase, y numerosos oficiales del Estado Mayor General. Además, los mariscales de campo Rommel y Von Kluge (comandante en jefe del Oeste) fueron conscientes de la conspiración. Después de la explosión de la bomba, a las 4.45 pm salió una señal de alto secreto que contenía las palabras claves «malestar interno», según la cual el mariscal de campo Von Witzleben transfería la autoridad ejecutiva en todas las áreas ocupadas a los comandantes en jefe de la línea del frente (es decir, sudoeste y sudeste) y en el frente oriental a los diversos comandantes de Grupos de Ejército. A las 6.00 pm salió otra señal hacia los distritos militares alemanes numerados del I al XIII y XVII, XVIII, XX, XXI y al distrito militar de Bohemia y Moravia, según la cual se transfería la autoridad ejecutiva a los generales al mando. La orden fue obedecida por completo solo por el representante del general de defensa del distrito VII (Viena), aparte del gobernador militar de Francia en París, mientras que en los distritos militares XI (Kassel) y XIV (Núremberg) se pusieron en marcha algunos pasos para obedecer la orden. Pero, durante la tarde, Keitel telefoneó a los distritos militares desde el cuartel general del Führer anunciando que las órdenes procedentes de

Berlín eran falsas y que el levantamiento había sido aplastado. Von Staufenberg, Olbricht y Beck fueron fusilados aquella misma noche, mientras que Von Witzleben fue ejecutado el 8 de agosto, y Von Kluge, tras ser llamado de nuevo para ser comandante en jefe del frente occidental, se suicidó el 19 de agosto, temiendo que iba a ser citado para rendir cuentas por su complicidad. El gobernador militar de Francia, general Von Stülpnagel, fue ahorcado (después de un frustrado intento de suicidio) el 30 de agosto, y el propio Rommel fue obligado a suicidarse en octubre de 1944.

El doctor Otto Nelte, abogado defensor del mariscal de campo Keitel en Núremberg, preparó un interrogatorio para que lo respondiera como una sesión preliminar a la audiencia. Se reproduce aquí la parte del interrogatorio que trataba sobre el atentado con bomba del 20 de julio de 1944 para arrojar luz sobre la actitud del mariscal de campo respecto a la conspiración, algo que él no tuvo tiempo de tratar explícitamente en sus memorias.

— ¿Cuáles fueron, en su opinión, los motivos más profundos del Putsch*?*

Desencanto con Hitler, tanto con su sistema político como con su dirección de la guerra. Como parecía bastante fuera de toda discusión que Hitler actuaría como mejor le pareciera, los conspiradores resolvieron eliminarlo. Al hacerlo, esperaban liberar al mismo tiempo a los soldados y oficiales de su juramento de fidelidad a Hitler. No sé qué tipo de sistema político se pretendía poner en su lugar si es que se pensaba en alguno. Nunca oí hablar de algo llamado programa de gobierno. Por lo que respecta al aspecto militar, no creo que se pretendiese acabar la guerra rindiéndonos. Hubo una orden firmada por Witzleben como «comandante supremo de las Fuerzas Armadas», pero fue rechazada por todos los que la recibieron. Al final, hubo también órdenes similares enviadas a los distritos militares, que no fueron obedecidas.

— ¿Hubo otras indicaciones, o recibió la Inteligencia indicios de que existía un movimiento revolucionario?

Ni el OKW ni yo supimos de ello. Hitler no había recibido informes o advertencias y no habló conmigo sobre el tema ni antes ni después del intento de asesinato. Durante las investigaciones se estableció que algunos oficiales de la Oficina de Guerra y de la Inteligencia militar habían sabido del intento de asesinato planeado, pero no habían informado.

— Me gustaría abstenerme de preguntarle por los detalles del Putsch*, pues no tienen relevancia para su defensa. Dígame tan solo una cosa: ¿tomó parte en el* Putsch *algún comandante del frente?*

No. No se determinó qué comandantes del frente —si es que hubo alguno— tuvieron algún conocimiento del *Putsch* que se estaba planeando. Hasta donde sé, ninguno. El intento del general Beck de establecer contacto [con el Grupo de Ejércitos Norte] fracasó y fue rechazado.

— ¿Qué papel representó usted en el asunto?

Estaba presente cuando explotó la bomba, y cuando dio las órdenes el Führer —que no estuvo privado de su autoridad gubernamental o ejecutiva ni por un instante—. Yo emití las instrucciones necesarias a todas las armas de combate y a todos los subcomandantes de distrito militares.

—He traído a colación este tema del atentado del 20 de julio de 1944 en su interrogatorio solo porque durante una sesión anterior alguien le ha acusado a usted de ser culpable de, o cómplice de, la muerte del mariscal de campo Rommel.

Rommel fue gravemente incriminado por el testimonio de uno de los principales conspiradores, un teniente coronel del Estado Mayor del gobernador militar de Francia, Von Stüpnagel. El Führer me mostró el protocolo del testimonio y ordenó al jefe de Personal del Ejército que convocara a Rommel a su presencia; Rommel se negó a presentarse, pues estaba demasiado enfermo para viajar. Acto seguido, el Führer ordenó a su jefe adjunto y al jefe de Personal del Ejército, Burgdorf, que fueran a verlo, llevando consigo el protocolo incriminatorio y la carta dictada por Hitler que escribí personalmente.

En esta carta se le sugería a Rommel que debería informar al Führer si creía que era inocente; si no podía, entonces su detención era inevitable, y se vería obligado a responder de sus actos ante un tribunal. Debería considerar las consecuencias que esto traería; por otro lado, tenía otra salida.

Tras examinar con detenimiento el protocolo y la carta, Rommel preguntó si el Führer era consciente de la existencia del protocolo; luego le pidió al general Burgdorf que le concediera un poco de tiempo para pensar. Burgdorf tenía órdenes personales de Hitler para que evitara que Rommel se suicidara pegándose un tiro; le ofrecería veneno, para que la causa de la muerte pudiera atribuirse a un daño cerebral que había sufrido durante su accidente de tráfico. Esa sería una salida más honorable y conservaría intacta su reputación nacional.

Cuando salieron juntos en automóvil para ver al médico en Ulm, Rommel tragó el veneno y murió. La causa real de la muerte fue ocultada por expreso deseo de Hitler, y Rommel recibió un funeral de Estado con todos los honores militares.

Es de interés considerar el interrogatorio preliminar del mariscal de campo Keitel por parte del coronel americano Amen, publicado en *Conspiración y Agresión Nazi* , Suplemento B, págs. 1.256 y ss. En este interrogatorio penosamente minucioso, queda absolutamente claro que el oficial norteamericano no consiguió percibir una cosa al desconocer el código de honor prusiano: los actos del mariscal de campo se basaron únicamente en las consecuencias normales que cualquier oficial alemán (y especialmente uno de alto rango) extraería de un intento fracasado de una acción basada —desde el punto de vista de Keitel— en motivos poco honorables. Se le debe conceder a un oficial alemán elegir su camino en toda ocasión. Durante su interrogatorio expresó su admiración sin límites por el valor y los logros militares de Rommel, y sin duda consideró que el veneno fue, en su caso, un mejor medio de suicidio que la tradicional bala en el cráneo, porque temía un enorme escándalo —no tanto por el Tercer Reich como por Rommel y el cuerpo de oficiales— si el suicidio de Rommel o, en su defecto, su sentencia a

muerte por un Tribunal Popular, fuesen de conocimiento público. De ahí la incomprensible —para los americanos— actitud mostrada por Keitel.

8. LOS ÚLTIMOS DÍAS BAJO ADOLF HITLER, 1945

Al ser una de las pocas personas que ha sobrevivido a los acontecimientos de abril de 1945 tanto dentro como fuera de la Cancillería del Reich, me gustaría relatar algunos de mis recuerdos, comenzando con los del 20 de abril, día del cumpleaños de Hitler.

Berlín y los barrios orientales de la ciudad ya se encontraban esporádicamente bajo el alcance de tiro de la artillería rusa de pequeño calibre; unos pocos bombarderos y aviones de reconocimiento enemigos habían estado sobrevolando el extremo oriental de la ciudad, en particular al anochecer y poco después de esa hora, pero mantenían una distancia prudente entre ellos y nuestras baterías antiaéreas situadas en las torretas que, además de actuar como defensas antiaéreas, estaban alcanzando a las baterías de largo alcance rusas con un fuego muy preciso que conseguía acallarlas repetidamente. Los combates ya habían llegado a los suburbios más alejados de Berlín oriental, pues el Noveno Ejército del general Busse había sido aplastado cerca de Frankfurt del Oder y Küstrin y nuestra defensa se había desmoronado allí.

El jefe del Alto Mando [es decir, el propio Keitel] y su jefe de Estado Mayor de Operaciones [Jodl], así como sus inmediatos lugartenientes, seguían trabajando en el puesto de mando que había sido construido en la calle Föhrenweg en Dahlem por el ministro de la Guerra Von Blomberg allá por 1936, mientras el Estado Mayor de Operaciones del OKW, que había abandonado sus cercanos cuarteles en el edificio del Mando de Zona Aérea en Kronprinzalle, se había trasladado [junto con el Estado Mayor General del Ejército] al búnker de la Oficina de Guerra en Wunsdorf (en Zosen). Fue allí donde Jodl y yo recibimos nuestros alojamientos de emergencia; a mí me alojaron en el número 16 de Föhrenweg, la antigua casa del campeón de boxeo Schmeling.

Hacia mediodía del 20 de abril, las fuerzas aéreas británicas y americanas llevaron a cabo su último ataque aéreo masivo contra el centro de Berlín, el barrio gubernamental. Junto con mi esposa, el gran almirante Dönitz y su esposa, y nuestros ayudantes, contemplamos este violento y horrible espectáculo desde un pequeño montículo en el jardín de los cuarteles de servicio del gran almirante, que había regresado a Berlín la noche anterior desde Coral, su cuartel general de operaciones cerca de Eberswalde, pues ahora se veía amenazado por el avance de los rusos.

Durante este último gran bombardeo con un tiempo perfecto y soleado, el edificio de la Cancillería del Reich, ya seriamente afectado, no sufrió nuevos daños. Nuestros escuadrones de cazas no hicieron nada para repeler el ataque sobre Berlín, y las defensas antiaéreas se mostraron impotentes contra un enemigo que atacaba desde una altura tan elevada. El ataque duró casi dos horas, con los bombarderos sobrevolando nuestras cabezas en formación cerrada como si fuera un desfile en tiempos de paz, y lanzando las bombas en perfecta coordinación.

Se había convocado una conferencia de guerra a partir de las cuatro de aquella tarde en el búnker del Führer en la Cancillería del Reich. Cuando Jodl y yo entramos, vimos al Führer acompañado por Goebbels y Himmler subiendo a las salas de estar de la Cancillería del Reich. Rechacé la sugerencia de un ayudante de que debería unirme a ellos, pues aún no había tenido la oportunidad de saludar al Führer. Me enteré de que varios muchachos de las Juventudes Hitlerianas estaban formados arriba, fuera de la Cancillería del Reich, para recibir condecoraciones por su valor, incluidas varías cruces de hierro, por su soberbio trabajo en unidades de vigilancia antiaérea y unidades antiaéreas durante los ataques aéreos enemigos.

Después de que el Führer regresara al búnker, Göring, Dönitz, Keitel y Jodl fueron convocados de manera individual a su pequeño cuarto de estar anexo a la cámara de conferencias para felicitarlo con ocasión de su cumpleaños. Todas las demás personas que participaron en la reunión fueron saludadas por el Führer con una sencilla sacudida de mano cuando entró en la sala, y no se prestó más atención al hecho de que fuese su cumpleaños.

Cuando me encontré solo cara a cara con el Führer, me sentí incapaz de felicitarlo. Dije algo en el sentido de que tanto su milagrosa salvación del asesinato el 20 de julio como que siguiera vivo hasta aquel día, el de su cumpleaños, para mantener en sus manos el mando supremo en aquel grave momento, cuando la propia existencia del Reich que había creado se veía amenazada como nunca lo había sido hasta entonces, inspiraba en nosotros la confianza de que él extraería lo que parecía entonces una inevitable conclusión: dije que creía que comenzaría las negociaciones de rendición antes de que la propia capital del Reich se convirtiera en un campo de batalla.

Estaba a punto de continuar en este tono cuando me interrumpió con las palabras: «Keitel, sé lo que quiero; voy a caer luchando, sea dentro o fuera de Berlín». Aquello me sonó como un eslogan vacío, y él pudo ver que yo estaba intentando disuadirlo de esa idea. Me ofreció su mano y dijo: «Gracias, llame a Jodl, por favor. Hablaremos más tarde sobre esto». Salí de la habitación. Nunca supe lo que trató con Jodl.

La conferencia de guerra tomó su curso habitual en los opresivos límites de la cámara del búnker. El general Krebs, de la Oficina de Guerra, describió la situación en el frente oriental, y Jodl en el resto de teatros de operaciones. Mientras tanto, Göring y yo nos retiramos a las habitaciones privadas y discutimos su intención de evacuar su cuartel general de operaciones a Berchtesgaden, pues Karinhall ya se encontraba en grave peligro y Kurfüst, el cuartel general de operaciones de la Fuerza Aérea, sufría cortes en sus redes de transmisiones de vez en cuando. Görign planeaba ir en coche, en cuyo caso ya era el momento de marcharse, pues entre Halle y Leipzig solo había una carretera principal en dirección al sur libre de las puntas de lanza enemigas. Aconsejé a Göring que se marchara, y me preguntó si yo le sugeriría a Hitler que trasladara el cuartel general de operaciones de la Fuerza Aérea a Berchtesgaden.

A pesar de la situación crítica —en el teatro de operaciones italiano— la conferencia de guerra transcurrió con calma y sin los habituales arrebatos de cólera. El Führer tomó varias decisiones claras y objetivas; su excitación estaba bajo control. Cuando planteé

la propuesta de que Göring se trasladase al sur antes de que quedasen cortadas todas las comunicaciones, estuvo de acuerdo hasta el punto de sugerírselo él mismo a Göring.

Mis razones para hacerlo se basaban lógicamente en mi firme convicción en aquel momento de que el Führer y el Estado Mayor de Operaciones del OKW también trasladarían —tal como se había previsto en nuestras órdenes— su mando supremo a Berchtesgaden, aunque no hasta que se consolidase la situación de los combates alrededor de Berlín. Si fuera necesario, tendría que huir en avión y de noche. Ya estaba preparado un avión a tal efecto, y todo aquel que no fuera absolutamente vital para el cuartel general del Führer en Berlín ya había sido enviado a Berchtesgaden en trenes y convoyes especiales de camiones. Lo mismo ocurrió con el OKW y la Oficina de Guerra, que habían sido divididos y reorganizados en un Estado Mayor de Mando Norte conjunto (para Dönitz) y otro en el sur, en Berchtesgaden. Dönitz iba a asumir el mando de todas las armas de las Fuerzas Armadas en el norte de Alemania tan pronto como el centro y el sur quedaran incomunicados con el norte por la unión de las tropas norteamericanas y rusas al sur de Berlín. El propio Hitler había firmado las órdenes para esto, porque planeaba tomar el mando personalmente en el sur, mientras que estaría en comunicación por radio con Dönitz.

A nuestro regreso a Dahlem, el 20 de abril, informé a Jodl sobre mi decisión de hacer volar a Berchtesgaden a todos aquellos de cuyos servicios pudiésemos prescindir; mi propio tren especial ya se había trasladado allí dos días antes. Con mi adjunto Szymonski al mando, mi aeroplano privado realizó un perfecto despegue a la luz del día a manos del ingeniero de estado mayor del aire Funk [piloto de Keitel] y toda la tripulación, trasladando al general Winter, al doctor Lehmann, a frau Jodl y a mi esposa a Praga, donde un coche de servicio estaba esperando para trasladarlos a Berchtesgaden. El avión estaba aquella misma noche de vuelta y a mi disposición en Berlín-Tempelhof. Todo aquello se hizo para aliviar la presión y preparar el camino para la inminente migración del cuartel general del Führer a Berchtesgaden, un movimiento que, en aquel momento, estaba más allá de cualquier discusión.

El 21 de abril, el general Schörner, comandante del mayor y más fuerte grupo de ejércitos en el frente oriental [Grupo de Ejércitos Centro] que operaba desde el sur de los Cárpatos hasta casi el sur de Frankfurt del Oder, llegó para ofrecer al Führer un informe personal de la situación. Se reunieron absolutamente en privado, y cuando Jodl y yo entramos en el búnker del Führer aquella tarde, Schörner ya se estaba despidiendo de él. Era evidente que su charla había animado enormemente al Führer, porque pronunció unas pocas observaciones optimistas de las que se hizo eco Schörner, y luego nos invitó a felicitar al nuevo «mariscal de campo» de Alemania.

A medida que avanzaba la conferencia de guerra, se hizo cada vez más evidente que Schörner había imbuido al Führer de una confianza exagerada en su propio frente y en su liderazgo, y que Hitler se estaba agarrando a ello como a un clavo ardiendo, a pesar del hecho de que, en el resumen final, solo era una sección limitada del frente la que estaba ofreciendo alguna resistencia. Las cosas estaban volviéndose desesperadas en Italia, los rusos estaban a las puertas de Berlín... El estado de ánimo del Führer aún brillaba cuando, de manera inesperada para nosotros, el general Wenck, al mando del recientemente formado Duodécimo Ejército, hizo su aparición durante la reunión para informar a Hitler sobre la posición de sus divisiones, y sobre las intenciones operativas y el calendario para su ataque sorpresa contra las formaciones americanas que operaban en la región de Harz y avanzaban sobre el Elba. Puesto que el general Wenck ha sobrevivido y está prisionero de los americanos, dejaré que él mismo describa cuáles fueron sus propósitos, intenciones y perspectivas en algún momento del futuro. En lo que a mí respecta, no dispongo de mapas ni papeles para referirme a ello. Hasta donde había podido llegar a conocerlo, el Führer valoraba especialmente a Wenck como un oficial de Estado Mayor enérgico pero prudente. Había sido el compañero más cercano del jefe de Estado Mayor General, Guderian, de quien era mano derecha y representante permanente, y había sido cuidadosamente seleccionado por el Führer para el mando del Duodécimo Ejército recién constituido. Se esperaba que este ejército

propiciara un cambio en la posición entre las montañas de Alemania central y el Elba, barriendo a las fuerzas enemigas —que se pensaba que eran débiles— en la zona de Magdeburgo-Lüneberg-Brunswick, y uniéndose con el grupo blindado que había cruzado el Elba al sur de Launeburg y que estaba combatiendo en las cercanías de Uelzen.

En vista de la improvisada naturaleza de su formación, la complejidad de la situación, que estaba comprometiendo a todas las fuerzas a nuestra disposición, y la debilidad numérica del ejército en cuestión, yo me sentía incapaz de comprender tanto el optimismo de Hitler como el del general Wenck. Yo estaba convencido de que Wenck no creía verdaderamente en alcanzar algo más que algún éxito local y, ciertamente, no una victoria estratégica. Pero, también en este caso, el manifiesto autoengaño del Führer solo se veía aumentado por los generales en los que confiaba y esto, a su vez, le inspiró unas esperanzas que iban a resultar fatídicas para nosotros. Solo la gente que —como yo— ha visto y escuchado los cientos de casos en los que incluso los mandos de mayor graduación no se atrevieron en ocasiones como aquella a levantarse ante el Führer y decirle lo que pensaban y lo que consideraban factible, tiene derecho a rechazar la acusación de «debilidad» entre los consejeros más próximos al Führer.

Cuando aquella noche, como era nuestra costumbre, Jodl y yo regresamos juntos en mi coche después de la conferencia de guerra, ambos expresamos nuestro asombro porque el Führer estuviera tan optimista, o al menos que hubiera sido capaz de hablar con semejante confianza. Schörner y Wenck debían haber insuflado en él este nuevo espíritu. ¿De verdad podía ser que no viera lo desesperada que era nuestra situación? No, tenía que haberlo visto, pero se negaba a admitir que pudiera ser cierta.

A nuestra hora habitual, en la tarde del 22 de abril, acudimos a la conferencia de guerra. Al instante observé los negros nubarrones amenazantes que cargaban la atmósfera. El rostro del Führer estaba entre grisáceo y amarillento y tenía un semblante pétreo. Se encontraba enormemente nervioso, su mente estaba en otro lugar y por dos veces se ausentó de la cámara de conferencias para dirigirse

a sus habitaciones privadas en la puerta contigua. En nuestra ausencia, el general Krebs, que había asumido el puesto del general Wenck como representante de Guderian, jefe del Estado Mayor General, que había sido enviado de permiso permanente unas semanas atrás, había esbozado a mediodía la situación en el frente oriental y el agudo empeoramiento de la posición alrededor de Berlín.

Ahora no solo había lucha en las calles en los barrios orientales de Berlín, sino que como resultado de la aplastante derrota del Noveno Ejército en el sur, los rusos ya habían llegado a la zona de Jüteborg, y el mayor y más importante depósito de municiones del Ejército se encontraba de este modo amenazado de manera inmediata; teníamos que estar preparados para olvidarnos de él. Había también un aumento de la presión enemiga en las estribaciones septentrionales de Berlín, aunque en ambos flancos de Eberwalde el frente del Oder del coronel general Heinrici seguía resistiendo. Jodl y yo nos enteramos de este empeoramiento de nuestra posición en la batalla de Berlín únicamente en la Cancillería del Reich. El comandante de Berlín había recibido órdenes personales del Führer aquel mediodía para la salvaguarda de la ciudad interior y el barrio gubernamental.

Jodl hizo que la conferencia de guerra fuese lo más breve posible. En el sur de Alemania, el Grupo de Ejércitos Oeste [es decir, formaciones bajo el comandante en jefe del oeste, el mariscal de campo Kesserling] ya había sido empujado hasta Harz desde Turingia; había combates en Weimar, Gotha, Schweinfurt, etc. En el norte de Alemania, les habían obligado a retroceder hasta el Elba y la región al sur de Hamburgo.

Al final de la conferencia, pedí entrevistarme con el Führer acompañado únicamente por Jodl. No se podía posponer por más tiempo una decisión: antes de que Berlín se convirtiera en un campo de batalla de una lucha casa por casa, teníamos que rendirnos o escapar volando a Berchtesgaden de noche para iniciar las conversaciones de rendición desde allí. La sala de conferencias estaba vacía y me encontré a solas con Hitler, pues Jodl acababa de irse para atender el teléfono. Como tantas veces en mi vida, Hitler

me interrumpió apenas comencé a hablar, y me espetó: «Ya sé lo que va usted a decirme: "¡Hay que tomar una decisión ahora mismo!". Ya he tomado una decisión: jamás abandonaré Berlín de nuevo. Defenderé la ciudad hasta mi último aliento. O bien dirijo la guerra por la capital del Reich —si Wenck es capaz de mantener a raya a los americanos a mis espaldas al otro lado del Elba— o bien caeré con mis tropas en Berlín, combatiendo por el símbolo del Reich!».

Le dije sin ambages que aquello era una locura, y que en la situación presente me veía obligado a exigir que volase aquella misma noche a Berchtesgaden para asegurar la continuidad del mando sobre el Reich y las Fuerzas Armadas, algo que no podía garantizarse en Berlín, donde podrían cortarse las comunicaciones en cualquier momento.

El Führer me explicó: «No hay nada que le impida volar a Berchtesgaden ahora mismo. De hecho, le ordeno que lo haga. Pero yo voy a permanecer en Berlín. Así se lo he anunciado al pueblo alemán y a la capital del Reich por radio hace una hora. No estoy en posición de retractarme».

En ese momento entró Jodl. En su presencia, expliqué que no tenía la más mínima intención de volar a Berchtesgaden sin él, Hitler. Eso estaba fuera de toda duda. No se trataba únicamente de defender o perder Berlín, sino del mando de todas las Fuerzas Armadas en cada frente, lo que no podía garantizarse desde la Cancillería del Reich si continuaba empeorando la situación en la capital. Jodl estuvo totalmente de acuerdo, y explicó que, si se interrumpían todas sus comunicaciones con el sur —y el gran cable ya había sido cortado en el bosque de Turingia—, entonces ya no habría más posibilidades de dirigir las operaciones del Grupo de Ejércitos de Schörner [Centro], Rendulic [Sur], los Balcanes [Croacia noroccidental], Italia [suroeste (C), bajo el coronel general Von Vietinghoff-Scheel] u Oeste [mariscal de campo Kesserling]; las comunicaciones de radio por sí solas no bastarían. La organización de mando dividido tendría que ponerse en marcha inmediatamente y el Führer tendría que volar, tal como se había planeado, a Berchtesgaden para permanecer al mando.

El Führer llamó a Bormann, y nos repitió a los tres la orden de volar a Berchtesgaden aquella noche, donde yo asumiría el mando, con Göring como su representante personal. Los tres anunciamos que nos negábamos a hacerlo. Yo dije: «En siete años jamás me he negado a ejecutar una orden suya, pero esta es una orden que nunca cumpliré. Usted no puede dejar a las Fuerzas Armadas en la estacada, y menos aún en una situación como esta». Me replicó: «Yo me quedo aquí. Es lo que hay. He anunciado deliberadamente esto sin su conocimiento para comprometerme. Si tiene que haber alguna negociación con el enemigo —como tiene que ser ahora— entonces Göring es mejor que yo para eso. Yo lucharé y venceré en la batalla de Berlín, o moriré en Berlín. Esta es mi decisión final e irrevocable».

Vi que resultaba inútil continuar esta discusión con Hitler mientras conservara ese estado de ánimo, y anuncié que saldría inmediatamente en coche desde la Cancillería del Reich hacia el frente para ver al general Wenck, cancelar todas las órdenes que afectaban a sus operaciones y dirigirlo para que marchase sobre Berlín y se uniese a las unidades del Noveno Ejército al sur de la ciudad. Le informaría a él, al Führer, a mediodía del día siguiente sobre la nueva posición y los movimientos de Wenck, y entonces podríamos mirar adelante desde esa posición. El Führer se mostró de acuerdo de inmediato con mi propuesta; obviamente, le proporcionó un cierto grado de liberación de la posición verdaderamente horrible en la que se había puesto a sí mismo y a nosotros.

De acuerdo con sus órdenes, se me proporcionaron abundantes víveres. Tomé un cuenco de sopa de guisantes antes de partir, y a continuación me ocupé con Jodl de las otras medidas que se habrían de tomar. Este me sugirió que debería protegerse el mando supremo en el caso de que el Führer se adhiriera realmente a su plan, tal como nos había subrayado en la emotiva escena que habíamos presenciado poco antes. Los dos estuvimos de acuerdo en que, en este caso, sería imposible ejercer el mando desde el búnker del Führer en la Cancillería del Reich, pero, por otro lado, también acordamos que no iríamos a Berchtesgaden y, de ese modo,

renunciaríamos tanto al Führer como a tener contacto con él. No obstante, bajo ninguna circunstancia permaneceríamos en la Cancillería del Reich o incluso en Berlín, pues de ese modo perderíamos todo contacto con el resto de los frentes.

Sobre esta base, autoricé a Jodl a que hiciera las disposiciones necesarias para que el mando de Estado Mayor Combinado del OKW y la Oficina de Guerra previsto para Berchtesgaden transfiriese todas las unidades que quedasen en Wunsdorf bajo el mando del teniente general Winter (lugarteniente del Estado Mayor de Operaciones del OKW) inmediatamente a Berchtesgaden, para salvaguardar el mando operativo en el sur, mientras que el Estado Mayor del mando en el norte debería unirse esa misma noche a los barracones de Krampnitz, cerca de Potsdam, a cuya localidad nosotros dos también enviaríamos a nuestros dos lugartenientes. El mando conjunto permanecería por el momento con el Führer, manteniendo todo el tiempo la comunicación con la Cancillería del Reich, y las conferencias de guerra diarias seguirían celebrándose como hasta entonces. Aquello dejaba todavía una vía abierta para la solución que habíamos planeado originariamente, porque ambos estábamos absolutamente decididos a disuadir al Führer, pasara lo que pasara, de su obsesión de sucumbir en Berlín. Jodl se comprometió a informar al general Wenck, posiblemente por radio, de mi llegada y de la orden que pretendía comunicarle. A continuación nos separamos.

Fui en coche directamente desde la Cancillería del Reich, acompañado por mi oficial de Estado Mayor, el mayor Schlottmann, y por mi conductor, el siempre alegre Mönch, al volante. Fuimos rodeando Nauen y Brandemburgo con las mayores dificultades, pues habían sido arrasadas por un ataque aéreo y solo quedaba un desierto de ruinas. La calle que conducía directamente por el sur hasta el cuartel general de Wenck había quedado bloqueada sin esperanza. Por fin, me encontré con Wenck poco antes de medianoche en una solitaria caseta de vigilante forestal en el bosque. Encontramos el lugar por pura suerte; gracias a un mensajero que me encontré y que me guio primero hasta el cuartel general del general Koehler, y este, a su vez, me proporcionó un

conductor que conocía las pistas forestales que llevaban al cuartel general del Duodécimo Ejército.

En un *tête-à-tête* con el general Wenck, esbocé la situación que había evolucionado durante la tarde anterior en la Cancillería del Reich, y le dejé claro que mi última esperanza de sacar al Führer fuera de Berlín se basaba únicamente en el éxito de su avance hacia la capital y que consiguiera unirse con el Noveno Ejército. Se trataba de pensar en términos de nada menos que sacar al Führer —si era necesario, por la fuerza— de la Cancillería del Reich si no éramos capaces de hacerle entrar en razón, algo que a duras penas me atrevía a esperar tras su calamitosa puesta en escena durante la tarde anterior. Todo dependía, le dije, del éxito de nuestra operación, cualquiera que fuese el coste.

Wenck llamó a su jefe de Estado Mayor; con un mapa, esbocé la situación alrededor de Berlín lo mejor que pude con la información de la que disponía del día anterior. Luego dejé solos a los caballeros y cené en el salón de la casa forestal mientras Wenck dictaba la nueva orden para su ejército que yo le había pedido, a fin de volver junto al Führer. Aproximadamente una hora más tarde, salí de allí en coche con la orden del ejército en mi bolsillo, tras ofrecerme a entregar en el camino de regreso la orden de Wenck al general Koehler, así como a informarle personalmente y visitar también a sus mandos de división durante la noche. Yo quería utilizar mi influencia personal sobre todos estos mandos de tropa y hacerles ver tanto el duro significado de la tarea que tenían ante ellos, como la seguridad de que si las cosas salían mal, serían tiempos muy difíciles para Alemania. Wenck fue —y me apoyó— el único que supo de mis más íntimos pensamientos acerca de sacar al Führer de Berlín antes de que se sellase el destino de la capital.

Al amanecer, después de una agotadora búsqueda, llegué al puesto de mando de la división más cercana al frente; ya había emitido órdenes para atacar en consonancia con la nueva situación y siguiendo nuestras intenciones. Encontré al comandante de la división en un lugar del pueblo, mientras se escuchaban los ruidos de los combates a cierta distancia. Le exigí que me acompañara de inmediato hasta su regimiento más avanzado, para que pudiera

ejercer su influencia personal sobre sus tropas, y porque quería hablar en persona con el oficial que comandaba al regimiento.

Se trataba de una división que había sido formada recientemente en la capital a partir de unidades y jefes de unidad del Servicio de Trabajo del Reich. Naturalmente, no era una tropa endurecida en el combate, pero sus hombres y oficiales estaban imbuidos de un magnífico espíritu. Sin embargo, sus oficiales al mando, obviamente soldados enérgicos y endurecidos por la guerra, pertenecían más a la vanguardia de sus tropas que a los puestos de mando de la retaguardia, pues únicamente su ejemplo personal podía compensar la falta de entrenamiento y de confianza de sus oficiales subordinados. Después de hacer ver a los oficiales de ataque la importancia de su tarea, tanto mediante mi propia presencia como por mi discurso, estuve durante un breve tiempo en el cuartel del general Holste en mi camino de regreso a Krampnitz. Holste era el responsable de proteger la línea del río Elba frente a un cruce de los americanos desde el oeste. Discutí la posición en detalle con él —un antiguo camarada en el 6.º Regimiento de Artillería, de cuyo entusiasmo y vitalidad podía responder— y le subrayé la importancia de su papel, que era el requisito previo para el éxito de las operaciones del Duodécimo Ejército (a cuya formación lo subordiné de inmediato). Holste estaba absolutamente convencido, por la gran cantidad de informes procedentes de las tropas y la inteligencia enemiga, de que los americanos no estaban haciendo preparativos para atacar más allá del Elba en dirección al este.

Hacia las once de la mañana [del 23 de abril de 1945] llegué de regreso a Krampnitz —mortalmente cansado, por supuesto— y, después de consultar con Jodl, llamé a la Cancillería del Reich para informar al Führer. Como se nos ordenó informarle a las dos en punto, pude disfrutar primero de una hora de sueño.

En contraste con la tarde anterior, encontré al Führer muy calmado, y esto despertó en mí nuevas esperanzas de hacerle entrar en razón y convencerlo de que se olvidase de su desafortunado plan. Después de que el general Krebs hubiera descrito la posición en el frente oriental, donde las cosas no habían empeorado de manera

notable; y Jodl y yo sobre los otros frentes, le informé confidencialmente —únicamente con Jodl y Krebs presentes— sobre mi visita al frente.

Primeramente le entregué la orden del Duodécimo Ejército promulgada por Wenck. El Führer la estudió cuidadosamente y se la quedó. Aunque no hizo comentario alguno al respecto, me dio la impresión de que estaba completamente satisfecho. Expliqué con detalle el resultado de mis conversaciones con los mandos de tropa y le ofrecí mi propia impresión basada en lo observado sobre el terreno. Mientras tanto, habían llegado noticias sobre el avance del ataque montado por el Cuerpo de Ejército del general Koehler hacia Potsdam, a su nordeste. El Führer preguntó si ya se había establecido contacto entre este y el Noveno Ejército, algo que fui incapaz de responder. Tampoco el general Krebs tenía ningún informe al respecto procedente del Noveno Ejército, cuyo tráfico radiofónico estaba siendo monitorizado por el oficial de comunicaciones de la Cancillería del Reich. Krebs recibió de nuevo la orden de dirigirse al Noveno Ejército para establecer contacto con el Duodécimo Ejército y que barriera las fuerzas enemigas que se encontraran entre ambos.

Al final, se me requirió para mantener una reunión privada. El Führer dijo que quería que también estuvieran presentes Jodl y Krebs. Me quedó claro de inmediato que pretendía mantener la misma postura que hasta entonces, solo que esta vez en presencia de testigos. Mi renovado intento para convencerlo de abandonar Berlín fue rechazado de manera categórica, solo que esta vez me ofreció su explicación con absoluta calma: me explicó que el mero conocimiento de su presencia en Berlín inspiraría a sus tropas en su determinación de resistir y evitaría que el pueblo sintiera pánico. Por desgracia, ahora esas eran las condiciones previas del éxito para las operaciones en curso, que tenían como objetivo liberar Berlín, y para la batalla por la ciudad que vendría a continuación. Solo un factor ofrecería alguna esperanza de que se creyera en el éxito, de que se creyera que aún todo era posible: la fe del pueblo en él. Por lo tanto, dirigiría personalmente la batalla por Berlín en un combate hasta el final. Prusia oriental solo había sido conservada mientras él había

mantenido su cuartel general en Rastenburg; pero el frente se había desmoronado allí tan pronto como él había dejado de apoyarlo con su presencia. El mismo destino aguardaría a Berlín. Esa era la razón por la que ni modificaría su resolución ni rompería su promesa al Ejército y a la población de la ciudad.

Este tema fue tratado sin un solo indicio de excitación, y con voz firme. Cuando acabó, le dije que marcharía al frente de inmediato y que visitaría a Wenck, Holste y otros para arengar a los comandantes de tropas y decirles que el Führer esperaba de ellos tanto que defendieran Berlín como que la liberasen. Sin decir una sola palabra, me extendió su mano, y lo dejamos allí.

Con una excusa u otra, después de aquello pude hablar con Hitler una vez más, pero a solas, en su habitación privada junto a la sala de reuniones. Le dije que nuestro contacto personal con él podía cortarse en cualquier momento si los rusos llegaban desde el norte y cortaban las comunicaciones entre Krampnitz y Berlín. ¿Podía saber si ya habían comenzado las negociaciones con las potencias enemigas y quién las dirigiría? Al principio, dijo que todavía era demasiado pronto para hablar de rendición, pero luego comenzó a insistir en que siempre se podría negociar mejor una vez se hubiera logrado alguna victoria local. En este caso, la «victoria local» sería en la batalla de Berlín. Cuando dije que no me sentía satisfecho, me dijo que, en efecto, desde hacía algún tiempo había estado dirigiendo conversaciones de paz con Inglaterra por medio de Italia, y que ese mismo día había convocado a Ribbentrop para discutir con él los siguientes pasos a dar. Dijo que preferiría no entrar en detalles conmigo en aquel momento, pero que sin duda no sería el único en perder los nervios. Eso, dijo el Führer, era todo lo que había que decir sobre ese tema por el momento.

Le dije que volvería al día siguiente tras mi visita al frente para informarle de la evolución de la situación. Luego me retiré, sin sospechar que nunca más volvería a verlo.

Regresé en automóvil a Krampnitz en compañía de Jodl. Durante el trayecto, estuvimos totalmente de acuerdo en que no podíamos dejar las cosas así —discutimos la posibilidad de sacar al Führer de su búnker, posiblemente, incluso «por la fuerza». Jodl me dijo que

había estado ocupado en pensamientos similares desde el día anterior, aunque no se había arriesgado a darles voz. Mientras estaba aquel día en el búnker de la Cancillería del Reich, había estado examinando las posibilidades de poner en práctica ese plan y había echado un vistazo por los alrededores. El plan estaba prácticamente descartado en vista de la fuerte guardia de las SS y de los guardaespaldas del Servicio de Seguridad que habían prestado juramentos personales de fidelidad a Hitler. Sin su colaboración, cualquier intento estaba condenado al desastre. Hombres como el general Burgdorf, los adjuntos militares, Bormann y los ayudantes de las SS, permanecerían firmes frente a nosotros. Acabamos descartando la idea.

Jodl pensaba además que deberíamos esperar al resultado de los pasos que había dado Göring; en la tarde del 22 había descrito los acontecimientos de la tarde en la Cancillería del Reich con el mayor detalle al general Koller, el jefe del Estado Mayor del Aire, y subrayó que el Führer había decidido permanecer en Berlín bien como vencedor o como víctima. Jodl había enviado a Koller para que viera a Göring en Berchtesgaden para ofrecerle rápidamente una imagen de la crisis que nos había golpeado. Ahora solo Göring podía intervenir, pues, de hecho, era competente al respecto. Suscribí de inmediato la acción de Jodl, y me sentí agradecido de que hubiera tomado la iniciativa allí en una dirección que no se me había presentado a mí.

Cuando llegamos a Krampnitz, toda nuestra organización —es decir, el Estado Mayor de Operaciones del OKW más la Oficina de Guerra (Norte), que Jodl había reunido en un Estado Mayor Combinado Norte bajo su propio mando— estaba a punto de ponerse en marcha. Tras haber recibido una información sin confirmar de que la caballería rusa estaba llevando a cabo labores de reconocimiento en dirección a Krampnitz desde el norte, el comandante ya había mandado volar el enorme depósito de municiones sin esperar a ninguna orden a tal efecto, y había ordenado la evacuación de los barracones. Por desgracia, no tuve

tiempo de llamar al orden a aquel histérico caballero que había destruido el suministro de municiones de Berlín...[1]

El general Wencka había movido el cuartel general de su ejército bastante más al norte, y ocupaba otra casa de guarda forestal cuando llegué allí poco después de anochecer. Había intentado establecer contacto con una de sus divisiones acorazadas al otro lado del Elba, pero sin éxito. Le exhorté con urgencia para que, ahora más que nunca, dedicara sus operaciones única y exclusivamente a Berlín, y para que utilizara su influencia personal, pues el destino del Führer dependía del resultado de esta última batalla y no de los ataques de tanques contra la otra orilla del Elba.

Allí me estaba esperando una llamada telefónica de Jodl. Me informó de que, por desgracia, durante la noche se había visto obligado a evacuar Krampnitz debido a la proximidad del enemigo, contra el que, en aquel momento, solo hubiera sido capaz de enfrentarse con dos compañías de tanques. Por lo tanto, estaba trasladando el cuartel general del OKW —es decir, nuestro cuartel general de operaciones— a un campamento forestal en Neu-Roofen, entre Rheinsberg y Fürstenberg; el campamento había sido preparado originalmente con equipo de transmisiones y comunicaciones para Himmler, pero estaba vacío y disponible al cien por cien para nosotros. Por supuesto, estuve de acuerdo una vez más, con la salvedad añadida de que se mantuviera el contacto de radio con la Cancillería del Reich y de que el Führer estuviera informado de nuestros movimientos.

Me di cuenta de inmediato de que no existía garantía de que pudieran continuar celebrándose las conferencias de guerra diarias en el búnker del Führer, pues probablemente el enemigo nos privaría al día siguiente de la ruta desde Krampnitz hasta Berlín. Pero en ese momento no disponíamos de otra vía de acción.

Después de intentar hacer ver al general Wenck la gravedad de la situación y la importancia de la tarea que se le encomendaba —reabrir el acceso a Berlín— y después de ordenarle informar en persona en la Cancillería del Reich para ofrecer al Führer una imagen completa, me dirigí en automóvil durante la noche hasta el cuartel

general de Holste, a donde llegué poco antes de medianoche. Con Holste repasé los detalles de la tarea a la que se enfrentaba ahora: al debilitar su retaguardia, que se enfrentaba a los americanos que, al parecer, no tenían planes de cruzar el Elba, Holste iba a concentrar todas sus fuerzas y cubrir el flanco norte del Duodécimo Ejército de Wenck contra cualquier peligro o interferencia real de los rusos.

En aquel momento, seguía existiendo una posibilidad de restablecer el acceso a Berlín a través de Potsdam y Krampnitz si:

1. El movimiento del Duodécimo Ejército tenía como resultado la completa liberación de Potsdam y sus comunicaciones con Berlín.
2. Los ejércitos Duodécimo y Noveno podían enlazar al sur de Berlín.
3. El ataque realizado por orden personal del Führer por el Cuerpo Acorazado del general de las SS Steiner desde el norte era capaz de golpear a través de la carretera Berlín-Krampnitz en un territorio claramente desfavorable para las operaciones con tanques, pues era estrecho y adecuado para que el enemigo pudiera bloquearlos.

El único problema del general Holste era establecer contacto con el Grupo de Ejércitos de Heinrici y el Cuerpo Acorazado de Steiner al noroeste de Berlín. Si lo conseguía, entonces podría rellenar la brecha con solo unas fuerzas moderadas aprovechando las infranqueables marismas de Havelland. Aseguré a Holste que se enviarían al Grupo Acorazado de Heinrici órdenes a tal efecto, y regresé de noche. Con las primeras luces del día pasé por Rheinsberg, una ciudad tranquila y silenciosa, y después de una búsqueda considerable llegamos a nuestro campamento en Neu-Roofen, adonde acababan de llegar Jodl y su estado mayor más cercano, a eso de las ocho de la tarde. El campamento estaba tan bien escondido en el bosque, a cierta distancia de la carretera y el pueblo, que solo los guías locales pudieron encontrarlo para nosotros.

La dolorosa conciencia de nuestra separación física de la Cancillería del Reich y de nuestra dependencia de las comunicaciones sin cable

y telegráficas reforzó mi determinación de asumir la responsabilidad de mis decisiones —en contraste con lo ocurrido hasta entonces— tan pronto como dejara de recibir mensajes telefónicos desde allí. Durante la mañana telefoneé a la Cancillería del Reich, y hablé primero con uno de los ayudantes militares y después con el general Krebs, al que le pedí que me proporcionara una línea con Hitler tan pronto como estuviera disponible.

Hacia el mediodía del 24 de abril, informé personalmente a Hitler sobre mis últimas visitas al frente. Mencioné el avance favorable llevado a cabo por el Duodécimo Ejército y su movimiento en dirección a Potsdam, y añadí que pretendía presentarme en la Cancillería del Reich por la tarde. Me prohibió ir a Berlín en coche, pues las carreteras de acceso ya no contaban con la protección adecuada, pero no puso objeción a que volase a Gatow, el aeródromo de la Escuela de Combate Aéreo, y que me recogieran allí. Devolvió el receptor al coronel Von Below y al instante organicé mi vuelo con él; llegaría poco antes del atardecer.

Cité a mi fiable Junkers 52 procedente de Rechlin en la pista de aterrizaje de Rheinsberg, donde tenía previsto salir para Berlín. Justo después de esta conversación telefónica, se celebró la primera conferencia de guerra bajo mi dirección: el general Dethleffsen (Estado Mayor General) bosquejó la posición en el frente oriental, y Jodl la del resto de teatros de operaciones de la guerra. Todavía estábamos en contacto con todas nuestras formaciones, de manera que, como era habitual, teníamos a nuestra disposición todos los informes de los diversos frentes sin excepción. Inmediatamente después, Jodl informó al Führer por teléfono acerca de mis propuestas, y obtuvo su aprobación. El general Krebs, jefe adjunto del Estado Mayor General del Ejército, estaba en la Cancillería del Reich, y Jodl compartió con él sus más íntimos pensamientos.

Aquella tarde pasé en automóvil por Fürstenberg en dirección al puesto de mando del Cuerpo Acorazado del general de las SS Steiner en el sur, con la esperanza de poder comprobar desde allí la situación y las perspectivas de su ataque. Para ese momento, solo había llegado una de nuestras dos divisiones blindadas que se habían reagrupado en Nuevo Brandemburgo; la segunda todavía

estaba en camino. Aunque Steiner había conseguido abrirse paso luchando en las estrechas zonas lacustres y había ganado espacio para desplegar sus formaciones de tanques, con su empuje había atraído la atención del enemigo y, como resultado, se había perdido la posibilidad de un ataque por sorpresa —que, de otro modo, sin duda hubiera tenido éxito.

Tras mi regreso al campamento, era ya hora de la salida de mi vuelo a Gatow. Mi ayudante ya lo había dispuesto todo cuando recibí una llamada telefónica del coronel Von Below prohibiéndome despegar antes del anochecer porque los cazas enemigos estaban interfiriendo el tráfico aéreo en Gatow. Pospuse mi vuelo hasta las diez en punto de aquella noche, pero también este plan se malogró. Tras un hermoso día de primavera, apareció la niebla y hubo que cancelar el vuelo. Lo aplacé de nuevo hasta la tarde del 25 de abril.

A primera hora del día 25, salí de nuevo en coche en dirección al frente, donde visité en primer lugar el cuartel general de Holste. Después de que me informara sobre la situación de sus tropas y de hablar por teléfono con Wenck —que, una vez más, había trasladado su cuartel general— para que me pusiera al día, dicté a Jodl mi propia apreciación de la situación para que se la transmitiera al Führer: era verdad que el general Wenck había llegado a Potsdam con su grupo de batalla, pero únicamente en un frente estrecho que se había introducido a la fuerza como una cuña entre los lagos al sur de la ciudad, y carecía de reservas, y sobre todo de capacidad para un nuevo ataque, pues una parte considerable de sus fuerzas estaba comprometida en múltiples batallas en torno a los cruces del Elba (sin un mapa no puedo ofrecer sus localizaciones exactas) al norte de Wittenberg, de manera que no podía liberarlas para un ataque contra el propio Berlín o para realizar un movimiento conjunto con el Noveno Ejército, este último compuesto, al parecer, solo por restos. Para llevar a cabo de manera adecuada ambas operaciones, el Duodécimo Ejército no tenía la fuerza suficiente.

En esta situación, autoricé al general Wenck —sin importar el peligro que hubiera en la frontera del Elba— a liberar al menos una

división para la operación principal sobre Berlín y comunicar al Führer esta decisión por radio en mi nombre.

Cuando estaba a punto de pasar en coche por la pequeña ciudad de Rathenow en mi ruta de regreso al campamento, aproximadamente a medio camino entre Brandemburgo y Nauen, nuestras tropas bloquearon nuestro camino para anunciarnos que Rathenow estaba siendo atacada por los rusos y se encontraba bajo el fuego enemigo. Como yo no escuchaba ningún ruido de combates por ningún lado, decidí continuar por la carretera absolutamente vacía hacia Rathenow. Una compañía de *Volkssturm* [Milicia Popular] había excavado una trinchera de tres pies de profundidad en la plaza del mercado que les proporcionaba un campo de tiro de apenas noventa metros por encima de las casas que tenían a lo lejos. Nadie sabía nada sobre el enemigo, excepto que se había anunciado un ataque sobre el pueblo. Hice ver a quien dirigía la compañía la locura de sus acciones. Reuní a la compañía, les dirigí un breve discurso y ordené a su comandante que me llevara ante el comandante de la ciudad.

En el camino, vi en varios puntos todo tipo de piezas de artillería, obuses, armas de apoyo de infantería, cañones antitanque de 3,7 cm, etc., preparados en patios, listos para su uso y obviamente camuflados para evitar ser detectados desde el aire. Sus remolcadores y dotaciones permanecían ociosos a su alrededor. Parecía que había algún fuego de artillería esporádico procedente de una batería enemiga dirigido contra las afueras de la ciudad.

Encontré al comandante en una casa algo apartada mientras impartía órdenes a diez o doce oficiales reunidos a su alrededor. Era un activo oficial de ingenieros, y mi presencia no solo le sorprendió, sino que le sumió en una absoluta confusión. Me dijo que había ordenado la evacuación de la ciudad y el minado de un puente en su extremo oriental [sic] pues el enemigo estaba a punto de atacar. Le grité que debía quitarse de la cabeza la idea de levantar el campo tan solo porque hubiera algunas ráfagas de fuego de artillería. ¿Qué transmisiones del enemigo había visto realmente? ¿Dónde estaba su unidad de reconocimiento de combate? ¿Qué le habían informado? Y, sobre todo, ¿cuál era el propósito de tener la artillería diseminada

por todos los patios de la ciudad? Ordené que todo el mundo saliera conmigo de aquella casa y caminé con ellos a las afueras de la ciudad, donde se suponía que estaba atacando el enemigo. Aparte de unos cuantos cráteres provocados por explosiones de obuses, no se veía nada. Bajo mi supervisión, se dictaron órdenes para la defensa de la ciudad, se sacó la artillería de donde estaba y se colocó dentro de trincheras, y este comandante fue trasladado a un puesto de mando desde donde podría ver por sí mismo los amplios espacios abiertos sobre los que no había signo alguno del enemigo.

Le dejé bien claro que, si rendía la ciudad frente a unas pocas patrullas de caballería, aquello le costaría el cuello, que lo visitaría de nuevo al día siguiente y que esperaba encontrar entonces las defensas organizadas de forma adecuada. Además, enviaría de inmediato un correo en moto al general Holste para informarle sobre mi intervención y las órdenes que le había dado. Fui en el coche hasta la línea de retaguardia que este valiente comandante había dispuesto, y me encontré con millas y millas de columnas de tropas de todo tipo ya en retirada, convoyes de camiones cargados de cañones, ametralladoras, munición, etc. Los hice detenerse a todos y los envié de vuelta a la ciudad bajo el mando de unos pocos oficiales veteranos de la policía militar que había entresacado del resto. Dado que las marismas de Havelland estaban al este y que el terreno inhóspito no ofrecía donde poder cubrirse, Rathenow nunca podría ser seriamente atacada desde el este. Pero una línea de comunicación vital en dirección a la parte norte del Cuerpo de Holste y el Grupo de Ejércitos de Heinrici corría [hacia el oeste] a través de esta ciudad hacia el territorio al este del Elba. Hasta el 29 de abril, Holste me informó a diario que todos los intentos del enemigo para apoderarse de Rathenow habían sido rechazados. Después de ese momento, no soy consciente de lo que ocurrió.

A última hora de aquella tarde, regresé al campamento de Neu-Roofen y de nuevo dispuse un vuelo a Berlín para la noche siguiente. Como Jodl ya había informado al Führer por teléfono sobre cómo evolucionaba la situación, decidí evitar hablar por teléfono con él en vista de mi planeado vuelo a Berlín. Por desgracia, la Cancillería del

Reich me prohibió una vez más aterrizar en Gatow, que ya se encontraba bajo fuego enemigo de manera intermitente. Por esa razón, Heerstrasse, la autopista entre la Puerta de Charlottenburg —donde se encontraba el Instituto Técnico— y la Puerta de Brandemburgo, había sido equipada para funcionar como pista de aterrizaje, y a partir del anochecer se había organizado un puente aéreo de aviones de transporte Junker para llevar todo tipo de municiones que ordenase la Cancillería del Reich y el comandante de Berlín, así como dos compañías de tropas de las SS que se habían presentado voluntarias para combatir en la ciudad. Por esta razón, se programó mi llegada para después de medianoche, de manera que pudiera despegar de nuevo antes del amanecer. A partir de medianoche, estuvimos esperando en el aeródromo de Rheinsberg el permiso para despegar, pero, en lugar de eso, se me comunicó una prohibición categórica de despegue, pues se habían producido varios incendios en Berlín y había tanta humareda sobre la zona del Tiergarten que resultaba imposible aterrizar.

Ni siquiera una llamada telefónica en persona me ayudó. Me informaron que a causa del caos ya se habían estrellado varios aviones, y que la «pista de aterrizaje» estaba bloqueada. Cuando después de mi regreso al campamento, discutí el asunto de nuevo con la Cancillería del Reich y sugerí volar al amanecer, me dijeron que el Führer en persona me lo había prohibido, porque la tarde anterior el coronel general Von Greim había resultado gravemente herido cuando su avión cayó a tierra justo antes de anochecer. A continuación, mantuve una larga y detallada conversación telefónica con el general Krebs. Me dijo que Göring había sido relevado por Hitler de todos sus cargos y derechos como sucesor del Führer, porque había solicitado asumir su autoridad para iniciar las conversaciones de rendición con el enemigo. Krebs dijo que el día 24 se había recibido en Berchtesgaden una señal de radio procedente de Göring a tal efecto, y que el Führer, fuera de sí por la rabia que sentía, había ordenado a los guardias de las SS que había en el Berghof que arrestaran a Göring; iba a ser fusilado.

Me quedé horrorizado ante estas noticias, y solo pude replicarle a Krebs que debía haber algún tipo de malentendido, pues la tarde del

día 22 el propio Führer había comentado en mi presencia que era bueno que Göring estuviera en Berchtesgaden, porque era mejor negociando que él, Hitler. Al parecer, Bormann estaba escuchando la conversación telefónica entre Krebs y yo, porque, de repente, su voz apareció en la línea gritando que Göring había sido despedido, «incluso de su trabajo como cazador jefe del Reich». No contesté. Dios sabe que la situación era demasiado grave para observaciones sarcásticas como aquella. Fui a ver a Jodl para hablar con él sobre este nuevo acontecimiento; él solo pudo explicar la duda que contenía la señal de Göring en referencia a la misión para la que había sido enviado el general Koller. Koller habría informado también a Göring sobre el primer comentario del Führer. Entonces nos dimos cuenta de por qué se le había ordenado al coronel general Von Greim acudir a la Cancillería del Reich de cualquier manera posible: para asumir el mando de las Fuerzas Aéreas alemanas como sucesor de Göring.

No dormí nada aquella noche, porque este último movimiento del Führer me había mostrado de repente el temeroso estado de ánimo que reinaba en la Cancillería del Reich y, sobre todo, la influencia que ejercía Bormann. Solo él podía haber puesto su infame mano en todo esto; había aprovechado el estado de ánimo del Führer para lograr aquella victoria tras su prologado enfrentamiento con Göring. ¿Qué ocurriría si, como ahora parecía, el Führer iba a encontrar voluntariamente su final en Berlín? ¿Había decidido que Göring muriera junto a él en el último momento? Mi determinación por volar a Berlín en la tarde del 26, ocurriera lo que ocurriera, comenzó a ser cada vez más fuerte: si Greim lo había hecho, también podría hacerlo yo.

El 27 de abril, hacia mediodía, el gran almirante Dönitz se presentó en nuestro campamento de Neu-Roofen; también había llamado por radio a Himmler para que estuviera presente. Nosotros cuatro, incluido Jodl, discutimos la situación en privado, después de que nuestros dos invitados se hubieran sentado. Nos parecía evidente que el Führer estaba decidido a resistir y luchar en Berlín, y que nuestro deber sería no abandonarlo mientras quedara alguna

posibilidad de respaldarlo. El hecho de que al menos los americanos no estuvieran haciendo intento alguno de cruzar el Elba por debajo de Magdeburgo y la circunstancia adicional de que se hubiera producido una consolidación suficiente del frente del Grupo de Ejércitos de Schörner como para que hubiera enviado tropas de su flanco norte a prevenir un embolsamiento de Berlín por parte de los rusos desde el sur, tal como había ordenado el Führer, contribuía a dar a la situación —al menos en torno a Berlín— un tono más esperanzador, por muy grave que fuese el panorama general de la guerra. Nos despedimos unos de otros.

Decidí conceder al Führer una última oportunidad durante la noche siguiente: salga de Berlín, o transfiera el mando supremo a Dönitz en el norte y a Kesserling en el sur; el Estado Mayor del OKW bajo el teniente general Winter, jefe adjunto del Estado Mayor de Operaciones del OKW, ya se había puesto a disposición de Kesserling. Pero había que conceder a ambos comandantes una discreción absoluta para actuar cuando lo considerasen adecuado: era imposible continuar así.

Aunque se hicieron preparativos una vez más para mi vuelo a Berlín aquella noche, tuve que renunciar de nuevo al intento en el último momento. Se decía que no se planteaba de ninguna manera que un avión volara a Berlín aquella noche y aterrizara en el eje este-oeste.

No solo los aviones de transporte, sino también los cazas y los aviones de reconocimiento tuvieron que darse la vuelta desde Berlín. La ciudad estaba cubierta por un manto de humo, niebla y nubes bajas, y ni siquiera los planeadores habrían conseguido divisar la Puerta de Brandemburgo. Se había renunciado incluso al despegue del mariscal de campo Greim.

Esta era la situación cuando telefoneé al Führer y le propuse que se aprobara por lo menos la estructura de mando modificada que yo consideraba necesaria. Rechazó esta medida por considerarla fuera de lugar. No tenía intención de entregar el mando mientras no se produjera una interrupción en las comunicaciones inalámbricas. Rechazo igualmente la subordinación a Kesserling del teatro de operaciones en Italia y el frente oriental —los Grupos de Ejército

comandados por Schörner, Rendulic y Löhr—. Kesserling tenía más que suficiente con el frente occidental. Él [Hitler] conservaría Berlín mientras estuviera al mando allí; yo debería proporcionar múltiples suministros, era lo único que me pedía. Me guardé para mí la petición de que abandonara Berlín; en cualquier caso, él lo había deducido por la conversación, y dudé si debía mencionarlo específicamente por teléfono.

Después de que se hubieran marchado Dönitz y Himmler, [28 de abril] fui en automóvil a ver al coronel general Heinrici, oficial al mando del Grupo de Ejércitos del Vístula, para ponerme al tanto de la defensa del Oder, que estaba dirigiendo desde el Brezal de Schorf hasta Stettin. Hasta ese momento, el frente había sido dirigido por el general Krebs desde la Cancillería del Reich teniendo en cuenta su coherencia con la defensa de Berlín; la responsabilidad sobre la defensa de Berlín había sido retirada del Grupo de Ejércitos y confiada al comandante de Berlín, quien, a su vez, recibía todas sus órdenes directamente del Führer.

Durante varios días, el general Heinrici había estado presionando para conseguir que se subordinasen bajo su mando el grupo blindado de Steiner y en particular el Cuerpo de Holster. Planeaba utilizarlos como mínimo como pantalla para su flanco sur. El coronel general Jodl rechazó esta petición varias veces, por la evidente razón de que el ejército de Wenck habría quedado totalmente expuesto en su flanco norte y en su retaguardia. Hacia la una en punto, me uní a Heinrici en su puesto de mando en un campamento forestal al nordeste de Boitzenburg, la hacienda del conde Arnim. Heinrici y su jefe de Estado Mayor, el general Von Trotha, me ofrecieron un desglose completo de la situación, que había empeorado considerablemente como resultado del empuje de los rusos al sur de Stettin, dado que no había suficientes reservas disponibles para tapar la brecha. Estuve de acuerdo en examinar si seríamos capaces de ayudar, pero una vez más rechacé, ahora ya de manera definitiva, esta renovada petición para controlar el Cuerpo de Holste, dándoles todas mis razones para obrar así. De hecho, exigí que su Grupo de Ejércitos del Vístula quedara por fin subordinado al OKW, y le ordené que hiciera de inmediato los informes de guerra para nuestro cuartel

general de operaciones. Nos despedimos como viejos amigos, con absoluta cordialidad.

Aquella tarde, Heinrici me telefoneó para informar que la ruptura de la brecha en su frente había empeorado. Me pidió que pusiera a su disposición al menos una división Panzer del Grupo de Steiner. Le prometí una decisión tan pronto como hubiera hablado con Jodl y con el propio Steiner. Establecí que el general de las SS Steiner había organizado que la 7.ª División Panzer, que todavía estaba en proceso de movilización, llevase a cabo su ataque tal y como se le había ordenado solo durante la noche siguiente. Ordené que la unidad estuviera lista para estar a mi disposición, para que, si fuera necesario, pudiera enviarla en otra dirección. Me resultó muy duro tener que abandonar el ataque de Steiner, en el que el Führer había depositado tantas esperanzas. Pero en vista de la situación del frente de Heinrici, con el enemigo siendo capaz de colocarse en dos o tres días en su retaguardia y en el flanco sur del Grupo de Ejércitos del Vístula, Jodl y yo estábamos convencidos de que la única forma de proceder ahora era lanzar a la 7.ª División Panzer a través de la brecha desde el sur, para que se introdujera en el flanco ruso. Así pues, liberé la 7.ª División Panzer para Heinrici, pero con rigurosas condiciones ligadas a su línea de ataque y su objetivo, para que yo pudiera reunirla de nuevo después, como reserva, independientemente del resultado de la acción. Heinrici confirmó las órdenes; Jodl informó al Führer de lo que se había hecho. Debió suponerle una amarga decepción.

A primera hora del 28 de abril, a las cuatro de la mañana, fui en coche hasta donde estaba el general Steiner. Esperaba encontrar allí el cuartel general de la 7.ª División Panzer, o bien preguntarle dónde se encontraba. También quería discutir con Steiner cómo y si iba a ejecutar su ataque, incluso sin la 7.ª División Panzer. Pero resultó que la división había sido interceptada por el propio Grupo de Ejércitos [del Vístula], y que nunca había llegado al punto de reunión que se le había asignado. Nadie había informado a Steiner sobre las órdenes.

Después de que Steiner me explicase cómo planeaba reanudar el ataque tras reagruparse, incluso sin la 7.ª División Panzer, recorrí la carretera que yo había seleccionado para ello sin ver una sola alma. Comenzaba a darme cuenta de que o bien la división se había retrasado o bien estaba operando en otro lugar.

Cuando fui con el coche por otra carretera, me crucé con escuadrones de infantería y artillería tirada por caballos. Cuando pregunté por la 7.ª División Panzer y acerca de qué estaba ocurriendo allí, me enteré de que dos noches antes el flanco sur del Grupo de Ejércitos de Heinrici —sin haber divisado al enemigo en absoluto— se había dado media vuelta en dirección oeste a través del Brezal de Schorf, y se encontraría flanqueando Fürstenberg durante el transcurso de ese día, 28 de abril. Allí se instalaría de nuevo la artillería.

¡Casi me dio un ataque! Durante nuestra conversación de la tarde anterior, Heinrici no había soltado prenda acerca de esta orden de retirada —que ya estaba en plena marcha en ese momento—. Así pues, la 7.ª División Panzer también había sido desplegada de una forma bastante diferente, y esa era la razón por la que había presionado para que se le subordinase también el Cuerpo de Holste.

Aproximadamente a las ocho en punto, regresé a nuestro cuartel general de operaciones, para tratar con Jodl acerca de esta situación completamente nueva mediante la cual nosotros y nuestro campamento —como muy tarde al día siguiente— habríamos estado a merced e indefensos frente a los rusos. Ordené a Heinrici y al general Von Manteuffel que se presentaran a mí en un encuentro al norte de Nuevo Brandemburgo y salí hacia allí mientras Jodl tenía un primer y duro altercado con el jefe de estado mayor del Grupo de Ejércitos [del Vístula]. En mi camino hacia el norte, encontré por fin a la 7.ª División Panzer y, después de una larga búsqueda, también el cuartel general de la división. En ese momento, estaba allí el oficial de enlace del Grupo de Ejércitos, un oficial de ingenieros del estado mayor, y con ayuda de un mapa estaba describiendo al comandante de la división los nuevos pasos de la retirada y las distancias previstas para cada día. Aquello era todo lo que yo necesitaba: escuchar el plan general de retirada del Grupo de

Ejércitos, algo de cuya existencia no sospechaba ni el OKW, ni el Führer ni el general Krebs. Las auténticas órdenes que se habían dado aquella mañana, después de mi salida del cuartel general del Grupo de Ejércitos, de manera que ya habían sido decididas para ese momento. Su promulgación sin el permiso del OKW o del propio Führer era la consecuencia de mi sincera discusión con Heinrici, que había llegado a la conclusión de que el Führer ya no estaba en disposición de intervenir y que, por lo tanto, podía hacer lo que considerase conveniente, siendo su propósito principal hacer que su Grupo de Ejércitos cruzase el Elba y se rindiese a los americanos. Todo esto lo supe más tarde por el sucesor de Heinrici. Hoy en día, sé que su jefe de estado mayor, el general Von Trotha —a quien despedí aquella misma tarde— fue el origen de aquel plan maestro.

En cualquier caso, de acuerdo con sus órdenes, la 7.ª División Panzer se situó en una posición puramente defensiva para aliviar la presión del enemigo sobre las unidades [de Heinrici] mientras se retiraban del frente. Para asombro del sorprendido comandante de división, estallé de indignación por la forma de utilizar una división Panzer: no era para esa innoble tarea para lo que yo había tomado la dolorosa decisión de retirar una división Panzer del mando del general Steiner en el mismo momento de su ataque decisivo hacia el sur sobre el que no solo el Führer, sino todos nosotros, habíamos depositado tantas esperanzas en vista de lo que el general Wenck había logrado con el Duodécimo Ejército.

Tan pronto como el comandante de la división me hubo informado sobre la situación que se había creado a causa del derrumbamiento del frente —era similar en tamaño a la gran brecha de los rusos al cruzar el Óder— le hice ver que, como oficial de tanques, las operaciones defensivas no eran su preocupación, y que su auténtica fuerza residía únicamente en el contraataque. Naturalmente, estuvo de acuerdo, pero señaló que poner su división en condiciones para un ataque de ese tipo ahora le llevaría tiempo, y que tardaría tanto solo en reagruparse que el ataque sería como empezar una casa por el tejado. A pesar de este ruego, le ordené que usara su arma de la forma para la que había sido diseñada: todo lo demás resultaría infructuoso.

A primera hora de aquella tarde tuvo lugar el encuentro con el coronel general Heinrici, estando presente el general Von Manteuffel. Nuestra discusión fue tensa, pues no pude reprender a Heinrici con la severidad debida por haber ocultado su plan de retirada al Alto Mando y a mí mismo. Él no admitió que aquello supusiera una retirada, sino que habló únicamente de la necesidad de hacer retroceder su flanco sur a través del Brezal de Schorf hasta su otro lado. Aparte de eso, todos los movimientos de tropas y operaciones diseñadas para reducir su frente habían estado bajo un firme control. El plan que me había enseñado en el cuartel general de la 7.ª División Panzer era tan solo una guía preparada para el cuartel general de los ingenieros de tropa para la construcción de barricadas y las labores de demolición si se llegara a un hundimiento total, etc. Después de esbozar ante estos caballeros la situación general y la posición del Duodécimo Ejército de Wenck, el mando del general de las SS Steiner y el cuerpo de Holste, y de describir la situación ya crítica en el norte y noroeste de Berlín a causa de la retirada arbitraria de su flanco sur que había puesto en grave peligro la retaguardia del cuerpo blindado de Steiner, Heinrici dio su palabra de acatar mis órdenes a partir de aquel momento, y prometió esmerarse bajo el mando global. Nos despedimos correctamente, al menos en apariencia, conmigo apelando a que se mantuviera fiel a nuestra duradera amistad y a su compromiso.

Aquella tarde no regresé al campamento hasta el anochecer. Desde el punto de vista de Jodl, la posición al norte de Berlín, en aquel flanco sur, era más complicada que nunca. Mantuve una larga conversación telefónica con el general Krebs en la Cancillería del Reich después de que el Führer le derivara mi llamada, de manera que fui incapaz de hablar personalmente con Hitler. Era una línea telefónica muy mala, y se acabó estropeando. El jefe de comunicaciones militares que estaba en nuestro campamento me explicó que nuestro contacto de radio se establecía ahora entre una antena inalámbrica que colgaba de un globo amarrado cerca de nuestro campamento y la Torre de Radio de Berlín. Todas las líneas telefónicas estaban averiadas. Mientras la Torre de Radio permaneciera en manos alemanas para trasmitir y recibir

transmisiones, y el globo amarrado se conservase de una pieza, estaban aseguradas nuestras comunicaciones con la Cancillería del Reich. Además, seguíamos en contacto con el despacho de radio en el búnker del Führer.

Jodl me propuso que evacuáramos nuestro cuartel general de operaciones al día siguiente [29 de abril]. Al principio rechacé esta propuesta, pues no tenía el menor deseo de arriesgar una mayor separación del Führer con la consiguiente pérdida de comunicación por radio [para hablar] a menos que fuese absolutamente necesario. Que nuestra estancia allí estaba llegando a su fin era cada momento que pasaba más evidente por lo que ocurría con nuestra artillería: una batería pesada había comenzado a abrir fuego justo a nuestro lado poco antes de anochecer, y mantuvo un bombardeo esporádico durante toda la noche. En el transcurso de la tarde, Jodl había tenido la suerte de contactar por radio con Hitler, le había contado al Führer todos nuestros descubrimientos respecto al frente de Heinrici, y recibió su acuerdo total para todas mis disposiciones contra cualquier nueva retirada del Grupo de Ejércitos de Heinrici, así como para mi orden de un contraataque por medio de la 7.ª División Panzer, etc.

Aproximadamente a media noche, el coronel general Heinrici me telefoneó quejándose amargamente por los reproches de Jodl hacia su jefe de estado mayor [Von Trotha], y anunciando que, en vista del empeoramiento continuo de la situación de la que había tenido noticia durante nuestra conversación, había ordenado a su Grupo de Ejércitos que reanudara la retirada. Le dije que su actitud —para la que no había ninguna justificación en absoluto— era una desobediencia flagrante. Me respondió que, en ese caso, ya no aceptaba la responsabilidad del mando de sus tropas, de las que afirmó que él era el único responsable. Repliqué que, desde mi punto de vista, ya no era adecuado para el mando de un Grupo de Ejércitos y que podía darse por despedido; entregaría su mando al comandante más antiguo, el general Von Tippelskirch. Le dije que informaría al Führer que le había relevado del mando, y di por terminada la conversación.

En ese momento, entró Jodl y comenzó a arremeter contra el jefe de estado mayor del Grupo de Ejércitos, a quien consideraba un absoluto incompetente, y me dijo que yo tendría que intervenir con Heinrici, porque no podíamos seguir tolerando métodos como aquellos. Le dije que había despedido a Heinrici y me respondió que consideraba mi acción totalmente justificada. Mediante un telegrama inalámbrico, informé al Führer de que había despedido a Heinrici y el porqué. El general Krebs confirmó la transmisión aquella noche en nombre del Führer.

La mañana del 29 de abril, aumentó el ruido de combates al este de nuestro cuartel general de operaciones. Durante la noche Jodl ya había llevado a cabo los preparativos necesarios para la evacuación con el jefe de transmisiones militares. Era tan solo cuestión de trasladarse al antiguo cuartel general de operaciones de Himmler en Mecklenburg, que ya estaba equipado con una instalación adecuada de transmisiones. Himmler había declarado de buena gana su conformidad a vaciar el cuartel general para nosotros y a acomodar nuestra partida de avanzada. Teníamos libertad para continuar cuando nos pareciera conveniente.

A consecuencia de la lluvia durante la noche del 28 al 29 de abril, habíamos tenido que recoger el globo amarrado, de manera que, durante un tiempo, quedó interrumpida nuestra comunicación por radio con Berlín. Fuimos incapaces de ponerlo en el aire de nuevo hasta mediodía, pues su cubierta había ganado peso con la lluvia. Sin embargo, el 29 hubo un sol abrasador y un cielo claro, y la fuerza aérea enemiga se presentó con fuerza inusual sobre nuestro campamento y el frente, ahora apenas a siete millas de distancia.

Tan pronto como el globo estuvo en el aire, pedí una línea telefónica con la Cancillería del Reich. Primero mantuve una conversación con el comandante del Gran Berlín, que, al parecer, estaba en la Cancillería del Reich. Se trataba del general Weidling, el general de artillería que anteriormente había ejercido el mando en el frente del Oder cerca de Küstrin en el momento de su hundimiento; era el mismo general sobre el cual habían llegado al Führer informes distorsionados procedentes de los cuarteles de las SS en el sentido

de que tanto él como todo su estado mayor había salido corriendo al campamento de Döberitz mientras sus tropas estaban librando feroces combates entre el Oder y Berlín. Hitler tenía tan poca confianza en sus generales que, furioso, ordenó al general Krebs que se asegurase de que el general era arrestado y fusilado al instante por cobardía frente al enemigo. Sin embargo, tan pronto como tuvo noticia de ello, el general Weidling se presentó en la Cancillería del Reich y exigió hablar con el Führer. Tal como me contó posteriormente el general Krebs, tuvo lugar una entrevista de inmediato con Hitler en la Cancillería del Reich, con el resultado de que Hitler despidió al oficial que había sido comandante de la ciudad hasta ese momento y nombró a Weidling comandante del Gran Berlín, con poderes ilimitados. Le aseguró que tenía la más elevada confianza en él.

He mencionado este ejemplo únicamente para demostrar con qué facilidad se tambaleaba la confianza del Führer en sus generales del Ejército, y cómo casi invariablemente reaccionaba sin reservas en cuanto le llegaba cualquier calumnia desfavorable sobre ellos procedente de sus siniestras fuentes de inteligencia de las SS. En este caso particular, solo la firme resolución del general afectado evitó una grave e inminente injusticia.

Poco después de mi conversación con Weidling, tuvo lugar una conversación por radioteléfono entre Jodl y el propio Führer que yo pude escuchar a través de un auricular. El Führer se mostró muy tranquilo y objetivo, dio su aprobación una vez más a los pasos que yo había dado y dijo que le gustaría hablar conmigo tan pronto como Jodl hubiera terminado de ofrecerle el informe de guerra. Mientras Jodl estaba todavía hablando con él, hubo una gran explosión fuera, y la conversación quedó interrumpida por completo. Unos pocos momentos más tarde, el jefe de transmisiones militares entró en la habitación y anunció que el globo había sido derribado por la aviación rusa. No había repuestos, de manera que no se pudo restablecer la comunicación.

Aunque esta revelación me resultó devastadora, me ayudó a decidir sobre la evacuación de nuestro cuartel general

inmediatamente después de la comida. No se planteó entonces restablecer la conexión de radio, pero se podían transmitir señales telegráficas desde cualquier lugar. Estaba furioso por no haber podido hablar con el Führer, aunque Jodl había podido discutir con él las cuestiones más vitales. Enviamos una última transmisión informando que nos marchábamos, y solicitando que, a partir de ese momento, se enviasen todas las demás transmisiones a nuestro nuevo cuartel general, al que llegaríamos esa misma tarde.

Hacia mediodía crecieron aún más los sonidos de combate y aumentó la actividad aérea enemiga, con bombardeos en especial contra el cuello de botella de Rheinsberg y contra los convoyes en retirada que bloqueaban las calles. Dividimos el OKW en varios grupos en movimiento y a cada uno le entregamos una ruta diferente que seguir. Jodl y yo permanecimos con nuestros estados mayores más próximos en el campamento hasta el último instante. Mi ayudante había reconocido aquella mañana una ruta forestal especialmente para nosotros, que nos conducía mediante un largo rodeo alrededor de los pueblos en torno a Rheinsberg y las carreteras atestadas. Partimos a las siete en punto, dejando únicamente a las tropas de transmisiones y a la estación de radio inalámbrica. Como supimos a partir del día siguiente, las tropas rusas que peinaban el bosque nos hubieran sorprendido sin duda en el campamento apenas una hora después si hubiéramos permanecido allí. Tal como ocurrió, solo cayó en su poder un camión de transmisiones y algún equipo telefónico que no se pudo desmantelar a tiempo.

Con un hermoso tiempo primaveral fuimos en coche por las largas y ocultas pistas en medio del denso bosque, evitando pueblos y caseríos, en dirección a Waren, para encontrarnos con el general Von Tippelskirch y discutir con él las siguientes operaciones de su Grupo de Ejércitos.

Yo estaba obligado a ordenarle que asumiera el mando, aunque él me pidió reiteradamente que no se lo confiara. Le revelé que ya había mandado llamar al coronel general Student desde Holanda para que fuese el nuevo general al mando, pero que él permanecería al mando hasta que llegase este. Supe por él que el general de las

SS Steiner había asumido el mando de su ejército (¡por el momento!), y a su vez había transferido el mando de su Cuerpo Panzer al coronel Fert del OKW, que había estado destinado originariamente a su servicio como oficial de Inteligencia.

Después de informar brevemente a Tippelskirch sobre cómo quería que actuase el Grupo de Ejércitos, le pedí que se deshiciera de su jefe de estado mayor del Grupo. Jodl estuvo absolutamente de acuerdo después de su escena con Von Trotha, de manera que ordené también el despido de este último.

Nos dirigimos en coche a nuestro nuevo cuartel general de operaciones en Dobbin, la finca del famoso magnate del petróleo holandés Deterding (que había fallecido en 1939).

Cuando llegamos nos vimos con Himmler. Planeaba marcharse con su estado mayor al día siguiente, de manera que los barracones dormitorio que nos proporcionó estaban atestados. Pero, al menos, teníamos de nuevo comunicación inalámbrica, y de inmediato nos hicimos cargo del puesto de radio que casi al instante comenzó a proporcionarnos transmisiones. Llegó un mensaje para mí procedente del Führer, firmado por él mismo. Contenía cinco preguntas:

1. ¿Dónde están las puntas de lanza de Wenck?
2. ¿Cuándo renovarán su ataque?
3. ¿Dónde está el Noveno Ejército?
4. ¿Dónde atacará el Noveno Ejército?
5. ¿Dónde están las puntas de lanza de Holste? [2]

Durante la cena, consulté con Jodl acerca de nuestra respuesta, y escribí un primer borrador. Solo después de una larga discusión entregamos nuestra respuesta al puesto de radio para que la enviara durante la noche.

Había sido brutalmente sincero, y no había hecho el menor intento de suavizar la gravedad de la situación y de subrayar la imposibilidad de liberar Berlín. El flanco sur del Grupo de Ejércitos del Vístula había girado tan hacia el oeste como resultado de su movimiento de retirada, que el cuerpo blindado de Steiner se había visto obligado a suspender su ataque y asumir la protección del flanco sur del Grupo

hacia el noroeste de Berlín junto con el Cuerpo de Holste. De otro modo, habrían sido atacados por la retaguardia o incluso habrían sido divididos. Todo lo que sabíamos del Noveno Ejército era que aproximadamente diez mil hombres se habían abierto paso sin apoyo alguno de artillería pesada y se habían unido al flanco este del Duodécimo Ejército. No supusieron un verdadero refuerzo para el general Wenck, pues su ataque se había atascado sin remedio entre los lagos al sur de Potsdam. Al final del mensaje escribí: «Ayuda para Berlín y reapertura del acceso a ella desde el oeste imposible. Sugiero un avance a través de Potsdam hacia Wenck o, alternativamente, que el Führer vuele hacia el sur. Espero decisión».

Hacia medianoche, el mariscal de campo Von Greim, nuevo comandante en jefe de la Fuerza Aérea alemana, llegó a Dobbin con su tobillo derecho vendado de manera aparatosa. Había despegado de Berlín con su piloto jefe, Hanna Reitsch, el 28, y había aterrizado a salvo en Rechlin. Desde allí había venido directamente hasta mí, para informar sobre los acontecimientos en la Cancillería del Reich. Había pasado varios días allí con el Führer. Me contó sobre el despido de Göring y la razón del mismo —como ya he descrito anteriormente— y añadió que la posición en Berlín era muy grave, aunque el Führer se mostraba confiado y sosegado. Dijo que había mantenido con él largas conversaciones, pero, a pesar de su amistad, había sido incapaz de convencerlo para que abandonara Berlín. Greim añadió que se le había encargado contactar conmigo para que discutiésemos juntos la situación. Volaría a Berchtesgaden el día 30, y allí asumiría el mando de la Fuerza Aérea.

El 30 nos quedamos en Dobbin. Mi esperanza de recibir una respuesta de Hitler no se hizo realidad. La correcta recepción de mi mensaje se confirmó palabra por palabra a nuestro puesto de radio, de manera que había sido correctamente recibido en la Cancillería del Reich y entregado al Führer. Solo podía interpretar la falta de respuesta a mi frase final como un equivalente a una negativa.

A las cuatro de la madrugada del 1 de mayo, salimos de Dobbin. Me di un baño caliente y pude dormir algunas horas en una cama con sábanas limpias. El día anterior, la dirección de la finca la había evacuado, dejando únicamente a uno de los guardeses. La moderna

villa donde vivíamos anexa al viejo castillo —que había sido convertido en barracones para los trabajadores extranjeros— era dirigida por la esposa de un propietario de un mesón incluso antes de nuestra partida. Todas las tardes nos traía unas pocas botellas de vino, pero supongo que los rusos se habrán bebido toda la bodega después.

Había dispuesto una conferencia de guerra para las diez en punto en el acuartelamiento de Wismar, donde tanto la Oficina de Guerra como el OKW, se habían instalado ya desde el día 29. Después, recibí al coronel general Student en el comedor. Había llegado en avión a mediodía. Le informé sobre la posición, y repasé con él las tareas que tenía por delante para el día siguiente, subrayando la importancia de mantener abiertos los puertos del Báltico para la descarga de refugiados y tropas que llegaban desde Prusia oriental. Por último, Jodl discutió con él qué ordenes se darían primero y el enfoque que su nuevo estado mayor le daría a estas nuevas y variadas misiones.

Student asumió el mando con una decisión genuina de clarificar la situación y acabar con el injustificado estado de ánimo de pánico. Durante nuestro traslado a Wismar, fuimos desafortunados testigos de escenas terribles de desordenadas oleadas de refugiados, convoyes de vehículos y columnas de suministros, que tuvimos que adelantar sin piedad. Dos veces nos vimos obligados a saltar del coche porque la aviación británica estaba castigando a las columnas con ametralladoras y fuego de cañón. Durante horas estuvimos atascados en estas filas de vehículos, de dos o tres en fondo, y todos cruzándose en el camino de los demás. Yo contaba con un maravilloso policía militar en un vehículo abierto que consiguió una y otra vez inculcar cierto grado de orden en ese caos, y nos condujo a través del mismo.

A mediodía de ese 1 de mayo, nos dirigimos en varios grupos separados al edificio del cuartel general que se le había proporcionado al grupo septentrional del OKW al norte de Neustadt en un acuartelamiento naval donde había espacio para que trabajase todo el mundo y donde se había instalado una red completa de

transmisiones. Esperaba encontrar allí al gran almirante Dönitz, pero me vi defraudado. Había establecido el cuartel general con su estado mayor en una residencia naval cerca de Plön. Fui solo hasta allí para verlo. El trayecto duró casi una hora en automóvil.

En Plön, el gran almirante se encontraba en medio de una reunión con el mariscal de campo Busch, que estaba al mando del frente costero desde más o menos Kiel hasta Holanda, si mal no recuerdo. Aparte de Busch, también me encontré allí a Himmler. Estaba intentando unir fuerzas con Dönitz. No tengo ni idea de cuáles eran sus auténticas intenciones, pero parecía que quería ponerse a nuestra disposición para próximos deberes e informarse sobre la situación.

Hacia la tarde, el mariscal de campo Von Greim visitó a Dönitz en Plön junto a su piloto jefe, Hanna Reitsch. Había retrasado un día su vuelo al sur de Alemania para discutir con Dönitz cualquier demanda que la Armada tuviera que hacerle a las Fuerzas Aéreas. Por Hanna Reitsch supe que el teniente general de las SS Fegelein había sido fusilado por orden del Führer, después de que hubiera sido arrestado por una patrulla de policía, borracho y vestido de civil, en un club nocturno de Berlín.

Mantuve una larga conversación con Dönitz sobre aquella situación sin solución. Me mostró un mensaje de Bormann que decía que, según su testamento, el Führer había designado a Dönitz como su sucesor, y que estaba en camino por avión un oficial con el testamento para entregárnoslo. Al instante me di cuenta de que mi mensaje desde Dobbin la noche del 29 al 30 de abril había disipado cualquier duda que el Führer pudiera tener acerca de lo desesperado de su situación, y que el testamento, y la noticia avanzada por Bormann a Dönitz sobre el mismo, habían sido la consecuencia.

Los dos nos mostramos convencidos de que en Berlín podía representarse la escena final en cualquier momento, aunque el mariscal de campo Greim consideraba que la batalla de Berlín evolucionaba bastante más a nuestro favor de lo que él había visto y oído en la ciudad hasta la noche del 28 de abril. Con una profunda inquietud, regresé en coche a Neustadt, viéndome por desgracia muy retrasado por varios ataques aéreos británicos contra los

pueblos de alrededor del cuartel general naval justo antes de anochecer.

Estaba terriblemente preocupado de que mi mensaje pudiera haber pintado un cuadro demasiado sombrío, con el resultado de que se hubieran sacado conclusiones equivocadas. Pero, al final, acepté que hubiera sido irresponsable maquillar una verdad incontestable. Mi mensaje, claro y franco, había sido la única forma correcta de actuación. Jodl expresó la misma opinión cuando lo hablé con él después de regresar y ponerle al día sobre lo que había sabido en el cuartel general de Dönitz.

Durante aquella misma noche del 1 al 2 de mayo, hablé por teléfono con Dönitz para fijar una entrevista con él a las ocho de la mañana. Así pues, abandoné Neustadt a una hora conveniente. Dönitz me recibió de inmediato, y en privado me mostró dos nuevos mensajes:

a) uno de Goebbels con una lista, supuestamente compuesta por el Führer, de miembros del nuevo Gabinete del Reich, en el que Goebbels sería «Canciller del Reich». Comenzaba con las palabras: «El Führer falleció ayer a las 3.30 pm...»,

b) otro de Bormann, que decía que, efectivamente, así había ocurrido y que, por lo tanto, Dönitz se convertía en su sucesor.

¡Así que era eso! Los términos empleados por Goebbels dejaban claro que Hitler se había quitado la vida; de otro modo se habría escrito «muerto en acción» y no «falleció». El testamento, que se suponía que nos traería un oficial en avión, no nos había llegado.

Dönitz dejó claro de inmediato que, como sucesor del Führer —el nuevo jefe del Estado— no tenía intención de tener un gabinete o lista de ministros dictado por nadie que no fuera él mismo. Suscribí ese punto de vista sin reservas. Le di mi opinión de que era un evidente intento de Goebbels y Bormann para enfrentarlo a un *fait accompli* . Pasamos la tarde componiendo proclamaciones al pueblo alemán y a las Fuerzas Armadas. En una situación como aquella, resultaba claramente impracticable un nuevo juramento de fidelidad de todas las Fuerzas Armadas. Propuse como fórmula que los juramentos de fidelidad prestados al Führer transfirieran

automáticamente su validez a Dönitz como el nuevo jefe del Estado que había elegido el Führer.

Durante el transcurso de la mañana, también apareció Himmler, que mantuvo varias reuniones en privado con Dönitz. Ya me había extrañado que no apareciese su nombre en la lista de ministros de Goebbels. Me dio la impresión de que se consideraba a sí mismo como un miembro natural del nuevo Gabinete de Dönitz, porque me preguntó cuáles eran los sentimientos de las Fuerzas Armadas hacia su persona. Intuí que tenía sus ojos puestos en el Ministerio de la Guerra. Evité contestar, pero le aconsejé que discutiera el asunto con Dönitz. Yo me sentía incapaz de leer la mente del comandante supremo de las Fuerzas Armadas. Añadí que pediría a Dönitz que me relevara de mis obligaciones tan pronto como hubiera decidido sobre la cuestión del mando de las Fuerzas Armadas, pues ahora habría que elegir nuevos comandantes en jefe tanto para el Ejército de Tierra como para la Armada.

En cuanto Dönitz supo que Himmler estaba allí, me hizo llamar una vez más para una reunión privada en la que me dijo que Himmler se había puesto enteramente a su disposición y que, al parecer, durante los días anteriores había abrigado ciertas esperanzas de haberse convertido él mismo en sucesor de Hitler. Me preguntó qué pensaría yo de la presencia de Himmler en el nuevo Gabinete, y solo pude responder que consideraba a Himmler insufrible. Ambos prometimos guardarnos aquello para nosotros. Dönitz planeaba que el conde Schwerin von Krosigk, el entonces secretario del Tesoro, se convirtiera en su consejero personal y ministro de Exteriores, y pretendía discutir con él la composición del nuevo Gabinete.

Tan pronto como estuvieron listas para emitirse las proclamaciones, abandoné el cuartel general de Dönitz y regresé a Neustadt con la intención de informar a Dönitz de nuevo al día siguiente, 3 de mayo. A mi llegada, analicé la nueva posición con Jodl. Ambos solo teníamos un pensamiento en ese momento: llevar la guerra a un rápido final tan pronto como lo permitieran la evacuación de Prusia oriental y las operaciones diseñadas para

salvar a nuestros ejércitos en el frente oriental. Decidimos examinar estos puntos con Dönitz al día siguiente.

Nos sentimos aún más reforzados en nuestra intención tras recibir un largo telegrama del mariscal de campo Kesserling para que lo leyera Dönitz con fecha del 2 de mayo. Kesserling informaba de la rendición en Italia, que ya había sido ratificada, y añadía que, aunque le habían cogido por sorpresa las negociaciones no autorizadas de rendición del coronel general Von Vietinghoff, aceptaba toda la responsabilidad de las mismas y suscribía las acciones de este. Ahora que se había desmoronado el frente italiano, la posición del Grupo de Ejércitos de los Balcanes del coronel general Löhr había quedado peligrosamente expuesta, y no había esperanza de salvarlo.

Armado con esta información, regresé a ver a Dönitz en Plön a primera hora del 3 de mayo. Su propia estación de radio había captado el mensaje de Kesserling. Dönitz se mostró igualmente decidido a poner fin a la guerra tan pronto como fuera posible y, en consecuencia, me recibió en cuanto llegué. Propuse que el grupo norte del OKW fuera transferido a su cuartel general inmediatamente. Puesto que no había suficiente espacio en Plön para esto, y debía establecerse sin demora todo el control del Mando Supremo, Dönitz ordenó que este se trasladara a Flensburg con efecto inmediato. Convoqué a Jodl en Plön con nuestros estados mayores más próximos, mientras que la organización combinada del OKW y la Oficina de Guerra partió para Flensburg. Tras la llegada de Jodl, ambos mantuvimos una larga reunión con Dönitz, quien suscribió totalmente nuestros puntos de vista sobre la situación.

Aquella tarde, Dönitz se trasladó en coche hasta Rendsburg, adonde había enviado al almirante Von Friedeburg para informarle en persona de que iba a ser nombrado nuevo comandante en jefe de la Armada alemana. Pasamos la noche en el antiguo cuartel general de Dönitz, y lo seguimos a Flensburg el 3 de mayo tras partir a las cuatro de la madrugada. En Flensburg-Mürwick se pusieron a nuestra disposición oficinas y dependencias para dormir en el acuartelamiento naval. Jodl, yo y nuestros estados mayores más

cercanos nos trasladamos al mismo edificio que el gran almirante, con las oficinas en la puerta contigua a la suya.

El jefe de estado mayor de Jodl para los teatros de operaciones del OKW era ahora el coronel Meyer-Detring, mientras que el jefe de la división de operaciones, el general Dethleffson, se ocupaba de los asuntos de la Oficina de Guerra. De este modo, preferí no interferir en la situación militar. Estos dos oficiales estaban en mejor posición que yo para juzgar la situación en tiempo real, y sin duda escribirán sus propias memorias a su debido tiempo.

Bastará con decir que de inmediato se tomaron las medidas necesarias para poner fin a la guerra de acuerdo con las claras instrucciones emitidas por el gran almirante, mientras que, al mismo tiempo, se aseguraba que tantas tropas y refugiados procedentes del frente oriental como fuera posible se salvaran canalizándolos hacia Alemania central. Nos parecía evidente que, cuando llegara el momento, se nos exigiría que capitulásemos al instante y sin más dilación. Así pues, era cuestión de agilizar el traslado de lo que quedase de los tres millones de soldados del frente oriental a la zona de ocupación americana, para evitar que cayeran en manos de los rusos. Ese fue también el objeto de las negociaciones que comenzaron ya el 3 o 4 de mayo por iniciativa del gran almirante, entre el almirante von Friedeburg y el comandante en jefe británico, el mariscal de campo Montgomery.

Cuando este último se negó a llegar a acuerdos especiales con nosotros, a las negociaciones le siguió la capitulación propuesta por von Friedeburg y firmada por el coronel general Jodl en el cuartel general de Eisenhower a primera hora de la mañana del 7 de mayo. Su única concesión consistió en la extensión del plazo límite hasta medianoche del día 8.

Desde el cuartel general de Eisenhower, Jodl me envió un mensaje que, aunque estaba cifrado, no me dejó la menor duda sobre las posibilidades alcanzadas mediante estos dos días de gracia, y pude transmitírselo a las unidades del frente oriental —y especialmente al Grupo de Ejércitos del general Schörner que seguía combatiendo en Checoslovaquia oriental—, autorizando su retirada hacia el oeste dentro de ese tiempo desesperadamente limitado de no más de 48

horas. Esta directiva salió antes de la medianoche del día 7. El coronel Meyer-Detring ya había evaluado correctamente la situación y estaba enviando al Mando del Ejército en Checoslovaquia una copia de las directivas que estábamos redactando mediante un arriesgado vuelo que llegó justo hasta el frente.

El Grupo de Ejércitos del general Hilpert en las provincias bálticas (Curlandia) había sido puesto al día por el mayor De Maizière. Estaba autorizado a enviar a casa a todos sus soldados enfermos y heridos en el último barco de transporte que zarpase de Libau. De Maizière me trajo los últimos saludos de mi hijo, Ernst-Wilhelm, con quien había hablado justo antes de su vuelo de regreso a Flensburg. El mariscal de campo Busch (frente noroeste) y el general Böhme (Noruega) ya habían recibido personalmente las instrucciones del gran almirante. Seguíamos sin tener contacto de radio con el mariscal de campo Kesserling, que estaba al mando en el sur en conjunción con el grupo sur del OKW dirigido por el teniente general Winter, del Estado Mayor de Operaciones del OKW.

Varios miembros del Gobierno se habían presentado en Flensburg-Mürwick, entre ellos el nuevo ministro de Exteriores, el conde Schwerin von Krosigk. También había llegado el ministro del Reich Speer, y el general Von Trotha, el jefe de estado mayor al que yo había despedido del Grupo de Ejércitos de Student (anteriormente de Heinrici), se había unido de forma llamativa a él.

Himmler también estaba intentando mantener su posición vis a vis con el gran almirante. Después de una reunión con Dönitz, me encargué de pedirle a Himmler que dimitiera y dejara de hacer visitas al cuartel general del gran almirante. En un primer momento se le habían encomendado ciertas obligaciones políticas, pero también fue relevado de estas tareas. Para un Gobierno de Dönitz, Himmler era indefendible, y en nombre de Dönitz se lo dejé bien claro.

El siguiente ejemplo muestra qué poca percepción tenía Himmler sobre la situación política, y la carga que suponía para nosotros. Desde un cuartel general sin especificar nos había enviado a un oficial del Ejército que anteriormente había estado en su estado mayor —y a quien, a la vez, él despidió— con una carta que debería

ser entregada al general Eisenhower. El oficial había sido autorizado a revelarme el contenido de la misiva: en pocas palabras, contenía una oferta de rendición voluntaria al general Eisenhower, si se le aseguraba que bajo ninguna circunstancia sería entregado a los rusos. Himmler ya me había proclamado esta intención en una ocasión en presencia de Jodl durante nuestra última reunión. Puesto que el oficial que portaba la carta nunca regresó junto a Himmler, este nunca supo que su oferta jamás llegó a Eisenhower porque la carta fue destruida en el acto. Además, Himmler le había dicho a su correo que me informase (para que yo se lo dijese a Dönitz) de que estaba planeando esconderse en el norte de Alemania; permanecería «sumergido» durante los seis siguientes meses más o menos. El resto de la historia —con su arresto unas semanas más tarde, y su suicidio ingiriendo veneno mientras estaba bajo custodia — es bien conocido.

El 8 de mayo, tras el regreso de Jodl desde el cuartel general de Eisenhower en Reims, el gran almirante, actuando como jefe del Estado y comandante supremo de las Fuerzas Armadas, me ordenó que volara a Berlín en un avión británico, con el documento de capitulación provisional tal como lo habían firmado Jodl y el jefe de Estado Mayor de Eisenhower. El almirante von Friedburg me acompañó como representante de la Armada, y el coronel general Stumpff, el último comandante en jefe para la Defensa Nacional, en representación de las Fuerzas Aéreas. Además de estos, llevé conmigo al vicealmirante Bürkner, jefe del departamento de inteligencia militar del OKW, y al teniente coronel Böhm-Tettelbach, no solo porque hablaba un inglés fluido, sino también porque había aprobado los exámenes de intérprete de ruso.

Volamos en primero lugar a Stendal en un avión de transporte británico. Allí, el comandante en jefe de la Fuerza Aérea británica, que era el representante de Eisenhower, había reunido un escuadrón de aviones civiles. Después de una especie de vuelo de la victoria alrededor de Berlín, todos aterrizamos, con el avión en el que yo iba en último lugar, en el aeropuerto de Tempelhof. Se había formado una guardia de honor rusa, con banda militar, para sus aliados

británicos y americanos. Desde la zona de aterrizaje pudimos observar la ceremonia a lo lejos. Se había destacado un oficial ruso para acompañarme —me dijeron que era el intendente jefe del general Zhukov— y me llevó en un coche mientras el resto de mi grupo nos seguía en otros automóviles.

Fuimos por la Belle-Alliance-Platz atravesando las afueras de la ciudad de Karlshorst, donde nos bajamos en una pequeña casa de campo vacía cercana al acuartelamiento de la Escuela de Ingenieros y Zapadores. Era aproximadamente la una de la tarde. Nos dejaron absolutamente solos. Enseguida vino un reportero y tomó algunas fotografías, y después de un rato llegó un intérprete ruso; fue incapaz de decirme a qué hora iba a tener lugar la firma de rendición. En cualquier caso, en el aeropuerto me habían entregado una copia en alemán.

Así pues, pude comparar la versión firmada por Jodl con la redacción de esta nueva. Pero observé tan solo pequeñas divergencias con la original. La única modificación básica era la interpolación de una cláusula que amenazaba con castigar a las tropas que no respetasen el alto el fuego y no se rindieran en el plazo marcado. Le dije al oficial intérprete que quería hablar con algún representante del general Zhukov, pues no iba a firmar semejante interpolación de manera incondicional. Varias horas más tarde, llegó un general ruso con el intérprete para escuchar mi objeción. Creo que era el jefe de estado mayor de Zhukov.

Le expliqué mi objeción porque no podía garantizar que nuestras órdenes de alto el fuego fuesen recibidas a tiempo, con la consecuencia de que los mandos de las tropas podrían sentirse justificados para no hacer caso a ninguna exigencia a tal efecto. Exigí que se escribiera una cláusula en la que la rendición entraría en vigor tan solo veinticuatro horas después de que nuestras tropas hubieran recibido las órdenes; solo entonces tendría efecto la cláusula de castigo. Aproximadamente una hora más tarde, el general regresó con la noticia de que el general Zhukov aceptaba conceder doce horas de gracia, en lugar de veinticuatro. Terminó preguntando por mis credenciales, porque los representantes de las

potencias vencedoras deseaban inspeccionarlas. Me las devolverían en breve. La firma tendría lugar «hacia el atardecer», añadió.

Aproximadamente a las tres de aquella tarde, unas chicas rusas nos sirvieron una magnífica comida. Estaban poniendo seriamente a prueba nuestra paciencia. A las cinco en punto nos llevaron a otro edificio y nos sirvieron el té de la tarde, pero no pasó nada más. Me devolvieron mis credenciales y me dijeron que todo estaba en orden, pero, al parecer, seguían sin saber a qué hora se iba a firmar la rendición. Me dijeron que más o menos en una hora. Durante la tarde me trajeron mi modesto equipaje que estaba en el avión, pues el vuelo de vuelta que habíamos dado por hecho ya resultaba imposible.

Poco antes de medianoche —es decir, el momento en el que estaba previsto que entrara en vigor la rendición— me condujeron junto a mis lugartenientes al comedor del acuartelamiento. Cuando el reloj comenzó a dar la hora, entramos en la gran sala a través de una puerta lateral, y nos condujeron al otro lado de una mesa larga que estaba justo frente a nosotros, donde se habían reservado tres asientos para mí y mis dos acompañantes. El resto de nuestro séquito fue obligado a quedarse de pie detrás de nosotros. Estaba ocupado hasta el último rincón de la sala, brillantemente iluminada por focos. Tres filas de sillas corrían a lo largo de la sala y otra que la cruzaba estaba llena de oficiales. El general Zhukov tomó asiento con los plenipotenciarios de Gran Bretaña y Estados Unidos a sus dos lados.

En cuanto el jefe de Estado Mayor de Zhukov puso frente a mí el documento de capitulación en tres idiomas, le pedí que me explicara por qué no se había insertado en el texto la enmienda respecto a la cláusula de castigo. Se dirigió a Zhukov, y después de dialogar brevemente con él, bajo mi atenta mirada, regresó y me dijo que Zhukov se había mostrado expresamente de acuerdo en que las medidas de castigo no tuvieran efecto durante otras doce horas.

La ceremonia comenzó con unas pocas palabras introductorias; a continuación, Zhukov me preguntó si había leído el documento de capitulación. Contesté «Sí». Su segunda pregunta fue si estaba

dispuesto a reconocerlo con mi firma. De nuevo respondí con un sonoro «Sí». La ceremonia de firma comenzó inmediatamente, y después de que yo fuera el primero en firmar, vino la certificación. Finalmente, mi grupo y yo abandonamos la sala por la puerta que tenía a mis espaldas.

Regresamos entonces a nuestra casa de campo; durante la noche se puso una mesa que gimió bajo el peso de un buffet frío, con varios vinos, mientras que en el resto de las habitaciones se nos habían preparado camas limpias para todos, una cama para cada uno. El oficial intérprete dijo que iba a venir un general ruso y que la cena se serviría después de su llegada. Un cuarto de hora más tarde apareció el intendente jefe de Zhukov y nos pidió que comenzáramos. Nos pidió que le excusáramos por no poder quedarse. Probablemente la cena era más modesta que lo que acostumbrábamos a tomar, se disculpó, pero deberíamos apañárnoslas con aquello. Fui incapaz de evitar responder que en absoluto estábamos acostumbrados a semejantes festines lujosos y pródigos. Obviamente, pensó que tan solo estaba siendo halagado con aquella observación.

Todos pensamos que el tipo de *Sakuska* que nos estaban sirviendo era lo único que había en aquel desayuno propio de un condenado a muerte. Estábamos ya llenos cuando nos enteramos de que a continuación teníamos un plato de carne asada caliente, y por último nos sirvieron platos con fresas frescas congeladas, algo que nunca había comido antes. Era evidente que algún restaurante de gourmets de Berlín había preparado aquella cena, pues incluso los vinos eran de marcas alemanas. Tras la comida, el oficial intérprete nos dejó solos. Al parecer, había estado allí como anfitrión. Nuestro avión estaría preparado a las seis de la mañana para llevarnos de regreso. Todos nos acostamos.

A la mañana siguiente, a las cinco en punto, se nos ofreció un sencillo desayuno. Cuando estaba a punto de marcharme, a eso de las cinco y media, se me pidió que esperase al jefe de Estado Mayor de Zhukov que quería hablar conmigo sobre nuestro vuelo de vuelta. Todos permanecimos alrededor de nuestros coches esperando a partir. El general me pidió que me quedara en Berlín; intentarían

proporcionarme la oportunidad de emitir desde Berlín nuestras órdenes de alto el fuego a las tropas del frente oriental, tal como yo había exigido cuando discutimos los términos de la cláusula de castigo el día anterior. Respondí que si me garantizaban la comunicación por radio, emitiría al instante los mensajes; tendrían que entregarme los cifrados alemanes. El general desapareció de nuevo para pedirle a Zhukov una decisión al respecto. Regresó con la noticia de que, después de todo, no sería posible enviar esos mensajes. No obstante, el general Zhukov seguía invitándome a permanecer en Berlín.

Entonces vi lo que tramaban. Insistí en volar a Flensburg inmediatamente, pues tenía que transmitir desde allí las condiciones de rendición corregidas a las tropas tan pronto como fuera posible; de otro modo, yo no aceptaría las consecuencias de lo que ocurriera. Le informaría a su general de que yo había firmado de buena fe y que confiaba en la palabra de oficial del general Zhukov.

Diez minutos más tarde regresó de nuevo el jefe de Estado Mayor anunciando que mi avión estaría listo para despegar en una hora. Subí rápidamente a mi coche con Bürkner, Böhm-Tettelbach y el intérprete. Todos aquellos caballeros se habían dado cuenta mejor que yo, al menos al principio, de que se había producido un intento de mantenerme allí retenido.

Me dijeron que evidentemente los rusos tenían demasiada bebida y que la fiesta de la victoria seguía en su apogeo en el comedor cuando partimos de allí sanos y salvos.

El intérprete me preguntó qué ruta quería tomar hacia el aeropuerto. Pasamos con el coche por delante del ayuntamiento, el castillo y a lo largo de Unter den Linden y Friedrichstrasse. Había horribles restos de la batalla entre Unter den Linden y Belle-Alliance-Platz. Un gran número de tanques alemanes y rusos bloqueaban Friedrichstrasse en varios lugares, y la calle estaba salpicada de escombros de los edificios derrumbados. Volamos directos a Flensburg, aliviados de estar en un avión británico y en el aire. Aterrizamos en Flensburg aproximadamente a las diez en punto.

Habíamos dispuesto intercambiar delegaciones oficiales con Montgomery y Eisenhower para facilitar las cosas entre nosotros. El

sábado 12 de mayo, llegó a Flensburg la delegación americana, que fue acomodada a bordo del *Patria* , un barco de vapor de lujo. La primera conferencia se fijó para las once de la mañana del domingo. Se exigió que Dönitz subiese primero a bordo del *Patria* para ser recibido por los americanos, mientras que yo haría mi aparición media hora más tarde.

Después de que Dönitz abandonase el barco me recibieron a mí. El general americano me reveló que yo iba a rendirme como prisionero de guerra, y que partiría a las dos en punto de aquella tarde, en dos horas. Dejaría mis asuntos oficiales en manos del coronel general Jodl, se me permitiría llevar conmigo un acompañante y un ordenanza, así como equipaje que no excediera un peso de 136 kilos.

Me puse en pie, saludé brevemente con mi bastón de mariscal de campo y regresé al cuartel general con Bürkner y Böhm-Tettelbach, que me habían acompañado durante esta «audiencia». Me despedí de Dönitz, que ya había sido informado de lo que iba a ocurrir y escogí a Mönch y al teniente coronel Von Freyend como acompañantes, asegurándome de ese modo un cautiverio mucho menos duro para ellos. Entregué mis papeles personales y las llaves a Jodl y le confié a Szimonski uno o dos objetos personales y una carta para mi esposa que deberían volar a Berchtesgaden en el avión de correo. Por desgracia, a continuación los británicos se lo arrebataron todo al valiente «Schimo», incluso mis llaves y mi libreta del banco, así como la carta dirigida a mi esposa.

Partimos rumbo a un destino que no se nos reveló, y después de volar a través de Alemania, aterrizamos a primera hora de la tarde en el aeropuerto de Luxemburgo. Allí fui tratado por primera vez como prisionero de guerra, y transferido al hotel Park en Mondorf, que había sido transformado en un campo de internamiento. Seyss-Inquart había llegado antes que yo.

En Flensburg había sido mi propio señor. Mientras iba en mi propio coche hacia el aeropuerto junto al general Dethleffsen, en esas dos horas sin vigilancia, pude haber puesto fin a mi vida y nadie me lo habría impedido. Nunca se me pasó por la cabeza, pues jamás soñé

que tuviera ante mí semejante *via doloris* , con este trágico final en Núremberg.

Empecé mi periodo como prisionero de guerra el 13 de mayo de 1945 en Mondorf; fui trasladado a la celda de la prisión de Núremberg el 13 de agosto, y estoy a la espera de mi ejecución el 6 de octubre de 1946.

Finis . 10 de octubre de 1946.

9. REFLEXIONES TARDÍAS

Pensamientos de Keitel sobre el suicidio

SUICIDIO: ¡con cuánta frecuencia me he visto seriamente enfrentado a esta posible salida, tan solo para rechazarla porque —como siempre han demostrado los suicidios— esa acción no cambia nada y no mejora nada. Más bien al contrario, las Fuerzas Armadas, de las que con tanta frecuencia he sido consejero y mediador, me habrían etiquetado como un desertor y me habrían considerado un cobarde.

El propio Hitler escogió la muerte antes que aceptar la responsabilidad por las acciones del OKW, del coronel general Jodl y de mí mismo. No dudo de que nos habría hecho justicia y se habría identificado plenamente con mis declaraciones. Pero, respecto a él —como supe solo más tarde— suicidarse cuando comprendió que estaba derrotado, librándose de ese modo de su responsabilidad final y última sobre la cual siempre había insistido que asumía sin reservas y en solitario, en lugar de entregarse al enemigo; y haber dejado que un subordinado rindiera cuentas por la responsabilidad de sus acciones autocráticas y arbitrarias, estas dos faltas me resultarán incomprensibles para siempre. Son mi desilusión final.[1]

Extractos de sus últimas cartas

A su hijo mayor, el teniente coronel Karl-Heinz Keitel, 12 de enero de 1946.

Ya sabrás lo que me ha ocurrido. El juicio todavía durará semanas; está siendo una prueba durísima para mis nervios, pero es mi deber final para con la nación y la Historia...

A su abogado defensor, doctor Nelte, 21 de mayo de 1946.

Mi defensa ha entrado en una nueva fase y bajo unas circunstancias completamente alteradas como resultado del devastador ataque del gran almirante Raeder contra mi persona y contra mi papel en el cargo. Uno puede defenderse únicamente de ataques y alegaciones de una naturaleza *objetiva* , o procedentes de *extraños* , o al menos uno puede ganarse el respeto del Tribunal defendiéndose a sí mismo. Pero Raeder *nunca* me mencionó ningún defecto [durante la guerra] pese a su clara obligación de hacerlo si realmente hubiera tenido serios motivos para creer que mi comportamiento comprometía los intereses de las Fuerzas Armadas. En Berlín estuve presente con frecuencia en reuniones ministeriales junto a él cuando se trataron las más diversas cuestiones, y me senté en la mayoría de las Conferencias Navales junto al Führer, de manera que tuvo numerosas oportunidades de decirme claramente o de insinuarme qué peligros veía en mi desempeño militar, especialmente cuando en varias ocasiones me aproximé a él en busca de consejo en un intento de conseguir que confiara en mí.

Después de todo lo que se ha dicho ahora sobre mí en el Tribunal, he visto que mi persona ha sido tan gravemente calumniada por un representante de alto rango de las Fuerzas Armadas, Karl-Heinz Keitel, a quien, después de todo, solo puede tomar en serio Karl-Heinz Keitel, que ya no espero encontrar ninguna comprensión por parte de este Tribunal respecto a la antítesis infranqueable entre lo que sinceramente deseaba y mi incapacidad absoluta para hacer o abstenerme de hacer algo por mi propia iniciativa [como jefe del Alto Mando].

Hasta donde puedo ver, mi defensa ahora será menos fácil de llevar que nunca. Aprecio plenamente los nobles motivos que le han inspirado para actuar aquí en mi defensa, pero si puedo aligerar su carga de alguna manera, entonces me gustaría que supiera que entendería completamente si ahora estuviera teniendo en cuenta que debería renunciar a la defensa de una figura tan cuestionable como yo.

Me siento demasiado avergonzado como para poder decirle esto personalmente.[2]

A Louise Jodl, esposa del coronel general Jodl, 9 de junio de 1946.

Siento que tengo que, y debo, escribirte para decirte lo encantado que he estado con el curso de la defensa durante esta última semana. La constancia y dignidad [de tu marido], y la forma en que ha conservado su honor como soldado, fueron tan impresionantes como convincentes fueron sus claras e irrefutables respuestas. El gran esfuerzo que has hecho con su cooperación también se ha visto recompensado cien veces. Las cosas que no he logrado decir o que se han olvidado mencionar son ahora una cuestión de registro, y las cosas que más me incriminaban [Jodl] ha sido, felizmente, capaz de refutarlas. Recordaré este día históricamente inolvidable con la mayor satisfacción y gratitud.

A su abogado defensor, 1 de octubre de 1946.

La sentencia de muerte no me ha sorprendido, pero estoy muy disgustado por la forma en que se ejecutará. En estas circunstancias, le ruego que me presté una vez más su desinteresada asistencia, para ayudarme a hacer una solicitud a fin de que mi ejecución se convierta en la muerte de un soldado mediante un pelotón de fusilamiento. Considero inútil pedir más que eso. Mi fe en su defensa y en las múltiples sugerencias que me hizo, es completamente inquebrantable. Ningún otro abogado defensor se dedicó a su cliente de una manera tan desinteresada, incansable y personal.

De frau Lisa Keitel al doctor Otto Nelte, abogado defensor del mariscal de campo, 1 de octubre de 1946.

Acabo de terminar de escribir una última carta a mi esposo. Espero que aún pueda entregársela. Escuchamos el veredicto, pero fue solo como esperábamos. Espero que se le conceda a él y a Jodl la petición de mi marido para una ejecución militar. De lo contrario, por favor, no pidan clemencia.[3]

Keitel a su hijo mayor, Karl-Heinz, 3 de octubre de 1946.

Esta será probablemente mi última carta para ti. Según mis cálculos, la sentencia de muerte se ejecutará dentro de catorce días,

es decir, una vez que haya sido confirmada. Ha sido de gran ayuda para mí enfrentarme al Tribunal como lo hice el hecho de ser consciente desde hace mucho tiempo sobre cuál sería mi destino. No lamento nada de lo que dije en mi juicio, y jamás retiraría ni una sola palabra de lo que dije. Dije la pura verdad, todo el tiempo, a cada pregunta y en cada ocasión. Eso es algo de lo que todavía puedo estar orgulloso, y para siempre en la Historia.[4]

Vicealmirante Leopold Bürkner a Keitel, 4 de octubre de 1946.

¡Mariscal de campo! Escrito está que «por sus obras los conoceréis». Todo lo bueno que ha hecho en su vida pasada, e incluso en esta desafortunada guerra, no se desvanecerá en la nada, aunque ahora mismo pueda parecerlo. En cualquier caso, me gustaría agradecerle todo lo bueno que hizo por mí y, sin duda, por sus muchos subordinados. Estos últimos estarán pensando en usted en este momento, tal como lo estoy haciendo yo. Resulta difícil creer que se haya dicho la última palabra acerca de su oneroso cargo.

Keitel al Consejo de Control Aliado para Alemania, 5 de octubre de 1946.

Renunciaré voluntariamente a mi vida en la expiación exigida por mi sentencia, si mi sacrificio acelera la prosperidad del pueblo alemán y sirve para exonerar a las Fuerzas Armadas alemanas.

Solo tengo una petición: que se me conceda la muerte por fusilamiento.

Espero que los miembros del Consejo de Control Aliado que han sido soldados comprendan algo de mi culpa, que nació de una virtud reconocida en cada Ejército del mundo, como una base honorable y necesaria para ser un buen soldado. Incluso si no supe reconocer los límites apropiados que deberían haberse establecido en esta virtud militar, al menos no siento que por ello haya renunciado a mi derecho a expiar este error mediante el método de ejecución que constituye el derecho de un soldado en todos los demás ejércitos del mundo para aquellos que son sentenciados a muerte como soldados.[5]

PARTE III. LA ACUSACIÓN

10. LA ACUSACIÓN. POR WALTER GÖRLITZ

En 1945, el Tribunal Militar Internacional de Núremberg, que representaba a los Estados Unidos de América, a la República Francesa, al Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda del Norte, y a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, acusó al mariscal de campo Wilhelm Keitel, antiguo jefe del Alto Mando de las Fuerzas Armadas, de haber participado en una conspiración, haber cometido crímenes contra la paz, crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad, o, alternativamente, de haber «autorizado» o «dirigido» tales crímenes. Fue acusado de complicidad en el asesinato y maltrato de poblaciones civiles en los territorios ocupados y de ordenar su deportación como trabajadores esclavos; fue acusado de haber ordenado la ejecución de rehenes y la persecución de sectores específicos de la población por razones políticas, raciales o religiosas. Un cargo adicional contra Keitel y sus veinte compañeros fue la acusación de haber saqueado bienes públicos y privados.

De los hombres que realmente ostentaron el poder durante el Tercer Reich, muy pocos llegaron al estrado de Núremberg: el más prominente entre los acusados fue el *Reichsmarschall* Hermann Göring. Adolf Hitler, Führer, canciller del Reich y comandante supremo de las Fuerzas Armadas y del Ejército; Heinrich Himmler, *SS Reichsführer* , ministro de Interior del Reich, jefe de la Policía Alemana y comandante en jefe del Ejército de Reserva; y el doctor Joseph Goebbels, ministro de Ilustración Pública y Propaganda del Reich, se suicidaron y, por lo tanto, no pudieron ser llamados a rendir cuentas. El *Reichsleiter* Martin Bormann, jefe de la cancillería del partido y *éminence grise* del Tercer Reich, había sido dado por «desaparecido, presuntamente muerto» desde el 1 de mayo de 1945.

Los líderes del Tercer Reich habían acumulado una montaña de culpas. Eran responsables de crímenes únicos en su enormidad. Y la

culpabilidad de los líderes alemanes no disminuyó ni un ápice por el hecho de que el Tribunal Militar Internacional se reunió para emitir un juicio tan solo sobre aquellos crímenes de guerra con los que se podría acusar a los alemanes vencidos, al tiempo que hacía la vista gorda a todos los crímenes de guerra cometidos por cada una de las otras partes beligerantes.

El mundo civilizado clamaba venganza. La base legal para semejante juicio, una innovación en la historia de los pueblos civilizados, había sido establecida por la Carta de Londres del 8 de agosto de 1945 para el «Enjuiciamiento y castigo de los principales criminales de guerra del Eje Europeo», un acuerdo redactado como resultado de largas y complejas conversaciones preliminares entre los años 1942 y 1944. La propia Carta representaba una violación importante de una de las doctrinas legales fundamentales del mundo occidental: *nulla poene sine lege* . La enseñanza legal por un lado y las exigencias de expiación de los terribles crímenes contra la justicia por el otro parecían difíciles de conciliar.[1] Pero los métodos de guerra de los nacionalsocialistas supusieron tales violaciones del derecho internacional que exigían una expiación, incluso aunque la base legal para tal expiación tuviera que ser primero modelada *post facto* . No obstante, hubo una verdadera debilidad en el Tribunal de Núremberg, y fue que aquí solo fueron los vencedores los que juzgaron los crímenes de guerra de sus vencidos.

El 19 de octubre de 1945, el mariscal de campo Keitel recibió la acusación de Núremberg. Llegó a la inevitable conclusión de que sería declarado culpable, aunque se declaró «no culpable» desde el estrado.

El abogado defensor del mariscal de campo, el doctor Otto Nelte, había sido originalmente un abogado industrial en Siegburg. En su discurso para la defensa el 8 de julio de 1946,[2] destacó que su cliente no estaba preocupado por minimizar el papel que había representado durante el Tercer Reich, sino por intentar aclarar la imagen de su personaje. Tal como dijo Nelte: el acusado estaba luchando para salvar no su cuello, sino su cara. Al final de su exposición, el abogado defensor declaró que, desde el punto de vista

del derecho internacional, no había respuesta a la pregunta de bajo qué circunstancias, a qué distancia, y de hecho, si un general estaba obligado a adoptar un punto de vista opuesto al de su propio Gobierno. Según Nelte, la obediencia y la lealtad habían sido los únicos principios rectores de Keitel. No solicitó su absolución, tan solo suplicó que se reconociera y comprendiera el trágico dilema de su cliente.

* * *

En un memorando compilado por su abogado defensor durante las entrevistas que mantuvo con él sobre el tema de las guerras de agresión y el problema de la influencia de Hitler sobre sus oficiales superiores, Keitel escribió varios comentarios reveladores sobre la posición del oficial alemán:[3]

> Aunque la educación de un oficial profesional es exhaustiva, es tan solo unilateral. La educación intelectual y política del soldado profesional es, en general, menos completa. Esto no tiene nada que ver con ninguna cuestión de inteligencia, y no pretendo en modo alguno denigrar al cuerpo de oficiales, sino que quiero subrayar el hecho de que la formación de un buen soldado era fundamentalmente diferente de la educación para una profesión puramente liberal o académica. La profesión del oficial no es una profesión liberal: la virtud cardinal de un soldado es la obediencia, en otras palabras, lo opuesto a la crítica. La virtud cardinal de las profesiones liberales es la libre interacción de fuerzas para las cuales la crítica como tal es una condición previa.
>
> La consecuencia de todo esto es que el llamado «maníaco» intelectual no es un oficial adecuado, mientras que, por otro lado, la educación unilateral del soldado profesional descrito anteriormente da como resultado la falta de capacidad para hacer frente a tesis que no formen parte de su territorio real.
>
> Nada resulta más convincente para un soldado que el éxito.

De este cuadro se extrae una imagen del soldado profesional del que el propio mariscal de campo era la perfecta encarnación. Está en perfecto acuerdo con su personaje cuando Keitel admite que el jefe del Estado, en otras palabras, Hitler, disfrutó de esos éxitos al principio, pero añade que hubiera sido inimaginable para cualquier «oficial honorable», de hecho hubiera sido «desleal», para cualquier oficial haber perdido la fe en un jefe del Estado en cuanto cambiara el viento.

En su discurso de defensa, el abogado de Keitel destacó que los conceptos de lealtad, patriotismo y obediencia son vitales para la existencia de cualquier país, y ahí tenemos la clave de la actitud del mariscal de campo como oficial de alta graduación y caballero. Solo sabemos una cosa de él hoy en día, y es que incluso como jefe de la cancillería militar de Hitler, nunca fue capaz de imponerse al Führer para que cambiase de opinión sobre asuntos decisivos, a pesar de que, a menudo, Keitel tenía una superior comprensión de los mismos. Un segundo punto es que, aunque durante el Tercer Reich hubo a menudo intrigas amargas e inescrupulosas en torno a las posiciones clave de la estructura de poder del Gobierno y, a veces, incluso dentro del Cuerpo de Oficiales, nunca hubo intrigas con el objetivo declarado de reemplazar a Keitel como jefe del Alto Mando, pues el suyo era el cargo más ingrato que podría haber existido. De todos los oficiales de alta graduación que arremetieron contra el jefe del OKW por su «debilidad criminal» hacia el Führer, ninguno sintió la menor obligación de reemplazarlo en ese cargo.

* * *

En el libro *Gespräche mit Halder —Conversaciones con Halder —* se citaba al coronel-general Franz Halder, jefe del Estado Mayor General del Ejército de 1938 a 1942, con aquella frase única que seguía resonando en su memoria y que pronunció durante una conferencia de guerra en la sede de Hitler: «Usted, herr Feldmarschall...!». La frase se dirigía invariablemente a Keitel, en el dialecto medio austríaco, medio bávaro de Hitler. Halder, sobre quien Keitel arroja una luz favorable en estas *Memorias* , continuaba diciendo que Hitler había explotado a Keitel como un poste rascador para aliviar sus tensiones internas. Según el mismo libro, en cierta ocasión Halder le preguntó a Keitel por qué lo soportaba, y Keitel le explicó: «Halder, solo lo hago por usted. ¡Por favor, compréndame!». Y, según Halder, había lágrimas en sus ojos mientras lo decía. El antiguo jefe del Estado Mayor General añadía: «Así es como se involucró en tales acciones criminales; pero ciertamente no era perverso *au fond* , como se lee a veces de él». Otro incidente le da peso a esta valoración: durante la ofensiva de las Ardenas de 1944,

el teniente general Westphal, jefe del estado mayor del comandante en jefe West, llamó la atención del jefe del OKW sobre la crítica situación de combustible de las fuerzas atacantes. Keitel se lamentó diciendo que no tenía nada guardado para él. Westphal no lo dejó ir fácilmente: seguramente el OKW tenía algunas reservas... Keitel admitió que todavía tenía algo en reserva, pero... Y, profundamente angustiado, le dijo a Westphal, que había sido alumno suyo en la Escuela de Caballería de Hannover: «¡Oh, me he convertido en un sinvergüenza!».

Keitel, que había aceptado casi sin dudar su nombramiento como jefe del Alto Mando de las Fuerzas Armadas, solo vio gradualmente las espinas en la corona que se había colocado sobre su cabeza. Con el paso del tiempo, se le cargaron las funciones adicionales de ministro de Guerra —sin ningún tipo de prerrogativa legal— junto con las de los en ese momento inexistentes subsecretario del ministro de Guerra y su jefe de Estado Mayor.

Ni siquiera sus más malintencionados críticos han discutido sus logros organizativos. Por desgracia, el jefe del Estado para quien ahora tenía que trabajar —y, de hecho, para quien quería trabajar, pues para él era un deber y un honor— no tenía en tan alta estima las estructuras simples y la delimitación inequívoca de las esferas de competencia militares como era el caso de Keitel. Más bien al contrario: aunque Hitler necesitaba sin duda un jefe de su «cancillería militar», a quien de manera deliberada no otorgó ninguna autoridad de mando independiente, también quería deliberadamente que se superpusieran las innumerables esferas de competencia, de modo que él pudiera establecer su propia autoridad en cada esfera según sus caprichos. Keitel era el administrador de todos los asuntos militares, y sobre todo del Ejército, que necesitaban ser administrados. Sobre sus hombros, no del todo inocentes, recayó una enorme carga de trabajo, y sufrió la peor parte de todo el oprobio dirigido por Hitler hacia sus obedientes y sumisos colegas que lo molestasen de alguna manera, incluso por su aspecto.

El mariscal de campo se ha ocupado en estas *Memorias* del extraño matorral enmarañado de esferas de jurisdicción del OKW,

pero el punto que debe subrayarse repetidamente es que él mismo no poseía autoridad de mando. Como la guerra moderna requería la movilización de todos los campos del esfuerzo de una nación, el jefe del OKW, quien, a ojos de Hitler, era el representante formal de las Fuerzas Armadas, se vio enredado en innumerables asuntos que no se incluían entre sus auténticas obligaciones. Y como el jefe del OKW era un oficial con un marcado sentido del deber, se sentía incapaz de rechazar cualquiera de estas demandas en su momento.

Conviene recordar una vez más los términos del decreto del Führer del 4 de febrero de 1938:

> De ahora en adelante, la autoridad de mando sobre todas las Fuerzas Armadas será ejercida por mí, directamente y en persona.
>
> La hasta ahora Oficina de las Fuerzas Armadas del Ministerio de la Guerra del Reich se transfiere a mi mando inmediato como «El Alto Mando de las Fuerzas Armadas», mi propio estado mayor militar.

Así hablaba Adolf Hitler en 1938, antes de cualquier anexión y antes de cualquier conquista. Fue un clímax natural en el proceso de acumulación de todos los cargos influyentes de poder del antiguo Estado tradicional, desde el canciller del Reich y el presidente del Reich hasta el comandante supremo de las Fuerzas Armadas, porque, como la observación parecería confirmar, este es, al parecer, el *modus vivendi* de estos sistemas autocráticos. No debe ignorarse una consecuencia de esto, un punto que fue subrayado por el profesor Hermann Jahrreiss, un experto constitucional y legal alemán en el momento del Juicio de Núremberg, y es que, si el Estado del Führer, la autocracia, llegó a existir de una manera aparentemente constitucional y legal, entonces la voluntad del autócrata se convirtió en ley.[4]

Durante la crisis nacional de 1938, se le indicó al candidato de Keitel para el Mando del Ejército, el general von Brauchitsch, que uno de sus deberes sería asociar las Fuerzas Armadas más estrechamente con el Estado nacionalsocialista. Tuvo tan pocas objeciones respecto a esto como el propio Keitel. Para ellos, el problema no era tanto el nacionalsocialismo como el propio Hitler.

Para estos soldados, el factor decisivo no era el sistema político prevaleciente, sino la personalidad a la cabeza del mismo.

Keitel ha citado de memoria un discurso pronunciado por Hitler el 30 de enero de 1939, al parecer ante varios oficiales de alto rango (La versión recogida se encuentra entre los documentos de su abogado defensor). Hitler se explayó sobre la falta de fortuna que había atormentado los intentos de Alemania hasta la fecha en su búsqueda por lograr un estatus de potencia mundial. Las Fuerzas Armadas, continuó, tendrían que mantenerse firmes hasta 1942. El «conflicto principal» con Gran Bretaña y Francia era inevitable y lo instigaría todo a su debido tiempo. Con fuertes palabras, censuró el «elemento pesimista» entre los mandos militares, la «mentalidad intelectual» que había existido desde Schlieffen, la «exageración» intelectual unilateral. Según Hitler, tendría que haber un cambio «absoluto y radical». El Cuerpo de Oficiales estaba impregnado de pesimismo (una alusión a su comportamiento durante la crisis de los Sudetes). Hitler citó el caso de Adam y comentó con indignación: «¡En qué Estado estamos si se está propagando ese espíritu desde arriba!». Exigió un nuevo sistema de selección de oficiales: en el futuro, solo quería a los oficiales que tuvieran fe en él. *Verbatim* , dijo: «No quiero más memorandos de advertencia de nadie» (una referencia a la guerra de memorandos emprendida por el general Beck en 1938). Sería tarea de Brauchitsch darle un nuevo propósito al Cuerpo de Oficiales. Y concluyó con la apelación: «Les pido a todos que intenten reconocer la tarea que tenemos ante nosotros».

Eso era, en realidad, todo lo que Hitler tenía que pedirles. Durante sus audiencias preliminares con los norteamericanos, Keitel explicó posteriormente que se fue dando cuenta de manera gradual de que, a menudo, Hitler no quería que sus palabras fueran tomadas tan violentamente como las había pronunciado, y que, con frecuencia, Hitler exageraba a propósito en los discursos dirigidos a sus oficiales, un síntoma de su incertidumbre interna. Este descubrimiento trajo poco consuelo a Keitel en aquellos momentos.

En estos interrogatorios previos al juicio de octubre de 1945, que han sido publicados (*Nazi Conspiracy and Aggression* , Supplement B, pág. 1.284) Bajo el título «Análisis de Keitel sobre el carácter y los

rasgos de Hitler», ofreció, *inter alia* , varias estampas sobre la fijación que siempre tuvo Hitler de mirar a todo el mundo con la máxima sospecha.

La primera se refería a la relación de Hitler con el oficial más antiguo y respetado del Ejército, el mariscal de campo Von Rundstedt. Este, comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Sur, fue liberado, a petición propia, de su mando por Hitler el 3 de diciembre de 1941 porque se había negado a obedecer una serie de órdenes de Hitler que le exigían lo imposible. En 1942, después de la enfermedad y la renuncia del mariscal de campo Von Witzleben, se le llamó de nuevo y fue nombrado comandante en jefe Oeste (Grupo de Ejércitos D).

Cuando, en junio de 1944, las fuerzas de invasión aliadas tuvieron éxito en sus operaciones de invasión, como era de esperar, el mariscal de campo Von Rundstedt fue nuevamente enviado al exilio por Hitler, y Keitel escuchó a Hitler decir sobre él: «Es un hombre viejo, ha perdido su nervio. Ya no es el dueño de la situación, tendrá que irse». Unas ocho semanas más tarde, Hitler le decía a Keitel: «Me gustaría mucho ver al mariscal de campo Von Rundstedt y hablar con él para ver hasta qué punto se ha recuperado su salud».

Se le ordenó a Rundstedt que se presentara en el cuartel general del Führer en Prusia oriental, donde esperó durante tres días, hasta que, finalmente, le preguntó a Keitel con voz bastante contrariada qué tipo de juego era aquel y por qué lo habían mandado llamar. Keitel no tuvo más remedio que pedirle que tuviera paciencia. Le había preguntado a Hitler qué planes tenía para el mariscal de campo, y Hitler le había respondido: «Se lo diré mañana». Al día siguiente, Hitler le hizo un gesto a Keitel como diciendo: «Hoy no tengo tiempo para él». No fue hasta el tercer día cuando dijo: «Pásese esta tarde a tal y tal hora, y traiga con usted al mariscal de campo Von Rundstedt». (De hecho, como sabemos ahora, el sucesor de Rundstedt en el frente occidental, el mariscal de campo Von Kluge, se había suicidado mientras esperaba a que lo llamaran para explicar su complicidad en la conspiración del 20 de julio de 1944).

Hitler le reveló a Rundstedt: «Herr Feldmarschall, me gustaría confiarle una vez más el mando del frente occidental». Rundstedt

respondió: «Mi Führer, cualquier cosa que pueda ordenar, cumpliré con mi deber hasta el último aliento».

Las estrechas y completas cadenas del deber de un soldado y su actitud hacia el jefe del Estado eran tan vinculantes para Von Rundstedt como lo eran para Keitel. Von Rundstedt pertenecía a aquellos oficiales superiores a los que Keitel definió con dureza —al menos una vez que estuvo en cautiverio— como «generales-*Sí* ». Y toda la furia que Rundstedt pudo invocar en sus arrebatos de enojo sobre Hitler por teléfono no le impidió presidir el Tribunal de Honor que juzgó a los generales y oficiales del Estado Mayor que habían levantado sus manos contra el Führer o se sospechaba que lo hubieran hecho.

El 5 de septiembre de 1944, Rundstedt reemplazó al sucesor inmediato de Von Kluge, el mariscal de campo Model, como comandante en jefe Oeste. Después de la entrevista de Hitler con Rundstedt en el cuartel general del Führer, Hitler le dijo a Keitel: «Ya sabe usted que el respeto del que Rundstedt goza no solo en el Ejército, sino también en los demás servicios, en la Armada y la Fuerza Aérea, es absolutamente único. Puede conseguir cualquier cosa, y no tengo a nadie que goce del mismo respeto que él».

Después de que la última gran ofensiva de Hitler, la segunda ofensiva de las Ardenas en diciembre de 1944, se hubiera derrumbado, retornaron sus dudas acerca de su antigua impresión sobre Rundstedt: era demasiado viejo, había perdido el control, no podía gobernar a sus generales, etc. Él, Hitler, tendría que dejarlo ir de nuevo. Keitel añadió a esto que Hitler siempre se enorgullecía de juzgar acertadamente a las personas, pero, en realidad, nunca lo hizo.

Keitel ofreció otra estampa del personaje de Hitler, una reunión con él sobre problemas de armamento. Hitler le preguntó: «¿Cuántos cañones ligeros de campaña estamos produciendo mensualmente?». Keitel respondió: «Probablemente unos ciento sesenta». Hitler: «¡Exijo novecientos!». Y continuó preguntando: «¿Cuántos proyectiles antiaéreos de 80 mm se están produciendo al mes?». Keitel: «Unos 200.000». Hitler: «¡Exijo dos millones!». Cuando Keitel protestó: «¿Cómo demonios podemos hacer eso?

Cada carcasa tiene que tener una espoleta con temporizador, y no tenemos suficientes. Solo contamos con unas pocas fábricas que producen espoletas con temporizadores para ellos», Hitler respondió: «No me entiende. Lo hablaré con Speer, luego construiremos las fábricas y dentro de seis meses tendremos las espoletas».

Ese era el jefe supremo de la guerra de Alemania, el hombre con quien el jefe del Alto Mando de las Fuerzas Armadas no solo tenía que trabajar, sino que quería trabajar, porque, desde su punto de vista, no podía haber ninguna posibilidad de escabullirse.

* * *

Las *Memorias* de Keitel muestran hasta qué punto se llevó a cabo la compartimentación de cada esfera de jurisdicción dentro del OKW. Y muestran también hasta qué punto el mariscal de campo era, en realidad, tan solo el *chef de bureau* de Hitler. Por otro lado, la multiplicidad de organizaciones inmediatamente subordinadas al Führer y que se ocupaban de la política económica y la administración de la guerra, sobre todo en los territorios del este, significaba que los asuntos que se encontraban más allá del alcance de las Fuerzas Armadas estaban siendo constantemente conducidos al campo del mariscal de campo por las SS, el Partido y la Organización Todt o por el vasto aparato construido desde 1942 por el plenipotenciario del Reich para la mano de obra, el gauleiter Sauckel. Si tuviera que seguir siendo el organizador de todos estos campos, si no perdiera de vista todo el vasto complejo, se vería obligado a ocuparse activamente de miles y miles de problemas sin las más mínimas prerrogativas reales de mando. Necesitaba poner una inmensa energía de su parte para dominar todo este trabajo, pero se dedicó a su cargo con toda la vitalidad que tenía. De lo único que no se dio cuenta fue de lo indispensable que se había vuelto en realidad, incluso para Hitler. Probablemente era demasiado modesto para verlo. Era demasiado poco consciente de su propio valor.

Hubo probablemente ocasiones en las que los ayudantes de Keitel preguntaron por qué un experto en agricultura como él no había

sido nombrado ministro de Agricultura. Su interés por la agricultura perduró a pesar de todo su trabajo de oficina, y de una tarea que no le daba respiro, ni descansos para comer, y solo una breve pausa al mediodía y el tiempo para un pequeño paseo. Quizás hubo momentos en que se preguntaron a ellos mismos, y él también, por qué se quedó, cuando las órdenes que tenía que emitir exigían realmente a cualquier soldado que presentara su dimisión. Incluso si ignoramos el hecho de que Hitler nunca hubiera permitido que Keitel se fuera, porque se dio cuenta de que sin este *chef de bureau* habría sido incapaz de manejar nada referente a la administración militar, e incluso si ignoramos el hecho de que Keitel no consideraba ético que uno renunciase a su cargo en tiempos de guerra, el mariscal de campo era perfectamente consciente de lo que sucedería si él se fuera. Ningún general del Ejército ocuparía su lugar: «¡El siguiente después de mí es Himmler!».

El gran almirante Dönitz, comandante en jefe de la Armada desde 1943 en adelante, ha declarado que evitaba detenerse demasiado tiempo en el cuartel general del Führer debido a los extraordinarios poderes de persuasión de Hitler.[5] Incluso el ministro del Reich Speer, un hombre sereno y culto, sin la menor inclinación hacia el misticismo, consideraba que, a veces, los poderes de sugestión de Hitler eran muy siniestros; pero ese era el hombre con el que Keitel tuvo que trabajar durante casi siete años.

Entre los comandantes en jefe de cada una de las armas y los otros oficiales superiores que prestaban servicio en las inmediaciones de Hitler, había una regla de la casa en el sentido de que era prudente expresar su oposición al Führer solo *à deux* . Esa era también la creencia del gran almirante Raeder de acuerdo con su testimonio en Núremberg; y añadía que el adjunto principal de Hitler, el general Schmundt, le había aconsejado sobre esta forma de proceder. Hitler tenía una visión tenue de cualquier oposición colectiva a sus planes: su desconfianza abismal era lo que era porque comenzó a sospechar que sus «generales» estaban conspirando contra él. Incluso Keitel observó esta regla y, de hecho, la siguió tan estrictamente que, en las grandes controversias como la

de abandonar o modificar órdenes ilegales, se abstuvo incluso de pedirle a su principal asesor legal, el doctor Lehmann, que lo acompañara cuando veía a Hitler.

El coronel general Jodl, jefe del Estado Mayor de Operaciones de las Fuerzas Armadas, comparó el cuartel general del Führer en Prusia oriental con un campo de concentración. La vida dentro de la Zona de Seguridad Ia en la «Guarida del lobo» significaba, en efecto, dejar de lado todo aquello que era parte integrante de la vida cotidiana. La enormidad de la carga de trabajo puramente formal que recayó sobre un hombre como Keitel no le dejaba tiempo para formarse una imagen global efectiva de lo que estaba sucediendo afuera. Dirigir el poderoso e inflado aparato burocrático de la administración de guerra consumía todo su día y también la mitad de su noche, especialmente cuando las conferencias de guerra diarias con Hitler ocupaban ellas solas muchas horas. Es cierto que estaba en contacto con muchos asuntos individuales de otros campos de la guerra y de la administración de guerra, bastante ajenos a su propio cargo, pero lo que veía eran tan solo destellos caleidoscópicos. Lo que su supremo señor de la guerra no quería que supiera, no lo descubrió; y eso incluía mucho, no solo en el campo de la gran diplomacia, sino también en el peculiar tipo de guerra que libraba el SS Reichsführer, Heinrich Himmler. El resultado de su vida antinatural, atado a un escritorio en el corazón de la maquinaria de guerra, supuso un aislamiento poco saludable frente a la vida cotidiana del mundo exterior.

Probablemente, visto desde fuera, un oficial situado en una posición tan elevada como la suya sería considerado un hombre poderoso, aunque en realidad el mariscal de campo no habría podido dirigir mucho más que a una compañía de soldados bajo sus propias órdenes. Se apartó de los cotilleos, rumores y cosas por el estilo. Sus ayudantes tenían la impresión de que se apartaba religiosamente de cualquier tipo de crítica a Hitler o a las condiciones bajo el Tercer Reich. Se negó, al menos en la mayoría de los casos, a encubrir a los oficiales que estaban bajo su mando y que se habían topado con la policía secreta por hacer comentarios críticos sobre el Führer o el Partido, por ejemplo. Por otra parte, él mismo nunca

denunciaría a ningún oficial que se le acercara con opiniones francas o que criticara su propia actitud o que presentara quejas sobre las condiciones en Alemania.

El cargo que tenía Keitel podía aislar a su ocupante y divorciarlo de las realidades de la vida. Por supuesto, surge la pregunta de por qué no se deshizo de este ingrato peso que imponía su cargo. El jefe de la oficina central del OKW, el teniente general Paul Winter, le recordó una vez la vieja máxima de Markwitz: «Opta por la desobediencia si la obediencia no trae honor». Pero Keitel veía su posición de manera diferente. En primer lugar, creía sinceramente que era su deber quedarse en la oficina para evitar que las SS llegaran al poder. Y en segundo lugar, sabía muy bien que con la desaparición de cualquier esperanza de una victoria rápida sobre Rusia en 1941, se habían esfumado sus últimas esperanzas de una victoria global. Sin embargo, abandonar su cargo en un momento de desgracia habría sido la negación de todos sus principios. Permaneció firme hasta el amargo final, sometiéndose al procesamiento y emisión de órdenes que él mismo nunca habría emitido.

* * *

Las órdenes que nos conciernen aquí se clasifican, consideradas desde un punto de vista lógico, en dos grupos. No tendrá mucho sentido hacer aquí una lista de contrarecriminaciones, o insistir en que las otras partes fueron igualmente culpables de violaciones del derecho internacional, como, por ejemplo, en la ofensiva aérea aliada contra la población civil de Alemania: ciertamente puede argumentarse que dos errores no constituyen un acierto.

El primer grupo de órdenes abarca aquellas mediante las que, meses antes de que se lanzara cualquier ataque contra la Unión Soviética, se alteró de manera decisiva el carácter del modo alemán de hacer la guerra. Estas incluyen: la directiva que confía «deberes especiales» al SS Reichsführer y sus órganos y unidades de policía y de policía secreta en las áreas de primera línea y retaguardia; la orden que modificaba la responsabilidad de las tropas alemanas ante los tribunales de guerra en la zona de Barbarroja, en otras palabras,

en las áreas de combate proyectadas en Rusia; y la llamada «Orden del Comisario». Estas tres órdenes se emitieron en marzo, mayo y junio de 1941, y contemplaban respectivamente: la introducción de escuadrones de la policía, o más concretamente, de escuadrones formados por la policía política nacionalsocialista, de las SS y de su servicio de seguridad en la organización de combate con el propósito de llevar a cabo asesinatos en masa de comunidades políticas o raciales; una orden a las tropas en el sentido de que las acciones punitivas llevadas a cabo contra la población civil de los territorios orientales previstos para la ocupación no deberían normalmente ser objeto de tribunales militares; y una orden a las tropas para que los comisarios políticos, que, al fin y al cabo, eran parte integrante de la maquinaria del Ejército Rojo, fueran separados del grueso de los prisioneros de guerra rusos y liquidados. Todas estas órdenes dieron la vuelta al patrimonio de siglos de tradición militar. Para las tropas, la orden que modificaba su responsabilidad ante los tribunales de guerra fue, probablemente, la de mayor alcance.

El mariscal de campo Keitel, quien se opuso personalmente a la idea de un ataque a la Unión Soviética, ha admitido en sus memorias que fueron innovaciones «altamente controvertidas». Él mismo estaba en contra de poner por escrito estas medidas, pero alguien, sin embargo, las puso negro sobre blanco. La mayoría de los generales de alto rango se oponían a las órdenes de los tribunales de guerra y de la eliminación de los comisarios políticos. Pero en los dos últimos discursos de la campaña rusa de Hitler pronunciados ante sus altos mandos en marzo y junio de 1941, nadie se manifestó abiertamente en contra de estas revoluciones en la guerra convencional, aunque la mayoría de ellos reprocharon posteriormente en privado al jefe del OKW que no hubiera protestado y no las hubiera impedido. Entonces se pasaron el muerto el uno al otro, en lugar de admitir abiertamente que, cuando se trataba de una cuestión de debilidad moral, ninguno de ellos tenía, en realidad, derecho a reprochar nada a nadie.

Por lo que respecta a los «deberes especiales» de la organización del SS Reichsführer en el este, en cierta ocasión Hitler señaló bruscamente a Keitel que esos deberes no eran de su incumbencia,

y que eran asunto puramente de la policía. Los «escuadrones de acción» del servicio de seguridad —asignados a cada uno de los tres Grupos de Ejército que luchaban en el frente oriental— y los escuadrones de seguridad de la Gestapo —formados para «tratar con» los comisarios y los llamados comunistas fanáticos encontrados en los campamentos de recepción para los prisioneros de guerra rusos— cumplieron con las órdenes de asesinatos en masa. Resulta esclarecedor sobre la forma de razonar de Hitler que no fue hasta el otoño de 1941 cuando levantó su veto al empleo de prisioneros soviéticos en el Reich, debido a la escasez de mano de obra. Había temido que colaborarían con las células comunistas entre la fuerza laboral alemana o que volvieran a inculcar ideas comunistas en ellas. La Orden del Comisario se cumplió en diversos grados, particularmente durante los primeros meses —decisivos— de la guerra en el este. Pero luego se abandonó de manera gradual y silenciosa, de modo que, para 1942, ya no estaba en vigor. Como hombre honorable que era, el mariscal de campo Keitel no intentó negar su complicidad moral en la emisión y transmisión de estas órdenes, aunque no en su creación. Pero estas órdenes especiales hicieron su daño: abrieron abismos que nunca podrían cerrarse de nuevo.

El segundo grupo de órdenes incriminatorias, incluido el decreto de Guerra Partisana de septiembre de 1941 y las órdenes «Noche y niebla» y «Comando», y las del OKW italiano del otoño de 1943 (que curiosamente no merecieron ninguna mención en Núremberg, aunque entraron en el juicio estadounidense de los llamados generales «del Sudeste») poseían un carácter diferente: no eran el resultado de los procesos de planificación objetiva de Hitler, sino de sus reacciones ante las múltiples manifestaciones de la guerra de guerrillas y partisanos y los escuadrones de sabotaje que operaban detrás de las líneas del frente.

Aunque, antes del ataque del Reich contra la Unión Soviética el 22 de junio de 1941, la guerra había contemplado cierta agitación de lo que podrían llamarse movimientos de resistencia nacional y de restauración en los territorios ocupados y sobre todo en Polonia, con

el colapso de la «entente» nazi-soviética las bandas de guerrilleros partisanos comunistas florecieron en todas partes. Las potencias occidentales les brindaron una ayuda activa, con Gran Bretaña como base, y respaldaron a las fuerzas nacionalistas y democráticas en Polonia, Noruega, los Países Bajos, Francia y Bélgica. En todas partes surgieron bandas partisanas «blancas» y «rojas», que a menudo no se distinguían fácilmente unas de otras al principio, pero con una tendencia a establecer «frentes comunes»: unidades que en Polonia y en Serbia, y también en las etapas finales de la guerra en Francia, de buena gana se hacían la guerra tanto entre sí como contra el enemigo.

En la propia Unión Soviética, el estilo de guerra partisana estaba altamente organizado detrás de las líneas del frente alemán, ya que inicialmente se extendieron hacia el este a través de Rusia. Los partisanos recibieron refuerzos masivos tan pronto como la población se dio cuenta, gracias a las actividades de los «escuadrones de acción» del Servicio de Seguridad y de los regímenes alemanes establecidos inmediatamente por los funcionarios del Partido, de que solo habían cambiado el terror del Partido Comunista por el nuevo terror de los nacionalsocialistas.

Durante el verano de 1941, los Balcanes, ocupados y pacificados de manera inadecuada, y sobre todo el sur de Serbia, Sandshak, Bosnia y Herzegovina, vieron el surgimiento de guerrillas bajo la dirección de un funcionario comunista de origen croata, Joseph Broz, que adoptó el *nom de guerre* de Tito en los círculos del partido. En vista de la debilidad de los alemanes y la indiferencia de muchas de las fuerzas de seguridad italianas, y de las circunstancias en que la mayoría de las divisiones alemanas estaban ligadas al frente oriental, Hitler echó mano de su recuso habitual, la brutalidad, en una orden de septiembre de 1941 de lucha contra las guerrillas comunistas. La orden abundaba en sentimientos despiadados y ecuaciones sombrías: exigía que por cada soldado alemán asesinado fueran fusilados cincuenta o cien rehenes; y, por supuesto, la orden se emitió a través del OKW. Si ignoramos por el momento la cuestión —nunca aclarada satisfactoriamente en el derecho internacional— de si y en qué circunstancias una potencia ocupante tiene derecho a

tomar rehenes, y mucho menos a matarlos (¡aunque siempre ha sido la costumbre de las potencias beligerantes!), esta proporción entre rehenes y víctimas era obviamente desproporcionada.

Además, la Unión Soviética hizo intentos repetidos y exitosos de lanzar en paracaídas agentes tanto en el territorio del Reich como en los países ocupados o aliados. Un ejemplo de esto sería el lanzamiento del coronel soviético Radinov en Bulgaria el 11 de agosto de 1941, para tomar el control de las unidades partisanas «antifascistas» que luchaban en este reino que cooperaba en los Balcanes con el Reich. El propio Radinov fue pronto capturado y ejecutado, pero eso no mató al «Frente de la Patria», sino que le proporcionó un impulso adicional.

Todo esto puede ayudar a explicar la situación dominante. El decreto contenido en la orden del OKW del 16 de septiembre de 1941 relativo al «Movimiento de Resistencia Comunista en las Áreas Ocupadas»[6] llegó mucho antes de que la actividad de la guerrilla alcanzara su punto culminante, lo que es una prueba clara de la inutilidad de todas estas órdenes: solo consiguió llevar agua al molino del movimiento partisano.

La orden relativa al movimiento de resistencia comunista se refería a los territorios ocupados en el este y sureste. Contenía la justificación típica de Hitler:

> Hay que tener en cuenta que una vida humana no tiene ningún valor en los países en cuestión, y que un efecto disuasorio solo puede lograrse con una severidad inusual.

Keitel se tomó algunas molestias para reducir la proporción de rehenes, pero Hitler reinsertó sus propias cifras originales, de cincuenta a cien por vida alemana. De acuerdo con la norma que Keitel se había impuesto a sí mismo, puso su propia firma en la orden, pero con la fórmula preliminar:

> El Führer ahora me ha indicado que, a partir de ahora... etc.

Mediante la cual el jefe del Alto Mando pretendía que se hiciera constar que a la emisión de la orden le habían precedido largas disputas.

En contraste con la orden anterior, la segunda orden de 1941, el infame decreto conocido como «Noche y niebla» del 7 y 12 de diciembre de 1941, estaba destinado a los territorios occidentales y, sobre todo, a Francia, que, desde el punto de vista militar y organizativo, estaba técnicamente bajo un gobierno militar subordinado no al OKW, sino a la Oficina de Guerra, y más en particular al intendente general del Ejército. También en Francia, las actividades subversivas comunistas habían aumentado fuertemente con el estallido de la guerra contra la Unión Soviética. Todas estas actividades fueron apoyadas activamente por Gran Bretaña, que lanzó en paracaídas unidades de sabotaje y comandos en Francia, Bélgica, Holanda y Noruega, principalmente en estrecha colaboración con los gobiernos en el exilio de los países ocupados, y de las unidades armadas que habían formado. Uno de sus mayores triunfos fue el asesinato en mayo de 1942 del diputado protector del Reich de Bohemia y Moravia y jefe de la Oficina de Seguridad del Reich, el general de las SS Reinhard Heydrich. Esta operación fue llevada a cabo por agentes checos lanzados en paracaídas en Bohemia desde un avión británico, y tuvo como reacción la Orden de Comandos de Hitler en el otoño de 1942.

El *modus operandi* de los comunistas en Francia se caracterizó por uno de sus primeros asesinatos, el del comandante militar de Nantes, el teniente coronel Hotz. Aquí pudieron eliminar a un oficial capaz, que era particularmente popular entre la población local, y por lo tanto causaron un daño real a la potencia ocupante; en segundo lugar, se eliminó a un oficial bien preparado para evitar cualquier florecimiento de un movimiento de resistencia; y en tercer lugar, dado que la estupidez del régimen de ocupación de Hitler era la que era, podría esperarse que a esto le siguiera la ejecución de rehenes, lo que, una vez más, no tendría ningún efecto en los comunistas, ya que, según la antigua costumbre, los rehenes siempre se encontraban entre los ciudadanos más prominentes.

El asesinato de Nantes no fue un incidente aislado. De acuerdo con una nota escrita por Keitel para su abogado defensor,[7] Hitler insistió en que se modificasen sus métodos para combatir estos

ataques, no solo contra personas, sino también contra plantas industriales, instalaciones ferroviarias, líneas de alta tensión, etc.: las sentencias de muerte, decía ahora, solo creaban mártires y debían pronunciarse solo en aquellos casos que pudieran establecerse más allá de cualquier sombra de duda. De lo contrario, todos los sospechosos en los casos que no pudieran resolverse al instante se trasladarían cuanto antes a Alemania después de una investigación militar de los cargos. En la terminología de Hitler, debían ser transportados a través de la frontera bajo «una cubierta de oscuridad» (*bei Nacht und Nebel*).[8] La audiencia debería mantenerse en secreto, especialmente ante los familiares del acusado, mientras los casos se resolvieran en Alemania.

Se produjeron amargas disputas en torno a esta orden. Tanto Keitel como el jefe de su departamento legal tenían las más convincentes objeciones al respecto.

Durante los debates, Hitler reprochó a Keitel que nadie pudiera sugerir que él, Hitler, no era un revolucionario de pura sangre o que no sabía cómo iniciar revoluciones. Por lo tanto, ¿quién había allí que supiera mejor que él cómo suprimirlas?

Al final, Keitel emitió la orden, con el importante preámbulo de que era «la voluntad cuidadosamente ponderada y considerada por el Führer que...» etc. Con esta frase, quería decir una vez más que constataba la mucha controversia que había precedido a la emisión de la orden, pero que la voluntad del Führer había demostrado ser inquebrantable. El propio Keitel creía que, al insistir en que una corte marcial llevara a cabo una revisión preliminar de las pruebas sobre si se debía emitir un fallo de inmediato o bien transportar a los acusados a Alemania, y por las instrucciones en el sentido de que la Gestapo entregara a los prisioneros a los tribunales en cuanto llegaran a su destino en Alemania, había incorporado suficientes garantías en la orden para mantener los procedimientos legales correctos. Él mismo dudaba si la orden en su conjunto tendría algún efecto. De hecho, dio lugar a una serie de disputas tanto con las autoridades francesas como con la Comisión Alemana de Armisticio en Francia, cuando los franceses pidieron que se informara a los

parientes más próximos, al menos en los casos de condenas a muerte. Keitel desconocía que esta orden le ofreció a la Gestapo la oportunidad de canalizar a un gran número de prisioneros hacia los campos de concentración hasta que se enteró de ello por primera vez en el Tribunal Internacional Militar en Núremberg.

En su nota sobre la génesis del decreto «Noche y niebla», comentaba:

> Obviamente, el hecho de que mi nombre haya sido vinculado con este decreto es altamente incriminatorio contra mí, aunque es un caso claro de una orden emitida por el Führer...

Pero no formaba parte de las responsabilidades del jefe del Alto Mando modificar los términos de aplicación de tales decretos. Para que hubiera tenido la autoridad de exigir informes sobre los procedimientos adoptados en, al menos, el primer caso, hubiera requerido que se le concediera una visión mucho más amplia de los métodos de la policía secreta estatal [Gestapo] y del sistema de campos de concentración de los que en realidad tuvo nunca. Él asumió que las órdenes del OKW estaban siendo obedecidas al pie de la letra.

Aparte de la ofensiva aérea estratégica contra las ciudades alemanas, los métodos por los cuales Gran Bretaña continuó su guerra contra sus enemigos continentales —lo que implicó el lanzamiento de comandos paracaidistas apoyados por unidades de sabotaje formadas por miembros de las fuerzas armadas de los gobiernos en el exilio, y reconocimientos armados, a gran y pequeña escala, de las costas francesa y noruega— provocaron nuevas y explosivas reacciones de Hitler.

Una consecuencia fue la ordenanza del OKW emitida el 4 de agosto de 1942, sobre «Combate contra paracaidistas solitarios», firmada por Keitel, y la «Orden de comandos» del 18 de octubre de 1942, que firmó Hitler en persona.

La ordenanza del OKW definía que allí donde existieran agencias de policía de seguridad y otras agencias de seguridad, tanto en el Reich como en los territorios ocupados, la lucha contra los paracaidistas debería dejarse en sus manos. Los paracaidistas

capturados por miembros de las Fuerzas Armadas debían ser entregados a la Gestapo. Si resultaba que los prisioneros eran soldados enemigos, entonces debían ser entregados una vez más a las autoridades de las Fuerzas Aéreas. A Hitler, aquella ordenanza le pareció demasiado débil.[9] Después del desembarco anglo-canadiense de agosto de 1942 en Dieppe —un reconocimiento armado para posibles operaciones de invasión posteriores—, se informó que el enemigo había encadenado a prisioneros de guerra alemanes y que existían regulaciones para matar a los prisioneros si se consideraba que supondría una carga excesiva para las tropas aliadas retirarse con ellos. Aquello en particular provocó la ira de Hitler. Contra la feroz oposición, sobre todo del coronel general Jodl, se formuló la «Orden de comandos», que establecía que todos los miembros de las unidades de comando o sabotaje serían ejecutados. Debían ser eliminados ya fuera en el transcurso de los combates o mientras intentaban escapar, estuvieran armados o no. Los prisioneros serían entregados a la Gestapo allí donde hubieran sido detenidos por las patrullas de seguridad, y la Gestapo los entregaría a las Fuerzas Armadas. Si esas personas se rendían voluntariamente a las unidades militares, no se les debería mostrar piedad. Se amenazaba con los más severos castigos a cualquier oficial que contraviniera esta orden.

Aquello suponía un golpe a toda la tradición militar aceptada hasta entonces.

Keitel describe cómo él y Jodl intentaron abstenerse de seguir informando sobre tales incidentes, para dejar que la cosa explotase. Entonces el propio Hitler redactó la orden. Se cumplió solo en diversos grados, ya que, por su propia naturaleza, debió actualizarse constantemente. Por ejemplo, mediante una orden fechada el 30 de julio de 1944, Keitel se vio obligado a prohibir expresamente la aplicación de la Orden de Comandos a los miembros de las misiones militares enemigas que operaban con grupos partisanos en las regiones militares del sureste y sudoeste, los Balcanes e Italia. respectivamente.[10]

Por otro lado, tuvo consecuencias trágicas en las etapas iniciales: cuando, por ejemplo, la noche del 20 de noviembre de 1942, un planeador que había volado desde Inglaterra se estrelló en Egersund, Noruega, junto con su avión de remolque, un bombardero Wellington, provocando la muerte de varios miembros de la tripulación, los catorce hombres restantes, todos ellos heridos de mayor o menor gravedad, fueron hechos prisioneros y, por orden del oficial al mando de la 28.ª División de Infantería, todos fueron fusilados de acuerdo con la Orden de Comandos.[11]

Hitler reaccionó de manera aún más violenta ante el derrocamiento del Gobierno fascista en Italia y la defección del Gobierno legítimo del rey Víctor Manuel III y su primer ministro, el mariscal Badoglio, al campo de los Aliados. Ordenó que los oficiales de las Fuerzas Armadas italianas que, de acuerdo a sus órdenes, fueran internados, fueran tratados como «insurgentes» si ofrecían resistencia armada, y fusilados. Esto costó la vida tanto al general Antonio Gandin, comandante de la división de infantería Acqui en la isla griega de Cefalonia, y conocido por Keitel por sus relaciones con los italianos; como a su lugarteniente. Ambos cayeron bajo las balas de un pelotón de fusilamiento alemán.

En todas partes el cuadro era el mismo. Hitler reaccionaba de manera explosiva ante cualquier método adoptado por el enemigo que le pareciera reprobable, métodos que a menudo eran de naturaleza muy ilegal. En el estado de excitación en el que él mismo trabajaba entonces, resultaba virtualmente imposible señalar obstáculos de naturaleza objetiva o legalista. Hubo a menudo debates agotadores, que casi siempre terminaban con una capitulación a su favor. El problema fundamental era este: la guerra en el este estaba dando lugar a terribles actos de crueldad cometidos por los rusos contra soldados heridos y prisioneros de guerra alemanes. Por su propia naturaleza, el estilo de guerra de los partisanos no tenía restricciones. Pero, para un país que proclamaba en voz bien alta ser el salvador de la civilización occidental, hubiera sido más apropiado insistir en el estricto mantenimiento de la disciplina tradicional y el honor militar.

Allí donde las tropas o sus mandos concretos habían reaccionado espontáneamente con violencia, normalmente había quedado a criterio de sus superiores, incluso mediante la creación de tribunales de guerra, establecer si se había excedido la escala adecuada de represalias. Hitler siguió exactamente el camino opuesto: normalizó los actos de violencia que de otro modo habrían sido ocasionales y, en ciertas circunstancias, disculpables, e hizo del terrorismo el pan nuestro de cada día. Una vez más, uno se ve obligado a preguntarse si el jefe de la Cancillería Militar de Hitler se vio obligado a aceptar todo aquello. Ciertamente no. Pero Hitler nunca habría permitido que este mariscal de campo, que se había vuelto tan indispensable para él de tantas maneras, se fuera. Varias veces Keitel solicitó ser trasladado a otro puesto, pero siempre en vano.

Cuanto más ferozmente continuaba la guerra, más se multiplicaban las llamadas «Órdenes de Severidad». Quedan varias acusaciones que fueron injustamente presentadas contra Keitel, pero que también iluminan la difícil posición del jefe del Alto Mando.

Resultó imposible, pero no por falta de esfuerzos por parte de la fiscalía, implicar al mariscal de campo en haber planeado o incluso ordenado el asesinato de dos de los principales generales de Francia, el general Weygand y el general Giraud. De hecho, fue el caso de Giraud —en 1942 el general logró escapar de la fortaleza de Königstein cerca de Dresde— algo que llamó la atención de Hitler y despertó sus sospechas sobre lo que, en su opinión, parecían haber sido ciertas deficiencias en el sistema de prisioneros de guerra.[12] Era un hecho que en este campo todavía se observaba el comportamiento militar tradicional. Entre los archivos del abogado defensor de Keitel se encuentran referencias a un caso en el que las autoridades de la Gestapo de Múnich se quejaron del comandante de los prisioneros de guerra en el Distrito Militar VII, de Baviera. Este último, el mayor general Von Saur, fue acusado de impedir el trabajo de un escuadrón especial de la Gestapo que actuaba en los campos de prisioneros de guerra separando a los comunistas, judíos e intelectuales de entre los prisioneros soviéticos para que recibieran el «tratamiento especial», en otras palabras para ser liquidados.

Por lo que se refiere a los prisioneros de guerra, el OKW solo tenía funciones puramente ministeriales y de supervisión. En cualquier caso, la Fuerza Aérea y la Armada mantuvieron sus propios campos de prisioneros. Pero especialmente después de la fuga del general Giraud, se despertó la desconfianza de Hitler, que fue alimentada por el SS Reichsführer al recomendar que el sistema de prisioneros de guerra fuera supervisado por las autoridades policiales, una demanda que era imposible según la ley internacional.

Ocurrió que, en la noche del 24 al 25 de marzo de 1944, ochenta oficiales de la Royal Air Force llevaron a cabo un intento de fuga de Stalag Luft III en Sagan, en Silesia, un campo de prisioneros de guerra para unos doce mil hombres. Entre los ochenta había varios voluntarios belgas, franceses, griegos, noruegos, polacos y checos que habían estado sirviendo con la RAF. Habían excavado un túnel bajo el alambre de espino hacia la libertad. Cuatro de ellos fueron capturados en el mismo túnel, mientras que los otros setenta y seis alcanzaron una libertad ilusoria. De tres de ellos nunca más se supo, mientras que quince fueron atrapados a la vez en la persecución y regresaron al campo de prisioneros. Esto, gracias a la intervención de Keitel, les salvó la vida. Ocho más cayeron al mismo tiempo, o poco después, en manos de la Gestapo, pero se salvaron de la suerte de los restantes cincuenta oficiales que fueron detenidos nuevamente en varios lugares del Reich y fusilados, un crimen cuya responsabilidad se cargó sobre los hombros de Keitel en Núremberg.

Las evasiones masivas como aquella fueron *una cause célèbre* en todos los servicios de las Fuerzas Armadas. Se apuntó directamente al coronel Friedrich-Wilhelm von Lindeiner-Wildau, comandante del campo, que fue relevado de su mando por negligencia en el servicio y condenado a un periodo de confinamiento en prisión por parte del Tribunal Central de la Fuerza Aérea. En la conferencia de guerra del mediodía en Berchtesgaden, el 25 de marzo de 1944, el SS Reichsführer denunció con celo la fuga de ochenta oficiales de la Fuerza Aérea británica del Campo Sagan, y describió de buena gana las consecuencias. Habría que poner en alerta al Landwacht, una formación de policía auxiliar paramilitar, y eso costaría millones de horas de trabajo, etc.

La reacción de Hitler fue inmediata: los fugitivos debían ser entregados a la policía, y añadió la indignante idea de que fueran fusilados. Incluso aquellos que ya habían sido detenidos serían entregados a Himmler. Keitel respondió bruscamente que aquello era una violación de la convención de Ginebra; después de todo, todos los prisioneros de guerra eran militares y, de acuerdo con su código de honor tradicional, los intentos de evasión prácticamente eran una obligación no escrita para ellos. Según Keitel, Hitler insistió tercamente en su decisión: «Himmler, no permita que los aviadores fugados se le vuelvan a escapar de las manos».

Esta vez, el mariscal de campo siguió en sus trece, pero su único logro fue la concesión de que los aviadores que ya habían sido detenidos y devueltos al campo no serían entregados al jefe de policía supremo del Reich. Por los otros cincuenta oficiales no pudo hacer nada, y entre el 6 de abril y el 18 de mayo de 1944, todos fueron fusilados.

Después de este incidente, él mismo convocó al inspector general para Asuntos del Prisionero de Guerra del OKW, el mayor general Von Graevenitz, y a su posible sucesor, el coronel Adolf Westhoff, jefe de la oficina general del inspector general, y les habló muy enojado sobre el asunto. Los dos oficiales se mostraron profundamente consternados por las implicaciones, ya que sabían muy bien que la ejecución sumaria de los prisioneros de guerra por tratar de escapar representaba una violación del derecho internacional que bien podría traer consecuencias impredecibles para sus propios prisioneros de guerra.

Después de la guerra, Westhoff ofreció su propia versión del asunto a un interrogador estadounidense, el coronel Curtis L. Williams, quien escribió un exagerado informe sobre el interrogatorio que daba la impresión de que, en realidad, Keitel había exigido que se fusilara a los oficiales que habían escapado. Sin embargo, una revisión cuidadosa de las pruebas y el testimonio ante el tribunal del mayor general Westhoff demostraron que era imposible culpar a Keitel por la ejecución de los cincuenta oficiales de la RAF. Por lo que se refiere a Keitel, tanto el caso Sagan como la acusación previa de haber planeado asesinar a Weygand y Giraud carecen de la menor

sustancia, al igual que las acusaciones de que ordenó tatuar a prisioneros de guerra soviéticos y preparó el empleo de guerra bacteriológica contra la Unión Soviética.

Una acusación adicional de naturaleza similar que debe ser examinada es la de que el jefe del Alto Mando recomendó la aplicación de la ley de linchamiento contra los llamados «terroristas voladores» de los Aliados, y había allanado el camino para promulgar órdenes a tal efecto. Todo el complejo de la ley de linchamiento, y los problemas peculiares planteados por las políticas de bombardeo de la zona aliada, proporcionan un ejemplo útil de la posición única del oficial en el cuartel general del Führer, y de la necesidad de ejercer una extrema precaución al juzgar muchos crímenes del Tercer Reich aparentemente bien documentados. A menudo se encontrará que el único propósito de las figuras centrales era crear una guerra de papel en torno a ciertas cuestiones y llevar a cabo esta guerra de papel durante el tiempo que fuera necesario para que todo el asunto se desestimara y archivara, bien porque Hitler se hubiera olvidado de todo, o bien porque se hubiera interesado por nuevos problemas.[13]

La cuestión de si se debería y, de hecho, si se podría, emular el terrorismo de los «terroristas voladores» surgió por primera vez en la mente de Hitler a principios del verano de 1944 en vista de la superioridad aérea prácticamente completa de los escuadrones de bombarderos aliados y sus escoltas de cazas de largo alcance sobre el Reich. Una vez más, Hitler quiso transformar lo que hasta ese momento habían sido actos de violencia aislados y espontáneos protagonizados por la indignada población local de las ciudades atacadas contra los aviadores aliados que habían sido derribados y que, como prisioneros de guerra, estaban bajo la custodia protectora de las tropas alemanas, en un programa específico y sistemático de disuasión. La propuesta de Hitler avergonzó profundamente a Keitel y Jodl: los miembros de las Fuerzas Aéreas enemigos eran soldados en servicio que se limitaban a cumplir órdenes cuando soltaban sus cargamentos de bombas sobre las áreas urbanas alemanas o cuando intentaban paralizar las complejas arterias de la industria

armamentística alemana y las redes de transporte, mediante ataques con ametralladoras a baja altura. ¿Acaso los miembros del «regimiento antiaéreo» responsable del lanzamiento de las bombas volantes V-1 sobre Londres no eran igualmente culpables de emplear tácticas terroristas? ¿Dónde acabaría esta guerra?

El mariscal de campo Keitel y el coronel general Jodl aconsejaron que primero debería aclararse el concepto de «terrorista volador» a la luz de la legislación internación. Hitler se mostró indignado. El mariscal de campo propuso entonces que, inicialmente, se formulara un ultimátum a los países enemigos, con advertencias sobre las represalias que vendrían a continuación. La indignación de Hitler fue en aumento. Quizás recordó la sugerencia de Keitel de que al menos debería enviar un ultimátum a Stalin antes de su ataque contra la Unión Soviética. Estos generales, dijo, eran demasiado «poco prácticos». Él quería disuadir mediante el terrorismo.

La única esperanza residía entonces en postergar aquellas medidas a través de la prolongación de la discusión. En el largo debate que vino a continuación, se propusieron las siguientes medidas:

1. Juicio a los «terroristas voladores» en un tribunal militar.
2. Entrega de los «terroristas voladores» a la policía.
3. Entrega de los «terroristas voladores» a la tierna misericordia de la población y la ley de linchamiento, tal como deseaban tanto el Partido como el Führer.

El mariscal de campo fue llamado posteriormente para responder sobre las notas al margen de estos memorandos. Había anotado, por ejemplo, «¿Tribunales militares? Eso no funcionará». Según su propio punto de vista, únicamente los ataques de castigo a baja altura con algún intento de alcanzar objetivos podían considerarse propiamente «ataques terroristas». Pero, en esos casos, solo había dos resultados: o bien el ataque tenía éxito y el aviador conseguía escapar, o bien se estrellaba y moría. El mariscal de campo comentaba asimismo: «Si se va a permitir la ley de linchamiento será difícil establecer pautas».

Aquella era la cuestión decisiva: el jefe del Alto Mando, el jefe del Estado Mayor de Operaciones del OKW y el normalmente comandante en jefe de la Fuerza Aérea, el mariscal del Reich Göring, estaban unidos en aquel asunto: en este caso había y solo podía haber una respuesta: nunca estarían de acuerdo con la ley de linchamiento. Pero se vieron obligados a aplazarla indefinidamente hasta que, por fin, se abandonó la cuestión, y en esta ocasión el mariscal de campo estuvo de acuerdo con aquellas tácticas, aunque normalmente era partidario de la máxima propiedad en sus actuaciones.

Hubo largos debates, que implicaron al ministro de Exteriores del Reich y al jefe de la Oficina Principal de Seguridad del Reich, Kaltenbrunner. Se conserva constancia de una amplia correspondencia fechada a partir de junio de 1944 que implica a Keitel y al jefe del Estado Mayor del Aire, el general Korten, en la que intentaron, antes que nada, definir qué se quería decir con el término «terrorista volador». En un telegrama fechado el 15 de junio de 1944 y dirigido al ayudante de Göring, Keitel entraba en algunos detalles sobre estas definiciones terminológicas, afirmando que se podían considerar solo ciertos casos para «tratamiento especial» (en otras palabras, para su entrega a la Gestapo y su ejecución) y que se trataría de ataques contra población civil, contra individuos y contra reuniones de individuos, abrir fuego contra paracaidistas durante su descenso, ataques con ametralladoras contra trenes de pasajeros, civiles, hospitales de campaña y trenes-hospitales.[14] Keitel pedía en su telegrama la conformidad del herr Reichsmarschall, satisfecho de que este último encontrara suficientes nuevos argumentos que esgrimir.

El abogado defensor de Keitel le preguntó directamente: «¿Se dictó alguna vez semejante orden?». Keitel respondió. «Jamás se dictó orden alguna sobre esta cuestión, y Hitler no volvió nunca sobre aquel asunto. Se olvidó poco después de la visita al frente oriental y, entonces, después del 20 de julio de 1944, nadie volvió a mencionar nada acerca de ese tema».

Jamás se dictó una orden. Keitel solo se equivocó en un detalle: tal como testificó en Núremberg el mayor (Estado Mayor General) Herbert Büchs, el oficial del Estado Mayor del Aire adjunto al jefe del Estado Mayor de Operaciones, Jodl, durante marzo de 1945 se planteó en una reunión en el búnker en Berlín una vez más la cuestión sobre la que todavía permanecían algunas sombras. Hitler, después de ciertas incitaciones por parte del jefe de la Cancillería del Partido, Martin Bormann, emitió una orden a Kaltenbrunner para que todas las «tripulaciones de los bombarderos que ya habían llegado» y todas las tripulaciones de bombarderos que «llegarían» en el futuro fuesen entregadas por las Fuerzas Aéreas a la Gestapo y «liquidadas por la Gestapo».

Tras la reunión con el Führer, Büchs abordó a Keitel y le dijo: «La orden del Führer es una locura». Keitel replicó: «Bien podría ser así». Büchs subrayó que las Fuerzas Aéreas mantendrían limpio su honor y no cumplirían la orden. Keitel explicó que Hitler no quería firmar ese tipo de órdenes, de manera que todo quedaría siempre a expensas del OKW. «Yo voy a ser el demonio que firme estas órdenes».

Más tarde, el mayor Büchs recibió la llamada telefónica del mariscal del Reich Göring, preguntándole: «Dígame entonces, ¿Hitler se ha vuelto loco?». La conversación terminó con el mariscal del Reich diciendo: «Todo esto es una locura. No se puede hacer». Aparte del mariscal de campo Keitel, el general Koller, jefe del Estado Mayor de Operaciones de las Fuerzas Aéreas, también estaba en contra de la «orden de linchamiento» y en realidad nunca se llegó a promulgar.

* * *

La lucha contra estas «órdenes especiales», el conflicto entre el juicio de cada uno y la absoluta imposibilidad de dar rienda suelta a ese juicio individual, así como la necesidad de lanzar guerras de papel para establecer su propia obediencia mientras, al mismo tiempo, se intentaba prevenir o, en todo caso, modificar unas órdenes fundamentalmente ilegales y deshonrosas, no ocupaba de ninguna manera todo el tiempo en el cuartel general del Führer. Pero

en la enrarecida atmósfera de la Zona de Seguridad I de la Guarida del Lobo, tuvo un extraño efecto sobre los oficiales reunidos en nombre de Hitler para dirigir los asuntos de las Fuerzas Armadas, y el efecto se hizo más pronunciado a medida que a cada incidente le sucedía otro de igual naturaleza. A todo esto se agregó entonces la convicción de que una victoria normal en el sentido tradicional, antiguo, prusiano, ya era inviable, mientras que era igualmente imposible establecer una paz normal mediante negociaciones y concesiones, no solo por el carácter y la actitud de Hitler, sino por las rígidas exigencias de rendición incondicional formuladas por las naciones enemigas. Para los oficiales de alto rango como Keitel, que habían pasado tanto por la derrota de 1918 como por la «paz» de Versalles, aquella era una situación llena de incertidumbres.

Los dos oficiales de mayor rango dentro de esta zona de seguridad, el mariscal de campo Keitel y el coronel general Jodl, eran sus prisioneros, abrumados un día tras otro por la enorme maquinaria burocrática de una guerra librada por ochenta millones de alemanes con un ejército de millones de soldados, por el trabajo de escritorio y por las interminables «conferencias de guerra» que eran en sí mismas microcosmos de las manifestaciones del partido nazi completadas con discursos del Führer. Tenían un exceso de trabajo permanente, como los directores de un vasto gigante industrial, y estaban constantemente expuestos a la extraordinaria capacidad de Hitler para despertar falsas esperanzas en los hombres e inspirar su «fe» en él. Sin embargo, a medida que aumentaba la marea de la derrota y empeoraba la crisis, se vieron igualmente abrumados por el sentimiento opresivo de que solo aquel hombre podría encontrar alguna salida. Después de todo, ya había sobrevivido antes a muchas crisis.

La actitud básica de Keitel no se modificó un ápice. Consideraba que era su deber asociarse públicamente con las órdenes expresas del Führer, sin importar qué amargos o incluso insultantes intercambios de opiniones pudieran haberlas precedido, y, gracias a su insistencia brusca de que eran «las órdenes del Führer», dio la impresión a los preocupados mandos del frente que protestaban contra ellas de que él era tan solo un «amplificador» de las

intenciones de Hitler. Esta fue, sobre todo, la causa de su extraordinaria impopularidad entre el Estado Mayor General. Después de la guerra no encontró defensores entre aquellos que un día habían sido sus camaradas y que ahora maldecían su nombre y lo llamaban de todo, desde «Sí-Keitel» hasta «el asno que asiente con la cabeza». Pero nadie se mostró ansioso por sacar a Keitel del cargo y asumirlo para sí mismo. Tampoco Hitler creyó que cumplir con su deber como soldado fuera una prueba expresa de su «fe», y probablemente nunca consiguió superar una cierta falta de confianza en Keitel.

* * *

Cuando estalló la bomba con detonador en los barracones de invitados, la llamada casa de té en el cuartel general de la Guarida del Lobo, poco después de las 12.30 del 20 de julio de 1944, durante la conferencia de guerra de mediodía, cayeron por fin los últimos bastiones que Keitel había intentado mantener en pie. El coronel general Jodl, que sufrió lesiones en la cabeza por la explosión, ha descrito cómo el mariscal de campo Keitel (también levemente herido) ayudó con cuidado y de manera solícita al Führer, que había sufrido ligeros arañazos, a salir del destrozado barracón. Si se tienen en cuenta lo frías que habían sido las relaciones entre Keitel y Hitler, debió constituir una escena extraña. Según el testimonio de uno de los taquígrafos del Reichstag adjunto al cuartel general del Führer, Hitler comentó en privado posteriormente que solo después de aquello se había dado cuenta de que, después de todo, Keitel era «de fiar».

La bomba había sido colocada por el coronel conde Von Stauffenberg, un oficial que había perdido un ojo mientras luchaba con una división panzer en Túnez. Keitel se lo había presentado por primera vez a Hitler durante unas reuniones sobre temas de reserva. Se ha dicho de Hitler que, después de la primera aparición de Stauffenberg, preguntó quién era aquel coronel tuerto. Este le parecía siniestro.

Keitel no tenía una idea del mundo en el que se había movido y pensado este revolucionario desesperado y aristocrático de tan altos

ideales y tan sombría determinación. La única cualidad en él que le pareció impresionante en retrospectiva fue lo que calificó como «fanatismo». La posibilidad de que pudiera haber una revuelta de oficiales, una revuelta en la que los aristócratas desempeñaran los papeles principales, resultaba inimaginable para Keitel.

A principios de 1943, Keitel fue informado sobre el caso Oster, que afectaba a uno de sus propios departamentos. El mayor general Hans Oster, jefe de la oficina central de la sección de Inteligencia Militar Extranjera del OKW, fue acusado de haber colocado incorrectamente a personas en la lista reservada e indirectamente también de delitos relacionados con las divisas. Pero, en realidad, era culpable de mucho más. Era el jefe de estado mayor de una conspiración secreta contra Hitler que nunca llegó a fructificar. Igual que Stauffenberg, Oster había tenido cuerpo y alma de revolucionario y, del mismo modo que Schulze-Boysen, de la red de espías Rote Kapelle, lo había sido a su manera. Y en la misma línea que este último, creía que todos los medios estaban justificados, siempre que provocaran el derrocamiento de Hitler, ya que le consideraba el destructor de la nación. Los objetivos políticos de Oster y Schulze-Boysen eran diametralmente opuestos entre sí, pero igual que este último no había dudado en suministrar inteligencia militar a los bolcheviques, Oster no dudó en informar a sus amigos en el oeste sobre, por ejemplo, la fecha de la invasión de Hitler de Francia y los Países Bajos antes de que ocurriera.

El mariscal de campo solo comprendió lo suficiente del asunto como para ver que, aparentemente, se trataba de una vergüenza que probablemente había surgido del tipo de negocio implícito que debía realizar su servicio de inteligencia. Cuando un abogado defensor informó a Keitel durante el transcurso del caso que creía que podía proporcionarle pruebas de que el almirante Canaris, el jefe de la rama de Inteligencia Militar Extranjera, era culpable de alta traición, lo manejó casi como solo Keitel podría hacerlo. ¿Cómo se atrevía a sugerir que uno de los jefes de departamento del OKW era culpable de alta traición? Los almirantes alemanes no hacían tal cosa. Amenazó al desafortunado oficial con una corte marcial y las

acusaciones se retiraron a toda prisa. El propio Oster fue jubilado en el más absoluto silencio.[15]

Incluso después de que el almirante Canaris fuera arrestado el atentado con bomba del 20 de julio internado en un campo de concentración, el mariscal de campo siguió negándose a creer que pudiera ser culpable en modo alguno y ofreció apoyo económico a la familia del almirante. De la misma manera, se negó a creer nada malo del general Thomas, el jefe de su departamento de Economía Militar, quien fue arrestado al mismo tiempo. No fue el orgullo departamental lo que le inspiró esta incredulidad. Keitel era, literalmente, un oficial demasiado ingenuo para creer que cualquiera que hubiera conocido durante años pudiera haber estado jugando con dos barajas.

En la tarde del 20 de julio, el coronel general Fromm, superior de Stauffenberg, telefoneó a Keitel desde Berlín para preguntar si era verdad que el Führer había muerto. Keitel respondió negativamente: era verdad que se había producido un atentado contra la vida del Führer, pero solo había resultado levemente herido. Y preguntó dónde estaba el jefe de estado mayor de Fromm, el coronel Stauffenberg. Los gérmenes de la sospecha ya estaban allí.

Junto a Keitel, el coronel general Fromm, un inveterado enemigo, era la mayor figura en la escena organizativa de las Fuerzas Armadas. Esa misma tarde fue relevado de su mando, un movimiento que no había esperado, sobre todo porque originalmente había sido arrestado por los conspiradores en Bendlerstrasse. Su sucesor fue el SS Reichsführer Heinrich Himmler. Keitel había perdido la última gran batalla por el control del Ejército y las Fuerzas Armadas. Siempre había creído seriamente que debía aferrarse al cargo, aunque solo fuera para evitar que las SS llegaran al poder, pero eso era justo lo que ahora había sucedido. En las notas escritas para su abogado defensor, Keitel vuelve varias veces de manera insistente a un mismo punto: nunca se le habría ocurrido actuar como hicieron los conspiradores. Para él, las palabras de Hindenburg siempre se habían estampado en su blasón: «La lealtad

es la marca del honor». Y en Núremberg, en su hora de desgracia, estas palabras fueron doblemente importantes para él.

Por eso, mientras el Führer le daba la bienvenida a Mussolini en la Guarida del Lobo, Keitel se dedicó celosamente a revocar todas las órdenes para el *coup d´état* que se habían emitido aquella tarde a los comandantes de los Distritos Militares. Se ha dicho que aquello fue un *coup d´état* por teléfono y por teletipo. Y de la misma manera, el *coup d´état* también se sofocó por teléfono. Durante varias horas aquella noche, Keitel pudo dar, y de hecho dio órdenes nuevamente por primera vez desde sus años en Bremen, y aquellas fueron precisamente las horas que decidieron el destino de Alemania.

* * *

Después de la conspiración de la bomba contra Hitler, el mariscal de campo Keitel escribió su primer testamento, fechado el 2 de agosto de 1944. Tras observar expresamente que había escapado de la muerte en el complot de la bomba solo por un milagro. En su última voluntad estableció que Helmscherode, su principal hacienda, pasara a su hijo mayor; y mencionaba el regalo de 20.000 libras esterlinas que Hitler le había hecho por su sexagésimo cumpleaños, una suma que había depositado intacta en su banco en Berlín.

El mismo Keitel ha descrito el final del Tercer Reich en estas *Memorias* . En su capítulo final es notable lo poco que se habla de que todavía quedase alguna esperanza concreta. Ya no habría más esperanza de una solución diplomática. En su lugar, el mariscal de campo intentó, hasta el final, mantener la figura de Hitler como el líder supremo del Reich, aunque el propio Hitler ya estaba decidido a morir en la batalla de Berlín y había dejado de estar interesado en la diplomacia. Probablemente, el mariscal de campo tenía la impresión de que solo un hombre podía terminar la guerra ahora, y ese era el propio Hitler. Si el Führer se iba, el Reich podría hundirse en la anarquía. Que Hitler pudiera eludir su responsabilidad final suicidándose era una posibilidad con la que nunca soñó. Debido a su preocupación con la perspectiva del colapso total de ley y orden, en el peor de los casos, estaba desesperadamente preocupado por

perder el contacto con el búnker del Führer que se encontraba debajo de la Cancillería del Reich en Berlín, incluso durante el peligroso vuelo del OKW a Mecklenburg. Para él, fue un golpe terrible cuando supo que ya no era posible volar a Berlín.

Por otro lado, esta escena final despertó al verdadero soldado que había estado dormido dentro de él. Las manecillas del reloj ya estaban en pie a la medianoche, y no había muchas más órdenes que dar, pero el mariscal de campo recuperó su independencia, fue en coche hasta la línea del frente, dirigió, dio órdenes, despidió a los mandos que parecían haber perdido la cabeza en la batalla, y lo intentó todo para lograr el alivio de Berlín. Se negó a ver hasta qué punto el espíritu de lucha de los ejércitos orientales había sido derrotado en los casi cuatro años de terribles combates, cuánto había crecido el miedo a los rusos con sus indescriptibles estragos, sus hordas de tanques y sus divisiones de artillería. El ímpetu de 1940 y 1942 había desaparecido hacía mucho tiempo, y la voluntad de resistir se había agotado de forma todavía más marcada. Las órdenes estrictas por sí solas ya no eran suficientes; solo los nuevos escuadrones de aviones y las nuevas divisiones panzer con tanques de combustible llenos y bastidores de municiones aún podrían haber logrado algo. Pero el mariscal de campo no podía suministrarlos, porque no había posibilidad.

Entonces fue como si su larga pesadilla hubiera llegado a su fin: llegó la noticia de que Hitler estaba muerto, y se dio cuenta de que había que terminar la guerra.

Sin duda, el mariscal de campo Keitel era otro hombre dos semanas después de la muerte de Hitler, cuando fue llevado al cautiverio como prisionero de guerra. Sin embargo, incluso como «criminal de guerra» en Núremberg no buscó salvar su propia piel, sino tan solo expiar las acciones de las Fuerzas Armadas alemanas.

* * *

En el Tribunal Militar Internacional de Núremberg, a pesar de su visible falta de libertad como prisionero y las condiciones a menudo difíciles de la vida en prisión, el mariscal de campo volvió a ser agente libre después de sus tantos años como oficial dependiente de

un hombre al que consideraba tan profundamente despótico. Tan pronto como puso los ojos en la acusación que se le entregó el 19 de octubre de 1945, se dio cuenta de que sería declarado culpable, independientemente de lo que pudiera plantear en su propia defensa. El mundo estaba en armas contra él, contra los alemanes, después de cinco años y medio de una horrible guerra, con sus terribles crímenes contra toda ley natural. Ya no le preocupó regatear y negociar su propia piel. Su principal objetivo fue establecer su honor, y no solo su propio honor personal: creía que su deber era defender el honor de todas las tropas alemanas, porque era demasiado honrado como para no admitir que con frecuencia había demostrado ser inadecuado en su defensa del concepto tradicional del honor militar prusiano. Además, quiso hacer su propia contribución para establecer la verdad histórica. Eso y nada más que eso fue lo que intentó en Núremberg.

El 1 de octubre de 1946, el Tribunal Militar Internacional lo declaró culpable de los cuatro cargos de la acusación: conspiración para librar una guerra de agresión; librar una guerra de agresión; crímenes de guerra y crímenes de lesa humanidad. Fue condenado a muerte por ahorcamiento, y la sentencia se ejecutó el 16 de octubre de 1946.

NOTAS

1. Orígenes y carrera del mariscal de campo Keitel, 1882-1946. Por Walter Görlitz

[1] Erich von Manstein, *Aus einem Soldatenleben* , Bonn, 1958, pág. 111.

2. La crisis Blomberg-Fritsch

[1] Esta conferencia es tratada separadamente por Keitel en una nota para su abogado defensor, el doctor Nelte.

[2] En el manuscrito original de Keitel, a esto le siguen unas prolijas descripciones de los contactos sociales de la familia Keitel en Berlín durante 1937, que con frecuencia incluían encuentros con el mayor general Oshima, el agregado militar japonés; y el coronel Szymanski, su homólogo polaco; el mariscal de campo creía que había «causado una buena impresión» en los embajadores francés e inglés, André François-Poncet y sir Neville Henderson. Todo el pasaje ha sido omitido por el editor.

[3] En el manuscrito original de Keitel, le siguen unas prolijas descripciones sobre cuestiones familiares y los negocios de su propiedad en Helmscherode; han sido omitidas, igual que otros detalles resumidos más arriba, por el editor.

[4] Oficina de Tropa, Departamento 2, «Organización», constituida durante la República de Weimar para hacer las veces de Estado Mayor General. (*N. del T.*).

[5] En el original de Keitel no queda claro si Brauchitsch expuso sus propias opiniones o se identificó con las de Hitler. El resultado fue el mismo.

3. De Austria al final de la campaña en Francia, 1938-1940

[1] En el manuscrito original de Keitel, le siguen detalles adicionales sobre la construcción del Muro Occidental; han sido omitidos por el editor [Walter Görlitz].

[2] En el manuscrito original de Keitel, hay más detalles de la construcción del Muro Occidental que han sido omitidos por el editor.

[3] En el manuscrito original de Keitel se pueden encontrar más detalles del viaje de regreso a Berlín, a través de Breslau; han sido omitidos por el editor.

[4] Existen más detalles sobre la familia y asuntos concernientes a su finca en Helmscherode en el manuscrito original de Keitel, especialmente los de la restauración de la capilla; esto último es interesante como ejemplo de las firmes y continuadas convicciones religiosas del mariscal de campo y de su fe protestante, a pesar de la actitud hostil de Hitler a las dos grandes fes cristianas. El pasaje ha sido omitido por el editor.

[5] En el manuscrito original de Keitel se suceden detalles sobre su hijo menor, Hans-Georg, luchando como suboficial en un regimiento de artillería a las afueras de Varsovia; han sido omitidos por el editor.

[6] En el manuscrito original de Keitel hay más detalles sobre Zoppot y la visita de Hitler a Danzig; han sido omitidos por el editor.

[7] En el manuscrito original de Keitel vienen a continuación más detalles sobre la falta de contacto con los rusos y la sospecha de que estos tomaron más prisioneros en Polonia que los alemanes; a lo cual añade la polémica con respecto al asesinato por parte de los soviéticos de oficiales polacos prisioneros de guerra en Katyn. Keitel fija el numero en 10.000, pero, en realidad, fueron cerca de 4.000 (véase el ensayo de Hans Thieme, *Katyn — ein Geheimnis* , publicado en *Vierteljahresheft for Zietgeschichte* [Múnich], n.º 4, 1955, págs. 409 y siguientes). El pasaje entero ha sido omitido por el editor.

[8] En el manuscrito original de Keitel, viene a continuación una prolija descripción de la ahora bien conocida historia del aplazamiento de la fecha del ataque y las razones de Hitler; ha sido omitida por el editor.

[9] El manuscrito original de Keitel continúa con una descripción de ciertos momentos destacados de la campaña noruega; ha sido omitida por el editor.

[10] No hay más detalles de interés en el pasaje que sigue en el manuscrito original de Keitel, en el cual describe visitas a la línea de frente y el bien conocido curso del avance militar en la región de Artois; y un relato sobre cómo su hijo más joven, el teniente Hans-Georg Keitel, fue gravemente herido en un regimiento de artillería; han sido omitidos por el editor.

[11] Hay más detalles que siguen en el manuscrito original de Keitel acerca de habladurías sobre un encuentro entre Hitler y Mussolini en el segundo cuartel general avanzado en el pueblo belga de Bruly-de-Pesche, nombre clave *Wolfsschlucht* —Barranco del Lobo— donde el mariscal de campo tenía sus cuarteles generales en el aula del pueblo evacuado. El editor los ha omitido.

4. Preludio al ataque sobre Rusia, 1940-1941

[1] Keitel utilizó la frase *Präventiv-Angriff* para subrayar este punto de vista, pero el editor de este libro estaría más inclinado a aceptar la perspectiva de uno de los expertos destacados en este campo, el doctor H.-A. Jacobsen, indicando que el ataque alemán sobre Rusia fue una agresión no provocada.

[2] Hay a continuación en el manuscrito de Keitel un largo pasaje sobre su familia e hijos; ha sido suprimido por el editor.

[3] En realidad, sí ha sobrevivido.

[4] En el manuscrito original de Keitel, a esto le sigue una descripción, nada importante desde el punto de vista histórico, sobre los acontecimientos sociales en Viena durante la firma del Pacto. Ha sido omitida por el editor.

[5] Keitel se refiere al destino de estos dos oficiales tras el atentado con bomba del 20 de julio de 1944: tanto el jefe de Señales Militares, el general Fellgiebel, como su lugarteniente, el teniente general Thiele, fueron ejecutados por tomar parte en la conspiración.

[6] En el manuscrito original de Keitel viene a continuación una descripción del cumpleaños del Führer el 20 de abril de 1941; ha sido omitida por el editor.

[7] El manuscrito original de Keitel contiene detalles adicionales sobre esta decisión, pero han sido omitidos por el editor al considerarlos de poca relevancia.

[8] En el texto de Keitel resulta ilegible la última palabra, pero se puede deducir que sería «comisarios».

[9] En el texto original de Keitel, siguen otras observaciones sobre Ucrania como «un granero» y sobre su explotación por la «habilidad y el sudor de los alemanes». Han sido omitidas por el editor.

[10] La frase incompleta de Keitel en el texto ha sido completada por el editor.

5. La campaña rusa, 1941-1943

[1] En el manuscrito original de Keitel viene a continuación una descripción de la entrega de la Orden del Rey Miguel que se le concedió, y detalles de varias actividades sociales durante su visita. Han sido omitidos por el editor.

[2] En el manuscrito original de Keitel, viene a continuación una frase incompleta y fragmentaria sobre el tema de Stalingrado que no se puede reconstruir y ha sido omitida por el editor.

8. Los últimos días bajo Adolf Hitler, 1945

[1] En el manuscrito original de Keitel, vienen a continuación varias acusaciones contra el comandante de Krampnitz, quien, en cualquier caso, no podría haberse defendido por falta de hombres, algo que el mariscal de campo pasa por alto en su enfado. Este pasaje ha sido omitido por el editor.

[2] Se ha insertado aquí el texto correcto de este mensaje para sustituir la versión recordada por Keitel, que es ligeramente diferente.

9. Reflexiones tardías

[1] Tomado de una nota escrita por Keitel para su abogado defensor en Núremberg el 24 de octubre de 1945, respecto a la responsabilidad del jefe del Alto Mando.

[2] Todo esto se refiere a un documento escrito por el gran almirante Raeder mientras estaba internado en Moscú, para sus propios fines privados. El coronel Pokrovsky, en nombre de la fiscalía soviética, intentó introducir esto en el juicio contra Keitel como Prueba Documental de los Estados Unidos, RS-460. Naturalmente, el documento también se puso a disposición de la defensa. Trataba de las opiniones del gran almirante sobre Keitel (y, de hecho, ambos oficiales eran muy similares en su carácter). Raeder había criticado duramente a Keitel por su «fracaso». Escrito para su propio uso, el documento no estaba destinado para su publicación, pero sus custodios soviéticos, naturalmente, se lo quitaron (véase IMT, vol. XIV, pág. 243). Se le negó una lectura pública. Nunca se le habría ocurrido al gran almirante Raeder, que era básicamente un oficial muy honorable y honrado, que pudieran burlarse de sus derechos de esa manera. En su audiencia del 25 de mayo de 1946 (una declaración jurada del coronel Pokrovsky), intentó debilitar el efecto de sus declaraciones sobre Keitel, al afirmar que, naturalmente, nadie tenía ninguna posibilidad de resistirse demasiado tiempo al Führer si tenía que «pelearse» de nuevo con el Führer al día siguiente.

[3] Hasta donde se puede comprobar, la última carta de Lisa Keitel a su esposo nunca le llegó.

[4] El 13 de octubre de 1946, tres días antes de su ejecución, el mariscal de campo envió una última carta con sus últimas voluntades a su hijo. Decía que solo le habían escrito las mujeres de la familia, y añadía: «Eso lo dice todo. ¡Qué cobardes somos los hombres!».

[5] La petición del mariscal de campo para ser ejecutado por un pelotón de fusilamiento fue rechazada por el Consejo de Control Aliado para Alemania, y,

junto con Alfred Jodl, fue ahorcado en Núremberg el 16 de octubre de 1946.

10. La acusación. Por Walter Görlitz

[1] Para el texto de la acusación, véanse los procesos del *International Military Tribunal* , volumen I.

[2] Para el discurso de defensa de Nelte, véase IMT, vol XVII, pág. 654 *et seq* . y vol. XVIII, pág. 7 *et seq* . Véase también el opúsculo del doctor Nelte, «Die Generale. Das Nürnberger Urteil und die Schuld der Generale», Hannover, 1947.

[3] Papeles del doctor Nelte, archivo 1/7: Reserva (a) / Preguntas generales sobre la planificación de guerras de agresión.

[4] Los papeles de Nelte: opinión legal de Hermann Jahrreiss sobre el Estado del Führer.

[5] IMT, vol. XIII, págs. 243-244.

[6] El documento, número de referencia WFSt./Abt.L (IV/Qu) Nr. 002060/41 g.Kdos., se encuentra entre los papeles del doctor Nelte.

[7] Carpeta III/15, entre los papeles de Nelte: *Nacht und Nebel* , una nota manuscrita por Keitel fechada el 12 de febrero de 1946.

[8] Literal, «de noche y con niebla», pero la idea es la misma (*N. del T* .).

[9] Carpeta III/16, papeles de Nelte: operaciones de comando, re: Documentos de Núremberg PS-553, el folleto del 4 de agosto de 1942; y PS-503, orden del Führer del 18 de octubre de 1942. Respuesta de Keitel a estas preguntas aportadas por Nelte el 23 de marzo de 1946.

[10] Documento de Núremberg PS-537.

[11] Véase Documento de Núremberg PS-508, una mínima referencia en WFSt./Op.(L) fechada el 21 de noviembre de 1942, entre los papeles de Nelte. El informe enviado por el capitán Von Lilienskjoedl, oficial de inteligencia en el V Grupo Aéreo (Noruega).

[12] Esto se basa en un archivo referente al incidente de Sagan que se encuentra entre los papeles de Nelte, y en otro archivo relativo a prisioneros de guerra. También en el Documento R-178 de Núremberg (caso von Saur).

[13] Para la cuestión del trato dispensado a los aviadores aliados, véase carpeta III/17 entre los papeles de Nelte (ley de linchamiento), y el testimonio del coronel (Estado Mayor General) Herbert Büchs en Núremberg, IMT, Vol. XV.

[14] Véase Documento de Núremberg PS-729, un memorando firmado por Keitel, número de referencia OKW Nr. 77 [1] 793/44 g.K.Chefs. II Ang.F.St.Qu. (Verw. 1):

«Tratamiento de los terroristas voladores del enemigo».

[15] Basado en una carpeta de los papeles del doctor Nelte titulada «Archivo del general Thomas: el caso Oster».

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE ENERO DE 2020

Table of Contents

PARTE I. ORÍGENES Y CARRERA DEL MARISCAL DE CAMPO KEITEL
- 1. ORÍGENES Y CARRERA DEL MARISCAL DE CAMPO KEITEL, 1882-1946. POR WALTER GÖRLITZ

PARTE II. LAS MEMORIAS DEL MARISCALDE CAMPO KEITEL
- 2. LA CRISIS BLOMBERG-FRITSCH
- 3. DE AUSTRIA AL FINAL DE LA CAMPAÑA EN FRANCIA, 1938-1940
- 4. PRELUDIO AL ATAQUE SOBRE RUSIA, 1940-1941
- 5. LA CAMPAÑA RUSA, 1941-1943
- 6. EXTRACTOS DE LAS CARTAS DE KEITEL A SU ESPOSA DURANTE LA GUERRA
- 7. EL ATENTADO CON BOMBA, 20 DE JULIO DE 1944
- 8. LOS ÚLTIMOS DÍAS BAJO ADOLF HITLER, 1945
- 9. REFLEXIONES TARDÍAS

PARTE III. LA ACUSACIÓN
- 10. LA ACUSACIÓN. POR WALTER GÖRLITZ

NOTAS